

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

15 de noviembre de 1982 Alrededor de las 7 de la tarde, Libby Coleman, de doce años, recién liberada de los rigores de su clase de baile de cotillón, baja del asiento trasero de un Lincoln Town azul marino. Con juvenil euforia cierra tras ella la portezuela de un golpe, antes de volverse y sonreír a sus ocupantes.

Madeline Weintraub, conductora del automóvil y madre de la mejor amiga de Libby, hace una mueca ante la fuerza del portazo, temiendo por la integridad del vehículo. El coche es nuevo, y su esposo lo adora.

-¡Te llamaré cuando llegue a casa! -dice Allison Weintraub a Libby, bajando la luna de su ventanilla.

-Vamos, Libby. No quiero irme hasta que entres - indica Madeline bajando también s ventanilla. El aire cálido, que huele a heno recién segado, le acaricia el rostro. Es una hermosa noche, piensa Madeline mientras admira el extenso parque ondulado, cuyo césped semeja terciopelo verde jade en la oscuridad, y la hilera de arbustos de boj, prolijamente recortados, que flanquean el sendero entre la entrada para coches y el porche. Una enorme luna llena amarilla, que según ha podido saber, los habitantes del lugar llaman “la luna del cazador”, cuelga baja, poco más arriba del horizonte. Algunas estrellas titilan en la seda del cielo nocturno.

-Muy bien, señora Weintraub. Oye, Allie, ¿te dije lo que ya-sabes-quién dijo después que bailaste con él? -La sonrisa de Libby se hace más amplia ante la perspectiva del comentario con su amiga.

-¿Russell Thompson? ¿Qué dijo? -chilla Allison, excitada.

-Libby puede contártelo cuando la llames -dice Madeline, comenzando a subir ambas ventanillas con el botón de control principal de manera de terminar la charla entre las niñas que, sabe por experiencia, puede prolongarse toda la noche.

-¡Mami! -se queja Allison.

-Todavía tenemos que recoger a Andrew, ¿te acuerdas? -le recuerda Madeline-. Entra Libby.

-Ya voy. Buenas noches, Allie. Gracias por traerme a casa, señora Weintraub.

Libby saluda agitando la mano, luego se da vuelta y corre hacia la casa. Es un caserón, una mansión en realidad, porque Libby Coleman pertenece a una de las más importantes familias propietarias de establecimientos de cría de caballos en la región de Bluegrass, Kentucky. Madeline Weintraub, que se ha mudado a la región hace poco tiempo, se siente afortunada de que Allison haya elegido a Libby como su mejor amiga. Una vez más, se congratula de haber logrado persuadir a su esposo para que anotaran a la única hija de ambos en la muy cara escuela privada a la que concurren ella y Libby. La amistad de Libby es un logro social importante para Allison.. Madeline espera cosechar importantes beneficios de ella a medida que las niñas crezcan. En aras de esos beneficios, se alegra de hacer de chófer, y está dispuesta a sufrir en silencio por la portezuela golpeada.

-¿Quién es Russell Thompson? -pregunta Madeline a su hija por encima del hombro, mientras con el rabillo del ojo ve cómo Libby comienza a subir los anchos escalones de piedra que conducen hasta el porche de entrada, ornado con seis columnas. En realidad, piensa Madeline, para cualquiera que no conociera sus árboles genealógicos, sería Allison, alta, rubia y esbelta, la de sangre azul y antigua fortuna. La regordeta Libby, de mejillas como manzanas, con su lazo de satén ladeado sobre su desprolijo pelo castaño y su vestido blanco de fiesta, lleno de volados y de manchas de zumo de naranjas, no da la impresión, ciertamente, de tener un rancio abolengo.

Allison lanza una risita tonta y gatea desde el asiento trasero hasta caer desplomada junto a Madeline.

-Le gusto -confía a su madre, y frunce la nariz-. Libby me dijo. Pero a veces pienso que es un poco ordinario.

-¿Ah, sí? -murmura Madeline, alentadora, deseando que su hija continúe hablando. El punto de vista preadolescente que su hija tiene sobre el mundo es una fuente inagotable de interés para ella. Le resulta difícil recordarse a sí misma cuando era tan joven como Allison.

Ciertamente nunca fue así de despreocupada.

-Cuando ríe y habla al mismo tiempo, el zumo de naranjas le sale por la nariz. -Allison sacude la cabeza con disgusto-. ¿Podemos irnos, mami?

Después de ver a Libby ganar la seguridad del bien iluminado porche, Madeline asiente con un movimiento de cabeza y pone la marcha atrás. La última impresión que tiene de Libby es la de su llamativo vestido, la de sus llamativos rizos y su llamativo lazo cuando entra saltando por la puerta principal.

Aunque Madeline aún no lo sabe mientras conduce de vuelta por el camino de entrada, esta imagen quedará para siempre grabada a fuego en su mente. La recreará innumerables veces, ante la familia de Libby, ante la policía, ante media docena de investigadores privados, ante un ejército de periodistas, vecinos y amigos.

Porque esa visión de Libby Coleman cruzando alegremente a los saltos su propio porche de entrada será la última que alguien tendrá jamás de la niña.

A partir de entonces, ella sencillamente se esfuma.

A pesar de una intensa búsqueda, de las súplicas hechas públicas por su desesperada familia y de los ofrecimientos de una inmensa y creciente recompensa por cualquier información sobre su paradero, nadie vuelve a ver jamás a Libby Coleman.

1 11 de octubre de 1995 -¡Eh, Will,! ¡Will! ¿echarías una mirada a esto?

Will Lyman respondió al susurro apremiante de su compañero entreabriendo los ojos y levantándolos hasta el monitor instalado en el techo de la camioneta. Se hallaba ligeramente embotado y le llevó un momento recordar dónde estaba: aparcado frente a una caballeriza en el Hipódromo Keeneland de Lexington, Kentucky, con el objeto de llevar ante la justicia a la más insignificante banda de estafadores que alguna vez tuviera el disgusto

de perseguir. Él, que había seguido la pista de nombres que alguna vez habían sido grandes -desde Michael Milken a O.J. Simpson, y había trabajado en casos también grandes en su momento, desde el estrangulador de Hillside hasta Whitewater- había sido designado para seguirle los pasos a una pandilla de entrenadores de caballos que llegaron a ser famosos en lo suyo y decidieron aumentar sus ingresos sustituyendo por veloces “dobles” a los estropeados pura sangre que debían correr según la programación oficial.

¡Qué bajo caen los poderosos!

Faltaba poco para las cuatro de la madrugada, y dentro de la camioneta estaba oscuro como una boca de lobo. La única iluminación provenía del brillo grisáceo de la pantalla del monitor. La visión era de poca definición, con la calidad de los viejos televisores en blanco y negro, pero la imagen que mostraba era inconfundible: una joven esbelta, enfundada en tejanos ajustados como una segunda piel, había entrado al cuarto donde se guardaban los arreos, previamente vaciado, que ellos mantenían bajo vigilancia desde el atardecer del día anterior. De espaldas a la cámara, se encontraba desdoblando lo que había sido puesto allí a modo de cebo:

un gran saco de arpillera, de los utilizados para alimentar a los caballos, con cinco mil dólares en billetes de banco.

Cuando Don Simpson, administrador de la cuadra Wyland, la recogiese y se la llevara, lo tendrían. Caso cerrado.

Sólo que esta joven no era, ni con el mayor esfuerzo de la imaginación, Don Simpson.

-¿Quién demonios es? -ya totalmente despierto, Will saltó del desvencijado sillón que ocupaba uno de los lados de la camioneta de servicios de parques y jardines que les servía de cobertura, para plantarse frente al monitor, observándolo con incredulidad-. ¿Tenemos algún antecedente de ella? Lawrence jamás mencionó a ninguna chica. Dijo que el propio Simpson recogería el dinero.

-Bonito culo -dijo Murphy, contemplando la pantalla. Murphy, un tipo de cincuenta y dos años padre de cinco hijos, llevaba treinta y cinco años de matrimonio más o menos feliz. En lo referente a mujeres, se contentaba con mirar, sin segunda intención.

-¿Tenemos algo sobre ella? ¿Sabes quién es? -irritado porque Murphy lo hubiese forzado a prestar atención al pequeño, firme e inconfundiblemente femenino trasero, puesto casi frente a sus narices cuando la joven se agachó frente a la cámara. Will dijo esto en tono nervioso, ligeramente agudo.

-En absoluto. Nunca la he visto.

-Bueno, no desesperes por eso -Will dedicó un minuto a contemplar a su compañero. Murphy nunca se apresuraba, nunca se preocupaba, nunca se salía de las casillas por ninguna razón. Esas características estaban a punto de volver loco a Will.

-Muy bien, muy bien -con una sonrisa, Murphy hizo girar su silla hacia el costado, encendió la computadora situada en la pequeña consola de la pared frente al sillón y comenzó a teclear-. De raza blanca, sexo femenino, entre veinte y veinticinco años, un metro sesenta, ¿no te parece? Y quizá

cincuenta, cincuenta y cinco kilos... ¿De qué color es ese pelo?

-¿Cómo diablos quieres que lo sepa? Esa maldita imagen están en blanco y negro -con esfuerzo, Will controló su irritación y se acercó para mirar mejor-. Moreno. No es rubia.

-Castaño -decidió Murphy, tecleando.

-¡Está abriendo el saco!

El ruido de las teclas se interrumpió cuando Murphy a su vez se dio vuelta para mirar. En el monitor se veía a la joven, en cuclillas frente al saco apoyado sobre el manchado piso de linóleo, directamente frente a la cámara oculta. Tenía las manos ocupadas en deshacer el lazo fuertemente atado en torno del saco. Todavía estaba de espaldas a la cámara, pero al menos ahora su trasero se hallaba fuera del ángulo de visión del monitor. Su espesa mata de pelo, largo hasta los hombros, impidió que Will pudiera ver su rostro. Aunque sus nalgas eran lo suficientemente memorables como para que fuera capaz de reconocerlas en una rueda de presos, si alguna vez se veía precisado a hacerlo.

-¿Puedes conseguirme algo sobre ella, por favor? -sintió que dentro de él crecía un fastidio, peligrosamente controlado, con ambos; consigo mismo, por no poder dejar de apreciar el trasero de la joven, y con Murphy, por existir.

Murphy se volvió hacia la computadora.

-Ha encontrado el dinero -Will no había querido en realidad decirlo en voz alta, porque no deseaba que Murphy se distrajera. Pero las circunstancias eran tan condenadamente inesperadas que su mente no esta trabajando con la eficiencia habitual. Necesitaba una identificación, de inmediato. Para decidir qué hacer, tenía que saber de quién se trataba.

Se preguntó si la joven, que estaba sentada sobre los talones, contemplando los fajos de dinero que acababa de descubrir, trabajaría para los que él estaba persiguiendo.

El sonido de las teclas se interrumpió cuando Murphy, tal como lo esperaba, miró hacia el monitor. Will lo fulminó con la mirada. Murphy hundió los hombros, culpable, y volvió a lo suyo. La joven metió la mano en el saco para tocar los fajos de billetes de veinte dólares, sujetos con una banda elástica.

-Nada... nada... nada -gruñó Murphy, mientras la pantalla destellaba un par de veces y mostraba un enloquecedor brillo blanco fluorescente- No hay ninguna mujer en los archivos que se ajuste a su descripción. A menos que yo haya hecho algo mal.

Esa alegre admisión de negligencia hizo que Will deseara arrancarle el cuero cabelludo. Para una personalidad rápida en pensamiento, acción y lenguaje, de primera clase, como la suya, que se le hubiera ordenado formar equipo con un tipo lento y despreocupado como Murphy significaba un castigo. Probablemente eso era lo que Dave Hallum tenía en mente cuando ordenó que se unieran para actuar en pareja. El jefe de Will aún estaba enfadado por la pérdida de su crucero. Diablos, Will no tenía la culpa de que los malhechores que había estado persiguiendo creyeran que el condenado

barco era de él y decidieran volarlo.

Hallum siempre había sido un tipo rencoroso.

Esta designación, que completó con el nombramiento de Murphy, indicaba claramente que había llegado el momento de pagar por ello.

-¡Está tomando el dinero!

Will continuó mirando, mientras la joven no identificada, después de volver a atar el saco, echó un rápido vistazo alrededor que apenas permitió tener una breve visión de su perfil. Se puso de pie, con la carnada entre sus brazos. Luego dio la vuelta, enfrentando por fin la cámara, y caminó directamente hacia ellos. Su rostro, descubrió Will disgustado, era tan memorable como su trasero: bien proporcionado y hermoso. Parpadeó, por pura defensa propia, y en ese breve instante ella y el dinero salieron fuera del alcance de la cámara y, presumiblemente, también de la habitación.

-¡Vaya! ¡Lista la dama! -dijo Murphy reclinándose en su silla, mientras lanzaba un silbido apreciativo.

Ignorándolo, Will apretó un botón debajo del monitor y esperó a que la segunda cámara hiciera un barrido por la caballeriza para mostrar la acción. Todo lo que consiguió fue una pantalla llena de nieve.

-Parece que no funciona -observó Murphy, mientras Will giraba controles y apretaba botones frenéticamente.

No me digas. Rechinaron los diente de Will, que abandonó el monitor y, dirigiendo a su compañero una mirada asesina, levantó el auricular del teléfono.

2 El saco de arpillera ocupaba el sitial de honor en el centro de la mesa plegable de la cocina, punto de reunión de su estrafalaria familia. Molly sentía náuseas cada vez que lo miraba. Había robado cinco mil dólares del cuarto de arreos de la caballeriza 15. ¿Ya habrían echado de menos el dinero?

Pregunta tonta. Era poco más de mediodía, y ella había salido de esa caballeriza antes de las cuatro de la madrugada. Por supuesto que alguien habría echado de menos el dinero. ¿Quién, en su sano juicio, no echaría de menos cinco mil dólares?

La pregunta era: ¿Cuánto tiempo haría que habían llamado a la policía?

Si la atrapaban, podría pasar varios años en prisión.

O peor.

No era estúpida. Semejante suma de dinero metida en un saco de alimento para caballos puesto en un rincón de un cuarto de arreos desierto en mitad de la noche seguramente no era un depósito bancario.

Debían de ser las ganancias mal habidas de alguien. Pero ¿de quién?

Durante meses, en el establo había corrido el rumor de que estaba llevándose a cabo algún asunto sucio. Pero, ¿qué? ¿Drogas? ¿Juego ilegal?

¿Carreras arregladas? ¿Quién podía saberlo? Molly no quería saberlo.

Si ese dinero era dinero sucio, quienquiera fuese su dueño no llamaría

no podría hacerlo- a la policía. ¿Qué alternativa quedaba? La imagen de matones contratados para seguirle el rastro hicieron que Molly se sintiera mareada.

Pero nadie tenía manera de saber que ella había tomado el dinero. Ya no trabajaba para la cuadra Wyland. Había renunciado cuatro días atrás en un arranque temperamental que, recordó sólo quince minutos más tarde, ni ella ni su familia podían permitirse. Aunque Thornton Wyland, el odioso nieto universitario del dueño de la cuadra, le pellizcara las nalgas.

La noche anterior -mejor dicho, esa misma mañana-, se había acercado hasta las caballerizas para recoger su último cheque. Por el que Don Simpson se haría rogar, bien lo sabía, e incluso podría llegar a no darle, a pesar de deberle dos semanas de paga. No le gustaba que la gente renunciara, y tenía un vera vengativa de un kilómetro y medio de ancho.

Ella había pensado que tal vez debería hacer acopio de coraje y pedirle que le diera nuevamente el empleo. No porque creyera probable que sirviera de nada. Como él mismo decía a menudo, Don Simpson no creía en segundas oportunidades.

Nunca debió haber perdido el control. Lo que tenía que haber hecho en una circunstancia como esa era, sencillamente, darle una palmada a la mano que tanteaba la parte trasera de sus vaqueros y reírse de todo el incidente.

No darle un puñetazo en las tripas al nieto del dueño de la cuadra, y amenazarlo con castrarlo si volvía a tocarla.

Y después decirle a su jefe lo que podría hacer consigo mismo y con su empleo cuando Simpson, ignorando completamente a Thornton Wyland, le regañó por haber gritado en el establo, espantando a los caballos.

Mal genio, mal genio. Eso ya la había metido en problemas antes, y sin duda lo volvería a hacer. Pero esta vez debería haber pensado en las consecuencias antes de abrir su bocaza.

Actuar antes de pensar era algo que hacía con demasiada frecuencia. Tal como había hecho al tomar ese dinero del cuarto de arreos sin pensarlo dos veces.

La cuestión era: ¿qué haría ahora?

Con excepción de los caballos, y de un gato de mirada feroz, la caballeriza estaba desierta cuando Molly entró en ella. Simpson siempre llegaba al trabajo a las cuatro en punto, pero aún faltaba una buena media hora para eso. El peón que debía haber estado cumpliendo sus tareas durante toda la noche no se vería por ningún lado. No había visto a nadie. Nadie la había visto a ella. Nadie sabía que había estado en esa caballeriza. Nadie sabía que tenía el dinero.

¿Debía devolverlo?

Sí, claro, dijo burlona una vocecilla dentro de su cabeza. Sólo espera hasta mañana a las cuatro menos cuarto, deslízate dentro de la caballeriza con el dinero, y déjalo donde estaba. Como si nadie lo hubiese echado de menos hasta ese momento. Como si nadie se hubiese dado cuenta siquiera de que había desaparecido.

¿Qué ocurriría si la pescaban en el momento de devolverlo? Molly se estremeció de sólo pensarlo. Sería lo mismo que si la pescaran robándolo. No podía siquiera pensar en las consecuencias que eso tendría.

Además, ya no podría devolverlo. Había gastado uno de los billetes de veinte. Incapaz de controlarse, extasiada ante el hecho de que efectivamente tenía en su poder semejante rareza, esto es, dinero real contante y sonante que no estaba destinado a pagar el alquiler o a comprar comida o a alguna otra cosa, cuando iba camino a casa se había detenido en el Dunki' Donuts de Versailles Road. Los niños habían tenido bollos frescos y leche para el desayuno. ¡Qué festín! Todos habían quedado encantados, incluso Mike, con sus catorce años, que últimamente había estado demasiado indiferente como para mostrar entusiasmo ante nada.

Al margen de lo que ocurriera, incluso si terminaba en la cárcel -o algo peor-, Molly no podía arrepentirse de haber comprado esos bollos.

Por otra parte, necesitaban el dinero. Robar estaba mal, pero era mejor que morirse de hambre, especialmente teniendo en cuenta que muy pronto los echarían a paradas de la casa, ya que esta, con su alquiler bajo de ciento cincuenta dólares mensuales, le correspondía por el empleo que había tenido hasta ahora. Ese empleo había sido el que garantizara que ella y cuatro niños tuvieran un techo sobre sus cabezas y comida en la mesa... y ya no lo tenía más.

Lo que tenía eran cinco mil dólares en efectivo.

Pero era cierto que no quería ir a la cárcel (o algo peor). ¿Qué harían los niños entonces?

Se oyeron pasos sobre las tablas de madera del destartalado porche que hicieron que volviera a la realidad. Pasos firmes. Pasos de alguien que va a cumplir con una misión. No los de un niño haciendo novillos. No los de algún empleado de las empresas de servicios intentando cobrar lo que debían o a cortar la electricidad o el gas. No los de alguna trabajadora social o alguien de la escuela que se acercara a husmear qué hacían los niños. Por amarga experiencia, Molly sabía cómo sonaba esa clase de pasos.

Estos sonaban serios.

Saltó del banco junto a la mesa plegable en el que había estado rumiando nerviosa la prueba de su culpabilidad y quitó rápidamente el saco de arpillera de la mesa. Apenas tuvo tiempo para meterlo en el armario que se encontraba bajo el fregadero y tomar el rifle que estaba guardado junto al refrigerador antes de que golpearan la puerta.

El rifle no estaba cargado -tenía miedo de guardar un arma cargada cerca de los niños, de manera que guardaba las balas en un hueco bajo el colchón de su dormitorio-, pero quienquiera estuviese en la puerta no lo sabría. De todas maneras, lo que tenía pensado era intimidar, no matar.

Un chirrido de resortes y una feroz explosión de ladridos anunció que Pork Chop también había oído los golpes. Pork Chop, un animal enorme, mezcla de pastor alemán y quién sabe qué, tenía un aspecto lo suficiente fiero para parar en seco al propio diablo. A pesar de la larga pelambre negra y castaña que agregaba más centímetros a su ya impresionante tamaño, Pork Chop era tan inofensivo como un gatito.

Pero quien fuere el que estaba en la puerta no lo sabía.

Arañando el linóleo con las uñas, Pork Chop casi tiró al suelo a Molly en su loca carrera hacia la puerta. Tenía la piel erizada y hacía un ruido capaz de despertar a un muerto.

Bestia, lo acusó Molly en silencio mientras se movía para ponerse a su lado. Luego, con la culata del arma firmemente calzada bajo la axila, abrió la endeble puerta de madera y aferró a Pork Chop del collar, como si temiera que, de soltarlo, fuese a devorar al que estuviese del otro lado de la puerta batiente aún cerrada.

El fuerte aroma de un perfecto veranillo de San Martín le dio la Bienvenida. De ordinario, la sola belleza del día habría bastado para calmar cualquier turbación que pudiera sentir. Amaba octubre, amaba la manera en que la brillante luz del sol se derramaba sobre al alfombra de hojas rojas y doradas que cubría el patio, amaba la temperatura agradable, amaba el olor a humo de leña que impregnaba el aire. Pero la turbación que estaba padeciendo en ese momento estaba lejos de ser ordinaria, de manera que apenas se dio cuenta de lo que, en otra ocasión, habría bastado para causarle un gran placer.

Había un hombre del otro lado de la puerta batiente. Sin hacer ningún movimiento para abrirla, Molly sostuvo firmemente el collar de Pork Chop cuando este intentó abalanzarse contra la barrera de tela metálica. El animal abrió sus enormes mandíbulas, como para atemorizar al visitante, dejando al descubierto dos hileras de dientes que no habrían estado fuera de lugar en un Tyrannosurus rex. El hombre del porche abrió los ojos desorbitadamente, echó una sola mirada a Pork Chop y dio un paso atrás.

Un vistazo le bastó a Molly para saber que no conocía al hombre. Tenía alrededor de cuarenta años, peso mediano y contextura delgada. Su pelo era color arena cortado implacablemente corto, mostraba un pronunciado bronceado y tenía penetrantes ojos azules. Llevaba traje y corbata oscuros y tenía aspecto severo. ¿Un matón? Soltó el collar de Pork Chop y alzó el rifle hasta apuntar a la hebilla de su cinturón. Pork Chop ladraba histéricamente.-¿En qué puedo servirle señor? -su saludo fue hostil.

-¿Señorita Butler? -se vio obligado a alzar la voz para poder hacerse oír por sobre el alboroto que armaba Pork Chop. Molly luchó contra el impulso de decirle que se callara. El animal la estaba ensordeciendo…

pero también estaba preocupando claramente al hombre que se encontraba tras la puerta. En resumen, valía la pena.

-No.

No estaba buscándola a ella. Ni a los niños. Cuando advirtió que la persona por la cual había preguntado le era desconocida. , Molly se relajó.

Empujó con la rodilla a Pork Chop atrás de la puerta batiente, disponiéndose a cerrársela al hombre en las narices.

-¿Señorita Molly Butler?

Molly quedó inmóvil. El nombre era parecido. Muy parecido. Estaba buscándola a ella. Sólo tenía el nombre ligeramente equivocado. Molly clavó en él una mirada cautelosa, aferrando la culata del rifle. Sin esperar a que

ella dijera nada más, el hombre buscó dentro de un bolsillo interior de su chaqueta y sacó una cartera de cuero.

-Will Lyman, FBI -dijo, abriendo la billetera para mostrarle una insignia y alguna clase de carnet de identificación-. Necesito hablar con usted, señorita Butler. ¿Podría bajar el arma, por favor, y apartar a su perro?

Ella podría haberlo intentado -después de todo, él era del FBI- pero una cosa era decirlo y otra muy distinta hacerlo. De todas maneras, ya era tarde. La atención de Pork Chop fue de pronto atrapada por algo muy interesante. Molly sólo lo advirtió cuando la andanada de ladridos se transformó en un aullido que presagiaba la batalla. El perro dio un salto hacia la puerta batiente, arrojando su mole de cincuenta kilos contra la endeble tela metálica con la fuerza destructiva de un misil. Aterrizó torpemente sobre sus cuatro enormes patas, aullando a todo pulmón, y dio nuevamente un salto hacia arriba, embistiendo en su frenético brinco al indeseado visitante. Perdido el equilibrio por la fuerza del choque, el hombre del FBI cayó al suelo de golpe, lanzando un grito. Por un pelo su cabeza no dio contra el oxidado metal del columpio que colgaba en el porche.

El gato del vecindario que había provocado semejante arranque de pasión echó una mirada al bólido que le pisaba los talones y trepó por al tronco nudoso de un enorme roble.

De pie bajo el árbol, Pork Chop continuó saltando y ladrando al intruso, que se instaló tranquilamente en una rama alta y procedió a lavarse una mano aterciopelada, moviendo su negra cola con desdén. Una hoja amarillenta cayó del árbol y flotó hasta aterrizar sobre el hocico de Pork Chop. Sacudió la cabeza, furioso ante la indignidad de toda la situación.

-¡Basta Pork Chop! -gritó Molly. Pensando en el resultado, bien podría haber ahorrado saliva.

El ataque de Pork Chop consiguió arrancar la no muy sólida puerta batiente (la había colocado ella misma) de sus goznes. Hora se encontraba abierta, con el marco de madera colgando de las bisagras, y lo único que le impedía caer era uno de sus ángulos enganchado en una protuberancia del suelo desparejo del porche.

Debería haberle pedido a Mike que la ayudara a colocar la puerta al volver de la escuela, pensó distraída. Mike se habría quejado, como hacía casi siempre, pero podría haberla sostenido mientras ella ajustaba los tornillos de las bisagras. Y ahora tendría que comprar una nueva tele metálica.

Gracias a Dios, tenía los cinco mil dólares. Sin ellos, la tela metálica tendría que haber esperado.

Pero ahora no podía pensar en eso. La prioridad consistía en librarse del hombre caído en el porche.

Molly lo miró, evaluando la situación. Estaba tendido de espaldas, con los brazos estirados, inmóvil, en absoluto silencio. Se le ocurrió que quizás estaba seriamente herido, incluso muerto. Sintió un escalofrío de pánico de sólo pensarlo. ¿Qué haría con un agente del FBI muerto en su porche?

Dadas las circunstancias, no se atrevía a llamar a la policía. Con cinco

mil dólares robados ocultos bajo el fregadero, no deseaba llamar la atención.

Cuando el tipo del FBI abrió los ojos y pestañeó hacia el techo del porche, Molly al menos pudo desechar esa preocupación. Casi le fue posible distinguir el momento exacto en que recuperó por completo la conciencia, ya que se le endurecieron notoriamente los músculos del rostro. Se sentó, ceñudo. Con gran cautela, Molly vio cómo pasaba los dedos de la mano derecha por su cabeza rapada. Su cartera con la insignia y la identificación había caído a unos cincuenta centímetros de su mano izquierda, abierta.

Él la divisó, se acercó hasta ella y, después de levantarla, se puso en pie, mientras que con la otra mano se sacudía el traje. Se le había torcido la corbata. Era azul, con dibujos castaños. La camisa era de hilo blanco, en apariencia costosa, ahora adornada con una raya de mugre.

Su mirada se encontró con la de ella a través de la parte superior de la puerta batiente, que había quedado intacta. Su expresión, antes dura, se había vuelto francamente glacial.

Molly no logró contenerse. Sonrió con una mueca burlona.

Evidentemente al hombre no le gustaba ser objeto de su diversión. Apretó los labios, y volvió a guardar la cartera en su bolsillo, mientras le decía:

-Señorita Butler, debo informarle que sabemos que esta mañana se llevó cinco mil dólares en efectivo de una caballeriza de Hipódromo Keeneland.

¿Ahora puedo pasar?

Sin esperar respuesta traspaso la destruida puerta batiente, envolvió con la mano el cañón del rifle y se lo arrebató, sin pensar si ese podía dispararse. Mientras se lo ponía bajo un brazo, pasó frente a ella y entró en la casa.

O mejor, pensó Molly, avanzó majestuosamente hacia la casa.

3 Sin palabras ante la bomba que él había dejado caer, Molly vuelta y descubrió que el tipo del FBI ya estaba en la cocina, de espaldas ella, mirando a través del cañón desmontado de su rifle. Después de asegurarse de que estaba descargado, volvió a cerrarlo con un golpe seco, ignorándola mientras echaba una mirada alrededor de la habitación.

Estaba limpia, pero eso era prácticamente cuanto podía decirse en su favor, reconoció Molly mientras se imaginaba mirando la cocina con lo ojos del hombre. El gastado linóleo era de un color indefinido entre pardo y gris. Las paredes eran amarillo mostaza, y la superficie de trabajo que rodeaba el fregadero estaba cubierta por un desportillado laminado verde. Apoyada sobre ella, una mezcolanza de vajilla del desayuno ya lavada se secaba en un escurreplatos de plástico. Dos trapos de cocina de color verde, cosidos a mano hacían las veces de cortinas para la única y pequeña ventana. Los armarios estaban enchapados en madera oscura. La cocina a gas, con el esmalte blanco saltado, contrastaba con el flamante refrigerador. La mesa plegable que habían robado tiempo atrás en un parque cercano, ya que no podían permitirse comprar ningún mueble, se hallaba en el centro de la habitación, pintada de blanco. Uno de los dos bancos que la franqueaban,

del que Molly había saltado al ver llegar al hombre, sobresalía por una de sus esquinas. Una escoba, un estropajo y una pala ocupar el estrecho espacio que quedaba entre el refrigerador y la pared.

La "alacena", un conjunto de estantes industriales de metal pintado' de blanco para que hicieran juego con la mesa, guardaba lo que quedaba de los botes de tomates, guisantes y maíz que Flora Atkinson, la esposa de un granjero vecino, le había dado a Molly la primavera anterior por haberla ayudado a arreglar la casa para el casamiento de su hija. Un kilo y de hamburguesas congeladas desde hacía varias semanas, que esa mañana habían sido rescatadas de las profundidades del congelador antes de que Molly fuera hasta Keeneland, se descongelaba en el fregadero para la cena. En un rincón próximo a la alacena descansaba un cubo con tapa para la basura, también pintado de blanco pero muy desportillado por el uso. Nadie que viera la habitación podría dudar ni un instante de que la gente que vivía en ella era pobre.

Y a mucha honra, decidió Molly alzando la barbilla. Ser pobre no era motivo para avergonzarse. Un montón de gente buena de verdad lo era.

Incluidos los Ballard.

-Entre, señorita Butler. Y cierre la puerta.

El tipo del FBI no sonreía. En las comisuras de los labios tenía arrugas profundas, probablemente debidas al exceso de sol. Y patas de gallo en los ojos. Tal vez su intenso color azul se veía tan perturbador precisamente a causa del contraste que hacía con su cutis bronceado.

No podía saber lo del dinero. No había nadie en la caballeriza. Ni siquiera el peón. Sólo los caballos y un gato.

Pero, de alguna manera, se había enterado.

Molly se estremeció. Durante un instante, jugueteó con la idea de echar a correr tan rápido como le fuera posible. El jamás podría atraparla. Ella era veloz como un pura sangre, y él no era más que un viejo pesado vestido de traje. Pero inmediatamente pensó en los niños y en las mil y una cosas que la ataban al lugar, y se dio cuenta de que sería imposible escapar. Debía enfrentarlo y hacer lo posible para convencerlo de que estaba equivocado.

Pero ¿el FBI? ¡Usar un cañón para matar una mosca! Habría esperado que apareciera la policía, incluso un matón contratado, si era descubierta, ¡pero no un agente federal! Sintió que las mariposas que tenía en el estómago levantaban vuelo.

-No sé de qué está hablando -dijo, cruzando las manos sobre el pecho y sin dar un paso-. De todas maneras, si está buscando a una señorita Butler se equivocó de persona. Ese no es mi nombre.

-¿Cuál es su nombre entonces? -tenía la manera de hablar rápida y entrecortado típica de alguien del norte. Era evidente que no era del lugar.

-Se supone que el del FBI es usted. Dígamelo.

-Usted se llevó el dinero.

-Ya le dije, no sé de qué está hablando.

Él entrecerró los ojos:

-No juegue conmigo, señorita Butler. Hoy no tengo la paciencia necesaria.

-Ay, ¿así que el señor FBI se dio un porrazo? ¿Y eso lo hizo enfadar? Me pregunto qué le duele más, si la dignidad o el culo.

Al tipo no le gustó nada, advirtió Molly. En lugar de responder di rectamente a su desafío, buscó dentro del bolsillo de su chaqueta y sacó de él un teléfono celular, sosteniéndolo de forma tal que significara claramente una amenaza.

-Si no va a cooperar conmigo, señorita Butler, no me deja otra alternativa que arrestarla. Todo lo que necesito es hacer una llamada telefónica.

Molly silbó por lo bajo:

-¿Así que ahora llevan teléfono? Al menos, en la televisión lo agentes del FBI llevaban pistolas.

-¿Va a cooperar o no? -dijo él, apretando los labios.

-¿Cómo sé siquiera que pertenece realmente al FBI? Cualquiera puede conseguir una identificación falsa.

-En los círculos en los que usted se mueve, probablemente sea así Pero sucede que mi identificación es auténtica. Si así lo desea, puede llamar a la central y comprobarlo. Le daré el número.

Molly se pellizcó los labios y avanzó los dos pasos que la separaban del teléfono de la cocina.

-Creo que, en lugar de eso, llamaré a la policía -dijo suavemente mirándolo fijamente mientras blandía el auricular.

-Hágalo -él guardó el teléfono en el bolsillo, se cruzó de brazos y ostensiblemente se dispuso a esperar, sin quitarle los ojos de encima.

Una vez desbaratado su farol, Molly dudó. ¿Y ahora, qué? El también lo advirtió, tomando nota del fugaz relámpago de pánico que cruzó por sus ojos antes de que pudiera dominar su expresión. De ninguna manera iba a traer hasta aquí a la "poli" local, si podía evitarlo. Ante todo, había ese asuntillo del saco de arpillera lleno de dinero, escondido junto a los artículos de limpieza en el armario. Luego el hecho de que el amistoso departamento de policía que patrullaba el vecindario estaría más que dispuesto a creer de ella lo peor, como de cualquiera de los Ballard. Ya había sufrido alguna que otra entrada en sus archivos, principalmente a causa de los niños. Precisamente el verano anterior habían pescado a los gemelos, de once años, arrojando huevos a los coches que pasaban, y la Navidad pasada Mike había sido arrestado por robar de una tienda una cinta de los Pearl Jam. Tan sólo la bondad del propietario de la tienda de música había evitado que el asunto siguiera adelante. Versailles era un pueblo pequeño, donde todos se conocían y sabían todo de la vida de los demás. Cada uno de los habitantes se ajustaba a una categoría determinada, y la que ocupaban Molly y su familia era la de gentuza pobre y molesta.

No, definitivamente no tenía ningún interés en que la "poli" local se metiera en esto. Librada a su tierna clemencia, acabaría en la cárcel en un

abrir y cerrar de ojos, y los niños serían enviados inmediatamente a hogares de adopción. Otra vez.

-¿Y bien?

Molly tuvo la molesta sensación de que él podía leer sus pensamientos.

La idea la puso nerviosa. Colgó el auricular.

-Muy bien, tal vez sea del FBI, pero le digo que se equivocó de persona.

No me llamo Butler.

-¿Tiene un videorreproductor?

-¿Qué? -la pregunta, tan inesperada, la desarmó. Él la repitió.

-¿Y qué si lo tengo?

La verdad era que Mike tenía un vídeo. Durante el último mes de junio había trabajado ayudando al viejo señor Higdon a levantar la cosecha de tabaco, y el vídeo usado había sido parte de su paga. Trabajar para conseguir algo, tal como Molly se había esforzado en hacerle entender, era mucho mejor que robarlo en una tienda. Nadie lo encarcelaba a uno por trabajar.

¿Cómo iba a hacer para mantener estos altos principios morales frente a Mike, teniendo esos cinco mil dólares colgando sobre su cabeza? A menos que, pensó, ella se transformara en el ejemplo viviente de las consecuencias del pecado, pasando los próximos años de su vida tras las rejas.

Las mariposas que tenía en el estómago aletearon.

-¿Dónde está? -demasiado impaciente como para aguardar la respuesta, él se dio vuelta y se dirigió hacia la estrecha puerta que comunicaba con la sala de estar. Ansiosa por no perderlo de vista, Molly fue tras él.

La planta baja de la desvencijada casa de madera constaba de tres habitaciones: la cocina y la sala de estar al frente, y el dormitorio de Molly al fondo. El único baño era un cobertizo agregado a la cocina, obviamente posterior a la construcción de la casa; los restos del retrete original aún se alzaban en una loma cercana.

El mobiliario de la sala de estar era un conjunto tan heterogéneo como el de la cocina. En el centro del suelo de madera dura, oscurecida por el tiempo, había una gastada alfombra oval tejida, en tonos que alguna vez habían sido pardos,, verdes y ocres. Un sofá tapizado de color naranja, hundido, que había sido rescatado de un contenedor donación al Ejercito de Salvación, se apoyaba contra una pared cubierta por paneles de madera de imitación. En uno de los costados del sofá había una vieja poltrona de color castaño, cuyos apoyabrazos mostraban desgarrones que habían sido reparados con cinta adhesiva color azul eléctrico, y en el opuesto, una silla Adirondack pintada de color parduzco, ambas con almohadones estampados con motivos florales que Molly había confeccionado con viejas fundas para almohadas. Sobre dos estropeadas mesas bajas de madera se apoyaban unas lámparas baratas, blancas y panzonas. Descoloridas cortinas doradas, totalmente corridas para permitir la mayor entrada posible de luz dentro de la oscura habitación, adornaban el único ventanal.

La pared más alejada de la puerta mostraba una chimenea fuera de

uso, frente a la cual se alzaba un pedestal de ladrillos rojos que sostenía una negra estufa a leña.

Era imposible dejar de ver el sitio de privilegio adjudicado al televisor y al vídeo. Estaba contra la corta pared que la sala de estar compartía con la cocina. Cuando Molly se asomó de mala gana por la puerta de la sala de estar, el tipo del FBI ya lo había encontrado y se encontraba ocupado en la tarea de sacar una cinta de vídeo de un bolsillo interior de su chaqueta.

Echando una rápida mirada en dirección a ella, continuó con lo que estaba haciendo. Apretó uno de los botones del aparato, introdujo en él la cinta, apretó otro más y encendió el televisor. Con un movimiento del dedo, le hizo señas de que se acercara. A regañadientes, Molly dio dos o tres pasos dentro de la habitación, en tanto la pantalla durante unos segundos no mostraba más que lluvia gris. Momentos después, para su horror, apareció la imagen con todos sus vívidos detalles. Molly quedó inmóvil, paralizada por el pánico, viendo cómo el vídeo la mostraba en el momento de encontrar el saco de arpillera de alimento para caballos lleno de fajos de dinero alzarse con él.

¡Por alguna razón, el tipo tenía todo filmado en una cinta!

La observó mientras ella miraba la pantalla; al ver que había logrado su cometido, apagó el aparato.

-¿Y bien? -dijo nuevamente, mirándola directamente a los ojos.

Molly cerró la boca que había dejado abierta ante el impacto, cruzó los brazos y trató de ignorar el hormigueo helado que le recorría los miembros. Su mirada encontró la de él. La tenía atrapada, y ambos lo sabían. ¿Cómo iba a negar lo que estaba en la cinta? ¿Alegando que tenía una malvada hermana gemela?

4 -Muy bien -dijo finalmente Molly-. Así que tal vez tomé el dinero.

-No creo que aquí haya ningún tal vez.

Molly no dijo nada.

-¿Dónde está? -Preguntó él.

Sin una palabra, Molly se dio vuelta y se dirigió a la cocina, Demorándose sólo el tiempo necesario para sacar la cinta de la máquina -ella pudo oír el ruido gracioso que siempre hacía el vídeo cada vez que expulsaba una cinta-, él fue tras ella. Por supuesto que no iba a ser tan estúpido como para olvidar la prueba. Cinta en mano, la observó desde la puerta mientras ella recuperaba el saco de arpillera de debajo del fregadero y lo arrojaba desmañadamente sobre la mesa. Restituyendo la cinta al bolsillo de su chaqueta Y reuniéndose con ella junto a la mesa, el tipo del FBI desató el saco y echó una mirada al interior, como para asegurarse de que el dinero aún se hallaba allí. Luego, aparentemente satisfecho, lo ató con un fuerte nudo.

-¿Por qué se lo llevó?

Era una Pregunta tan estúpida que hizo enfadar a Molly.

-Por diversión -dijo, abrazándose con ambos brazos-. Por fastidiar.

¿Por qué otra razón una chica rica como yo robaría un saco lleno de

dinero?

Él apretó los labios:

-En su lugar, evitaría el sarcasmo, señorita Butler. Está metida en un grave problema.

-¿Va a hacer ahora esa llamada, y arrestarme? -la pregunta era una simple bravata. Mientras aguardaba la respuesta, Molly se sintió enferma de miedo.

-Lo que usted hizo es delito de felonía -dijo él-. Puede corresponderle una larga sentencia. Quince años, veinte quizá.

Ay, Dios. Molly se sintió mareada. A pesar de que lo que más deseaba en el mundo era que él no advirtiese lo asustada que estaba, no pudo evitar que su cuerpo cediera. Se le aflojaron las rodillas y cayó como un saco deforme sobre el mismo banco en el cual estaba sentada cuando llegó el hombre. Con la boca abierta, comenzó a respirar entrecortado y temblorosamente.

-Tal vez -dijo él lentamente, contemplándola- podría conseguir que fueran piadosos con usted... si coopera. Necesito saber quién la envió a recoger el dinero.

Molly lo miró, sorprendida. Él la observaba atentamente, apoyado sobre una fuerte mano bronceada que descansaba sobre la mesa, frunciendo el entrecejo. Ella pudo ver la correa negra de su reloj de pulsera, asomándose bajo el puño de su camisa blanca. Era de cuero, y la esfera del reloj era de oro. Su traje era de fino paño de lana, la corbata era de seda, y toda su vestimenta, como su comportamiento, proclamaban con claridad que pertenecía a la clase privilegiada. Bajo ningún concepto podría entender lo que significaba ser como ella, ser joven y pobre y estar atrapado en una batalla cotidiana de vida o muerte sólo para llevar comida a la mesa.

Bajo ningún concepto podría entender lo que significaba estar como ella estaba ahora, mirándolo, muerta de miedo.

Sus ojos lanzaron relámpagos azules. Cuando sus miradas se encontraron, Molly decidió que cualquier intento que hiciera para mentirle acerca de lo que había hecho era un gasto inútil de tiempo y de energía.

-Nadie me envió -dijo.

-No podré ayudarla si no me dice la verdad.

-Esa es la verdad. Tomé el dinero porque nosotros es decir, yo... lo necesitábamos. Nadie me dijo que lo hiciera.

-¿Qué estaba haciendo en esa caballeriza a las cuatro menos cuarto de la mañana? -le arrojó la pregunta como si se tratase de un ladrillo.

-Yo... trabajo allí, en la cuadra Wyland. Al menos, trabajaba.

-¿Qué quiere decir con "trabajaba"?

-Hace unos días me enfadé por algo y renuncié. Esta mañana fui allí a recoger mi último cheque.

-¿Por qué se enfadó?

Para rabia de Molly, su rostro se arreboló con oleadas de calor, producto de la incomodidad:

-Un tipo me pellizcó y no me gustó.

-¿Quién? ¿Don Simpson?

-No, no fue el señor Simpson. Thomton Wyland. Su familia es la dueña de todo eso.

Él tardó un minuto en digerir esta información, luego cambió el rumbo de su interrogatorio:

-¿De manera que fue a la caballeriza a recoger su último cheque a las cuatro menos cuarto de la madrugada?

-Siempre comienzo, bueno... comenzaba, a trabajar a las cinco. Las cuatro menos cuarto no es una hora demasiado temprana en el negocio de los caballos.

-¿Quién se suponía que debía entregarle ese cheque?

-El señor Simpson.

-No estaba allí.

-Habitualmente llega alrededor de las cuatro. Le gusta ser el primero en llegar. Fui más temprano porque no quería que se me escapara.

Necesitaba, necesito, ese cheque.

-Así que llegó temprano. ¿A qué hora? ¿A quién vio? ¿Quién se encontraba en la caballeriza?

-Creo que llegué alrededor de las tres y media. No vi a nadie.

Habitualmente hay un peón cumpliendo sus tareas toda la noche, pero, si estaba allí, yo no lo vi.

-Dígame entonces, señorita Butler, qué hizo en una caballeriza desierta entre las tres y media y la hora en que entró en ese cuarto de arreos.

-Me entretuve mirando a los caballos y le hablé a Ofelia -no parecía tener mucho sentido corregirlo nuevamente acerca de su nombre.

Además, pensó que no sería mala idea mantener esa pequeña zona de ignorancia. Todavía no veía cómo, pero era posible que su error con respecto al apellido pudiera convertirse en una ventaja para ella.

-¿Le habló a quién?

-Ofelia. Es una mula. No hace mucho recibió una herida y desde entonces tiene miedo a la gente. Confía en mí. Quería asegurarme que se encontraba bien.

En realidad, dos meses atrás, Ofelia había sido víctima de un ataque atroz. Una noche, mientras vagaba suelta por los prados de la cuadra Wyland, había sido herida varias veces en los cuartos traseros con lo que, a la vista del tamaño y la forma de las heridas, parecía ser una navaja. El atacante no había sido identificado. Se había aumentado la seguridad en el establecimiento, aunque la preocupación no fue demasiada, en razón del poco valor de Ofelia. Después de todo, no era un pura sangre. Se permitía que estuviera en Keeneland sólo por el efecto calmante que tenía su

presencia sobre Tabasco Sauce, la gran esperanza de conseguir laureles de la cuadra Wyland. Ofelia era su mejor compañera.

-¿Qué hace, o mejor dicho, que hacía en la cuadra Wyland?

-Hacía tareas de peón.

-Dijo que Don Simpson era su jefe. ¿Y eso es todo? ¿Qué clase de relación Personal tiene con él?

A Molly no le gustó la segunda intención que tenía la pregunta. Lo miró directamente a los ojos:

-No tenemos nada que ver uno con el otro, si eso es lo que está preguntándome.

El ni siquiera tuvo el detalle de parecer avergonzado:

-¿Así que no tiene ninguna clase de relación personal con Simpson, si le comprendo bien?

-Me comprendió bien.

-¿Ni con ningún otro?

-¿Qué? -Preguntó, abriendo muy grandes los ojos.

-¿Está... viéndose... con alguien más?

-No creo que sea de su incumbencia. Si está pensando sonsacarme algo, la respuesta es no.

El no estaba haciendo eso, y ella lo sabía. Sólo daba la impresión que no había podido resistir el impulso de alardear de poseer un vocabulario elegante.

-No tengo pensado sonsacarle nada, señorita Butler, créame.

Simplemente le hago una pregunta: ¿con quién está viéndose, socialmente hablando? ¿Con quién se encuentra? ¿Quién es su novio?

-¿Para qué quiere saberlo?

Él frunció el entrecejo:

-Señorita Butler, si no quiere ir a la cárcel, tiene que responder cualquier pregunta que le haga. Y decirme toda la verdad. ¿Lo entendió?

Ella lo miró, frunciendo el entrecejo. Aparentemente él tomó su expresión como respuesta afirmativa a su última pregunta y así era en efecto -¿Novios? ¿Amigos? ¿Relaciones sentimentales?

-A veces salgo con Jimmy Miller. Su padre es el dueño del garaje Miller en el pueblo. Y con Tom Atkinson. Es un vecino. Y con algunos otros, cuando me invitan y estoy libre.

-¿Está involucrada personalmente con Bernie Caudill?

-¿Bernie Caudill? -el nombre le sonaba familiar, pero Molly no logró recordar quién era.

-El que identifica a los caballos que corren en Keeneland.

-¿Oh, se refiere a ese viejo gordo que controla los tatuajes del hocico de los caballos?

-Ese mismo.

-No. Apenas lo conozco.

-¿Tim Harden? ¿Jason Breen? ¿Howard Lawrence?

A cada mención de un nombre, todos ellos de entrenadores locales, Molly respondió sacudiendo negativamente la cabeza.

El tipo del FBI quedó en silencio un instante:

-De manera que lo que usted me está diciendo es que no se encontraba en esa caballeriza a las cuatro menos cuarto de la madrugada por otra razón que no fuese recoger el cheque de su paga.

-Así es.

-¿Qué hacía, entonces, en el cuarto de arreos? Parece ser un lugar extraño para visitar a esa hora del día.

-Fui a buscar un puñado de alimento fresco para Ofelia. Le encanta.

-Ofel… oh, sí, el asno.

-Es una mula.

Él desechó la diferencia frunciendo la boca con impaciencia.

-Usted no tenía idea de que el dinero estaba allí, ni de para quién era, ni nada. Simplemente lo vio y lo tomó porque le hacía falta, ¿correcto?

-Correcto.

-Dígame entonces algo más: ¿por qué miró dentro del saco?

-Porque no era de la marca habitual. Siempre usamos piensos de Southerm Farms. El saco era marca Benton, que es un alimento de calidad inferior. No es el que se les da a nuestros caballos, por lo que no tenía por qué estar en el cuarto de arreos, ya que alguien podía usarlo por error. Un alimento equivocado afecta el aparato digestivo de los caballos.

Hay que ser muy cuidadoso con los de pura sangre. Iba a sacarlo de allí para estar segura, pero cuando lo levanté supe inmediatamente que no contenía alimento. Así que miré a ver qué había.

-¿Se sorprendió de encontrar dinero en él?

Ese sí que era el eufemismo de la década.

-¡Oh, sí!

Él permaneció callado un momento, con expresión pensativa. Su mirada la recorrió de arriba abajo, desde el rostro hasta lo que podía ver del esbelto cuerpo enfundado en los tejanos sentada como estaba frente a él, mesa de por medio. Para Molly era claro que estaba evaluando sus palabras, tratando de decidir si estaba diciendo la verdad.

-¿Cuántos años tiene? -preguntó abruptamente.

-Veinticuatro.

-Vive aquí con sus hermanos y hermanas, ¿no es así? ¿Tiene varios?

-Cuatro. Dos varones, dos niñas.

-Y usted es la mayor.

-¿Qué hizo, investigarme antes de venir? Por supuesto. Es del FBI, ¿verdad? -sus palabras sonaron llenas de resentimiento-. En ese caso, Ya sabe que soy la mayor, así que ¿para qué me lo pregunta?

Lo dijo con los pelos de punta, pero no tuvo ningún efecto evidente sobre él. Su siguiente pregunta fue:

-¿Dónde están sus padres?

Molly se puso rígida. Esto era ir demasiado lejos, entrar en el reino de lo personal, en el que jamás había permitido entrar a nadie.

-Vea, ¿le importa realmente? Donde sea que estén mis padres, no tiene nada que ver con todo esto.

-Quiero saberlo.

Bueno, ella también quería muchas cosas, como que él se fuera de una vez. Pero no iba a conseguirlo, no mientras él tuviera esa cinta poder y ella no pudiera ordenarle salir de su casa. Esa cinta le daba a él las de ganar... y el derecho a exigir respuestas, sin importar lo íntimas que fueran las preguntas.

-Mi madre murió. Mi padre desapareció una tarde cuando yo era bebé.

¿Está bien?

Él la contempló sin hablar por un instante. Luego su boca se frunció en un rictus irónico:

-Hoy es su día de suerte, señorita Butler. Voy a creer que está diciéndome la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Voy a tomar el dinero y me marcharé, olvidando que alguna vez usted lo robó.

A menos que descubra que me mintió. En ese caso, volveré.

Levantó el saco sosteniéndolo por el nudo, le hizo una inclinación con la cabeza y se dispuso a marcharse. Incapaz de creer que de verdad estaba a punto de librarse del embrollo de esa manera, Molly giró en el banco para mirarlo mientras se dirigía hacia la destrozada puerta batiente.

-Que tenga un buen día, señorita Butler -le dijo él sobre el hombro, como si lo que acababa de pasar hubiese sido el más amistoso de los encuentros casuales. Aunque vagamente irritada ante el desparpajo de su despedida, la abrumadora emoción que la embargó cuando lo vio irse fue como un torrente de alivio. No iría a la cárcel, después de todo.

Aunque él todavía no sabía nada de los veinte dólares que faltaba en el saco.

Mientras jugueteaba con esta idea, el hombre del FBI se detuvo bruscamente, a escaso medio metro de los escalones. ¿Habría cambiado de parecer?, se preguntó en un súbito ataque de pánico. ¿Podría leerle la mente? ¿Volvería?

Su duda quedó despejada cuando apareció Pork Chop en escena caminando rígidamente, con el pelo del cogote erizado y mostrando 1os blancos dientes brillantes. Aparentemente el perro había estado toman una siesta en el porche.

Hay que decir en favor del hombre del FBI que tuvo la dignidad de mantenerse en su lugar. Extendió la mano y permitió que el enorme animal le olfateara los dedos, mientras le decía algo que Molly no logró descifrar en un tono calmo y tranquilizador. Ante ese gesto, Pork Chop se de derritió como el idiota de corazón blando que era. Movió la cola ahora tenía claro que un hombre que le permitiera olfatearle los dedos debía ser un amigo- y obtuvo unas palmaditas en la cabeza como compensación por las penurias pasadas.

Por fin, el tipo del FBI dejó de palmear la cabeza del traicionero animal de Molly, bajó los escalones del porche y salió fuera de la vista de la joven.

Y, deseó fervientemente Molly, fuera de su vida.

5 Las noticias que aguardaban a Will cuando llamó a Murphy un teléfono público del 7-Eleven de Versailles Road, eran malas: Howard Lawrence había muerto. Lawrence era el entrenador de la cuadra Cloverlot y el confidente que los mantenía informados. Era quien había confirmado los detalles de la estafa, el que había señalado a Don Simpson y los demás, y el que había dejado el saco con el dinero, supuestamente el pago de una carrera anterior hecha con caballo sustituido, en el cuarto de arreos de la caballeriza 15. De momento, Howard Lawrence era el único caso que tenían. Gracias a la intervención de la joven tan atractiva a quien Will acababa de dar, para su disgusto, una gran oportunidad, todavía no habían logrado obtener la menor prueba contra ningún otro.

-¿Qué quieres decir con muerto? -preguntó Will, con violencia, cuando Murphy le espetó las noticias.

-Ya sabes, estirar la pata, diñarla, dejar este valle de lágrimas.

-¿Está muerto?

-Es lo que dije.

-En nombre de lo más sagrado, ¿cómo demonios sucedió?

-Se suicidó.

-¿Se suicidó?

-Sí -Murphy sonaba sombrío.

-¡Se suponía que lo tenías bajo vigilancia!

-Y lo tenía. Estaba siguiéndolo, y se detuvo para comer una hamburguesa. Entró por la entrada para coches, se acercó a la ventanilla y luego se detuvo en el aparcamiento para comer. Parecía que iba rato allí, así que me dirigí hacia la parte trasera y entré, para usar el lavabo.

Cuando volví a dar la vuelta todavía estaba en su auto. Pude verlo claramente a través del aparcamiento. Estaba como recostado en el asiento con los ojos cerrados, pero no pensé que fuese nada raro. ¡Creí que estaba descansando un momento! ¿Cómo iba a suponer que se había volado la tapa de los sesos, justo allí, en el Dairy Queen? -Murphy estaba obviamente agraviado por haber sido culpado.

-¡Mierda!

-Eso mismo dije yo.

-Por todos los diablos, Murphy, no debías haber dejado que sucediera!

-¿Qué podía hacer? ¡No había nada que pudiera hacer!

-¡Mierda! -dijo Will otra vez.

-Hombre, lo siento.

Will casi pudo ver el encogimiento de hombros de disculpas por el teléfono. Apretó los dientes.

-¿Supongo que los palurdos locales se están ocupando del caso?

-Oh, sí. Una de las chicas que trabajan en el lugar lo encontró. Estaba llevando un pedido especial y cuando pasó junto al coche dejó caer la comida y comenzó a gritar. La policía llegó en menos de cinco minutos.

-¿Hablaste con ellos?

-No. Cuando la chica comenzó a gritar, me quedé adentro del coche. Al llegar la "poli" local, me fui. No quería que supieran que teníamos interés en Lawrence.

-¿Estás seguro; absolutamente seguro, de que está muerto?

-Sí.

-Si no te bajaste del auto luego de que la chica comenzara a gritar, ¿cómo puedes estar seguro? -la paciencia de Will estaba siendo sometida a una dura prueba. ¡Maldito Hallum por haberle endilgado a este majadero!

-Lo vi en las Noticias del mediodía. Era la nota principal: entrenador local se suicida en el Dairy Queen. Créeme, está muerto. Ya se están haciendo los arreglos para el funeral.

-¿Salió en la "tele"? ¡Cristo!

-Al menos nadie sabe que tenía algo que ver con nosotros -Murphy parecía ofrecerle consuelo-. De todas maneras, ya nos había dicho todo lo que sabía. Todavía tenemos un caso.

Will cerró brevemente los ojos:

-Estás equivocado, Murphy. No "tenemos un caso". Habíamos jugado todos los triunfos a Lawrence, pero ahora está muerto. Sin su testimonio, no tenemos nada contra los demás. Nada, ¿entiendes eso? Ningún testigo, ninguna prueba, nada. Nada; en relación con nadie, salvo un montón de rumores -lo que mandaba directamente al infierno una enorme cantidad de trabajo, pensó furioso.

-Tal vez podamos intimidar a alguno de los otros para que confiese, o algo así. Traerlos y decirles que Lawrence contó todo antes de morir.

-Y si no confiesan, como harán si tienen dos dedos de frente, no tenemos nada. Excepto un papelón que no nos dejará salvar la cara y una enorme cuenta de gastos sin nada que la justifique. Con el agravante de que los alertaremos acerca de que su pequeña intriga ha sido descubierta, lo que significa que la harán rápidamente de lado. Dejándonos otra vez sin nada..

-Al menos no cometerán más delitos.

-Oh, le diré eso a Hallum. Tal vez nos proponga para Ciudadanos del Año.

-Nada que podamos hacer ahora cambia nada -una vez más Will casi pudo oír su encogimiento de hombros.

Will no habló durante un rato. No podía. El tránsito pasaba zumbando por la autopista de cuatro carriles que corría cerca de donde se encontraba.

Un par de gamberros salieron de lo de Thornton y se treparon a una destartalada camioneta, acelerando ruidosamente cuando salían. Una bocanada de humo maloliente que salía por el tubo de escape le llenó las fosas nasales. Se echó hacia atrás, intentando esquivarla.

Por encima de él, el cielo se veía de un espléndido azul cerúleo, surcado por esponjosas nubes que flotaban mansamente. Un aire demasiado cálido para la estación le acarició el rostro. En pleno Chicago, hacia mediados de octubre, habrían hecho unos diez grados menos y el aire estaría fresco, como se supone que debe estarlo en otoño. Las calles habrían estado colmadas de gente ocupada en verdaderos asuntos. El viento habría silbado a través de las hondonadas formadas por los rascacielos...

-¡Etheline, no olvides mi tabaco! ¿Me oyes? -desde un ruinoso Chevy, una mujer gorda le gritó, admonitoria, a su igualmente voluminosa hija adolescente, que estaba a punto de entrar en la tienda y le respondió levantando la mano.

En Chicago ya nadie fumaba. Aquí, el lema para todo el condenado estado bien podría haber sido "El tabaco es salud". La mitad de la población echaba humo. ¡Dios, ansiaba estar de vuelta en la civilización!

Su idea del infierno era la de quedarse clavado aquí por el resto de su vida.

-¿Estás seguro de que fue un suicidio? -preguntó a Murphy, con desesperación.

-En las Noticias del mediodía dijeron que el arma fue encontrada en el coche, llena de huellas digitales de Lawrence. Nadie estaba con él. ¿Qué otra cosa podía ser?

Realmente ¿qué otra cosa? El hecho de que la muerte de Lawrence fuera terriblemente conveniente para los hombres que había delatado no significaba que fuese un asesinato. Sin embargo...

-¿Has tomado nota de las matrículas de los coches en el aparcamiento?

-No -Murphy parecía sorprendido-. ¿Debería haberlo hecho? No pensé en ello, ya que era un suicidio, y todo eso.

No has pensado, punto, masculló Will, pero no lo dijo en voz alta.

-¿Has recuperado el dinero? -preguntó Murphy.

-Sí -hundido en sus pensamientos, Wil1 respondió con apenas un gruñido.

-Eh, Will... -hubo una pausa.

-¿Qué? -la pausa atrajo la atención de Will. Intuyó que se avecinaban nuevas malas noticias.

-El nombre de la chica es Ballard, no Butler. Molly Ballard. Me temo que lo leí mal -Murphy sonaba avergonzado.

-Gracias por comunicármelo -la voz de Will sonó seca. Con Murphy ya estaba empezando a acostumbrarse a las chapucerías.

Al menos la chica estaba diciendo la verdad cuando afirmó que no era la señorita Butler. Murphy hizo una mueca al recordarlo. Odiaba que lo hicieran quedar como un tonto. Al pensar en eso, tuvo una súbita visión de sí mismo, yaciendo aplastado sobre el pavimento del porche.

Ganando el primer premio a la tontería, haciendo que empalideciera el error cometido con el nombre.

-Has recuperado el dinero, así que imagino que lo otro no importa -dijo Murphy, esperanzado.

Will apartó el auricular de su oreja y lo contempló un instante. Luego lo acercó nuevamente y dijo, cauteloso:

-No, supongo que, visto de esa forma, no importa.

-¿Quieres que haga algunas llamadas y que intente conseguir el informe oficial sobre Lawrence, o algo así?

-No -dijo Will, sintiendo algo cercano al pánico sólo al pensar en Murphy haciendo algo más-. No hagas nada. Estaré allí en veinte minutos.

Sin darle oportunidad de responder, colgó.

Cuando se dispuso a ir hasta su coche, Will descubrió, para su disgusto, que tenía goma de mascar pegada a la suela del zapato. Un gran globo grasiento, rosado y lleno de mugre, con largos y delgados filamentos que se estiraban desde la suela de su costoso zapato hasta los restos de goma Pegadas al asfalto. Ni siquiera se sorprendió. Porque todos los nativos que no fumaban mascaban chicle y lo escupían donde les venía bien.

Ese había sido un día malo desde el principio, desde el momento en que la chica se había llevado el saco con el dinero destinado a obtener la, prueba filmada de Don Simpson recibiendo un soborno. De ahí en adelante, aunque Will no lo creyera posible, los hechos se habían precipitado en Picado. Y ahora tenía goma de mascar pegada en el zapato.

Como dice el refrán, a veces se gana, a veces se pierde.

O, como Will se dijo sucintamente, a veces la vida se burla de ti.

Raspó la suela del zapato contra el bordillo de la acera para quitarse la goma todo lo bien que pudo, se encaminó hacia el indescriptible Ford Taurus blanco aprobado por la compañía, que era para él una fuente de irritación, precisamente por ser tan anodino, y puso rumbo hacia Lexington, a unos quince kilómetros de allí.

De repente deseó fervientemente estar frente a un vaso de leche fría, una rosquilla y un ejemplar del Chicago Tribune. Desde que había renunciado a la cafeína en consideración a la úlcera que periódicamente lo molestaba, quince minutos con un vaso de leche, una rosquilla y el periódico se habían convertido en el método elegido para manejar su estrés.

Era preferible eso a emprenderla a golpes con las paredes.

Esta gente jamás había oído mencionar las rosquillas. Cada vez que había intentado pedir una en alguna variante local de restaurante con envío

a domicilio, sólo había conseguido una mirada vacía como respuesta. La más recordada era la que le había dado un payaso recomendándole averiguar en la tienda de mascotas que estaba calle arriba. Rosquillas, conejillos, ya sabe, ja, ja.

Los nativos tenían, ciertamente, un gran sentido del humor. Debía tener cuidado, o podría morirse de risa.

Hacía poco más de una semana que estaba en el pueblo y ya podía sentir que su presión arterial trepaba hasta las nubes. Días atrás había decidido que el estilo de vida de la gran ciudad estaba en sus genes. El "fresco" aire de campo -que en realidad era denso y dulzón, con algo más que un dejo a estiércol- le provocaba náuseas. A él, que le dieran en cualquier momento un buen par de bocanadas de contaminación.

Ya era de por sí bastante malo tener que sufrir como sufría a causa de una insignificante banda de estafadores que arreglaban carreras de caballos, por las que nadie habría dado un centavo si el senador Charles Paxton de Kentucky y sus amigotes no hubieran perdido una abultada suma en el hipódromo local la primavera anterior; pero que la investigación ahora pareciera haber llegado a un punto muerto era mucho peor. Si no era capaz de rescatar algo de entre los escombros su legajo iba a ostentar una mancha. Su carrera se vería dañada, y todo por un caso que ni siquiera era lo suficientemente importante como para merecer una investigación "oficial". Murphy y él estaban trabajando en el caso estrictamente como favor personal para el senador. Nadie, salvo Dave Hallum, sabía que estaban allí.

Mientras conducía hacia Lexington, Will dio vueltas al asunto en su cabeza, buscando desesperadamente un nuevo ángulo desde el cual abordarlo. Los hechos eran los siguientes: el senador Paxton, exactamente en el momento en que la cuestión se hizo evidente, había sospechado que había algo corrupto en "Purasangrelandia" porque comenzó a perder una y otra vez, cuando habitualmente ganaba. Le había pedido a George Rees, el jefe de Hallum en el FBI e íntimo amigo suyo, que investigara. A su turno, Rees le había pasado la pelota a Hallum, quien, lleno de malicia y con una sonrisa malvada en el rostro, se la había lanzado a Will, primero en su lista negra a raíz de la voladura de su crucero.

Cuando Will protestó, aduciendo que los agentes de la delegación de Louisville eran quienes debían manejar el caso, se le informó que estaba en un error: allí todo el mundo se conocía, incluso los agentes locales el FBI. Dadas las circunstancias, sería prácticamente imposible mantener en secreto una investigación que involucraba a los criadores de caballos más famosos.

Lo que hacía falta era un extraño... por ejemplo, Will. Sería asistido por John Murphy, recientemente trasladado a la oficina de Chicago desde West Virginia, donde había pasado los últimos quince años fisgoneando en las ocasionales juergas con marihuana, por lo que Will había podido descubrir.

A Will le había disgustado el nuevo destino, tanto como a su nuevo ocio, pero así eran las cosas en el FBI. Junto a Murphy, había volado hasta allí, se había registrado en el Executive Suites Hotel más cercano y se había prometido a sí mismo que tendría todo el lío aclarado cuando llegara e1 29 de octubre y terminara la temporada de carreras de Keeneland, que duraba

Librodot

tres semanas.

También la había convertido en su propia fecha límite. No había ido necesario ser muy listo para centrar el objetivo preliminar de la investigación en los más recientes ganadores del hipódromo. Un poco de vigilancia electrónica, una inspección de la basura del Keeneland y de varias cuadras asociadas, y tuvo una idea aproximada de lo que estaba ocurriendo, como también cinco sospechosos. Carecía tanto de pruebas como de cualquier otra manera de poder acusar a los cinco y formular unos cargos.

Las averiguaciones de los antecedentes de los sospechosos que hizo revelaron un montón de basura: uno de los principales, Howard Lawrence, se acostaba con una joven menor de edad. Eso era todo lo que necesitaba. Visitó a Lawrence, aterrorizándolo con la amenaza de acusarlo de secuestrar a una menor y llevarla a un estado vecino con propósitos inmorales (el imbécil había llevado a la chica de paseo a Nashville un mes atrás). Luego logró que reviviera frente a la posibilidad de evitar semejante destino y de bien recompensado económicamente por su cooperación en la investigación que estaba en marcha. Le prometió protección contra las represalias de sus cómplices, así como inmunidad por la parte que le tocaba del Lawrence tuvo la inteligencia suficiente para reconocer que, dadas circunstancias, sus opciones eran limitadas. Soltó todo lo que sabía y aceptó colaborar para hacer caer a los demás.

El plan era un asunto de poca monta, pensado estrictamente para aumentar los ingresos de quienes estaban involucrados y no para que ninguno enriqueciera. Su mecánica era sencilla: cuatro entrenadores locales: --Lawrence; Don Simpson, de la cuadra Wyland; Tim Harden, de Greenglow; y Jason Breen, de la Sweet Meadow- habían formado una alianza non sancta con el identificador Bemie Caudill, cuya tarea consistía en cotejar el tatuaje identificatorio que cada caballo de carreras lleva en hocico con el que figuraba en la documentación de los registros de los pura sangre. Mediante este procedimiento se garantizaba a los apostadores que el caballo anotado para correr en una carrera determinada era el que efectivamente lo hacía. Los entrenadores estaban utilizando "dobles", pura sangre sustitutos, que superaban con creces a los legítimos anotados para competir y que, en el improbable caso de ganar, pagarían altos dividendo. Los entrenadores hacían una fuerte apuesta a sus caballos, ganaban un importante suma y se repartían las ganancias.

Dejando contento a todo el mundo. Salvo al senador Paxton, que tomó las pérdidas como algo personal.

Will hizo una mueca de amargura al imaginarse a sí mismo llamando a Hallum y diciéndole que la investigación iniciada por George Rees como favor personal para su amigo el senador había llegado a una vía muerta porque el testigo que supuestamente ambos debían vigilar y proteger se había suicidado. Quedaría muy mal parado. Hallum quedaría muy mal parado. George Rees quedaría muy mal parado. Y eso no era bueno.

Estaría incluido en la lista negra de Hallum durante los próximos veinte años.

Las venganzas de Hallum eran famosas. Sabiendo el odio que sentía Will por los pueblos perdidos, probablemente lo destinara a Podunk en

forma permanente. Quedaría condenado a la repetición de este infinito Green Acres hasta que se jubilara.

Debía hallar alguna manera de salvar la situación. Pero ¿cuál?

De pronto, el rostro y las formas tan hermosas de la señorita Molly Butler -eh, Ballard- hicieron irrupción en su mente.

Ella era del pueblo. Y, en tanto él tuviera en su poder la cinta con su, pequeña travesura en un robo a gran escala, ella era suya.

La cuestión era: ¿cómo sacarle el máximo beneficio?

6 Molly y su familia habían mediado la cena cuando alguien golpeó la puerta. Cuatro de los Ballard levantaron la vista de inmediato. La quinta, Ashley, de diecisiete años, que como de costumbre tenía la nariz metida en libro, tuvo una reacción más lenta. Pero cuando Pork Chop saltó de bajo de la mesa arañando el suelo con sus patas, en un frenesí de aullidos, también ella alzó la mirada, paseándola inquisitivamente sobre sus manos antes de dirigirla hacia la puerta.

-Yo voy -Mike saltó desde su lugar en la mesa, abandonando su comida sin mostrar señales de lamentarlo. Hamburguesas Helper por tercera vez en una semana le daban ganas de vomitar, como había informado a su familia cuando se sentaron. Flaco como un hueso y, a sus catorce años, más alto que Molly, Mike usaba el consabido uniforme de los adolescentes Consistente en tejanos, zapatillas y camisa de franela abierta sobre una camiseta blanca. Llevaba su largo pelo sujeto en una cola de callo sobre la nuca y de su oreja perforada colgaba un pequeño pendiente de oro.

A Molly no la enloquecían ni su peinado ni su pendiente, pero, si aprendido en el transcurso de su desempeño como madre y padre de este grupo, era que no debía angustiarse por las cosas menudas. Robar en las tiendas era algo por lo que valía la pena pelear; los pendientes no lo eran.

-No puedes hacer nada ni ir a ninguna parte hasta que hayas terminado tu tarea -le advirtió Molly, suponiendo, como el propio Mike, que el visitante era uno de los numerosos amigos del adolescente.

-Ya te he dicho: la hice en la escuela.

-Oh, sí, claro -resopló Sam, de once años, reflejando exactamente lo que sentía Molly. Mike no hacía bien su tarea, y estaba empeorando.

Molly había probado regañarlo, sobornarlo y amenazarle, sin demasiado éxito. Sencillamente a Mike no le importaba la escuela. A pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, Molly no lograba resolver la cuestión.

-Yo hice mi tarea apenas llegué a casa. Y Sam también -dijo Susan, virtuosa. Molly le sonrió con cariño. Mike la fulminó con una mirada turbia.

Los gemelos no eran idénticos, pero se parecían mucho. Ambos niños bien formados y de piel clara, con los grandes ojos castaños de largas pestañas que los cinco hermanos Ballard habían heredado de su madre.

Al revés de Molly y de Mike, quienes también tenían la espesa cabellera color café de la madre, los gemelos tenían sedoso pelo rubio, que en el caso de Sam estaba cortado justo sobre las orejas, y en el de Susan llegaba hasta los hombros. Parecían delicados, algo que no eran, y angelicales, algo

Librodot

tampoco eran.

¿Qué Ballard lo era?, se preguntó Molly secamente cuando Mike abrió la puerta. Bien, tal vez Ashley lo fuera.

-Hola -dijo el visitante desde el porche; Molly se había amañado para cerrar precariamente la puerta, ya que no había tenido ni el dinero ni el tiempo necesarios para hacer un arreglo en forma. El porche estaba oscuro, y con el panel de tela metálica que había quedado intacto desdibuja las facciones del que llamaba, era imposible discernir otra cosa que fuera que se trataba de un hombre adulto-. ¿Está tu hermana en casa?

-¿Cuál de ellas? -la espalda de Mike se puso rígida. Su sorpresa y desconfianza eran evidentes: no era habitual que un extraño llegara de che a la casa, especialmente preguntando por una de sus hermanas. Con gesto impaciente hacia el perro que ladraba y empujaba contra sus pierna agregó-. ¡Cállate, Pork Chop!

Pork Chop, naturalmente, continuó ladrando... pero meneaba la cola.

Quienquiera fuese el que estaba en la puerta, resultaba claro que le conocido. El animal asomó el hocico por el agujero abierto en la parte inferior de la puerta, olisqueando unos pantalones oscuros. Una bronce mano de largos dedos, junto con un puño blanco y el destello de un reloj pulsera de oro, entró en escena, palmeando al animal en la cabeza.

-Molly -respondió el dueño de la mano.

Los cuatro Ballard que quedaban en la mesa suspendieron todo movimiento, con los ojos puestos en la puerta. Los tres más jóvenes sabían que, si un extraño venía a la casa preguntando por Molly, probablemente uno de los Ballard estaría en problemas. Molly, que había reconocido pantalones, la mano y la voz con un repentino ramalazo de miedo, supo inmediato de cuál de los Ballard se trataba.

-Sí, aquí estoy -gruñó, poniéndose de pie y dirigiéndose hacia puerta tan velozmente como se lo permitían sus temblequeantes rodillas.

No quería que los niños oyeran lo que fuese que tuviera que decirle el tipo del FBI.

La asaltó una tranquilizadora idea: el tipo debía de haber descubierto la falta de los veinte dólares.

Oh, Dios, ¿significaría que, después de todo, la detendría?

Sus hermanos la observaron. Mike incluso cambió de postura, abandonando su actitud protectora frente a la puerta, para observarla mientras se acercaba.

-Sal, Pork Chop -dijo Molly al enorme animal, cuyo movedizo cuerpo se interponía entre la puerta y ella. Pork Chop, complaciente, pasó a través del agujero que él mismo había hecho en el panel inferior de la puerta, para esperar en el porche junto a su amigo. Rozando a Mike a su paso y evitando deliberadamente su mirada, Molly dio vuelta el tirador y empujó para abrir la puerta batiente.

Inmediatamente esta se inclinó peligrosamente, pero Molly se las arregló para mantenerla abierta aserrándola por el tirador y levantándola,

sosteniendo la punta caída unos centímetros por encima de las desparejas tablas del suelo del porche.

-Hola -dijo el tipo del FBI cuando finalmente estuvieron frente a frente. ¿Has olvidado nuestra cita?

La luz de la cocina se derramaba sobre él. Los brillantes ojos azules le enviaron una señal de advertencia. La sorpresa dejó a Molly momentáneamente muda. ¿De qué demonios estaba hablando? Buscó su mirada con inquietud. El le sonreía, una rápida mueca con los labios que no se reflejaba en la frialdad de sus ojos. Algo quería, eso estaba claro, pero no le pareció que estuviera allí para detenerla. Si hubiera sido así, no estaría diciendo esas pavadas acerca de una cita.

-Hola -pudo contestar, horriblemente consciente de Mike a su lado y de los otros tres en la mesa, pendientes de cada una de sus palabras-.

Creo... que debo haberlo olvidado.

Viendo la dificultad que tenía con la puerta, él se acercó para asirla del bastidor, aliviándola de su peso. Molly soltó el tirador, juntó los tablones y cerró los brazos en tomo de sí, sin quitar los ojos de su rostro.

-No irás a dejarme plantado, ¿verdad? -su tono era ligero, casi jovial, pero no así sus ojos. Estaban entrecerrados, mostrando determinación, una determinación que Molly no se atrevió a pasar por alto.

-No, por supuesto que no -dijo-. Sólo déjame... -echó una mirada al costado, hacia Mike, que estaba observando al visitante. Estaba tan nerviosa que le exigía un gran esfuerzo sólo el hecho de pensar. Pero no podía salir así como así sin decir algo a su familia.

-Ve y haz lo que tengas que hacer -el tipo del FBI sonó indulgente, aunque ella supo que la afabilidad que irradiaba era fingida-. Esperaré.

Al decir esto, dio un paso hacia adelante, ocupando el lugar donde ella se encontraba hasta obligarla a retroceder y a trasponer el umbral, permitiéndole ingresar a la casa. Mike también retrocedió, mirando a Molly y a su huésped con el entrecejo fruncido. El hombre del FBI cerró cuidadosamente la puerta batiente tras él. Pork Chop volvió a atravesar limpiamente el agujero de la puerta y se detuvo a su lado, moviendo la cola.

Un silencio mortal flotaba en el aire.

El tipo del FBI echó a Molly una mirada que no se correspondía con su sonrisa, recordándole que tenían público. Ella advirtió que había estado contemplándolo, probablemente con horror, desde el mismo instante que hubo traspuesto la puerta. Rogó que su familia estuviera tan ocupada devorando con los ojos al recién llegado que no advirtieran su propia expresión.

-Este... Este es mi hermano Mike -dijo apresuradamente. Entró en pánico: no podía recordar el nombre del tipo del FBI.

Comprendiendo, al parecer, el dilema en el que se encontraba, él dio un paso adelante, extendiendo la mano al adolescente.

-Will Lyman -se presentó, estrechando la mano de Mike, mientras Molly lanzaba un suspiro de alivio. Si iba a ser su “cita”, al menos debía saber

cómo se llamaba.

-Ellos son Ashley, Susan y Sam -dijo Molly, señalando al trío que estaba sentado a la mesa.

-Hola -los saludó con un movimiento de cabeza, en tanto ellos respondían a su saludo. Los tres lo miraban con los ojos muy abiertos, como si fuera un extraterrestre, advirtió Molly con histeria creciente, en tanto Mike aún fruncía el entrecejo mientras observaba al huésped de arriba a bajo, con los brazos cruzados sobre el pecho, exactamente como un padre desconfiado que estudia al candidato de su hija.

La sorpresa que los embargaba no carecía de fundamento, tuvo que admitir Molly. Para empezar, jamás salía en días de semana, y para completarlo, nunca, nunca habría salido con nadie ni remotamente parecido a él. En primer lugar, parecía tener alrededor de cuarenta años.

Los jóvenes con quienes solía salir generalmente eran de su misma edad.

Además, a pesar de las pocas palabras que había pronunciado, resultaba obvio que no era del lugar. Y su vestimenta... estaba toda mal. Aunque algunos de los jóvenes con quienes había salido se habían aparecido vistiendo traje cuando la ocasión así lo requería, para ellos no había sido más que un atuendo ocasional. Parecían tener conciencia de parecer endomingados. El tipo del FBI estaba claramente muy cómodo con el traje azul que aún llevaba puesto. A pesar de que se había quitado la corbata y llevaba desabrochado el cuello de la camisa blanca, el efecto no llegaba a parecer informa. Los zapatos de cuero negro relucían bajo los bien planchados pantalones. Un cinturón negro con discreta hebilla de plata rodeaba su cintura. Los accesorios eran caros. También lo era el traje, y la desenvoltura con que lo llevaba indicaba que usaba uno como ese todos los días. Por otra parte, lo rodeaba un aire que lo identificaba con un mundo muy distante de las granjas y los pequeños pueblos del centro de Kentucky. No, definitivamente Molly jamás habría concertado una cita con alguien semejante.

Pero hablaba de una cita, y ella no se hallaba en posición de contradecirlo. Sólo podía agradecerle que, fuese lo que fuese que deseaba de ella, parecía dispuesto a esperar a revelárselo hasta que estuvieran solos.

Porque, si no era alguien con quien había concertado una cita, la inevitable pregunta que harían los niños sería: ¿quién era? Que era justamente la que no quería contestar. No, a menos que se viera obligada.

Molly apretó aún más los brazos en tomo de sí, y trató de ordenar sus pensamientos. Su primera preocupación debían ser los niños.

-Eh, vosotros, Sam y Susan, esta noche os toca lavar la vajilla, recordadlo. Después podéis mirar la tele hasta la hora de acostamos, si quereis... siempre y cuando hayáis terminado con la tarea. Mike, haz tu tarea antes de hacer ninguna otra cosa, y si sales vuelve a las nueve y media, por favor. Ash...

-Me ocuparé de que hagan todo lo que deben hacer, no te preocupes contestó Ashley, poniéndose de pie y rodeando la mesa para acerarse a ellos. Sus gafas con montura de carey se habían deslizado sobre su nariz, y las

repuso en su lugar mientras hablaba-. ¿Volverás tarde?

Molly abrió la boca. Al advertir que no tenía respuesta para eso, le lanzó una mirada desesperada por encima del hombro al tipo que estaba a s espaldas. El sacudió la cabeza.

-No, no muy tarde -respondió Molly a Ashley, y volviéndose hacia él, dijo-: Ya está. Vamos.

-Molly... -Ashley, alta y delgada como los demás, todavía llevaba los pantalones castaños de pana y el jersey color avena con los que había ido a la escuela. Su pelo color caramelo formaba indisciplinados rizos en tomo de su cabeza y, mientras miraba a su hermana, tironeó de no de esos rizos que le cubría el hombro. Era algo que solía hacer cuando taba preocupada.

-¿Qué? -era muy difícil ocultar la tensión que distorsionaba su Molly luchó intentando ofrecer una imagen de normalidad hasta que el tipo del FBI y ella salieran por fin de la casa. Ashley, nada tonta a pesar de sus frecuentes distracciones, advirtió claramente que había algo que no marchaba. Su expresión comenzaba a mostrar señales de preocupación ando su mirada se encontró con la de Mike, que aún se hallaba de pie cerca de la puerta abierta, con los brazos cruzados frente al pecho.

-Tus zapatos.

Siguiendo la dirección de la mirada de Ashley, Molly bajó los ojos, hasta sus pies descalzos. Todos los demás, incluso el hombre del FBI, hicieron lo mismo. Molly curvó nerviosamente sus dedos con las uñas sin pintar sobre el frío linóleo.

-Oh.

El monosílabo sonó poco convincente, pero dadas las circunstancias era todo lo que podía hacer. Había estado a punto de salir descalza a la fresca noche de otoño. Y, para peor, con quien se suponía que tenía una cita. Debía ser muy evidente, por lo menos para Ashley y para Mike, que estaba seriamente alterada. Pero no sabían la razón y, si ella podía evitarlo, no la descubrirían. Lo que debía hacer era controlarse y esperar que creyeran que estaba tan ansiosa sólo porque el hombre que la esperaba era muy diferente a los jóvenes con quienes solía salir, y que había olvidado la cita que tenían.

La vista de sus pies descalzos le hizo tomar conciencia de las restantes deficiencias de su atuendo. Llevaba unos viejos tejanos que se habían desteñido al punto de quedar totalmente descoloridos y una camisa azul y gris, igualmente desteñida, que había sido de Mike. Su rostro no tenía maquillaje y una vieja banda de goma sujetaba su pelo en una cola de caballo, sobre la nuca.

Jamás, en ninguna circunstancia, habría salido con alguien arreglada de esa manera. Especialmente con un hombre como él: un extraño mayor que ella, que llevaba traje.

Ashley lo sabía. Mike probablemente también.

-Debería cambiarme -dijo Molly con una risita forzada y mirando a su "amigo".

El negó con la cabeza. La falsa sonrisa apareció otra vez, como

concesión a los chicos, supuso Molly.

-Estás espléndida. De todas maneras, sólo ibas a mostrarme la zona, ¿lo recuerdas? Es posible que ni siquiera nos apeemos del coche. Así que ponte los zapatos, y vayámonos.

El tono de su voz era ligero y relajado. La mirada que acompañó sus palabras la dejó dura. Echó una mirada al suelo de la cocina. Sus zapatillas -Unas viejas y estropeadas zapatillas de cuero que habían pertenecido a Mike hasta que estuvieron tan estropeadas que este se negó a seguir usándolas para ir a la escuela- estaban frente al fregadero. Molly las tomó, metió los pies en ellas, ajustó y anudó los cordones.

-¿Estás seguro que no te importa que salga así? -preguntó a su "amigo" con una brillante sonrisa intencionada. Tanto la pregunta como la sonrisa eran estrictamente una concesión a sus hermanos. Ashley frunció el entrecejo mientras paseaba la mirada entre su hermana y el tipo del FBI.

Mike también se mostraba ceñudo.

-Como te dije, se te ve espléndida. Vamos -el hombre del FBI abrió la puerta. Molly caminó hacia él.

-Molly... -Mike la detuvo poniéndole la mano sobre el brazo cuando pasó a su lado. Parecía preocupado.

-Haz tu tarea -le ordenó ella con su tono más severo para luego darle un afectuoso apretón en la nariz, mientras sonreía. Él no dio señal de quedar completamente tranquilo, pero soltó su brazo.

-Ya te lo dije, la hice en la escuela.

Molly sonrió ante la broma familiar, y sonriendo así salió de la casa. La noche estaba fresca y calma, y sólo el rumor producido por las hojas caídas del gran roble sugería la presencia de una ligera brisa. El tipo del FBI se le unió en el porche. Molly tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para no deshacerse de su mano, cerrada en torno de su codo.

Mike y Ashley permanecieron de pie en la puerta de entrada, con Susan y Sam detrás de ellos, espiando. Molly sintió el peso de todas las miradas mientras, escoltada, bajó los escalones y atravesó el jardín hasta el coche blanco estacionado detrás de su viejo Plymouth azul.

El hombre del FBI se adelantó para abrir la portezuela del lado del acompañante. Molly levantó los ojos hasta su rostro, que se veía impasible a la débil luz que llegaba desde el interior de la casa.

-Suba - le ordenó.

Así lo hizo, y él cerró tras ella.

Molly hizo un gesto de despedida a su familia y respiró profundamente para calmarse, mientras el hombre del FBI rodeaba el auto, y se oía el crujido que hacían sus zapatos sobre el camino de grava.

7 Pork Chop siguió ladrando en el porche mientras el auto, con el ruido característico de neumáticos sobre la grava, retrocedía por el camino de entrada. Molly contempló la figura familiar de la desvencijada casa y las siluetas recortadas de sus hermanos contra la puerta de entrada hasta que el coche alcanzó la carretera. Un rápido cambio de marcha y comenzaron a

Librodot

avanzar. Hogar y familia quedaron atrás.

Finalmente se atrevió a mirar al hombre sentado a su lado. Visto de perfil, tenía facciones agradables. La frente era alta; la nariz, recta y no demasiado larga; la boca, firme y poco risueña, y la barbilla, muy masculina. Todo era proporcionado. A una treintañera sofisticado, acostumbrada a las perlas y al visón, podría parecerle guapo, supuso Molly.

A sus veinticuatro años de pantalón tejano y zapatillas, le parecía francamente atemorizador.

El estaba concentrado en la carretera, estrecha y sinuosa. Aunque eran poco más de las siete, ya era noche cerrada. Todavía no había aparecido la luna. La única iluminación era la de los faros delanteros del coche.

Los brillantes haces de luz atravesaban la oscuridad, reflejándose en la superficie arenosa del terreno y mostrando la centenaria tapia de piedra que rodeaba las trescientas hectáreas de la cuadra Wyland. La casona donde vivía la familia estaba a más de un kilómetro y medio, detrás de una vasta extensión de onduladas praderas cubiertas de abundante hierba. Con sus ladrillos pintados de blanco y su fachada de estilo griego, la enorrne mansión de veintidós habitaciones podría haber sido el modelo para Tara. La casa de huéspedes, de diez habitaciones, era una copia en miniatura de la principal, e incluso la media docena de caballerizas reflejaban el elegante estilo. Pero el apogeo del establecimiento de cría había tenido lugar en los años setenta y en los primeros de la década de los ochenta, cuando el dinero proveniente del petróleo árabe había elevado el precio de los potrillos hasta la estratosfera, en la subasta anual que se celebraba en julio de cada año en Keeneland. Poco después los árabes se habían ido al sur, llevándose con ellos sus petrodólares, y la cuadra, como todo el negocio de los de pura sangre en general, había comenzado a declinar. En la época en que los Ballard habían llegado para instalarse en la propiedad, casi siete años atrás, la cuadra Wyland comenzaba una larga caída que aún continuaba. De un promedio de cuarenta caballos de carrera en entrenamiento, cuarenta y siete yeguas de cría, cincuenta y ocho potros recién destetados y potrillos, y cuatro valiosos sementales que exhibía a mediados de la década de los setenta, en la actualidad contaba con quince caballos de carrera, sólo nueve yeguas de cría, once potros y potrillos y un único semental de probada calidad, que desgraciadamente estaba envejeciendo. El hospital veterinario del establecimiento había dejado de funcionar, al igual que la cantina para los trabajadores. La piscina equina, alguna vez equipada con un dispositivo de ruedas de fondo y jacuzzi para rehabilitar los de pura sangre que hubieran sufrido torceduras o esguinces, ya no contenía agua ni equipos, y estaba cubierta de hojas y desperdicios. El establo para padrillos, con un solo ocupante, cumplía también la función de la oficina de la cuadra. El resto de los establos necesitaba reparaciones varias y una mano de pintura blanca. Incluso las gráciles cúpulas que los coronaban ya no mostraban el brillante verde esmeralda de otros tiempos; uno de los colores con que corrían los caballos de Wyland. El tiempo y la desidia lo habían desteñido hasta convertirlo en un pálido verde musgo. La casa de Molly, una de las varias viviendas de trabajadores diseminadas por la propiedad, también había mostrado alguna vez el mismo color blanco y el mismo verde brillante. Ahora la pintura blanca se descascaraba y caía en largas tiras, y el aspecto

Librodot

final podría muy bien definirse como gris.

A pesar de este revés de la fortuna, el nombre de la cuadra Wyland aún conservaba una resonancia mágica en el lugar. Este era el país de los caballos, Bluegrass, un oasis de feudos señoriales y buenos modales incrustado en el centro del sur rural. La población humana era escasa.

Quienes vivían en esta pradera ondulada eran, en su gran mayoría, oriundos de la región. Vivían allí porque así lo habían hecho su abuelo y el abuelo de su abuelo. Algunos pocos, los propietarios de los grandes establecimientos de cría de caballos, eran tan ricos como los más ricos del mundo, y así había ,ido durante generaciones. Pero la mayoría de la población no lo era. Estaban allí para satisfacer las necesidades de los propietarios, que eran los gobemantes de facto, privilegiados con un tácito pero indiscutible droit du seigneur La pequeña aristocracia del whisky, tal como la llamaban los más irreverentes en referencia a la legendaria mezcla fermentada que, junto a los caballos de carrera, conformaba la esencia de la vida de la región, era en todo y cada uno de los detalles tan aristocrática como los lores y ladies con títulos nobiliarios de Inglaterra. De hecho, la propia reina Isabel II había visitado en privado varias veces la región, y se decía que se había sentido como en casa entre los nativos de sangre azul. Estrellas de cine, magnates y millonarios extranjeros celebraban su éxito internacional trasladando su residencia a la región, con la esperanza de adquirir la pátina de distinción que, con el tiempo, convierte en antigua fortuna el dinero habido. Sin embargo, la delicada hospitalidad sureña y el hablar lánguido que recibían a los recién llegados era engañosa. Los de Bluegrass evaluaban a su gente tal como lo hacían con sus caballos: por su linaje. Un basamento de frío acero yacía bajo la acogedora suavidad, y la clase alta podía ser despiadada al darle unánimemente la espalda a aquellos que, en su opinión, no merecían su estima.

Molly no había tenido la fortuna de nacer dentro de una de las familias terratenientes. La suya no había sido más que un diminuto e insignificante engranaje entro de la vasta maquinaria humana que servía ricos. Hasta donde sabía, sus parientes nunca habían sido dueños de propiedad alguna ni habían adquirido educación más allá de la escuela secundaria. Sin rostro ni nombre reconocible, salvo para su pequeño grupo de familiares y amigos, habían vivido y muerto en la oscuridad en un sitio donde la prosapia significaba todo.

Como resultado de esto, había tenido que luchar toda la vida para no sentirse alguien sin importancia, despreciable. Esa noche, mientras era llevada por un hombre que la tenía prácticamente a su merced, enfrentó una vez más esa sensación.

-¿De manera que consigue la mayoría de sus citas por medio del chantaje? -Molly era incapaz de prolongar el silencio por más tiempo.

Profirió esa bravata con la barbilla en alto y voz caústica. Cruzó los brazos apretados contra su pecho para rechazar el escalofrío que parecía estar atacando la médula de su huesos.

-No, pero, vamos, la mayoría de mis citas no son con ladronas -la réplica fue fría, y la mirada que él le dirigió, breve.

Herida por haber sido llamada ladrona, Molly cambió la bravata por

una franca hostilidad.

-¿Qué quiere de mí?

-Hablaremos de ello durante la cena.

-Ya he comido.

-Yo no.

Parecía no haber respuesta que Molly pudiera dar a esto último. Lo que estaba obviamente implícito era que ella haría lo que él deseara. Dadas las circunstancias, él tenía razón. Molly, que había permanecido rígida y erecta, se hundió ligeramente en su asiento, vencida ante la comprobación.

-Si se trata de los veinte dólares...

-¿Veinte dólares? -le lanzó una mirada a través de los ojos entrecerrados.

-Los gasté en cosquillas y leche para los niños, ¿está bien? Los devolveré.

Se produjo una pausa. El volvió a mirarla:

-¿Tomó veinte de los cinco mil que había en el saco para comprar cosquillas y leche a sus hermanos?

-No los echó de menos -dijo decepcionada. El tono con el que él le hablaba se lo había confirmado.

-No.

-¿Qué quiere de mí, entonces?

-A su debido tiempo.

El coche frenó ante una señal de detención y luego giró hacia el puesto de peaje de Old Frankfort. Molly advirtió que irían hacia Lexington. El condado de Woodford, agrario y rural, no ofrecía mucho en el rubro restaurantes. Pero se encontraba a corta distancia de Lexington, la pequeña pero activa ciudad que era conocida como el corazón de Bluegrass.

-¿Cómo piensa conseguir dinero, ahora que ha perdido su empleo? preguntó él rompiendo el silencio.

-¿Acaso es de su incumbencia?

-Sí -dijo-, creo que lo es.

El mensaje tácito era claro: tenía derecho a preguntarle lo que se le ocurriera, y si ella sabía lo que le convenía, lo mejor era que contestara.

-Tengo que cobrarle a Don Simpson casi dos semanas de paga. Luego, supongo que buscaré otro empleo -por nada del mundo iba a dejarle saber lo desesperada que se encontraba. Habiendo renunciado a una cuadra, era poco probable que la tomaran en algún otro. Los tipos del negocio de los caballos de la zona actuaban con espíritu de cuerpo.

-Su teléfono ha sido desconectado -comentó él.

Molly se puso rígida. Había sucedido apenas esa mañana, menos de una semana después de que llegara el aviso de que iban a cortarlo. La Compañía Southern Bell, acostumbrada desde largo tiempo a lidiar con los

insolventes Ballard, no demoró mucho en desconectarlo.

-¿Cómo lo sabe?

-Traté de llamar antes de ir a su casa. Pensé que agradecería algún tipo de advertencia.

-Tiene razón, lo habría hecho -de pronto, una aguda antipatía hacia él le atipló la voz. Molly celebró su aparición. La ayudó a atenuar un pico de vergüenza tan doloroso que la hizo retorcerse en el asiento. Que le cortaran el teléfono o la electricidad o el gas no era nada nuevo, pero continuaba odiando que alguien se enterara. Especialmente él.

-¿Olvidó pagar la cuenta?

-No tenía el dinero, ¿de acuerdo? -una especie de orgullo perverso le impidió mentir. Además, ¿qué podía decir que él creyera? ¿Que la familia había estado de vacaciones y habían olvidado enviar el cheque antes de partir? Ya había dicho algo semejante cuando estaba en sexto grado, y se habían reído de ella.

-Supongo que parte de los cinco mil dólares estaba destinada a reconectar el teléfono.

-Sí, lo estaba.

El no dijo nada. Tras un momento preguntó:

-¿Cuánto ganaba trabajando en Wyland?

Y a usted qué le importa, fue la respuesta que estuvo a punto de brotar de los labios de Molly, pero no se molestó en pronunciarla. De todas maneras, él iba a conseguir que le contestara. A regañadientes mencionó una cifra que hizo que él alzara las cejas.

-No es mucho -comentó.

-Suficiente como para ir tirando.

-¿Es su único ingreso? ¿Tiene algún otro recurso?

-¿Se refiere a algún fondo de inversión de un millón de dólares? No, realmente mi gente nunca se dio maña para establecer recurso semejante.

-Tal vez alguna pensión del estado para sus hermanas y hermanos Sugirió él, ignorando el sarcasmo.

-No.

-¿Por qué no?

-Porque no, ¿está bien?

-Se me ocurre que vosotros seríais favorecidos...

-Bien, no lo somos -replicó ella secamente.

-¿Ningún otro miembro de la familia trabaja?

-Susan y Sam tienen once años. No, no trabajan. Mike tiene catorce; a veces ayuda a algún vecino con el campo, pero no hay muchos empleos por aquí para chicos de esa edad. Y Ashley tiene bastante con la escuela.

-¿No puede conseguir un empleo por las tardes? Parece tener edad

suficiente.

-Tiene diecisiete años. Termina la secundaria este año. Con el mejor promedio, una A. Si puede mantenerlo hasta su graduación, va a obtener una beca completa para la universidad. Ese es su pasaporte para salir de todo esto, no un empleo con el salario mínimo vendiendo hamburguesas o controlando mercaderías en una tienda. Así que no, Ashley no trabaja.

Sabe que podría llegar a despellejarla si lo intentara.

Para alivio de Molly, él dejó el tema. A medida que el silencio se prolongaba, Molly fue relajándose gradualmente. El viento soplaba a través de las ventanillas, con un suave susurro. Las copas de los árboles se mecían, destacándose oscuras contra el cielo nocturno. Sobre el horizonte apareció una estrella, que luego fue seguida por otra y otra más a medida que se abría la capa de nubes y se marchaban hacia el oeste sin dejar caer ni una gota. El coche dio un bandazo inesperado cuando su rueda delantera derecha pasó sobre un bache aparecido durante el crudo invierno anterior. otro coche se les aproximó, iluminando a su paso el interior del Taurus con los faros delanteros.

Echando una mirada al hombre que estaba a su lado, Molly vio que parecía sumido en sus pensamientos.

El coche subió una cuesta, y súbitamente la pequeña y pintoresca Lexington se desplegó ante ellos como una iluminada tarjeta de Navidad.

Sede de la Universidad de Kentucky, Lexington se veía activa a las siete y media durante el año escolar, incluso un miércoles por la noche. Aun así, el tránsito que se dirigía al centro era extraordinariamente intenso. El Taurus disminuyó la velocidad cuando se vio atrapado en el tráfago de vehículos.

Doblaron a la derecha en Limestone, y al pasar por el Centro Cívico Molly comprendió la razón de la inusual cantidad de tránsito. La marquesina anunciaba: Indigo Girls. Esta noche a las ocho.

Por supuesto. Había leído algo acerca del espectáculo unas semanas atrás, sólo que había olvidado que tendría lugar esa noche. No había razón alguna para que lo recordara. Aunque tanto Ashley como ella eran fanáticas de las Indigo Girls, no hubieran podido afrontar el gasto. No es que le importara demasiado, realmente no. Lujos semejantes jamás habían formado parte de su vida, y no esperaba que alguna vez lo hicieran.

-¿Le gustan las Indigo Girls? -le preguntó él. Molly supuso que había estado mirando con envidia a la gente que se afanaba bajo la marquesina, y él inmediatamente lo advirtió.

-No están mal -su encogimiento de hombros fue indiferente.

-A mí me gustan -dijo él, sorprendiéndola. Molly no respondió.

Minutos más tarde entraban al aparcamiento del popular restaurante italiano de Joe Bologna. Ella había esperado que se detuvieran en algún lugar como Mc Donald's o Kentucky Fried Chicken. No en un sitio como este, que era uno de los mejores de los alrededores. Cuando él detuvo el coche, Molly se miró a sí misma con renovada consternación.

Librodot

-No esperará que entre ahí tal como estoy, ¿verdad? -preguntó.

-¿Por qué no? -apagando el motor, sacó las llaves del encendido Y las guardó en su bolsillo.

-Porque es un lugar elegante y no estoy vestida adecuadamente -dijo Molly entre dientes. No tuvo ningún efecto.

El ya se había apeado del coche antes de que ella terminara de hablar.

Cuando abrió la portezuela del acompañante, Molly, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro altivo, se quedó obstinadamente sentada. El la contempló un momento en silencio.

-No puedo ir vestida así -dijo finalmente Molly, exasperada ante su silencio. Le dirigió una mirada de arriba abajo. - Cuando salimos de casa dijo que no tendría que bajarme del auto.

-Mire -replicó él-, hoy no he comido. Me muero de hambre. Voy a comer aquí porque es lo más parecido a verdadera comida italiana que hay en este pueblucho, y tengo ganas de comer comida italiana. y vendrá conmigo porque quiero hablar con usted. No me interesa cómo está arreglada. De todas maneras, estando tan cerca del campus de la universidad, la mitad de los parroquianos llevarán tejanos, así que estará bien.

-No se trata sólo de los tejanos. Es mi pelo, y no llevo maquillaje, y esta camisa es de Mike... no lo haré.

-Baje del coche, Molly.

Esas pocas palabras decían que su única alternativa era obedecer.

Apretando los labios, Molly titubeó... y después bajó del coche. Pasó frente a él sin registrar aparentemente su presencia ni siquiera con una mirada, y oyó, más que vio, cómo él cerraba la portezuela. Mientras caminaba tiró de la banda de goma que sujetaba su cola de caballo, haciendo un gesto de dolor cuando arrancó algunos cabellos enredados en ella. Rápidamente esponjó su espesa cabellera oscura con los dedos, con la esperanza de otorgar un aire de pelo bien peinado a la ondulada mata. Sin un espejo a mano no podía saber si su intento había tenido éxito, pero al no contar con un peine o un cepillo eso era todo lo que podía hacer para intentar mejorar.

-Ha estado antes aquí, imagino -fue tras ella subiendo los escalones de la puerta de entrada del restaurante.

-Sí.

Precisamente una vez, durante una cita. Se había puesto un vestido de tirantes de Asbley y su único par de zapatos de tacón, e iba cuidadosamente peinada y maquillada. No como esa noche.

Enfrentando las puertas de roble lustrado y las luces de cristal coloreado, Molly inhaló profundamente, cuadró los hombros y adelantó la mano hacia el tirador de bronce labrado. Si no tenía más remedio que entrar a un lugar elegante como ese y con el aspecto que tenía, al menos no iba a permitir que nadie se diera cuenta de que, a cada paso que daba, deseaba que la tierra la tragara.

La mano de él se adelantó a la de ella y asió el tirador. Manteniendo la

puerta abierta, le cedió el paso.

-Qué caballero -gorjeó sobre el hombro, con una resplandeciente sonrisa.

-Trato de serlo -contestó imperturbable, siguiéndola hacia el interior.

Con la cabeza en alto, Molly llegó al vestíbulo tenuemente iluminado y subió los peldaños que conducían hasta un mostrador de roble donde aguardaba una recepcionista elegantemente vestida, aproximadamente de su misma edad. Al acercarse Molly, levantó la vista. Una sonrisa de superioridad apareció en su rostro al pasar la mirada sobre Molly. A pesar de sus buenas intenciones, Molly sintió que el fuego de la humillación le quemaba el cuello.

-¿En qué puedo ayudarle? -preguntó la recepcionista.

-Cena para dos, por favor -el tipo del FBI habló desde detrás de Molly.

-¿Ha reservado mesa? -tras dirigirle una rápida mirada, la actitud de la recepcionista se volvió de repente mucho más respetuosa.

-Esta noche no -le sonrió al decirlo.

-Tienen suerte, la gente que iba al recital ya se ha marchado; de lo contrario no habríamos tenido lugar. Por lo tanto... -Bajó la mirada hasta la planilla, y tomó un par de cartas de menú-. Creo que encontremos un buen sitio. Síganme, por favor.

Con una sonrisa al hombre del FBI y una rápida, intrigada mirada a Molly, la recepcionista los condujo hasta el salón decorado con candelabros dorados, tabiques de cristal ahumado y butacas de cuero color borgoña.

Mientras se deslizaba dentro del reservado indicado, Molly sintió que le recordaba la nave de una iglesia.

-¿Traigo algo para beber? Esta noche los cócteles de whisky son especiales -la recepcionista les entregó las cartas.

-No -respondió el hombre del FBI antes de que Molly pudiera replicar.

Su negativa incluía claramente a ambos. Molly no era, de todas maneras, una bebedora y, dadas las circunstancias, no sentía el menor deseo de beber alcohol, pero aun así su actitud autoritaria le molestó.

-Yo tomaré uno -dijo Molly. La mirada que le dirigió a su acompañante fue todo un desafío. Casi esperó que él diera una contraorden a la recepcionista. Pero no lo hizo. En lugar de eso, abrió su carta con el menú.

-Enseguida Gene le traerá su copa -prometió la recepcionista. Con una última sonrisa al hombre del FBI, los dejó solos. Molly contempló su figura con minifalda mientras se alejaba contoneándose por el pasillo y casi deseó que regresara. La ponía nerviosa quedarse a solas con su acompañante.

-¿Le gusta la comida italiana? -alzó la mirada de la carta que estaba estudiando para clavar en ella sus penetrantes ojos azules.

-Jamás he comido nada italiano -contestó con la voz helada por el antagonismo mientras tomaba su propia carta. Podía obligarla a estar allí, pero eso era todo. Comería, bebería y le diría lo que le diera la gana.

Librodot

Echando miradas subrepticias a los comensales allí reunidos, Molly confirmó que todos, aun los que llevaban tejanos, iban correctamente acicalados. En comparación, ella parecía una vagabunda. La mortificación hizo que arqueara los dedos dentro de los viejos zapatos de Mike, pero sólo se la vio alzar un centímetro más la cabeza.

-Dijo que ya había estado antes aquí. Si no comió comida italiana, ¿qué comió?

-Bistec.

-No es lo que se dice una aventurera, ¿verdad?

-No.

-¿Nunca ha comido pizza?

-Bah... pizza -dijo Molly, indiferente.

-¿Le gusta?

-Por supuesto que me gusta. ¿A quién no le gusta la pizza?

-Entonces le gusta la comida italiana. Pruebe la lasaña. No conozco a nadie a quien no le guste la lasaña.

-Ya se lo dije, ya he comido.

El se encogió de hombros, con la atención puesta nuevamente en su carta.

-Como quiera.

-Hola, soy Gene, y seré vuestro camarero.

Dos copas de agua y el cóctel de Molly fueron colocados sobre la mesa.

Gene, un estudiante universitario a juzgar por su aspecto, les dirigió una rutilante sonrisa por encima de la bandeja que llevaba-. ¿Necesitan algo más de tiempo para decidir?

-Estamos listos -dijo el hombre del FBI. Gene miró a Molly, expectante.

-Nada, gracias -dijo ella, sintiendo una punzada de arrepentimiento por no obtener siquiera una comida de este encuentro. Las visitas a restaurantes eran escasas y poco frecuentres en su vida, y el bistec que había disfrutado a expensas de Jimmy Miller había sido extraordinariamente bueno, como para hacer agua la boca. Pero, habiendo declarado que no tenía hambre, no iba a darle la satisfacción de cambiar de opinión de repente.

El hombre del FBI ordenó lasaña, sopa para empezar y ensalada, y leche para beber con la comida.

Cuando el camarero se alejó, el tipo del FBI se reclinó en su asiento. Sus dedos tamborilearon sobre la mesa mientras observaba a Molly. Su expresión volvió a ponerla nerviosa.

-Ahora -dijo con suavidad- hablemos de lo que quiero de usted.

8 -¿Ha dicho que quiere que verifique el tatuaje en el hocico de cada caballo que corra en Keeneland, antes y después de cada carrera? preguntó Molly, incrédula.

-Sólo de aquellos que no conoce por no haberlos visto personalmente.

Sólo aquellos que aparentemente no tienen posibilidad de un buen resultado en medio de un grupo de perdedores. Ya le haré saber en cuáles estoy interesado.

La conversación fue interrumpida por la llegada del camarero, con una humeante sopera de minestrón, que apoyó sobre la mesa junto a una cesta de pan con ajo. Tras preguntar si necesitaban algo más y recibir una respuesta negativa, el camarero volvió a dejarlos solos.

-No puedo hacer eso -Molly lo contempló mientras atacaba su sopa.

Para estar segura que sería suficiente para todos, la porción de Hamburgesas Helper que se había servido había sido escasa y había comido sólo la mitad. Aun así, la había satisfecho, o al menos así lo había creído. Pero el verlo comer con tanto gusto le provocó una punzada en el estómago. Molly bebió otro sorbo de su cóctel para compensar.

-¿Por qué? -tomó un trozo de pan. Con un movimiento de cabeza Molly rechazó la cesta que le extendía. Punzadas de hambre o no, su orgullo le impedía aceptar lo que previamente había rehusado.

-Ante todo, ya no trabajo en Wyland, ¿recuerda? Renuncié. No tengo libre acceso a las caballerizas.

-Entonces recupere su empleo -comió un buen trozo de pan y volvió a su sopa.

Molly sacudió la cabeza y bebió un nuevo sorbo de su copa. El cóctel de whisky era realmente bueno, decidió.

-No es sencillo. Don Simpson no da segundas oportunidades a la gente.

Y en el calor del momento creo que debo haberle dicho que se fuera al cuerno.

-Entonces discúlpese. Dígale que jamás volverá a suceder. Dígale, que necesita el dinero.

-¿Y qué ocurre si me manda a paseo?

El la recorrió con la mirada:

-Usted es una joven muy guapa. Úselo.

Molly se puso rígida:

-¿Qué quiere decir con eso?

-Haga un meneo de las pestañas ante él. Despliegue su encanto. Llore.

Haga todo lo que hacen las mujeres para ablandar a los hombres. Pero recupere su empleo.

El camarero volvió para llevarse el ahora vacío cuenco de sopa del tipo del FBI, reemplazándolo por una ensalada. Molly contempló la pila de verde, los trocitos de pan frito y tocino y los taquitos de queso, todo coronado con el reluciente aderezo de una vinagreta, y bebió otro envidioso sorbo de su copa.

-Suponga -dijo, viéndolo pinchar entusiastamente un trozo de tomate, sólo por un instante, que consigo recuperar mi empleo. Tendré mis propios caballos para cuidar. No puedo andar por las caballerizas mirando cantidades de hocicos. Primero, no tendré tiempo. Segundo, será algo bien

sospechoso.

-No serán tantos caballos. Pueden ser cuatro, cinco, seis por semana.

Puede ingeniárselas.

-¿Y qué sucede si me pescan? ¿Esto es peligroso?

El la miró por sobre el tenedor lleno de ensalada:

-No voy a engañaría. Podría serlo.

-Estupendo -bebió otro sorbo de su whisky, descubrió que sólo quedaban unas gotas y las apuró con pesar-. En ese caso, señor FBI, creo que debería hacerlo usted mismo.

-No puedo. Usted sí.

-¿Y si digo que no?

-Quizá tenga suerte y la metan en la peninteciaría federal de Lexington.

He oído que es un lugar cómodo y tranquilo, tanto como pueden serlo las cárceles. A Leona Helmsley le encantaba -el tipo del FBI ensartó un rebelde trozo de lechuga con el tenedor y se lo comió-. Sus hermanos podrían visitarla.

-Eso es chantaje.

-Usted sola se metió en esto al robar esos cinco mil dólares, ¿lo recuerda? Tiene suerte de que yo desee ofrecerle un trato -terminó Su ensalada.

-¿Desea otra copa, señorita? -el camarero reapareció, reemplazando el plato vacío de la ensalada por una fuente brillante cubierta de muzzarella, que olía fuertemente a pizza. Las punzadas de hambre volvieon a atormentar a Molly.

-Sí -respondió, en el momento exacto en que su compañero de mesa respondía no.

El camarero miró alternativamente a una y a otro.

-Sí -volvió a decir Molly, desafiando en silencio al tipo del FBI a que la contradijera. Sus ojos se encontraron por un instante, y él se encogió ligeramente de hombros, rehusando discutir el tema. El camarero desapareció, presumiblemente para ir en busca del trago de Molly.

-Véalo de este modo: durante algunas semanas estará trabajando para el gobierno. Pagamos bien -atacó su lasaña.

-¿Pagarme? ¿A mí? -preguntó Molly, ahora con interés. El camarero regresó, dejó ante ella el segundo cóctel, y se alejó.

-¿Dijo que me pagarían? -exclamó cuando volvieron a quedar solos.

-¿Qué tal le suenan cinco mil dólares?

-Está bromeando, ¿verdad?

-No -respondió él, sacudiendo la cabeza.

-Permítame aclarar esto: ¿va a pagarme cinco mil dólares sólo para

verificar los tatuajes de los hocicos?

-Es mejor que ir a la cárcel, ¿no le parece?

-¿Cuándo recibo el dinero?

El sonido que emitió él estaba a mitad de camino entre el estornudo y la carcajada. Sus ojos lanzaron destellos por encima del tenedor con lasaña momentáneamente suspendido frente a él, repentina y genuinamente divertido ante el arranque de Molly.

-Cuando el trabajo haya sido realizado.

-Y entonces no volveré a verlo ni me enteraré de alguna otra cosa relacionada con el dinero que recogí.

-Si usted me ayuda en esto, haremos borrón y cuenta nueva y quedará limpia. Quemaré el vídeo. Puede quemarlo usted misma.

Molly reflexionó durante un momento, sorbiendo pensativamente su bebida, mientras él se dedicaba a su comida.

-¿Nadie se enterará de que me pilló en falta?

-Nadie, salvo usted. Y yo.

-Tengo que vivir aquí. Si alguien descubre que hice esto, jamás volver a trabajar con los caballos. Probablemente nos veamos obligados a mudamos de Kentucky.

-Si eso llegara a suceder, lo que no ocurrirá si es cuidadosa, el FBI se haría cargo de todo. No se la dejaría librada a sus propios medios, tiene usted mi palabra.

Molly lo observó, evaluándolo:

-No pretendo herir sus sentimientos, señor FBI, pero su palabra no significa gran cosa para mí. Ni siquiera lo conozco.

-Tendrá que confiar en mí.

Molly hizo una mueca.

-Estupendo.

-Tómelo o déjelo.

-No tengo alternativa, realmente, ¿no es así? Si hago lo que quiere, usted me paga y se va. Si no lo hago podría ir a la cárcel.

-Diría que eso lo sintetiza muy bien -terminó su lasaña, se limpió la boca con la servilleta y la dejó sobre la mesa. El camarero se materializó como desde la nada. Molly, que había estado cuidando su copa a lo largo de la conversación, quedó sorprendida al ver que esta estaba vacía. La apartó de ella.

-¿Postre? -preguntó el camarero con una sonrisa, paseando su mirada de uno a otro-. ¿O una copa para después de cenar?

El tipo del FBI rehusó ambos ofrecimientos con un movimiento de cabeza, y también rehusó el café, como también lo hizo Molly, que ya no tenía ganas de mostrarse desafiante sólo para molestarle. Permanecieron en silencio mientras el camarero recogía la mesa y dejaba la cuenta.

-La próxima vez que vengamos aquí realmente debería probar la lasaña -dijo el tipo del FBI, sacando un par de billetes de la billetera y poniéndolos sobre la cuenta que estaba en una pequeña bandeja de plástico. Se puso de pie-: Viva peligrosamente.

-¿Qué quiso decir con eso de "la próxima vez que vengamos aquí"? preguntó Molly, deslizándose fuera del reservado. Con un gesto indicándole que lo precediera, la siguió hasta la puerta. Molly estaba muy consciente de tenerlo tras ella. Le hacía sentir claustrofobia, como si fuera tanto literal como figurativamente su prisionera.

-Buenas noches, esperamos volver a verlos por aquí -saludó la recepcionista cuando pasaron frente a ella. Molly sonrió automáticamente. El tipo del FBI alzó su mano como respuesta.

Afuera, en el aparcamiento, Molly repitió su pregunta.

-Exactamente lo que dije. Hace ocho días que estoy en la zona y he comido aquí casi todos los días, de manera que supongo que volveré.

Lexington no ofrece una amplia variedad de restaurantes italianos. Tengo debilidad por la comida italiana -abrió la portezuela del auto y Molly se sentó automáticamente. Tras cerrarla, él rodeó al coche y se deslizó en su asiento.

-¿Pero qué quiere decir con nosotros? -preguntó ella cuando el coche se puso en marcha.

-Va a tener que verme muy seguido hasta que esto termine, lo que bablemente incluirá salidas a cenar -el coche bajó a la calzada-. Trae mantener en secreto a un informante es un error, lo sé por experiencia.

Nunca falta alguien que los vea juntos y el asunto se arruina. Es mejor encontrarse a la vista de todos. Ya sabe, el viejo truco de ocultar algo a la vista de todos.

-Oh, vaya, el viejo truco de ocultar algo a la vista de todos. No debo haber estado en clase el día que lo explicaron en SPYING 101 -Molly se hundió en el asiento.

El la fulminó con la mirada y continuó:

-También me simplificaría las cosas que pudiera husmear en los establos de Keeneland cuando necesite hacerlo sin que la gente se pregunte quién soy o por qué estoy allí. Usted será mi motivo. Mientras dure esta investigación, soy su nuevo novio.

Por un instante, Molly se quedó sin habla. Lo contempló, tomando nota de su rubio pelo cortado al ras, su rostro anguloso de piel tirante, su cuerpo delgado pero musculoso y de hombros anchos, enfundado en el formal y elegante traje.

-Nadie lo va a creer -dijo, convencida. El clavó la mirada en ella, con los ojos brillándole en la oscuridad.

-Pues deberemos hacer que lo crean -le contestó.

9 -Es demasiado viejo para mí -señaló Molly-. Y demasiado…

Su voz se fue apagando, no porque fuese demasiado cortés como para

no decir lo que pensaba sino porque no encontraba las palabras exactas.

-¿Demasiado qué? -la urgió él.

-Demasiado estirado -declaró, con el entrecejo fruncido.

-Tal vez los demás crean que ha encontrado un viejito protector.

-¡Eso es horrible! -Molly se irguió en su asiento, indignada ante la idea.

-Mi cuenta de gastos me permite una gran flexibilidad. Podría comprarle algo de ropa nueva, darle algo de dinero de bolsillo, tal vez incluso alquilarle un coche.

-¡De ninguna manera!

-Pues entonces tendrá que ser lo suficientemente convincente corno para hacer creer a la gente que lo que hace conmigo lo hace por amor y no por dinero -algo en su expresión le hizo sospechar a Molly que él bromeaba un poco. Siempre y cuando un hombre con tan poco sentido de, humor como él aparentaba ser fuera capaz de bromear alguna vez, cosa que ella tendía a dudar.

-De todas formas, aún no he dicho que lo vaya a hacer -le recordó ella, volviendo a hundirse en el asiento.

Le zumbaba la cabeza y tuvo la terrible sensación de que no estaba pensando todo lo claramente que debía. Cuando consideraba la posibilidad de hacer lo que él pedía, un vago sentimiento de intranquilidad le advertía que aceptar sería un error. En unas pocas semanas como mucho, él se habría ido, mientras que ella debía seguir viviendo y trabajando en Wylalld entre personas a las que habría traicionado. Personas que, si se les daba motivo, Podían llegar a ser peligrosas. Todos los que trabajaban en el negocio de los caballos conocían los rumores: caballos drogados por sus propietarios o por cuadras rivales, para mejorar o para inhibir su normal desempeño, caballos sacrificados para cobrar el seguro, establos incendiados en el momento más indicado para salvar a su dueño de la quiebra, inspectores oficiales sobornados para que miraran hacia otro lado. Los testigos de estos chanchullos que parecían dispuestos a hablar solían encontrar un final desafortunado. El brillo y el atractivo que mostraba la industria por afuera ocultaba un interior peligroso y sórdido, y no deseaba formar parte de él.

-Pero lo hará -dijo él, con tranquila certeza.

-Usted se tiene mucha confianza, ¿verdad?

El coche enfiló hacia Woodford County. Y mientras subía y bajaba las colinas y zigzagueaba por las curvas de la carretera, Molly fue sintiéndose más y más mareada.

-Como usted misma dijo, no tiene realmente alternativa.

-Podría haber sido un farol, eso de detenerme.

-Haga la prueba.

Molly lo miró de arriba abajo. Estaba calmo y compuesto... y casi tan misericordioso como un verdugo. No sentía ningún deseo de "hacer la prueba".

-Muy bien, lo haré -su capitulación careció de estilo. Un millar de

abejas zumbaban en su cabeza y sentía el estómago dando vueltas. Se le ocurrió que despacharse dos cócteles de whisky sin comer nada sólido que mitigara el efecto podría haber sido un error. No estaba acostumbrada a beber alcohol.

-Buena chica... -le sonrió. Molly se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía sonreír. Es decir, una verdadera sonrisa. No las muecas falsas y carentes de humor que le había dirigido con anterioridad. Lo hacía parecer más joven.

Apoyó la cabeza en el respaldo, mientras el coche atravesaba la noche.

La luna estaba alta, una clara luna en cuarto creciente sobre el campo ondulado. En las praderas que flanqueaban la carretera, caballos y ganado pastaban pacíficamente.

-Si alguien pregunta, soy un hombre de negocios de Chicago que estoy aquí de vacaciones -le dijo-. Nos conocimos en Keeneland esta mañana, cuando fui temprano a ver el trabajo de los caballos. Usted se encontraba de pie, junto a la valla. Me acerqué para pedirle que me explicara, y congeniamos enseguida. Durante las próximas semanas nos veremos Constantemente y después, lamentablemente, deberé regresar a Chicago.

Fin del romance. ¿Le parece bien?

-Está bien -contestó Molly, con los ojos cerrados.

-Repita lo que acabo de decirle.

-No se preocupe, lo recordaré. ¿Podría disminuir un poco la velocidad?

-Es muy importante que ambos sostengamos la misma historia.

El coche dio un salto al pasar un badén. El estómago de Molly saltó con él. Rechinó los dientes, apretó las palmas de las manos sobre la suave felpa del tapizado y trató de contener las crecientes náuseas. A su lado, su acompañante continuaba hablando. Ella no registró una sola palabra de lo que decía.

-Señor FBI, creo que es mejor que se detenga al costado del camino dijo finalmente, abriendo los ojos.

-¿Qué? -le preguntó, mirándola.

-Deténgase -volvió a pedirle entre dientes, porque ya la cuestión se había vuelto de extrema urgencia y no podía perder tiempo.

Así lo hizo él. Tan pronto hubo detenido el coche, Molly se arrojó de él, medio rodando, medio tropezando, alejándose. Cayó de rodillas en un oscuro sector del borde de la carretera absolutamente, humillantemente descompuesta.

Cuando logró reunir la fuerza suficiente se puso de pie y caminó hacia el coche, que se encontraba detenido a unos metros de ella. Sin sorpresas, descubrió que el tipo del FBI también se había bajado del coche y estaba apoyado contra el maletero, observándola. Naturalmente había sido incapaz de tener la decencia de permitirle cierta intimidad.

-¿Quiere un poco de agua? -le preguntó cuando ella se acercaba mientras le extendía algo-. Siempre llevo esto conmigo. Es mejor que una

gaseosa.

-Gracias -tomó lo que le ofrecía, que resultó ser una botella verde de plástico con agua mineral Evian, sintiendo una inesperada gratitud.

Retrocediendo unos pasos, se volvió de espaldas y se enjuagó la boca para quitarse el gusto horrible que le había quedado. El agua estaba tibia, pero cumplió su función. Se refrescó la cara con ella y enjuagó sus manos.

-¿Necesita una toalla? -estaba tras ella. Molly asintió con un movimiento de cabeza y aceptó el suave trozo de tela que él le ofrecía. Al secarse advirtió que la supuesta toalla era, en realidad, una camiseta masculina. Suya, supuso.

-¿Siempre está así de preparado? -le preguntó, apartándose el pelo de la cara y enderezándose mientras se volvía para enfrentarlo. Se sentía avergonzada, horrible, terriblemente avergonzada, pero no pensaba permitir que él se diera cuenta. Podía perder cualquier cosa, menos su orgullo.

-Fui explorador de pequeño -volvió a tomar su camiseta, recogió La botella de agua vacía que ella había arrojado al arcén y puso nuevamente ambas cosas en el maletero. Entrecerrando los párpados volvió a apoyarse en é, con los brazos cruzados frente al pecho. Al igual que la serena belleza de la pradera que los rodeaba, estaba bañado por la plateada luz de la luna. Lamentablernente eso no hacía sino más visible su irritante sonrisa.

-No es lo que se dice una gran bebedora, ¿verdad? -observó.

-Estoy recuperándome de un resfriado -mintió Molly, crispada de rabia.

Admitir una debilidad la dejaba a una en una posición muy vulnerable, como bien había aprendido hacía tiempo-. Mi estómago ha estado yendo y viniendo desde hace una semana.

-Oh -fue todo lo que él respondió, mientras se ensanchaba su sonrisa.

-¿Podemos irnos? -preguntó Molly, dándole fríamente la espalda para dirigirse hacia la portezuela derecha.

-¿Está segura que ya está mejor? -estaba detrás de ella, adelantándose para abrir la portezuela antes de que ella pudiera hacerlo por sí misma.

-Sí -Molly se zambulló en el asiento con alivio. Todavía se sentía un poco débil, pero sin dudas estaba mejor. Vaciar el estómago y respirar aire fresco la habían ayudado.

-Colóquese el cinturón de seguridad -cerró la portezuela. Mientras él rodeaba el coche, Molly obedeció.

-Podemos quedarnos un momento, si así lo desea -le ofreció él, sentándose a su lado.

-Estoy bien -contestó Molly, casi con un gruñido. El se encogió de hombros y puso el coche en marcha. Molly se sintió aliviada y decepcionada a la vez al advertir que el coche estaba marchando con mayor lentitud.

-¿Entendió algo de lo que estaba diciéndole hace un rato? -los restos de una sonrisa aún curvaban sus labios cuando él la miró.

Molly vaciló, luchando contra la tentación de mentir, irritada por esa sonrisilla de superioridad, pero luego negó con la cabeza.

-No demasiado.

-Ya me parecía -pacientemente le explicó la historia que había urdido para justificar la relación entre ambos. A Molly le sonó poco convincente, pero no estaba dispuesta a discutir el tema.

-Lo que usted diga, señor FBI -dijo, con un dejo de insolencia, cuando él hubo terminado. Comenzaba a sentirse floja, pero pensó que él no se había dado cuenta.

-Molly, escúchame: si vas a llamarme así, siquiera una vez, donde cualquiera pueda oírte, mi tapadera se va al demonio. Nuestra tapadera se va al demonio. La operación se va a pique, y es más que posible que alguno de nosotros, o ambos, nos encontremos ante un peligro serio.

Soy tu nuevo novio, ¿recuerdas? Me llamo Will. Llámame Will. Piensa en mí como Will. ¿Comprendido?

-Lo que tú digas, Will -corrigió Molly sonriendo, esta vez ella, con superioridad. Intimamente le resultaba difícil imaginarse a sí misma llamándolo por su nombre de pila, o pensando en él como en Will... para ella, siempre sería el tipo del FBI.

Dejaron la autopista después del peaje de Old Frankfort y tomaron el estrecho camino que conducía hasta la casa de Molly. La luna se hallaba justo frente a ellos, y su tenue luminosidad entraba a través del parabrisas.

-¿Qué hora es? -preguntó Molly.

-Las diez y unos minutos -respondió el tipo del FBI... no, Will, debía recordar pensar en él como Will. Molly se sorprendió al descubrir que habían estado fuera tanto tiempo. Casi tres horas... los gemelos ya deberían estar acostados. Mike y Ashley estarían mirando televisión y haciendo la tarea, respectivamente. Si Mike no había salido. Le había impuesto como límite las nueve y media, durante los días de escuela, pero la mitad de las veces volvía a casa a las diez, o aun más tarde.

Mike estaba pasando por un período difícil. No resultaba sencillo saber qué era lo mejor que se podía hacer.

Tras girar en una curva, la granja apareció ante ellos. Lo primero que Molly advirtió fue que estaba iluminada como un árbol de Navidad.

Lo segundo, que un patrullero de la policía, con su luz azul girando sobre el techo, estaba aparcado en el camino de entrada.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó, casi sin aliento, mientras se le ocurrían mil y una posibilidades, todas igualmente horrorosas.

Echándole una breve mirada, Will aceleró. En pocos segundos estuvieron detrás del patrullero. Un oficial uniformado estaba bajando los escalones del iluminado porche, después de haber salido de la casa por la puerta de la cocina. Pork Chop, pegado a sus talones, levantó la vista para mirar el vehículo recién llegado, y saltó hacia ellos, ladrando.

-¡Molly!

Ashley, Susan y Sam salieron apresuradamente del porche, dirigiéndose hacia Molly no bien esta se apeó del coche. Con una rápida mirada a los tres, pudo advertir que no estaban lastimados. Pork Chop, tras haberla

husmeado al pasar, siguió de largo. Ella apenas registró sus amistosos saludos destinados a Will, mientras corría hacia sus hermanos.

Llegó hasta ellos, o ellos llegaron hasta ella... en realidad, fue una suerte de mutuo acercamiento. Susan y Sam se abrazaron a su cintura, y Molly pasó un brazo sobre cada uno de los estrechos hombros, mientras buscaba el rostro de Ashley. Esta, comprobó alarmada, tenía los ojos muy abiertos y estaba pálida, incluso bajo la amarillenta luz del porche.

No era fácil alterar la tranquilidad de Ashley.

-¿Qué ocurrió? -exclamó Molly.

-Mike... -dijo al mismo tiempo Ashley.

-¿Señorita Ballard? -el policía del porche se acercó hasta ellos. Un segundo policía bajó del patrullero. Molly ni siquiera se había dado cuenta de que había otra persona en su interior.

-¿Le ha sucedido algo a Mike? -preguntó nerviosamente a Ashley.

-Está en problemas.

-¿Dónde está?

-Salió. Y aún no ha regresado -suspiró Ashley, mientras los policías se acercaban. Uno de ellos era gordo, con una gran papada y barriga de bebedor de cerveza. El otro era más alto, desgarbado y calvo. Ambos usaban el uniforme pardo del Departamento del Alguacil de Woodford County, y llevaban sobre la pechera de sus camisas la insignia de plata que los acreditaba como delegados del alguacil.

-¿Cuál es el problema, oficiales? -Molly no reconoció a ninguno de los dos, a pesar de estar familiarizada con muchos de los guardias de la zona. Gracias a su madre y a los niños.

-Necesitamos hablar con su hermano Mike. ¿Cuándo espera que regrese? -el delegado era, si no amistoso, al menos cortés.

-¿Por qué quiere hablar con él? -la hostilidad impregnó la respuesta de Molly. Soltando a los gemelos, cuadró los hombros y enfrentó a los hombres con la barbilla en alto. Ya se las había visto antes con la "poli", y su experiencia le indicaba que, inevitablemente, significaban malas nuevas.

Los delegados se miraron. El más gordo dijo:

-Hace más o menos una hora, recibimos una denuncia indicando que algunos adolescentes se habían introducido subrepticiamente en una de las caballerizas de la cuadra Sweet Meadow. Cuando llegamos allí, una media docena de chicos salieron corriendo de la caballeriza. Echamos un vistazo, y encontramos algunas latas de cerveza y un par de colillas de marihuana. Creemos que su hermano era uno de esos jóvenes.

-¿Qué le hace pensar eso? -la hostilidad en la voz de Molly se había acentuado. Era la forma que tenía de canalizar su propio miedo. Si Mike estaba mezclado en asuntos de drogas... ¿qué iba a hacer?

-Uno de los jóvenes llevaba una chaqueta de la escuela secundaria de Woodford County. Mostramos fotografías del anuario escolar a una testigo. La testigo identificó a su hermano como uno de los de la pandilla.

Librodot

-¡No le creo! -dijo Molly enfáticamente, aunque comenzaba a tener la terrible sospecha de que podía ser verdad.

-¿Usted es la tutora legal de sus hermanos, señorita Ballard? -preguntó el policía más alto.

-¡Sí!

No obstante, no lo era. Su acuerdo de convivencia era estrictamente extraoficial. Durante años había cuidado de sus hermanos, haciendo de madre y de padre, pero nunca había intentado legalizar la situación.

Tenía, miedo de hacerlo. Ahora, al temor que sentía por Mike, se añadía un nuevo temor, por el resto de su familia. Si descubrían que los más pequeños estaban bajo su tutela, ¿qué podrían hacer?

-Si todo esto ocurrió hace una hora, como han dicho, ya estaría oscuro.

¿Cómo pudo la testigo haber visto a nadie tan claramente como, para identificarlo? -preguntó Ashley, con admirable sensatez. Molly 1e dirigió una mirada de gratitud. A los diecisiete años, Ashley era tan madura como una mujer de treinta. Molly se preguntaba muchas veces cómo se las arreglaría una vez que Ashley partiera para ir a la Universidad.

-La testigo conducía su coche de vuelta a casa, y los jóvenes iban corriendo por el arcén. Sus faros delanteros los. iluminaron de lleno.

Tuvo una buena visión del rostro de su hermano -el delegado paseó su mirada entre Asley y Molly.

-Eso es lo que ella dice -contraatacó Molly, preparándose para la pelea.

-Eso es lo que ella dice -repitió Ashley, y los gemelos asintieron vigorosamente.

El policía más alto contempló a los cuatro en silencio. Luego preguntó:

-¿Su hermano fuma marihuana, señorita Ballard?

-¡No, por supuesto que no!

-Que lo pillemos ahora sería lo mejor que le podría ocurrir, sabe usted.

Enderezarlo antes de que se incline por drogas más peligrosas. Usted no desea que eso pase, ¿verdad?

-No creo que Mike estuviera en esa caballeriza -insistió Molly, aunque su voz sonó forzada aun a sus propios oídos. En realidad sí lo creía, o al menos sentía el terrible temor de que tal vez fuera verdad. La idea de que Mike tuviera que ver con drogas la aterrorizaba.

El delegado larguirucho dijo, con los labios apretados:

-Necesitamos hablar con su hermano, señorita Ballard. ¿Cuándo espera que regrese?

Molly tuvo la súbita y terrible visión de Mike eligiendo ese momento para aparecer tambaleándose por el camino, borracho o drogado, o ambas cosas, y siendo apresado en ese instante y en ese lugar.

-No estoy segura -su voz sonó fría.

-En todo caso, no creo que la señorita Ballard les permita hablar con su

hermano sin la presencia de un abogado -dijo entonces Will desde, detrás de Molly. Estaba tan trastornada que ni siquiera había advertido que él aún estaba allí. Se dio vuelta para mirarlo. El sostuvo su mirada durante un brevísimo instante-. ¿Lo harías, Molly?

-No -ella volvió a mirar a los delegados.

La idea de conseguir un abogado antes de permitirles hablar con Mike jamás se le habría ocurrido. Contratar a un abogado no era algo que los Ballard hicieran habitualmente. Para empezar, costaba demasiado.

Además, no conocía a ningún abogado. Pero ya se preocuparía por ello más tarde. Por ahora, se aferraría a cualquier salvavidas que le arrojaran.

No sin sorpresa, se dio cuenta de que se sentía mejor sabiendo que Will, cualesquiera fuesen sus razones para hacerlo, estaba a su lado (y de Mike). Mucho mejor.

-Si no le molesta que le pregunte, señor, ¿quién es usted? -preguntó el delegado más grueso, pasando la mirada de Molly a Will.

-Un amigo de la señorita Ballard -la mentira brotó fácilmente de sus labios. Era un gran mentiroso, notó Molly, y se prometió no olvidarlo.

-Ya veo -el delegado volvió a mirar a Molly-. Señorita Ballard, usted no quiere realmente meter a un abogado en esto, ¿verdad? ¿No sería mejor que habláramos con Mike, averiguáramos lo que tiene para decirnos, e intentáramos?, ya sabe, mantener todo este asunto dentro de lo informal, si es posible.

Sí, seguro. Molly no se tragaba ese cuento.

Si quieren hablar con mi hermano, deseamos que haya un abogado presente.

La nueva amenaza pareció molestar a los policías, y para ella eso fue suficiente. La "poli" era el enemigo, siempre lo había sido.

-Ya veo.

Los delegados intercambiaron miradas. El más alto dijo:

-Entonces no tiene sentido que nos quedemos esperando, ¿no es así?

¿Nos llamará mañana, para que combinemos una cita y pueda traer a Mike a conversar con nosotros? Con su abogado, naturalmente -sacó una tarjeta del bolsillo, garabateó algo en el dorso y la extendió hacia Molly. Ella la tomó sin mirarla y la metió en el bolsillo de su tejano.

-Nos llamará, ¿verdad? -el más gordo hizo que sonara más como orden que como pregunta.

-Por supuesto -respondió Molly, sintiéndose curiosamente vacía. Al día siguiente debía conseguir un abogado. Y el dinero para pagarle.

-Hasta que hayamos resuelto esta cuestión, le sugerimos que vigile a su hermano, señorita Ballard. Nosotros lo haremos -dijo el más alto.

Con una inclinación de cabeza hacia Molly y los demás, se volvió Para encaminarse hacia el patrullero, seguido por su compañero. Un minuto, después habían partido, su coche retrocediendo por el camino haciendo

Librodot

sonar la grava. Molly lo contempló en silencio hasta que las luces traseras no fueron sino diminutos puntos rojos en la oscuridad, hasta desaparecer por completo.

Se volvió hacia sus hermanos. Ashley y los gemelos se encontraba de pie junto a Will. Incluso Pork Chop se había echado confiado a Sus pies, Los labios de Molly se curvaron al advertir lo tontos que eran, todo, incluso ella misma, al considerar como aliado a un hombre a quien ninguno de ellos había visto antes de esa tarde. El estaba allí sólo por accidente, y los había ayudado exclusivamente porque ella tenía algo que él quería. Podía retirar esa ayuda en cualquier momento. Y así sería, tan pronto dejara de necesitar su colaboración.

La mirada de Molly encontró la de Will a través del resplandor de luz amarillenta que surgía de la casa.

-No tenemos dinero para pagar un abogado -le dijo abruptamente, frotándose los brazos para contener el escalofrío que la recorría. El se encogió de hombros y metió las manos en el bolsillo de su pantalón.

-No se preocupe por eso.

-Que no me preocupe... -empezó a decir Molly alzando la voz, pero se interrumpió cuando algo se movió entre las sombras detrás de la casa.

Una figura oscura se asomó furtivamente hacia la luz y luego vaciló.

Siguiendo la mirada de Molly, Will y los niños se volvieron para mirar mientras la figura avanzaba hacia ellos.

-¿Qué querían esos? -preguntó Mike, cuando estuvo suficientemente cerca.

10 -Sólo saber dónde te escondías -contestó Molly, con exagerada amabilidad.

Miró a su vagabundo hermano de arriba abajo. Había agregado una cazadora acolchada con su capucha a su conjunto de tejanos/camiseta/camisa de franela. Un mechón suelto de pelo oscuro se había escapado de su cola de caballo y le tapaba un costado de la cara.

Su único pendiente destellaba bajo la luz. Parecía un punk callejero, tuvo que reconocer Molly. Dio un discreto paso adelante, acercándose, husmeando para ver si podía oler alcohol o marihuana en su aliento.

Nada, salvo el fresco aire nocturno con un dejo a hojas muertas.

-Lo mismo que todos nosotros. Ante todo, llegas casi una hora tarde.

¿Dónde has estado? -agregó.

Mike se encogió de hombros:

-Por ahí. Los "polis" no estaban aquí por mi causa, ¿o sí?

-¡Dijeron que habías fumado marihuana, Mike! -interrumpió Sam antes de que Molly pudiera responder-. ¡También dijeron que habías bebido cerveza!

-Eres tan mentiroso -dijo Mike, clavando en su hermano una mirada desdeñosa.

-¡No lo es! -saltó Susan, saliendo en defensa de su hermano gemelo-.

¡Sam nunca miente!

-Eso es lo que dijeron, Mike -confirmó Ashley. Mike abrió muy grandes los ojos y miró a Molly. Ella asintió con los labios apretados.

-Dijeron que un grupo de chicos había entrado clandestinamente en un establo de la cuadra Sweet Meadow. Cuando ellos llegaron, los chicos salieron corriendo. Había señales de que habían estado fumando marihuana y bebiendo cerveza en la caballeriza. Una testigo te identificó como uno de ellos.

-¿Qué testigo? -el tono de Mike, tan a la defensiva, oprimió corazón de Molly.

-Eras uno de los chicos de la caballeriza, ¿verdad, Mike?

Oh, Dios, ¿qué iba a hacer? Disciplinar a un hermano adolescente era una tarea digna de Hércules, como bien estaba descubriendo Molly. Suprimirle la televisión y el uso del teléfono no parecía ser una respuesta suficiente para un caso como este. Pero ¿qué otro recurso tenía? ¿Encerrarlo?

¿Aplicarle castigos físicos? Su imaginación vaciló ante la idea: Mike era más fuerte que ella.

Mike titubeó, mirando a Molly desganadamente:

-Tal vez -dijo.

-¿Tal vez? -el tono de Molly se elevó una octava.

Mike empezó a decir algo, luego miró a Wíll, que permanecía de pie, en silencio, a la izquierda de Molly, con las manos aún hundidas en los bolsillos del pantalón y los ojos clavados en el rostro de Mike.

-¿El tiene que estar metido en esto? -preguntó Mike, señalándolo con un gesto de cabeza.

-Está de nuestro lado -dijo Sam, casi con un grito. Ashley y Susan lo confirmaron con un movimiento de cabeza. Molly se contuvo a duras penas para no hacer lo mismo.

-Eso fue francamente grosero -dijo ella a su hermano.

Mike se encogió de hombros.

-De todas maneras, va a conseguirte un abogado -dijo Ashley-. Antes de que hables con la policía.

-No voy a hablar con la policía, y no necesito un abogado. Yo no estaba en esa caballeriza.

Su expresión se volvió hosca y malhumorada, una expresión con la que Molly se había familiarizado en los últimos tiempos. Estaba mintiendo. Lo sabía desde el fondo de sus entrañas. De pronto, se enfureció. ¿Cómo había podido hacer algo semejante, a sí mismo, a ella, a todos ellos?

Duros términos pugnaron por salir de sus labios. Sus dientes rechinaron con el esfuerzo que hizo para contenerlas. Gritarle a Mike no era la respuesta, lo sabía, aunque no atinaba a imaginar cuál podría ser.

-¿No me crees, ¿verdad? -la pregunta de Mike sonó enfadada.

Al mirarlo, Molly de repente vislumbró al niño de ocho años, con una talla inferior a la normal, cuando fue restituido a su familia después de años pasados en hogares de acogida, y sintió que su propio enfado se evaporaba. Entonces también había utilizado la beligerancia como forma de enmascarar su propio miedo.

-Te crea o no, estás en problemas, compañero -dijo con voz que da-.

Esto no va a quedar así. Los delegados que estuvieron aquí quieren que los llame mañana para combinar una cita en la que puedan hablar contigo. Puedes apostar a que también deben querer hablar con los otros chicos, y es más que seguro que alguno dirá algo. Lo peor es lo que te estás haciendo a ti mismo. Si has estado bebiendo o fumando porros, debo saberlo. Debes decirme la verdad.

Mike la miró fijamente:

-¿Para qué? Nunca crees una palabra de lo que digo.

Antes de que Molly pudiera responder, Mike se volvió y salió corriendo.

Impotente, Molly sólo pudo contemplarlo mientras él ganaba los peldaños del porche de un solo salto y desaparecía en el interior de la casa.

-Está atravesando un mal momento -dijo Ashley, claramente intentando tanto consolar a Molly como disculpar la conducta de Mike.

Molly suspiró profundamente:

-Lo sé.

Se lo había dicho a sí misma en innumerables ocasiones, pero en ese momento era un pobre consuelo. Se volvió para mirar a Will:

-¿De veras piensa que necesita un abogado?

-Eso debes decidirlo tú -contestó Will, con aparente indiferencia-.

Puedes llevarlo a la policía y dejar que confiese. Si realmente estaba fumando marihuana y bebiendo cerveza, un contacto con el sistema judicial para menores podría ser lo que necesita para enderezarse.

-Sólo tiene catorce años -dijo Molly, con voz aguda.

-Si fuma marihuana a los catorce, ¿qué hará a los veinte? -era una pregunta razonable, una pregunta que ella misma se había formulado y no había podido responder. Se le hundieron los hombros.

-Si puede ayudamos a conseguir un abogado estaremos muy agradecidos -le dijo a Will, sabiendo que quizás estuviera cometiendo un error, pero incapaz de hacer otra cosa para defender a su hermano. Will accedió con un gesto.

-Mike no irá a la cárcel, ¿verdad? -preguntó Susan, alzando los Ojos hacia Molly, La niña parecía asustada, y Molly la abrazó.

-No, por supuesto que no -respondió con firmeza, esforzándose Para tranquilizar a su hermana. Todos ellos, incluso Ashley, parecieron aliviados, como si la palabra de Molly fuera la ley. La expresión de Will era indescifrable, -Estás cansada, ¿no es así, Susie Q? -preguntó Molly. Susan

sacudió la cabeza con un instantáneo y vigoroso no, que Molly ignoró, por experiencia. Paseando la mirada de Susan a Ashley, agregó-: Todos estarnos cansados. Entremos.

-¿El también? -preguntó Sam, esperanzado, levantando los ojos hacia Will. Sin haber tenido padre ni figura paterna con quien identificar se, Sam siempre se mostraba ansioso por apegarse a cualquier varón adulto que se acercara.

-¡No! -exclamó Molly, con más energía que tacto. Recuperando algo de su compostura, se volvió hacia Will, extendiéndole la mano-.Lamento que la noche haya terminado así. Gracias por ofrecerse a ayudarnos con lo del abogado. Buenas noches.

-¿Puedo hablar contigo un momento? -preguntó Will, ignorando su mano extendida. Para cualquiera que lo oyese, podría haber sonado como un pedido cortés, pero Molly reconocía una orden cuando la escuchaba.

Ashley, lanzándoles a ambos una mirada, comenzó a alejarse hacia la casa, arreando con ella a Susan y a Sam:

-Vamos, niños.

¡Ashley posiblemente pensara que, como "festejante", Will deseaba intimidad para darle el beso de despedida!

-¿Qué? -preguntó bruscamente Molly cuando ella y Will quedaron solos.

-Espero que mañana recuperes tu empleo.

Molly, que estaba absorta imaginando el sermón que endilgaría a su hermano acerca de la conveniencia de asumir sus responsabilidades, casi había olvidado el pacto diabólico que había convenido.

-Lo intentaré.

-No lo intentes. Hazlo -dijo Will, breve y conciso. La observó un instante, y metió la mano en el interior de su chaqueta, sacando su billetera:

-¿Cuánto necesitas para recuperar tu teléfono?

-No quiero su dinero.

El, sin hacer caso, abrió la billetera y separó algunos billetes.

-No es dinero mío, es del gobierno. Ahora trabajas para el tío Sam, ¿lo recuerdas? Y necesito poder comunicarme contigo en un caso de apuro.

De manera que es necesario que hagas que vuelvan a conectar tu teléfono.

-¿Eso significa que no voy a tener un zapato con teléfono, como el Superagente 86? -Molly trató de esconder su humillación tras una muestra de humor chispeante.

-¿Cuánto? -Will ignoró su débil intento de parecer divertida. A regañadientes, Molly mencionó una cifra.

-Haré que mañana te llame un ahogado -dijo Will, extendiéndole un fajo de billetes de veinte dólares-. En tu lugar, yo no sería demasiado indulgente con tu hermano.

-Es demasiado... -Molly calculó de un vistazo la cantidad, y trató de

devolverle los billetes-. ¿Ah sí?, ¿cuántos adolescentes ha criado últimamente?

-Guárdalos. Puedes tener otra urgencia de cosquillas, y odiaría descubrirte asaltando un 7-Eleven -hizo una mueca con la boca-. En cuanto a criar adolescentes, tengo un hijo de dieciocho años. Buen muchacho. Pero te aseguro que he visto a muchos descarriarse e ir por el mal camino.

-¡Mike no va por mal camino! -la sugerencia le había picado.

-¿No? -Will se encogió de hombros-. Lo conoces mejor que yo. Me mantendré en contacto. Buenas noches.

-Buenas noches.

-Buenas noches.

Con una breve inclinación de cabeza, Will dio media vuelta y se dirigió hacia el coche. Molly contempló cómo se marchaba. El viento susurraba a través de las copas de los árboles, desprendiendo una lluvia de hojas que se arremolinaron a su alrededor. El coche retrocedió por el camino de acceso y enderezó, rumbo a la ciudad.

Sola en la oscuridad, Molly de pronto sintió frío. Cruzando los brazos sobre el pecho, se volvió y avanzó hacia la casa. A pesar de lo fresco del aire, no sentía prisa por entrar. Una vez que estuviese dentro, debería vérselas con Mike.

Y, sencillamente, no sabía qué hacer.

Acerca de nada.

11 12 de octubre de 1995 Eran las tres de la mañana. La anciana se irguió súbitamente en la cama, arrancada de un sueño profundo. Estaba sucediendo otra vez. No tenía dudas.

Los gritos habían invadido sus sueños. Gritos de hacía mucho tiempo.

Gritos de un ratoncillo despanzurrado, de un gatito mutilado. Gritos de un periquito, con las alas y la cola envueltas en llamas, volando frenéticamente por toda la casa. Gritos de un perro. Un caballo. Un niño.

Oh, Dios, el niño. Y jamás se lo había contado a nadie.

Conteniendo un sollozo, procuró calmarse. No podía estar sucediendo otra vez, no era posible. Había ocurrido veinte años atrás. Punto.

Terminado. Olvidado, por casi todo el mundo. Aun para aquellos que todavía recordaban, el tiempo había obrado su magia para velar sus recuerdos y aliviar su pena.

Los gritos con los que había despertado eran parte de una pesadilla, por supuesto. Nada más que eso.

No era una noche fría, pero estaba temblando. Al obligarse a volver a la cama y subir el cobertor hasta su mentón, descubrió la razón: el ligero camisón de seda que llevaba puesto estaba empapado en sudor.

Por la pesadilla, claro.

Permaneció despierta el resto de la noche, con miedo a cerrar los ojos, con miedo a quedarse dormida, y de esa forma invitar a la pesadilla a

Librodot

regresar.

12 12 de octubre de 1995 Húmeda por el rocío de la mañana, la verde pradera relucía bajo la luz del sol naciente cuando Molly enderezó por un sendero cubierto de césped, rumbo a la caballeriza 15. El aire fresco estaba impregnado de olor a estiércol y serrín. Setos de ligustro prolijamente recortado, que protegían macizos de brillantes crisantemos amarillos, bordeaban el dédalo de caminos que conducían desde las caballerizas hasta más allá de la pista y las tribunas.

Construido con añeja piedra caliza de color gris e impecablemente mantenido, el de Keeneland es uno de los hipódromos más bellos del mundo. Con más de trescientas hectáreas rodeadas por una tapia de un metro de alto cubierta de hiedra, lleva el nombre oficial de Hipódromo Keeneland, según la tradición europea, en lugar del otro tan cursi de Pista de carreras de Keeneland, como se estila en los Estados Unidos. Esto responde a la aristocrática moda que imperaba en ese país durante los años treinta, época en la que fue inaugurado. En el campo no se permitía la instalación de carteles ni de señales, y era el único hipódromo importante del mundo que carecía de anunciador. Esta omisión era deliberada, destacando con ella la suposición de que los asistentes a Keeneland eran lo suficientemente entendidos como para identificar caballos, jinetes y chaquetillas sin la ayuda de un anunciador.

De acuerdo con ese espíritu, Keeneland exhuda un aire a dinero antiguo.

Ni remotamente tan conocido como los hipódromos de Churchill bowns, Saratoga o Belmont, Keeneland conserva la exclusividad de un muy bien guardado secreto.

Aun a hora tan temprana de la mañana, varios hombres de informal elegancia, vestidos con chaquetas azul marino, desayunaban en la terraza que dominaba la pista, sus cabezas hundidas en copias de las planillas con las carreras. Las pocas mujeres presentes llevaban más colorido en sus vestidos, pero también ellas adherían al sobreentendido de buen gusto que constituía el código extraoficial de vestimenta imperante en las carreras. Nada de modas extravagantes ni de sombreros enormes para esta pandilla. Un jinete, de pie sobre los estribos, llevaba al trote corto un nervioso pura sangre rumbo a la pista oval. Molly se hizo a un lado para dejarle paso. El potrillo lanzó una coz mientras pasaba a su lado, más caprichosa que agresiva, y fue rápidamente llamado al orden por su jinete. Molly lo esquivó y continuó andando, imperturbable. Como cualquier verdadero trabajador del negocio de los caballos, había sido pateada, mordida, pisada y derribada demasiadas veces como para poder contarlas. Se daba por descontado que los animales eran imprevisibles.

A lo lejos, el retumbar de cascos anunciaba que ya había otros caballos en la pista. Eran apenas las siete, y los trabajos de la mañana estaban ya en pleno desarrollo.

-Buen día -un guardia de seguridad uniformado examinó el pase que Molly había prendido en su jersey con cremallera color gris. Contratado para esa ocasión, no era nadie que ella conociera. Con un movimiento de cabeza, Molly siguió caminando.

Librodot

Las caballerizas pintadas de blanco se agrupaban bajo la protección de la arboleda. Afuera de la número 15 se hallaban aparcados dos remolques para ocho caballos y un camión de la compañía. Marta Bates, otra peón de la cuadra Wyland y una buena amiga, llevaba a Tabasco Sauce hacia el paddock. Preocupada por el potrillo, que estaba ansioso por trabajar, saludó a Molly con un distraído movimiento de la mano.

Molly tuvo la sensación de que nunca se había ido.

Salvo el ruido de los cascos de los caballos pateando el suelo de la caballeriza, allí todo era calma. Tan limpio como un hospital, el vasto interior relucía por obra de la nueva pintura blanca que cubría las paredes desde los zócalos hasta el elevado cielo raso. Amplios y pesados portones montados sobre ruedas cubrían los accesos desde cada uno de los extremos. En ese momento, tan sólo estaba abierto aquel por donde había entrado Molly, permitiendo que una bocanada de aire fresco ventilara el lugar. Treinta y dos establos se enfrentaban, a ambos lados de un ancho pasillo. Cada uno de ellos tenía una placa con el nombre de su ocupante en la mitad inferior de la puerta holandesa. Crisantemos color ciruela crecían en toneles cortados por la mitad que adornaban el espacio vacío cada tres establos. La caballeriza olía a serrín, a desinfectante y a caballo.

Molly inhaló profundamente, en un acto casi inconsciente. El olor le era tan familiar como su nombre, y tan grato como el aroma de su propia casa.

El capataz de los peones de Wyland, Rosario Argüello, estaba silbando suavemente mientras baldeaba uno de los establos más cercanos a la entrada. Molly se apoyó contra la puerta entreabierta.

-Eh, Rosey, ¿dónde está el señor Simpson? -preguntó. Moreno y robusto, un argentino que alguna vez había soñado con ser jockey, Rosey era un amigo más cercano aún que Marta. Levantó la vista y sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando vio quién era la que preguntaba.

-¡Molly! -exclamó, en su inglés con marcado acento, recogiendo sus herramientas y dirigiéndose hacia donde se encontraba ella-. Diablos, Molly, ¿qué andas haciendo, eh? ¿Cómo pudiste marcharte y dejarnos?

¿Así como así? ¿Sin decir ni adiós?

Molly le sonrió cuando él le rodeó los hombros y la estrechó en un rudo abrazo. Cuarentón, Rosey tenía esposa, cuatro hijos y otro en camino.

Jamás, en los siete años que se conocían, la había tratado de otra forma que no fuera la correspondiente a un compañero y amigo, sin distinción de sexo, y ella lo agradecía.

-Y cómo anda hoy el señor Simpson? -preguntó Molly, lo cual era una manera elíptica de inquirir si el entrenador se encontraba en uno de sus legendarios días malos. Rosey conocía el código. Puso los ojos en blanco.

-Mal, ¿eh? -dijo Molly, haciendo una mueca. Su bendita suerte. -Lady Valor se mancó esta mañana.

-¡Oh, no!

Nacida en Wyland, Lady Valor era -o había sido- uno de los animales a cargo de Molly. Molly había cuidado a la potranca de dos años desde su

nacimiento y sentía por ella un cariño especial.

-El señor Simpson está ahora con la potranca, me parece -gritó Rosey tras ella, pero Molly ya había salido a la carrera. La mayoría de los establos, con sus puertas entreabiertas, estaban vacíos, según notó echándoles una mirada cuando pasaba frente a ellos. Los caballos estaban en la Pista. En el establo situado al lado del ahora vacío de Tabasco Sauce, Ophelia estaba echada, con las patas dobladas bajo su cuerpo. Al paso de Molly, la Pequeña burra se puso de pie, irguiendo atenta sus peludas orejas de conejo. Ya estaba paladeando el terrón de azúcar que la presencia de Molly solía Presagiar.

-Más tarde, Ophelia -prometió Molly, y siguió corriendo.

El establo de Lady Valor era el segundo a partir del extremo más alojado, sobre la mano izquierda. Simpson, con su corpulenta figura enfundada en pantalones color caqui y camisa azul desabrochada y con las mangas arremangadas, y el veterinario Herb Mottse de encontraban en el establo, junto a la potranca. El espeso pelo gris de Simpson, de ordinario muy bien peinado, estaba revuelto y alborotado como si lo hubiera rnesado con sus manos. El doctor Mott, septuagenario y frágil, se había arrodillado y pasaba su mano sobre la pata de Lady Valor, mientras Simpson, de espaldas a Molly, se apoyaba contra su hombro. Angle Archer, una joven que, según Molly supuso, había sido contratada para reemplazarla, estaba de pie junto a la cabeza del animal. Lady Valor había echado las orejas hacia atrás. Molly conocía ese gesto. A pesar de su dulzura, Lady Valor tenía la costumbre de morder.

-¿Puedo ayudar? -sin esperar respuesta, Molly entró al establo y fue directamente hasta la cabeza de Lady Valor. La potranca la saludó con un suave relincho y un vigoroso movimiento de cabeza. Tras una mirada de reconocimiento, Angle se hizo a un lado con expresión de alivio. Molly advirtió las cuatro pequeñas magulladuras circulares que exhibía la recién llegada en su moreno antebrazo desnudo y estuvo a punto de sonreír.

Los mordiscos de desagrado de Lady Valor eran tan dolorosos como un pellizco malintencionado.

-¡Se ha dañado el condenado garrón! -exclamó Simpson, dirigiendo a Molly una mirada llena de angustia.

-¡Oh, no! -se lamentó Molly, con genuina alarma. El garrón es para los caballos lo que la rodilla para los seres humanos.

-Durante la noche, en su establo -continuó Simpson, casi gimiendo.

-¿Es posible que todavía pueda correr el Spinster? -preguntó Molly, refiriéndose a la carrera de potrancas que tendría lugar el domingo siguiente. Lady Valor era una segura favorita.

-Parece que no.

El veterinario alzó la vista, sacudiendo la cabeza como confirmación de la opinión de Simpson. Este lanzó un juramento.

-Lo siento, Don -dijo el doctor Mott, apoyando delicadamente la pata de Lady Valor y poniéndose de pie-. Lleva tiempo curar esta clase de herida.

Librodot

-Lo sé -Simpson se pasó la mano por la cara, sacudió la cabeza y recuperó la suficiente compostura como para acompañar al doctor Mott hasta la puerta del establo.

-Estará bien en un mes, corno máximo seis semanas.

-Lo sé.

El doctor Mott se marchó. Simpson cerró la puerta de madera detrás del veterinario y se volvió en el establo. Sus ojos encontraron los de Molly.

-A veces me siento como uno de los personajes del Hee-Haw. Ya sabes, si no fuera por la mala suerte, diría que no tengo nada de suerte -estaba hablando más para sí mismo que para ella.

Molly lo sabía, como también sabía que no deseaba ni esperaba respuesta alguna. De pronto, las pobladas cejas grises de Simpson se enarcaron y su entrecejo se frunció:

-¿Qué demonios estás haciendo aquí? -le espetó, como si acabara de recordar todas las razones por las que ella no debía estar allí-. Creía que te había despedido.

-Usted no me echó. Yo renuncié -respondió Molly, frunciendo su propio entrecejo.

Demostrar mansedumbre ante Don Simpson era un error, como bien había aprendido poco después de que él se hiciera cargo del puesto un año atrás. A los sesenta y dos años, alguna vez había sido un gran entrenador. Una sucesión de derrotas capaces de destruir una carrera durante los últimos cinco años lo había enviado dando tumbos hasta la relativamente poco importante cuadra Wyland, la cual, como él mismo, alguna vez había sido una potencia a ser tenida en cuenta en el mundo de las carreras. Para los entendidos, la cuadra Wyland y Simpson eran considerados estrellas en decadencia. Pero Simpson aún se consideraba a sí mismo una gran estrella. Su ego no se había desmoronado junto con su prestigio. Era un ogro de mal carácter, a quien hacía feliz aterrorizar a cualquier pobre alma que se le atravesara en el camino. Su única virtud rescatable, a los ojos de Molly, era que tenía un conocimiento casi intuitivo sobre caballos y sentía por ellos un amor genuino.

-¿Oh, sí? -gruñó Simpson-. Entonces ¿qué diablos estás haciendo aquí?

-Me debe dos semanas de paga -Molly alzó la barbilla con aires de beligerancia.

-Mira; tu paga la he tomado a cuenta de las dos semanas que debías haber trabajado después de avisar que te marchabas.

-¡No puede hacer eso! De todas maneras, ¿cómo podía avisar si me había despedido?

-Creí que habías renunciado.

-Si va a costarme dos semanas de paga, me considero despedida Molly pronunció las dos últimas palabras con los dientes apretados.

Entonces, a punto de olvidar su misión, la recordó, controló su temperamento, aflojó los dientes y se obligó a sonreír-. De cualquier forma, yo... bueno... pensé que podría necesitarme para colaborar, al menos hasta

que se termine Keeneland.

Simpson la observó con fiereza:

-Nos estamos arreglando muy bien.

Molly contempló significativamente el garrón de Lady Valor:

-Así parece.

La expresión de Simpson sé ensombreció:

-¿Estás pidiéndome que te devuelva tu empleo?

Molly se tragó su orgullo: -Sí.

-¿No me llamarás otra vez cretino, ni me mandarás a meter la cabeza en el inodoro?

Un destello de humor brilló en los ojos de Molly, pero no se atrevió a sonreír:

-No, si puedo evitarlo.

-Mejor que lo evites -gruñó él-. Si vuelves a pasarte de la raya conmigo, desaparecerás para siempre. ¿Comprendido?

Molly asintió.

-Entonces mueve el culo y ponte a trabajan ¡Tú! -Simpson se dirigió a Angie, que estaba aterrada-. Largo de aquí. Irás otra vez a hacer andar los caballos. No sirves como peón.

Clavó la mirada en Angie, que se puso roja y se apresuró a marcharse, al borde de las lágrimas. Simpson la contempló con evidente satisfacción mientras se iba con la cabeza baja. Después su mirada se centró en Molly, como desafiándola a atreverse a decir algo que no debía. Lady Valor sacudió con su pata delantera. Molly acarició el cuello de la potranca con aire ausente, sabiendo que, si no le prestaba la atención que requería, Lady Valor la mordería en cualquier momento.

-Así que ya ponte a trabajar -le ladró Simpson y abandonó el establo.

De pie dentro del camión de mantenimiento de parques aparcado frente a la caballeriza 15, con los brazos cruzados sobre el pecho, Will observaba el monitor con el entrecejo fruncido. Sentado en la silla frente al escritorio, Murphy hacía lo mismo.

-¡Guau! Por un momento pensé que él la iba a agarrar de las orejas dijo Murphy.

Will contestó con un gruñido. Con el sistema de vigilancia reparado trabajo de Murphy durante la noche anterior-, había sido tarea sencilla seguirle el rastro a Molly desde el instante en que entró en la caballeriza, Había comenzado a temer que no apareciera. La mañana anterior había llegado a la caballeriza unas tres horas más temprano de lo debido. Por qué se había retrasado ahora, no lo sabía ni importaba demasiado. Lo importante era que ella había podido cumplir con la misión que le encomendara: había recuperado su empleo. El enlace indispensable con el movimiento interno de la cuadra había sido restablecido.

Por la mente de Will pasó fugazmente el recuerdo de su enlace anterior

Librodot

y lo que le había ocurrido, y desechó la ligera náusea que acompañó al recuerdo. La muerte de Lawrence no tenía nada que ver con Molly. Era un suicidio. Lawrence era mentalmente inestable.

Por el momento, Molly se encontraba dentro de un establo, sola con un caballo que parecía ser lo suficientemente grande como para aplastarla si lo intentaba, murmurando palabras dulces en la oreja del animal mientras vendaba su pata trasera. La imagen de establo, caballo y mujer joven llenaba la pantalla.

-No es exactamente Miss Tacto, ¿verdad? -observó Murphy. Will volvió a gruñir.

-Atractiva, sin embargo -sonrió Murphy, y se irguió para ajustar el dial.

La cámara se acercó a Molly y la recorrió de arriba abajo. Con su pelo oscuro recogido en una cola de caballo y su rostro de finos rasgos y sin maquillaje, a Will se le ocurrió que no aparentaba más de dieciséis años.

Se preguntó por qué eso le hacía sentir molesto.

-Sin duda, rellena bien una camiseta y unos tejanos -apuntó Murphy con admiración. Will sintió crecer su irritación. Había estado tratando de no dar importancia a la forma en que el gastado tejano remarcaba las curvas de sus nalgas y sus largos muslos, ni a cómo su sencilla camiseta blanca se ceñía sobre unos firmes y redondos pechos, ni la flexibilidad de su cintura. La camisa de deporte gris que llevaba al llegar colgaba ahora sobre la puerta del establo. Irracional como bien sabía que era esa reacción, el hecho de que se la quitara le molestó.

Contra su voluntad, centró su atención en el único aspecto de su anatomía que parecía no poder ignorar. Sus pezones eran claramente visibles, pequeños botones presionando contra el suave algodón blanco, bajo el cual sus pechos parecían moverse con entera libertad. ¿Acaso no llevaba sostén?, se preguntó.

-Apuesto a que es estupenda en la cama- continuó diciendo Murphy.

Ante la imagen que eso suscitó, Will sintió que una inesperada explosión de calor le estallaba en las venas. Rechinando los dientes, no hizo ningún comentario. Solamente se aproximó para ajustar el dial del monitor para que mostrara un panorama completo del establo.

-Eh, necesitamos controlar a nuestra informante -protestó Murphy con una risita lasciva, volviendo a tocar el dial. Will tuvo que contenerse para no golpearle en la mano. Cuando Molly volvió a ocupar toda la pantalla, se dio media vuelta.

13 Eran poco más de las seis de la tarde, ese momento del día en que el aire refresca y llega el crepúsculo. Sombras oscuras se alargaban sobre la pradera, envolviendo las manadas de caballos que pacían, hasta hacer que pareciesen insustanciales como fantasmas, amontonados bajo la oscuridad creciente. Un fuego de hojas secas impregnaba el aire con el aroma del humo. Lo único que interrumpía el silencio era el ladrido ocasional de algún perro. Enfundada en sus tejanos, su camiseta y la camisa gris cerrada casi hasta el cuello, Molly estaba sentada sobre el borde pintado de negro de una cerca que corría a lo largo de una elevación cercana a su casa. Una yegua

alazana de mirada dulce se acercó y le dio un cabezazo en la rodilla. Molly rebuscó en un bolsillo de la camisa y sacó el último puñado de alimento para perros que había traído con ella. La yegua, Sheila, lo adoraba. Molly casi no dudaba que, de tener la oportunidad, Sheila se mantendría comiendo sólo alimento para perros por el resto de su vida.

El roce del aterciopelado hocico de Sheila sobre la palma de su mano puso una ligera sonrisa en el rostro de Molly. Sheila tenía dieciséis años, retirada hacía tiempo del mundo de las carreras y dejada libre para vivir sus últimos días, gorda y feliz, en los prados de Wyland. De todos lo animales que estaban a su cuidado, Sheila era la favorita secreta de Molly, quien trataba al animal como una especie de cruce entre un perro mascota y su propio caballo.

Reinaba la paz en el atardecer; junto a Sheila, Molly saboreó el momento de soledad. Tras un duro día de trabajo, esa era su forma de recuperarse.

En pocos minutos debería volver adentro y enfrentar la preparación de la cena, la tarea escolar de los niños, y a un hosco y recalcitrante Mike…

Molly lo había obligado a permanecer dentro de la casa, prohibiéndole ver a sus amigos durante un mes fuera de la escuela. Dado que él había continuado negando los cargos referidos a la cerveza y a la marihuana, ella le dijo que lo castigaría por su llegada tarde. El la odió por eso, pero no era nada nuevo. Como solución para el verdadero problema, Molly sabía que lo que había hecho no era lo más adecuado, pero fue lo mejor que pudo hacer. Al menos, mientras estaba encerrado, no podía beber cerveza ni fumar porros.

Ningún abogado se había puesto en contacto con ella, pero el teléfono aún no estaba conectado, a pesar de que, volviendo a casa, había entrado en la compañía telefónica para pagar la cuenta.¿Pero acaso ella esperaba seriamente que el tipo del FBI -Will- apareciera con un abogado para su hermano? Su promesa de ayuda había sido pura charlatanería, a Molly no le cabía duda. Aunque la idea era buena. Debía llevarla a cabo, por el bien de Mike. Mañana, durante la comida o la merienda, buscaría en el listín telefónico para encontrar algún abogado por su cuenta. La comida de hoy había durado sólo quince minutos, que ella había pasado hablando por teléfono con los delegados del alguacil para concertar una cita con Mike. Después de mucho forcejeo verbal, había convenido que llevaría a Mike su próximo día franco, el lunes, a las tres y media de la tarde. Bajo ningún concepto iba a permitir que Mike los enfrentara solo. Ni siquiera habiendo un abogado presente.

Después debería preocuparse por los honorarios del abogado. Siempre había algo por qué preocuparse.

Apenas Molly llegó a casa, Ashley le confió que había sido invitada a concurrir al baile de la escuela. Era una adolescente tímida con los muchachos, y estaba tan emocionada que irradiaba felicidad como el sol sus rayos. Aunque no le había pedido nada a su hermana, y probablemente ni siquiera pensara en ello, Molly sabía que necesitaría un vestido. Un vestido especial. Un vestido caro.

Susan y Sam saldrían de campamento el miércoles siguiente y debían

pagar diez dólares cada uno.

Y el correo había traído una tarjeta que informaba que había vencido la fecha para la vacunación antirrábica de Pork Chop, así como un aviso de corte de servicio de la compañía de electricidad. Si no pagaba lo que debía en el término de siete días, el suministro sería cortado.

Siempre había algo. Pero, bueno, así era la vida.

-Esto es todo, cariño -dijo Molly a Sheila, que esperaba algo más-. Lo siento.

Dio una palmadita a la yegua y saltó de la cerca para volver a casa, pero se paró en seco. Un hombre estaba subiendo la cuesta en dirección a ella.

Llevaba una caja blanca y chata en una mano. Detrás de él, las luces de la casa habían sido encendidas. En las ventanas brillaba un resplandor amarillento que recortaba la figura del hombre, convirtiéndolo en una silueta oscura. Molly tuvo una visión de la cabeza y los hombros de Ashley, pequeños a la distancia, al pasar frente a la ventana de la cocina.

Un coche blanco estaba aparcado detrás de su Plymouth azul, visible bajo la luz que salía por las ventanas de la casa a pesar del gris manto de sombras que cubría el patio.

Aun sin el indicio del coche, lo habría reconocido en cualquier parte.

Quizá por el traje, gris esta vez. El tipo del FBI. Will.

Sheila soltó un suave relincho de bienvenida al recién llegado.

Reclinándose contra la cerca, Molly aguardó con las manos hundidas en los bolsillos de la camisa, una rodilla doblada y el taco de su zapatilla enganchado en el madero inferior de la cerca. Cuando estuvo lo suficientemente cerca y ella pudo distinguir sus facciones, Will levantó los ojos y vio que ella lo estaba mirando. Sus labios se curvaron en una divertida semisonrisa.

-¿Pizza? -le preguntó, cuando estuvo a pocos pasos de ella, alargándole la caja-. Traté de llamar.

-No volverán a conectar el teléfono hasta mañana -el aroma delicioso que salía de la caja le hizo la boca agua. Encargar pizza era una costumbre que los Ballard rara vez se permitían. Sencillamente no podían afrontar el gasto-. Los niños adoran la pizza. Si no le importa, se la daré a ellos. Acabo de comer un bocadillo.

-Les dejé en la casa dos grandes pizzas y un cajón con seis botellas de coca-cola. Tu hermana me dijo que estabas aquí... incluso me indicó el camino.

-¿Ashley o Susan? -preguntó Molly, sin hacer el menor movimiento hacia la pizza a pesar de que su estómago gruñía sin cesar.

-La mayor.

-Ashley -Molly inhaló profundamente, y lo miró fijo a los ojos-. No nos estamos muriendo de hambre, sabe. Hay un montón de comida en mi casa.

-Lo sé.

La observó durante un momento en silencio, luego se encogió de hombros y miró a su alrededor. Descubrió un tronco caído en medio de un pequeño grupo de árboles cercano, fue hasta él y se sentó, haciendo equilibrio con la caja de la pizza sobre sus piernas. Sacó un cartón de leche del bolsillo de su chaqueta y lo apoyó sobre el tronco, luego abrió la caja de la pizza y separó un. trozo cubierto de queso y pimientos.

Cuando Will dio un buen mordisco a su pizza, el estómago de Molly lanzó un gruñido. Desde el pote de cereales que comiera como desayuno, no había vuelto a probar bocado en todo el día.

-¿Vas a dejar que me coma yo solo todo esto? - preguntó él tras el segundo bocado. -Voy a engordar.

La idea provocó una involuntario sonrisa en Molly. Imaginarlo gordo era absurdo. Si algún defecto tenía, era su extrema delgadez.

-Es preferible que engorde usted y no yo -dijo ella, yendo hacia el tronco y bajando la mirada hacia él y la pizza. El tentador aroma de los pimientos y la salsa de la pizza atacó su olfato. El corto pelo rubio de Will, advirtió desde arriba, era muy espeso. No había atisbo de calvicie a la vista.

-Nunca supe de nadie que bebiera leche con la pizza -observó Molly.

-Eh, la leche hace bien al organismo -el alzó la mirada hacia ella-. Te traje una coca-cola -secándose las manos con una servilleta de papel, buscó dentro de otro de los bolsillos de su chaqueta y sacó de él la familiar lata roja, que le ofreció.

-Gracias -tras apenas un momento de vacilación, Molly tomó la lata y rodeó las piernas de él y la caja abierta de pizza para sentarse sobre el tronco. Tenía hambre. Él había traído pizza. Era tonto permitir que su orgullo le impidiera disfrutar de ella-. Y gracias por la pizza. Pero no debía hacerlo.

-Ya sé que no debía hacerlo. Pero lo hice. Así que, ya que, ya que está aquí, cómela.

Molly llevó un trozo a su boca y sintió alivio al comprobar que él se mostraba más interesado en su comida que en ella. Una masa fina y crujiente, jugosa salsa, queso sabroso y pimientos picantes: Molly disfrutó del primer bocado con una intensidad casi sensual.

-Está buena -dijo, tras unos instantes durante los cuales ambos masticaron a dúo.

-No has comido, ¿verdad?

El la miró por sobre el trozo de pizza que llevaba a la boca. Era más una afirmación que una pregunta, como si ya conociera la respuesta. ¿Era tan evidente que estaba famélica?

Molly sacudió la cabeza:

-No tuve tiempo. De paso, recuperé mi empleo.

-Sabía que lo harías.

No sonó sorprendido. Pero él, razonó Molly, no conocía a Don Simpson como ella -¿Todavía está en pie nuestro trato? ¿Cinco mil dólares por

verificar el tatuaje en los hocicos?

-Sí.

-¿Lo jura?

Alzando los ojos de la tarea de extraer un nuevo trozo de pizza, él buscó su mirada:

-No confías demasiado en la gente, ¿verdad?

Molly se encogió de hombros, bebió un sorbo de su coca-cola y tornó un segundo trozo de pizza.

-Si de veras quiere que confíe en usted, podría pagarme un adelanto.

El sonrió:

-Entonces quedaría yo preguntándome cuánto puedo confiar en ti.

Prefiero las cosas de este modo.

-Apuesto a que sí -dijo ella, con una sonrisa algo burlona pero amigable.

-¿Ese es tu caballo? -Preguntó, señalando a Sheila.

Con la cabeza apoyada sobre la cerca, la yegua contemplaba inquisitivamente a ambos. Probablemente preguntándose qué sabor tendría la pizza, pensó Molly.

Negó con la cabeza:

-Pertenece a la cuadra Wyland. Es una yegua que corría carreras, pero ahora está retirada. Ganó premios por un millón de dólares, creo.

Will silbó por lo bajo:

-Muy impresionante.

-Posiblemente por eso no terminó en una fábrica de colas.

-¿Eso es lo que hacen con ellos cuando dejan de correr?

-A veces. O se transforman en alimento para perros. O en fertilizantes.

-Estás bromeando, ¿no?

-No conoce mucho de este negocio, ¿verdad?

-No demasiado.

- ¿De dónde es usted? De algún lugar del norte; lo digo por su acento.

-Chicago -sonrió de pronto-. Qué gracioso, aquí estoy yo pensando que eres tú quien tiene acento regional.

Ignorando la mención burlona a sus suaves sílabas arrastradas típicamente sureñas, Molly lo estudió:

-¿Y cómo ha sido que terminó aquí, en Kentucky, investigando carreras de caballos?

Will se encogió de hombros.

-Gajes del oficio.

-Es realmente agente del FBI, ¿verdad?

-Otra vez falta de confianza de la que te hablaba.

-Esa no es respuesta.

Él suspiró.

-Sí, Virginia, realmente soy un agente del FBI. ¿Quieres el último trozo de pizza?

Molly negó con la cabeza.

-¿Y qué hiciste con tu hermano? -preguntó, entre bocado y bocado.

-Lo encerré. Durante un mes. Nada de tele. Nada de visitas de amigos.

Aunque jura que no estuvo en esa caballeriza.

-¿Le crees?

-No.

-Hablé con el abogado que te mencioné la otra noche. Se llama Torn Kramer. Irá con tu hermano a hablar con la policía -cuando terminó la pizza, Will se limpió las manos con una servilleta y sacó un papel doblado de un bolsillo interior de su chaqueta-. Aquí tienes su número. Llámalo.

-Gracias -Molly tomó el papel y lo guardó en el bolsillo de su camisa.

Titubeó, pero el punto debía ser aclarado, por más que la incomodara-:

¿Le dijo cuánto cobraría?

-Ya te lo dije, no te preocupes. Ya está arreglado.

-No irá a pagarlo usted, ¿verdad?

-Para ser alguien que no hace mucho se alzó con cinco mil dólares que no le pertenecían, eres demasiado quisquillosa acerca de la procedencia de las cosas.

Molly se sonrojó:

-¿No puede olvidarse de eso?

-No -replicó él, abriendo el cartón.

-No suelo robar, sabe. De hecho, jamás lo hago. Sólo esa vez. Fue...

un impulso. Miré dentro de ese saco y vi el dinero... y me lo llevé.

-Cualquiera habría hecho lo mismo.

-¡Cualquiera que estuviese en mi lugar habría hecho lo mismo!

El comentario de él no había sonado sarcástico, pero Molly se puso de todas formas a la defensiva. Estaba muy susceptible por lo que había hecho y -si debía ser sincera- por lo que él en consecuencia pensara.

-No son demasiados los que están en tu lugar: una muchacha de veinticuatro años criando sola a cuatro hermanos. ¿Cuánto tiempo hace que murió tu madre?

Molly bebió otro sorbo de coca-cola. No hablaba sobre sus padres... las heridas eran muy hondas, el tema muy personal.

-Mire, señor FBI, si vamos a hacemos preguntas, tengo algunas para usted: ¿viven sus padres?

-Will -El tranquilo énfasis de su tono le recordó a Molly su advertencia de la noche anterior.

-Bien, entonces, Will: ¿viven tus padres?

El la miró un instante y luego asintió: -Sí. Ambos.

-¿Divorciados?

Molly se dio cuenta de que sonaba casi esperanzada. Debía de haber algo miserable en alguna parte de su vida.

El negó con la cabeza:

-Casados desde hace cuarenta y cinco años el mes que viene.

-¿Cuánto hace que estás casado?

-No lo estoy.

-Dijiste que tenías un hijo de dieciocho años.

-Lo tengo.

-Entonces eres divorciado.

-No.

-¿Qué eres, entonces? ¿Padre soltero? -dijo exasperada por la incapacidad de Will para darle una respuesta concreta.

-Mi esposa murió hace quince años -sus palabras no mostraron ninguna señal de dolor o de pena. Simplemente establecieron un hecho.

-Lo... lo siento -no obstante, Molly adoptó una actitud grave.

-Ya pasó -aparentemente ajeno, Will bebió de su leche.

Molly no dijo nada más. No se había detenido a pensar que él tenia sus propias heridas, y no había tenido la intención de tocarlas.

El sonido de un motor acercándose desde la pradera significó una oportuna distracción. Sheila lanzó un agudo relincho, girando y alejándose de la cerca con la cabeza en alto y la cola al viento, exhibiendo el estilo que alguna vez hiciera de ella una campeona. Dirigiendo a Will una mirada sonriente, Molly apoyó la lata sobre el tronco, se puso de pie y fue hacia la cerca.

Un jeep Cherokee negro se detuvo en el sitio donde había estado Sheila.

Un hombretón que llevaba un sombrero stetson color tostado, tejanos, botas de vaquero y un guardapolvos abierto se apeó del lado del conductor, portando una enorme pistola con el cañón apuntando a tierra.

Venía con un hombre de alrededor de treinta años, guapo y de ojos oscuros, con el cutis claro y el pelo negro azabache. Bajó la ventanilla de su lado y sacó afuera la cabeza. Ambos centraron su atención en Molly.

14 -Hey, Molly -dijo el más fornido a modo de saludo. Estaba más cerca de los treinta que de los veinte, era más corpulento que apuesto, con un rostro rubicundo de facciones toscas y sucio pelo rubio largo hasta los hombros.

-"La belleza es poder; una sonrisa, su espada" -citó el moreno,

echándole una mirada de soslayo a su compañero antes de concederle una irónica sonrisa a Molly.

-Hey, J. D. Hola, Tyler -Molly ignoró esa críptica expresión, aunque sospechaba que era una estocada dirigida tanto a ella como a J. D.

-¿Todo bien?

J. D. miró amenazadoramente un punto situado a espaldas de ella. Al mirar a su vez, Molly advirtió que la mirada estaba dirigida a Will, que desde atrás de ella iba aproximándose, y sonrió. J.D. doblaba en tamaño al tipo del FBI, y hubiera sido ridículamente fácil hacer que J. D. se le echara encima y lo atacara. No porque estuviera pensando en hacer nada semejante, por supuesto. Aun así, era divertido pensar en ello.

-Estoy muy bien, gracias, J. D. Este es Will Lyman. Will, J. D. Hatfield, Tyler WYland -Una vez reunido con ella al lado de la cerca, Will respondió a las presentaciones con un movimiento de cabeza. J. D. lo hizo realizando un movimiento feroz, con una expresión cercana a la ira. Tyler Wyland también sacudió la cabeza. Una mueca sarcástica y divertida curvaba sus labios.

-No creo que el señor Lyman represente una amenaza, J. D., ni para Molly ni para los caballos -lo reconvino amablemente Tyler.

-Algo ha estado espantando a los caballos de por aquí en las últimas noches -dijo J. D., sonrojándose, pero con obstinación-. Vine para preguntarte, Molly, si has visto u oído algo fuera de lo común.

-No, no he visto ni oído nada -Molly negó con la cabeza y apenas pudo contener la sonrisa que pugnaba por salir de sus labios.

J. D., un joven de la zona, estaba loco por ella desde hacía años. A pesar de su tamaño y de su aspecto, era dulce como un gatito, y Molly no tenía intención de herirlo. Lo trataba como a un amigo e ignoraba sus señales de que pretendía ser algo más que eso. En su favor, debe decirse que J.D. jamás había intentado forzar el tema.

-Bien, pensé que tal vez te habrías enterado de algo -J. D. le disparó a Will otra mirada torva-. Creo que es mejor que vuelva al trabajo. Mantén abiertos los ojos y los oídos, Molly, y si sabes de algo fuera de lo normal, me lo avisas.

Lo haré prometió Molly.

J. D. trepó al jeep haciendo un paso de danza, deslizó la pistola dentro de su lugar habitual sobre el salpicadero y puso la marcha atrás.

Los saludó con un rugido y un movimiento de la mano, hizo dar al jeep un cerrado semicírculo y se alejó dando tumbos por la pradera.

¿Qué ha sido todo esto? preguntó Will, mientras el jeep se perdía traqueteando en la oscuridad. Mientras se apartaba de la cerca parecía, pensó Molly, de alguna manera divertido y algo enfadado a la vez.

J. D. es el sereno nocturno. Patrulla el perímetro de la cuadra, y vigila los caballos, las caballerizas y todas esas cosas.

Me pregunto si tendrá permiso para portar esa pistola la diversión pareció ganar la primera mano de la partida-. Probablemente no. ¿Viene todas las noches a preguntarte si has visto u oído algo raro?

-No -respondió Molly, con una mirada destinada a cortar de raíz cualquier posible broma-. Seguramente sólo pretendía impresionar a Tyler con el magnifico trabajo que está realizando. Han sido amigos durante años, pero Tyler es una especie de jefe suyo, sabes.

-No me parece que fuera Tyler a quien deseaba impresionar -dijo Will secamente. Molly comenzó a caminar a su lado, mientras él volvía al tronco. El la miró:

-Pobre chico, creo que le arruiné el asunto.

Molly saltó, erizada:

-Mira, J. D. es un buen tipo, y un amigo, pero eso es todo.

-Si tú lo dices.

-¡Lo digo!

-No estoy discutiendo -señaló gentilmente Will. Después de bajarle los humos, Molly se quedó sin saber qué decir. Sentada sobre el tronco, se quedó mirándolo sin soltar palabra.

-Tyler Wyland... ¿es el poeta?

Sorprendida de que hubiera reconocido el nombre, Molly asintió. Se comentaba que el trabajo de Tyler Wyland estaba obteniendo reconoci miento internacional, pero Molly se mostraba un tanto escéptica al respecto. No parecía probable que alguien nacido y criado en Woodford County pudiera convertirse en un escritor de verdadero calibre. Además, ella había leído un par de sus poemas llevada por la curiosidad y no le habían parecido gran cosa. Pero la verdad era que no sentía gran interés por la poesía, de manera que imaginaba que no podía realmente juzgarlo.

-Es bueno -apuntó Will, pensativo.

¿Has leído sus poemas? Molly no pudo ocultar la sorpresa contenida en su voz.

Todo en el curso de un día de trabajo, así que no te caigas de espaldas -le contestó Will-. Cuando estoy conduciendo una investigación, siempre es vital para mí averiguar todo lo que puedo sobre la gente involucrada de una u otra forma. A la larga, se ahorra tiempo y dinero.

¿Investigaste a Tyler Wyland? No es posible que sospeches que está metido en esto. Ni siquiera va a las carreras. Ni siquiera creo que le interesen los caballos. Una vez me dijo que sale de noche a hacer la ronda con J. D. a buscar inspiración para sus poemas.

Es miembro de la familia propietaria de la cuadra que se investiga. De manera que lo investigué, al igual que a todos aquellos que tenían algún tipo de vinculación. Aunque debo haberme saltado a J. D. -dijo esto último con una sonrisa incierta.

¿Me investigaste a mi? -dijo Molly, sin sonreír.

El la miró a los ojos:

Sí.

No había disculpas en su voz ni en su mirada.

¿Por qué me interrogas entonces? estalló colérica, apretando los puños contra el tronco al imaginarlo descubriendo metódicamente su pasado. Si ya sabías todo lo que había que saber sobre mi, ¿por qué me haces preguntas?

La información sólo registra hechos. Fecha de nacimiento, desarrollo de la educación, antecedentes delictivos, cosas como esas. Sólo los hechos, señora. Eso es todo. No un legajo de mil páginas con los detalles íntimos de tu vida privada.

Los ojos azules mantuvieron su mirada. A pesar de su intento de tranquilizarla, Molly se sintió expuesta, vulnerable, vergonzosamente desnuda... la idea de que él conociera toda su vida era insoportable. Sólo los hechos, señora... ¿pero qué, exactamente, revelaban esos hechos?

¿Tenías algún motivo para aparecer por aquí, además de traer Pizza?

le preguntó fríamente.

Tenía un motivo la miró un momento. Cuando volvió a hablar, su modo era el de un hombre de negocios.

En la primera carrera de mañana estarán en juego ocho mil dólares.

Quiero que controles a estos caballos antes de la carrera. Si alguno de los números no coincide, avísame -Will sacó del bolsillo superior de su, chaqueta una tarjeta comercial y se la pasó. La misma ponía: Lawn-Pro, Profesionales de la Equitación, y en una segunda línea, John Murphy, propietario, y había un número de teléfono. En el dorso estaban apuntados los nombres de tres caballos.

-¿Qué se supone que debo hacer, llamarte desde el teléfono de mi zapato?

-Andaré por ahí.

-Estupendo.

-Si alguno de estos caballos llegase a ganar, debes controlar su número de identificación inmediatamente después de la carrera.

-¿Cómo podré hacerlo? El ganador queda rodeado de gente inmediatamente... No voy a poder meterme dentro del círculo del ganador y bajarle el labio inferior.

-Debes ingeniártelas. Pero hazlo. Y no dejes que nadie te pesque.

-Para ti es fácil decirlo -dijo Molly por lo bajo, leyendo los nombres con alguna dificultad en la penumbra. Todos los caballos pertenecían a diferentes caballerizas, naturalmente. ¿De veras había esperado que esto fuese sencillo?

¿Por qué estos caballos?

Todos tienen apuestas de veinte a uno o más.

¿Piensas seriamente que uno de ellos va a ganar? -una idea comenzaba a surgir en su mente. Cuando tomó forma, su molestia se atenuó. Enfadarse con un agente del FBI porque investigara a su informante tenía tanto sentido como enfadarse con un pájaro por volar.

Los pájaros. La tonta había sido ella por no imaginarlo.

—¿Por qué? —algo en su tono debió alertarlo. La miró con suspicacia.

—Porque me gustaría aportar algún dinero. Con semejantes puntos de ventaja, una apuesta de veinte dólares pagaría... cuatrocientos.

Will recogió la caja vacía.

—Si cualquier ganador resultara fraudulento sería descalificado. De manera que, en tu lugar, me guardaría esos veinte dólares.

Le sonrió mientras recogía el cartón de leche vacío y lo colocaba sobre la caja de la pizza:

—Tengo que irme. Vamos, te acompaño hasta la casa.

—No necesito que me acompañes a mi casa. Soy perfectamente capaz de llegar allí por mis propios medios.

—Ya casi está oscuro.

—¿Qué, acaso piensas que el coco está ahí, agazapado en la oscuridad, esperando para atraparme? Esto es Versailles, Kentucky, no Chicago.

El se encogió de hombros:

-Dame el gusto. Necesito que mañana controles los tatuajes en los hocicos de los caballos. De todos modos, tu amigo J. D. dijo que alguien ha estado molestando a los caballos.

Molly lanzó un bufido. Will sonrió, y Molly advirtió que acababa de confirmarle que también ella dudaba de la historia de J. D. Al igual que Will, creía que J.D. había urdido todo el asunto como excusa para verla.

La mirada que le echó no era amistosa.

—Creo que voy a quedarme un rato más aquí, gracias.

—Como quieras —se encogió de hombros, y se sentó en el tronco a su lado, con la caja de pizza sobre las rodillas. Con un aspecto casi contento, puso su mano a modo de visera y se quedó mirando el horizonte.

—¿Qué estás haciendo? —la irritación hacía más aguda la voz.

—Esperando.

—¿Qué?

—Que estés dispuesta a irte. No voy a dejarte aquí, sola, en la oscuridad.

—Pues esperarás mucho tiempo entonces —respondió Molly, con una sonrisa helada.

Will se encogió de hombros. Molly no dijo nada más. Durante vanos minutos ambos permanecieron allí, sentados sobre el tronco, a cincuenta centímetros uno del otro, con la mirada perdida en la noche. Cuando por su mente comenzaron a desfilar las mil y una tareas que le aguardaban en el interior de su casa, Molly fue sintiéndose cada vez más incómoda. Will, por el contrario, parecía dispuesto a permanecer allí para siempre. En realidad, parecía estar sumido en sus pensamientos.

Debería entrar. Era ridículo quedarse sentada sobre un tronco con una

noche cada vez más fría y húmeda, sólo para probarle que podía hacerlo.

Se puso de pie:

Voy a entrar.

El levantó los ojos hacia ella como si momentáneamente hubiese olvidado quién era. Luego se puso también de pie.

Te acompaño a casa.

Bien -dijo Molly, entre dientes, y se puso en marcha.

Molly la llamó él suavemente. A juzgar por su voz, ella casi podía jurar que estaba riendo.

¿Qué?

Giró para enfrentarlo, preparándose a dar batalla. Pero él estaba perfectamente compuesto cuando con un movimiento de cabeza señaló un sitio al lado del tronco.

No olvides tu lata.

El reluciente metal rojo brillaba en la oscuridad.

-Al infierno con la lata -respondió Molly, con perfecta educación.

Volviéndose, se encaminó hacia la colina, espalda recta, cabeza alto.

Tras una brevísima demora, oyó que él la seguía. Aunque no iba a darle el gusto de darse vuelta para mirarlo, podría haber apostado un mes de alquiler a que él mismo había recogido la lata.

Por supuesto que sí. El señor FBI nunca jamás iba a dejar tirada una basura. Era demasiado perfecto para eso.

-Te veo mañana -dijo él en voz baja cuando ella ganó los escalones del frente.

Su enfado creció, pero ¿qué podía decirle? Si él quería verla, lo haría.

Molly entró en la casa con dignidad regia y cerró dando un portazo.

15 13 de octubre de 1995 El sol del mediodía caía a plomo sobre la espalda de Molly mientras ajustaba la cincha de la silla de Winnebago y bajaba los estribos. Grupos parlanchines merodeaban el perímetro sin cercar del paddock, contemplando cómo eran ensillados los caballos anotados para correr. A la izquierda de Molly destelló el flash de una cámara fotográfica.

Winnebago, un tordillo de seis años que había pasado la edad ideal para correr, estaba inmutable en medio de la conmoción, que aparentemente le importaba un ardite, sin objetar que lo ensillara una extraña en lugar de su habitual peón. Molly recompensó su docilidad rascándole detrás de las orejas. Era el último caballo de la lista que Will le había entregado la noche anterior. Al igual que Winnebago, los otros dos habían dado resultado negativo. Aquí no había impostores.

Winnebago pertenecía a la cuadra Cloveriot, en la que, desde el suicidio de Howard Lawrence ocurrido dos días atrás, reinaba la confusión. La oferta de Molly de "dar una mano" acompañando a Winnebago al Paddock y ensillándolo había sido aceptaba con gratitud por el sobrecargado reemplazante de Lawrence. Habiendo memorizado los tres números

identificatorios a Molly le fue suficiente una rápida mirada en el labio Inferior de Winnebago para corroborar que también este caballo era el producto genuino. Winnebago era, definitivamente, Winnebago.

Controlar a los otros dos caballos había sido tarea más que sencilla.

Simplemente había entrado en sus caballerizas y, con el pretexto de acariciarle el cuello a uno y darle una zanahoria al otro, miró sus labios inferiores. El hecho de que fueran caballos perdedores facilitaba las cosas. La seguridad se concentraba en las estrellas y en los que prometían, no en 1as glorias del pasado o los perdedores.

Molly se preguntó si recibiría igualmente los prometidos cinco mil dólares en el caso de que Will nunca encontrara a sus impostores. También se preguntaba si acaso él no habría enfocado el problema desde el punto equivocado, y no había impostor alguno que encontrar. Mientras que a ella le pagaran, esperaba que eso fuera efectivamente así. No le haría nada mal al todopoderoso tipo del FBI que le bajaran los humos.

-¿Todo listo? Steve Emerson, el yóquey, hizo su aparición, luciendo sobre su diminuto cuerpo la resplandeciente chaquetilla de seda verde y dorada con que corría la cuadra Cloverlot. Molly asintió, ayudándole a pasar la pierna por sobre el caballo cuando el jinete montó. Desde la pista, la campana anunció el paseo preliminar. Faltaban pocos minutos para la una de la tarde. La primera carrera del día estaba por comenzar.

Como los demás caballos, al sonido de la campana Winnebago se puso en marcha, dirigiéndose hacia la pista, rumbo a la gloria. Molly lo observó avanzar entre la gente que se alejaba durante un instante antes de regresar a la caballeriza 15. Los espectadores mirarían su carrera. Ella tenía trabajo que hacer.

Will, elegante como siempre con una chaqueta azul marino y pantalones color caqui que se destacaban contra el telón de fondo de los coloridos vestidos femeninos, estaba de pie, observándola, un poco apartado del grueso de la gente. Cerca del sendero que conducía a las caballerizas, llevando enrollada en la mano una revista de carreras, la esperaba al amparo del cerco de madera. Era la primera vez que lo veía en el día, y su presencia era totalmente inesperada.

Molly lo divisó mientras recorría con la mirada la menguante fila de espectadores con distraída curiosidad, y sin querer su mirada se encontró con la de él. Para su sorpresa, la primera reacción al descubrirlo no fue de disgusto o irritación, sino una cálida sensación de contento. Por poco probable que pareciera, se dio cuenta con un sobresalto que la verdad era que se alegraba de verlo.

Will tenía los brazos cruzados sobre el pecho, con los ojos entrecerrados para protegerse de un sol que convertía su pelo en oro y su piel el, bronce. Tenía un aspecto distinguido, pensó. Guapo, incluso. Tanto corno puede serlo un cuarentón, por supuesto.

Descubrió sorprendida que le estaba sonriendo.

Will le devolvió la sonrisa, lentamente, y se le formaron pequeñas arrugas al lado de los ojos. Algo especial tenía esa sonrisa, una especie de complicidad, una declaración de que ambos compartían un vínculo

particular que ningún otro conocía. La aceptación de esa relación dejó estupefacta a Molly. Luego recordó: su asociación no era un secreto. Sólo su identidad lo era.

A medida que se acercaba a él, su sonrisa se ensanchó y se volvió más cálida, cualquiera fuese la ridícula razón que la provocaba.

-¡Caramba, pero si es la señorita Molly!

Un par de poderosos brazos masculinos la estrecharon desde atrás y la alzaron en vilo, haciéndola dar vueltas y la dejaron luego en tierra. Tan pronto la sintió bajo sus pies, Molly se liberó de esos brazos que la sujetaban y se volvió para enfrentar a quien fuera.

¿Trabajas como peón del Cloverlot ahora? -Thornton Wyland le sonrió, sin sentirse avergonzado ni un ápice ante el odio que destelló en los ojos de Molly-. Después de mandar a Simpson adonde lo mandaste, me imaginé que ya no volverías a trabajar en el negocio de los caballos.

Te imaginaste mal. Todavía trabajo para Wyland.

Thomton Wyland tenía más o menos su misma edad, y era un apuesto y moreno semental que había tenido a todas las jóvenes de los alrededores suspirando por él durante años. Desde que dejara la Universidad de Comell (la cuarta a la que había asistido) el pasado mes de marzo y regresara a la cuadra Wyland, la búsqueda de placeres se había transformado en su única ocupación conocida. Molly hacía todo lo posible por evitarlo, pero no era fácil. El se creía un regalo de Dios para cualquier mujer y no podía entender por qué Molly no claudicaba y se acostaba con él como todas las demás.

Molly sonrió torvamente:

Y si vuelves a ponerme las manos encima, voy a cortártelas hasta las muñecas. Lo juro por Dios.

El lanzó una carcajada, con sus ojos color avellana lanzando destellos:

-Eres todo un personaje, señorita Molly, ¿lo sabes? ¿Qué te parece si salimos el viernes? Te llevaré a algún lugar elegante.

-Ni por todo el oro del mundo contestó amablemente Molly, y le dio la espalda.

Mientras se encaminaba hacia donde aún la esperaba Will -su expresión era imposible de descifrar, pero su sonrisa había desaparecido-, Molly casi esperó recibir la consabida palmada en el trasero; el método Predilecto de Thomton para sacarla de quicio. Aparentemente Thomton no era totalmente estúpido, porque ese día no lo hizo.

Deberías ser más amable con el jefe -se puso a la par de ella-.

Podría hacerte las cosas más sencillas.

Si llegas a ser mi jefe, ese mismo día renunciaré –respondió Molly, hablando al aire frente a ella en lugar de enfrentarlo mientras apresuraba el paso.

Pues sucederá. Sabes que algún día heredaré todo esto.

Entonces serás un viejo, y yo ya no estaré por aquí. A Dios gracias.

Desde que murió el abuelo, tía Helen se la ha pasado hablando acerca de dejar todo esto en mis manos. El tío Boyce quiere contratar un administrador, pero el tío Tyler desea mantener el asunto dentro de la familia. Y ya sabes cuánta atención le presta tía Helen al tío Tyler.

El viejo John Wyland había muerto en diciembre. Su esposa, se había divorciado de él unos doce años antes y en ese momento y Suiza. Alejada de la familia, no regresó siquiera para el funeral de su esposo. Su muerte dejó el negocio en manos de su única hija mujer, Helen, que vivía en la Casa Grande con su esposo, Walt Trapp, y su hija, Neilie Boyce, ocho años menor que Helen, era un abogado que se pasaba el tiempo yendo y viniendo entre casas opulentas en Lexington, Lake Placid, Nueva York y Palm Beach, en tanto Tyler, el hermano menor, ocupaba la casa de huéspedes de la cuadra. Tad Wyland, el padre de Thomton e hijo mayor, había muerto unos diez años antes. Helen Trapp había criado a Thornton a partir de entonces, y este consideraba Wyland como su hogar.

El había estado fastidiando a Molly desde que tenía dieciocho años.

-Tu tío Boyce tiene razón.

Thomton volvió a reír:

-Cariño, sigue peleando, pero yo sé que bajo ese exterior lleno de espinas realmente te gusto. Puedo afirmarlo. ¿Qué harás el sábado a la noche?

-Me lavaré el pelo.

-Podemos hacerlo juntos.

-Ni soñando, compañero.

-Podemos divertimos mucho si te relajas y dejas que yo haga las cosas.

-Soy alérgica a tu clase de diversión.

El tomó la mano de Molly y empezó a besar juguetonamente sus nudillos y luego chupó la punta de sus dedos. Al segundo intento, Molly logró liberar su mano.

-Desaparece, Thomton, ¿por qué no te largas?

Apretando el paso, Molly llegó hasta donde se hallaba Will y se detuvo, volviéndose para enfrentar a Thornton, con enfado.

-Adiós -le dijo, con una sonrisa edulcorada.

Thomton también se detuvo, con una expresión de curiosidad pintada en su cara cuando vio a Will. Estaba mirándolo de arriba abajo de una manera que, de haber estado dirigida a ella, le hubiera helado la sangre el, las venas. Los hombres eran más o menos del mismo peso, y ambos vestían, chaquetas azul marino, aunque los pantalones de Thomton eran grises y su corbata mostraba un diseño de triángulos rojos, en lugar de las rayas que adornaban la de Will. Enjuto, musculoso y muy serio, con marcadas arrugas alrededor de los ojos y la boca sobre la piel bronceada, Will parecía duro y frío al lado de la juvenil y exuberante apostura de Thomton.

Pero era a Will a quien Molly habría elegido. Will era el único que la hacía sentir segura.

Para su sorpresa, una vez más sintió que tomaban su mano y la levantaban. Mirando a su alrededor, trató de no mostrarse estupefacta cuando Will, con los ojos clavados en Thornton, lenta y deliberadamente presionó el dorso de la mano contra su boca.

Y allí la mantuvo. Sus labios eran secos y cálidos. Calientes casi. Molly pudo sentir su respiración contra la piel. No se resistió y dejó que hiciera con su mano lo que quisiera. El la volvió, besándole la palma. Para su zozobra, sintió su piel toda atravesada por saetas luminosas.

Will no la miró ni una vez. Estaba besándole la mano estrictamente para que lo viera Thomton, advirtió Molly. Para intimidarlo.

Mientras tanto, Molly tenía problemas para recuperar la respiración.

Las cejas de Thomton se alzaron cuando observó y registró el gesto posesivo de Will, como se esperaba que hiciera.

¿Tu nuevo novio, Molly? preguntó.

Will bajó finalmente la mano de Molly, pero todavía la mantuvo apretada en la suya. Molly se sentía tan floja que apenas podía pensar, aún menos responder. Will lo hizo por ella.

-Has adivinado -dijo Will, muy amable. Como mensaje entre líneas, llegó fuerte y claro. Incluso Molly pudo oír las palabras que no se pronunciaron.

-Eh, no puedes culpar a un tipo por intentar.. -dijo Thomton encogiéndose de hombros.

-¡Thom! ¡Thorn, ven aquí! ¡La carrera está por comenzar!

Thornton miró a su alrededor, vio a la rubia bonita que lo llamaba desde la otra punta del paddock y sonrió.

Debo irme. Allie es impaciente, como todas las mujeres. ¿Sin rencores, supongo? -le preguntó a Will. Molly, comenzando a sentirse como un hueso disputado por dos perros, pensó que debía sentirse indignada ante el hecho de que discutieran acerca de ella como si no estuviera allí. Pero sus sentidos estaban aún demasiado conmocionados por el contacto de la boca de Will contra su mano.

Thomton le había besado la mano, incluso había chupado sus dedos, y lo único que sintió fue fastidio. Will presionó sus labios contra la palma de su mano, y sus huesos amenazaron con derretirse.

Eso era como para preocuparse.

-No por mi lado -Will aún retenía su mano, un punto que a Molly no se le había escapado... ni a Thornton.

-Nos veremos, Molly -antes de marcharse, Thonton aún tiró de su cola de caballo.

-No si yo te veo antes -Murmuró Molly, después que él diera la vuelta, pero dudaba que la hubiese oído.

-Thomton Wyland, supongo -dijo secamente Will, soltando la mano tan indiferentemente como si no hubiese sentido nada parecido al fuego que había conmocionado a Molly. Todavía tratando de recobrar la compostura, Molly clavó los ojos en la figura cada vez más lejana de Thornton, que corría

Librodot

presuroso al llamado de la rubia.

-¿Cómo lo sabes ... ? Oh, por supuesto, siempre me olvido, tú lo sabes todo, ¿no es así? ¿Qué, acaso tienes archivos sobre todos los habitantes de Bluegrass?

La sonrisa de Will apareció, rápida y apreciativa:

-Sólo de la gente que me interesa. Y recuerda, sólo los hechos. ¿Cuánto hace que conoces al joven señor Wyland?

-Más o menos desde los dieciocho años.

-¿Alguna vez saliste con él? ¿O le diste alguna esperanza?

Molly lanzó un bufido:

-Thornton Wyland no necesita que le den esperanzas.

-¿No te gusta?

-Es insoportable.

Ahora que Will ya no la tocaba, Molly pudo pensar normalmente otra vez.

Pero aún estaba perturbada por lo que había ocurrido. Por cierto que no estaba -no podía estarlo- sexualmente atraída por el tipo del FBI.

-¿Lo es? -Will pareció perder interés-. Dudo que vuelva a molestarte durante un tiempo. ¿Has controlado los números?

-Sí -Molly tomó el mismo tono comercial de él-. Todos coincidían.

Ninguno es un doble.

-Demonios -Will frunció el entrecejo-. ¿Estás segura de que coincidían?

-Estoy segura -le resultaba difícil mirarlo a los ojos. Se obligó a hacerlo.

-Demonios -volvió a decir, mirando más allá de ella con expresión pensativa. Tras un momento, pareció ordenar sus pensamientos y bajó la vista hacia ella-. Puede ser que sigamos en esto por un tiempo largo.

¿Tuviste algún problema?

-No.

-No pensé que pudieras tenerlos.

-¿Qué sucede si no encontramos impostores? -preguntó Molly.

-Están aquí. Los encontraremos.

-Si no los encontramos, ¿me pagarán igual?

La mirada que él le dirigió estaba llena de humor:

-Siempre concentrada en el tema principal, ¿verdad? Me sorprende , que sigas rechazando a Thomton Wyland. Su familia es rica. Sería un buen partido para alguien como tú.

-No desea comprarme, sólo alquilarme por un rato replicó Molly agriarnente. No soy una estúpida, sabes. ¿Y qué quieres decir con "alguien como yo"?

En bancarrota dijo Will, con una sonrisa flotando en la comisura de

los labios. Su mirada la recorrió y luego volvió a sus ojos. Pero hermosa.

Tomada de sorpresa, Molly no pudo pergeñar respuesta alguna. Al no responder, Will le dirigió una sonrisa irónica y le dio un suave golpe sobre la mejilla con la revista enrollada.

Mejor vuelve al trabajo. Si te despiden no vales nada para mí... y puedes decirles adiós a los cinco mil dólares -se dio la vuelta, encaminándose hacia la tribuna. Te veo luego.

Completamente desconcertada, Molly se quedó de pie, inmóvil, viendo cómo desaparecía en la multitud. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, hizo un gran esfuerzo mental y volvió al trabajo.

Y se rehusó a permitirse pensar en Will Lyman por el resto del día.

16 Esa noche él trajo un Pollo frito comprado en Kentucky's.

Molly estaba frente a la cocina, agregando queso a unos fideos macarrones y enseñando a deletrear a Sam, que estaba a su lado, al mismo tiempo. Susan estaba sentada a la mesa de la cocina, encorvada sobre una hoja de papel que contenía un problema de matemática.

Ashley, al lado de ella intentaba, sin mucho éxito, explicarle por qué era errónea la solución a la que tan penosamente había arribado. Mike se encontraba en la sala, trabajando en una tarea de investigación histórica que debía entregar la semana siguiente. Había llevado con él una enciclopedia y un cuaderno de notas. A Molly sólo le quedaba esperar que llenara con palabras el papel. El modo de trabajar de Mike era esperar hasta el último momento y luego quedarse toda una noche sin dormir realizando una tarea que no resultaba ni la mitad de buena que podría haber sido de haberle dedicado el tiempo y el esfuerzo que requería. Sólo estaba trabajando en ello esa noche porque ella había insistido... y, porque de todas formas, no había nada mejor que hacer. Castigado, sin gozar de televisión o teléfono, era un hosco prisionero en su propia casa.

-Integración -le dijo Molly a Sam.

-Hache-i-ene...

La mirada de Molly fue suficiente. -quiero decir, i-ene-te...

Molly prestó atención, revolviendo los fideos, e hizo un movimiento de aprobación cuando Sam lo dijo correctamente. Dio al muchacho otra palabra para deletrear, apoyó la cuchara a un costado y bajó la intensidad del fuego de gas. Las hamburguesas siseaban, y una sola mirada le indicó que estaban a punto para darlas vuelta. Una salsa de lata, deliciosamente aromática, burbujeaba sobre el mechero trasero de la cocina, junto a un pote de judías de la huerta de la señora Atkinson, hechas con tocino.

Unos bizcochos congelados se doraban en el horno.

-Negocios es con c, no con s -dijo Molly, tomando una espumadera para dar vuelta a las hamburguesas. Sam volvió a intentar, diciéndolo correctamente esta vez. En general un estudiante no demasiado bueno, uno de los puntos más flojos de Sam era la ortografía, porque no estaba realmente convencido que tuviera importancia. Por el contrario, las matemáticas eran el Waterloo de Susan. Era la única asignatura en la que

no era completamente competente.

Molly, ¿tú sabes cuál es la propiedad del cero? preguntó Ashley exasperada, levantando la vista desde donde Susan y ella se afanaban sobre un libro abierto. Susan no lo sabe, yo no lo recuerdo con exactitud, y no podemos encontrarlo en este estúpido libro.

No, lo siento dijo Molly, con un encogimiento de hombros que pretendía ser de disculpas.

Odio la matemática murmuró Susan. Es tan idiota.

La matemática es fácil apuntó Mike despectivamente desde el otro cuarto. La casa era lo suficientemente pequeña como para que una conversación mantenida en una de las habitaciones fuese completamente audible en cualquiera de las dos plantas. La propiedad del cero es que si se multiplica cualquier número por cero el resultado siempre es cero.

-Gracias, Mike replicó Ashley. Con clara falta de entusiasmo, Susan copió las palabras de su hermano.

Barómetro le indicó Molly a Sam, justo cuando se oyó llamar a la puerta.

Contentos de ser apartados, aunque fuese momentáneamente, de su tarea, los cuatro Ballard que estaban en la cocina alzaron la vista. Pork Chop saltó, ladrando, desde abajo de la mesa. Mike, enciclopedia en mano, apareció en el vano de la puerta de la sala.

Yo voy se ofrecieron Susan y Sam a la vez. Susan, por encontrarse más cerca de la puerta, le ganó a su hermano por una fracción de seguido y, la abrió, pisando casi a Pork Chop en el proceso. El perro se tambaleó hacia ambos lados, sin perder el compás. El ruido que hacía era ensordecedor.

Will estaba en el porche. A pesar de la oscuridad reinante y el efecto di esfumado que producía la tela metálica de la puerta batiente, Molly lo reconoció al instante. Un curioso calor pugnó por brotar desde algún lugar di su esternón. Una sonrisa de bienvenida se desplegó en su cara... hasta que él se dio cuenta de que estaba allí y la borró.

Hola saludó Will a Susan, quien abrió sin vacilar la aún rota Puerta batiente para dejarlo entrar. La puerta se inclinó cuando Susan in tentó abrirla, y él se vio obligado a hacer juegos malabares para conseguir, que se abriera sin caerse. Dando un paso hacia el interior, volvió a cerrarla tras él, saludó con un movimiento de cabeza a Ashley y a Mike, sonrió Sam, recompensó a Pork Chop por haber dejado de ladrar con un suave "buen perro", y volvió la mirada hacia donde se encontraba Molly.

Traje la cena -dijo, con una simpática sonrisa, y le mostró una caja de Kentucky Fried Chicken. Llevaba un cartón de leche bajo el otro brazo. El calor se extendió por el interior de Molly. Estaba contenta de verlo, no tenía sentido negarlo. Con pollo frito y leche o sin ello.

¿Qué, acaso piensa que el camino hacia tu corazón Pasa por nuestros estómagos? -dijo Mike haciendo una mueca y volviéndose para desaparecer dentro de la sala.

Molly le echó una mirada recriminatoria que no tuvo ningún efecto

porque él ya se había ido.

Gracias -dijo Molly a Will, apoyándose contra la cocina y manteniendo deliberadamente el tono tan distante como su persona-, pero, como puedes ver, ya estoy preparando algo. Puedo cocinar, sabes.

Sam manifestó su disgusto con un sonido grosero. Susan le dio un codazo en las costillas y él chilló y devolvió el golpe.

¡La tarea! exclamó Molly, severa, cortando en seco la batalla de los hermanos antes de que se convirtiera en una guerra en gran escala-.

Susan, si no terminas con tu tarea de matemática antes de cenar, no podrás ver la televisión después. Sam, ven, terminemos de una buena una vez con esas palabras.

-Apuesto a que él sí que es bueno en matemática -dijo Susan, con el aire esperanzado de alguien cuyos hermanos no lo son. Cuando cerró la pesada puerta de madera, sus grandes ojos pardos se centraron en Will.

Enfundada en unos tejanos y una camisa de lona con cuello de volados, con su rubio pelo echado hacia atrás en una rizada cola de caballo sujeta con una cinta azul, Susan se veía dulce como un caramelo. Claramente seducido, Will sonrió a la niña.

-Pues no soy malo le respondió, con correcta modestia, avanzando en la habitación y entregando la caja de pollo y el cartón de leche a Molly, quien finalmente se adelantó para tomarlos.

-Fue muy amable de tu parte traer esto -dijo a regañadientes, refiriéndose a la comida. Luego, más a regañadientes todavía-: Tenernos hamburguesas con salsa. Te invitamos a compartirlas.

-Hamburguesas con salsa es mi plato favorito él encontró Su mirada y le sonrió. A pesar de lo prevenida que estaba contra él, sus motivos y las circunstancias que los habían reunido, el encanto absoluto de esa sonrisa pescó a Molly con la guardia baja. Antes de que pudiera controlarse, ella la devolvió. Dudaba de que alguna vez él hubiera comido hamburguesas con salsa. Pero parecía a gusto en su pequeña, pobre cocina, por más forastero, norteño o hombre del FBI que fuese.

¿Sabes multiplicar fracciones? le preguntó Susan, tironeando la manga de su americana azul marino.

-Creo que sí respondió Will, de buen humor. Si aún recuerdo cómo.

Yo siempre me hago un lío. Las fracciones son idiotas por donde se las mire se lamentó Susan, conduciéndolo, sin resistencias de su parte, hacia la mesa.

Su suposición de que Will estaba naturalmente preparado para ayudarla con su tarea divirtió y alarmó a la vez a Molly. Ella no era una niña naturalmente confiada, y Will era sólo un visitante fugaz en sus vidas.

Molly no deseaba que Susan -ni ninguno de ellos- se acostumbrara demasiado a su presencia. En sólo un par de semanas se habría marchado.

No tienes por qué hacer esto dijo a Will por sobre las cabezas de los niños, mientras Susan apartaba el banco para que él pudiera sentarse.

Ashley le dejó su lugar en la mesa ofreciendo a su reemplazante una simpática sonrisa y atravesó la cocina para tomar el pollo y la leche de manos de Molly. Avergonzada por no haber presentado la comida ella misma, Molly volvió rápidamente su atención a la cocina.

—No hay problema —replicó Will a sus espaldas—. En realidad, me gusta multiplicar fracciones.

Semejante farol provocó una cantidad de miradas rebosantes de escepticismo a su alrededor. Will sonrió.

-Caramba, es mucho mejor que muchas de las cosas que he hecho. Ven aquí, Susan, que me preparo para la acción y veo qué puedo hacer para ayudarte a vencer a esas fracciones.

Will se quitó la chaqueta mientras Susan reía tontamente y Molly, controlando ostensiblemente los bizcochos, espiaba por el rabillo del ojo.

Tras acomodar la americana sobre el banco, Will se aflojó el nudo de la corbata y luego se la quitó. Fue a parar al banco, junto a la chaqueta.

Desabrochando el botón superior de su camisa y enrollando las mangas hasta el codo con movimientos teatrales, Will dio la impresión de disponerse a encarar algún trabajo muy serio, para gran diversión de Susan.

Cuando se sentó a la mesa al lado de su hermanita, Molly pudo ver que sus hombros, bajo la camisa azul, eran muy anchos y que tanto su cuello como sus brazos estaban tan bronceados como su rostro.

Un puñado de dorado vello del pecho era claramente visible por la abertura de su camisa.

-Se están quemando los bizcochos —susurró Ashley a su oído.

Confundida al descubrir que, mientras observaba a Will con el rabillo del ojo, había dejado todo el tiempo abierta la puerta del horno, Molly se recompuso y sacó los bizcochos. Los que estaban al fondo del horno que, cocinaba en forma despareja--estaban más tostados de lo conveniente, pero todavía se podían comer. Retiró la placa de horno y la apoyó sobre la superficie de trabajo, mientras Ashley aguardaba para poner los bizcochos en una fuente adornada con una servilleta.

Sólo se trataba de una servilleta amarilla de papel, pero aun así era todo un detalle de buen gusto dentro de la cocina de los Ballard.

—¿No podemos continuar mañana? Es viernes por la noche -Se quejó Sam, cansado de que se lo ignorara. Se apoyó contra los estantes cercanos a la cocina, contemplando con un poco de celos a Susan y a Will sentados a la mesa. Molly, consciente de sus obligaciones, tomó una cuchara y revolvió la salsa, mientras echaba una mirada a la hoja de cuaderno con las palabras que Sam debía deletrear. Todos los lunes por la mañana sin excepción, su clase tenía prueba de ortografía, y llevaría todo un fin de semana de práctica continua lograr que Sam tuviera una calificación decente. A pesar de la tentación que ocasionalmente la asaltaba de dejar todo para el domingo, Molly había aprendido por amarga experiencia que la regla de oro referente a la tarea era la de hacerla cuanto antes. Aun en el fin de semana.

—Sabes la respuesta —le dijo a Sam—. Ambición.

A, eme... -comenzó Sam sin mucho entusiasmo.

Déjame hacerlo yo -le susurró Ashley desde atrás cuando se disponía a dar la vuelta a las hamburguesas. Debes cepillarte el pelo... ¡y ponte los zapatos! ¡Y algo de lápiz de labios!

-...i, ce... -continuó Sam.

Molly, atendiendo con una oreja a cada uno de sus hermanos, se miró los pies. Otra vez estaban descalzos, como solían estarlo cuando estaba en casa. Esa noche llevaba un par de viejos y demasiado pequeños pantalones de trabajo grises y otra de las enormes camisas de franela de Mike, esta vez con cuadros escoceses rojos y negros, con las mangas enrolladas hasta el codo. Llevaba la cara apenas lavada y el pelo recogido en una cola de caballo en la nuca. Ni con un esfuerzo de la imaginación podía decirse que estaba radiante.

Tampoco había estado mucho mejor ese mismo día, más temprano, cuando Will la llamara hermosa.

-...i, ó, ene.

Obviamente Ashley deseaba impresionar a Will. Lo que significaba que Will le caía bien a Ashley y lo aprobaba, y que le gustaría tenerlo cerca. Lo que era a la vez tonto e imposible, aunque naturalmente Ashley no tenía forma de saberlo.

Dadas las circunstancias, embellecerse ara Will era lo último que Molly deseaba hacer. No tenía intención de olvidar ni por un momento quién era él realmente y por qué estaba prestando tanta atención a ella y su familia .

El quería algo. Mientras esperaba que ella se lo proporcionase, jugaba el papel de novio, y trataba de hacerlo bien. El hombre debía haber sido actor, no agente del FBI.

Pero se trataba precisamente de un agente del FBI, y su presencia en sus vidas era estrictamente transitoria.

-¿No te parece que estoy atractiva así? -susurró Molly a Ashley con una sonrisa burlona.

Ashley sacudió la cabeza con un enérgico no.

-Molly, ¿me oyes? -reclamó Sam, con acento ofendido.

-Por supuesto que sí -contestó Molly, mirando a Ashley con un encogimiento de hombros que significaba: Oh, bueno.

-¡No lo estás! ¡A propósito no dije la be y tú ni te enteraste!

-¿Qué te hace pensar que no me di cuenta? Estaba a punto de decirte que lo hicieras de nuevo.

-¡Eres una mentirosa!

-Ambición -dijo Molly, mordaz, echándole una mirada para cerrar su indiscreta boca.

-A, eme...

-Pondré la mesa -Ashley abandonó la lucha para que su hermana se pusiera más presentable y se volvió para sacar los platos del aparador.

-…i, ce….

-¿Y la be?

-Sólo estaba controlándote.

-Estoy prestando atención. Ahora hazlo de nuevo. Si no lo haces bien esta vez, deberás escribirlo cinco veces.

-Odio deletrear -exclamó Sam, con aversión. A, eme, be, i…

-No lo entiendo! ¿Por qué multiplicas el número de arriba y el de abajo por cuatro? -gimió Susan desde la mesa.

-… ce, i…

-Esto es buscar el mínimo denominador común -respondió Will con paciencia y serenidad, y volvió a explicar los principales puntos de la multiplicación de fracciones.

-¡Molly, no estás escuchando! -chilló Sam, furioso.

-Sí, lo estoy -mintió Molly, sacando las hamburguesas de la sartén y deslizándolas en una fuente de cristal que Ashley había dejado a su lado-. Lo has hecho bien. Buen trabajo. Exito.

-E, equis, i…

Sonó el teléfono. Molly contestó, sosteniendo el auricular entre la oreja y el hombro y cubriendo las hamburguesas con salsa mientras atendía tanto la llamada como el deletreo de Sam. La llamada era para Mike, por supuesto. Molly echó una mirada hacia la puerta de la sala, vaciló, hizo de tripas corazón y dijo al que llamaba que su hermano no podía ponerse al teléfono.

Colgó, dijo la última de las palabras a Sam, intercambió elocuentes miradas con Ashley - quién compartía su ansiedad respecto con Mike- y echó las judías en un cuenco.

-¡La cena está lista! - anunció, justo cuando Susan cerraba con un golpe su libro de matemática, en su cara una sonrisa de satisfacción para la tarea terminada, Molly llevó a la mesa la fuente con las hamburguesas y el cuenco con las judías.

17 El teléfono volvió a sonar tres veces más durante la cena, dos de ellas para Mike, quien se puso más malhumorado aún cuando no se le permitió hablar con sus amigos, y una ¡sorpresa!para Ashley.

Es un muchacho anunció Sam, mientras le alcanzaba el teléfono.

Ashley se sonrojó, dirigió una mirada cohibida a toda la mesa y abandonó su asiento para atender la llamada. Una vez que su hermana estuvo, a sus espaldas, Sam puso los ojos en blanco e hizo muecas. Molly lo reprendió en silencio frunciendo el entrecejo e inició una charla trivial para darle a Asbley la ilusión de que nadie prestaba atención a su conversación. Molly misma pensó que se le podían llegar a desprender las orejas por el esfuerzo que hizo para escuchar lo que decía. Sólo pudo pescar alguna que otra palabra ocasional, ya que su hermana se inclinó contra la pared, de espaldas a la mesa, hablando en voz mucho más queda que la habítual, con los hombros encorvados para que le proporcionaran el máximo de privacidad. Que un muchacho llamara a Ashley era tan raro que casi no

tenía precedentes. Para los Ballard, cualquier hombre era un hecho poco frecuente, ¿Ahora tienes novio, Ash? preguntó Mike, con una sonrisa irritante cuando su hermana volvió a sentarse. Muy voraz, siempre se servía una segunda ración.

¿Cómo se llama? suspiró Susan, profundamente interesada. En excitación olvidó su plato de comida, del que todavía quedaba más de la mitad. Frecuentemente era necesario estar encima de ella para que comiera. Para ella, la comida no tenía la misma importancia que para Mike o Para Sam.

Come, Susie Q apuntó automáticamente Molly, como siempre lo hacía.

Espero que elijas mejor que Molly -dijo Sam a Ashley. Todo, los tipos que la rondan bastan para enfermarle a uno. Y la mayoría son unos pelmazos.

-¡Sam! exclamó Ashley, sibilante, echando una significativa mirada a Will, en tanto un golpe bajo la mesa y la expresión dolorida de Sam indicaban que su hermano había recibido una buena recompensa por su tacto. Mike se tapó la boca con la mano para reír disimuladamente. Molly entrecerro los ojos, distribuyendo miradas elocuentes entre sus dos hermanos.

Bueno, no estaba hablando de ti, Will la mirada que Sam dirigió al huésped rebosaba de pedidos de disculpas. Tú me gustas.

Gracias, Sam, tú también me gustas Will continuó comiendo, aparentemente imperturbable. A pesar de las dudas de Molly, había atacado la comida con entusiasmo y ya casi había terminado.

Era Trevor Ashley bajó la vista hacia su plato, que apenas había tocado, y luego volvió a levantarla hacia Molly. Tenía las mejillas tan arreboladas y los ojos tan brillantes de alegría que Molly deseó poder abrazar a su hermana. Se contuvo, pero la sonrisa con que acogió sus palabras fue cálida y comprensiva, reflejando idéntico placer.

-Quería saber el color del vestido que llevaré al baile. ¡Me comprará flores que hagan juego! Ashley estalló en una enorme sonrisa. ¡Oh, Molly, quería saber si prefería un ramillete para prender sobre el vestido o uno para llevar en la cintura!

¡Oh, vaya! -chilló Susan, con envidia, volviendo a dejar su tenedor sobre el plato.

Flores, ¡puaj! -exclamó Sam, con un gruñido.

¡Mujeres! murmuró Mike, y se hundió en su asiento. Tenedor en mano, atacó lo que quedaba de su comida con un entusiasmo que no parecía haber menguado por la falta de interés del tema en discusión.

¿Qué le has dicho? preguntó Molly, haciendo lo posible por continuar normalmente con su cena. La verdad era que estaba tan excitada como su hermana. Aunque Ashley nunca tocaba el tema, Molly bien sabía que la falta de vida social la molestaba. Un grupo de mocosos de la escuela vivían burlándose de ella, llamándola "cabeza de huevo" y "ratón de biblioteca". Para los muchachos, parecía ser invisible.

Le dije que ya le contestaría, que todavía no tenia el vestido. Oh, Molly, ¿qué voy a ponerme? Ashley volvió a comer, pero estaba claro que la comida ya no tenía interés para ella. Molly dudaba que siquiera supiese qué se llevaba a la boca.

¿El baile es el viernes? preguntó Molly, aunque ya conocía la respuesta. Automáticamente volvió a decir suavemente-: Come, Susie Q.

Reconvenida, Susan recogió el tenedor.

Ashley asintió, en respuesta a la pregunta de Molly.

Saldremos de compras la semana que viene.

Podría ponerme el vestido de encaje amarillo que usé el año pasado para la boda de Rosalee -era evidente que recién acababa de pensar en el gasto que significaría la compra de un vestido nuevo para la ocasión, y eso le preocupaba. La sombra de esa preocupación oscureció sus ojos y veló su voz. Siempre consciente de las necesidades y de los límites de su famlia, Ashley se resistía a gastar dinero en algo tan innecesario como un traje nuevo para un baile.

Molly sacudió la cabeza, decidida:

Necesitas un vestido largo, querida. De todas maneras, será divertido comprar algo nuevo.

De algún lado saldría el dinero, se juró Molly, aunque para ello empeñara el televisor. Por desgracia, el habitual cheque de pago de los viernes no podría estirarse hasta cubrir el costo de un vestido nuevo, y Simpson, ese fulano, aún no le había pagado las dos semanas que le debía cuando renunciara. Entonces se le ocurrió una idea feliz: tal vez encontraran algo adecuado en las tiendas de segunda mano que recientemente habían proliferado en el centro de Lexington. Sería, sin duda, más barato.

-Cómpralo rosado le aconsejó Susan. Te va muy bien. Con una gran falda amplia como la de Cenicienta. Y muchos volados.

-Cenicienta, ajj -Sam se llevó ambas manos a la garganta, haciendo ruidos como si estuviera por vomitar.

Termina tu cena, Sam ordenó Molly. Luego, recordando a su huésped que ocupaba el sitial de honor a la cabecera de la mesa, explicó-: Ashley ha sido invitada al baile de bienvenida de su escuela el próximo fin de Semana.

Me imaginé que se trataba de algo por el estilo -sonrió-. Suena divertido.

Debería serio la sonrisa de Ashley era tímida, pero feliz. Dejó vagar la mirada hasta encontrar la de Molly: Acabo de acordarme: no sé bailar.

Mike lanzó un silbido:

Todo lo que debes hacer es ir allí y sacudir los pies, Ash. Ya sabes, así - hizo la parodia de una versión espasmódico del baile sin moverse del lugar.

Come, Mike -dijo Molly.

Cállate, Mike se enfadó Ashley, y miró a Molly. ¡No puedo ir y dar vueltas como una tonta, sencillamente no puedo!

—¿Tú crees que alguno de los demás sabe bailar? —pregutó, Molly-.

Digo, ¿algo mejor que lo que Mike acaba de mostramos?

Ashley asintió:

—Muchos fueron al cotillón. Trevor lo hizo. Estaba contándomelo. justo antes de invitarme al baile. Me dijo que detestaba ir, pero que su madre lo obligó.

—¿Qué es el cotillón? —preguntó Will, pareciendo genuinamente interesado.

—¿Nunca oíste hablar del cotillón? —Susan estaba escandalizada.

—Es de Chicago —lo disculpó Molly, echándole una mirada divertida a Will, que hizo un gesto de excusa.

—Estrictamente para los chicos de la escuela preparatoria -dijo Mike-.

Un hatajo de pelmazos bien educados.

—Yo no iré -chilló Sam—. De ninguna manera.

—No podrías entrar —replicó Susan, despreciativa—. Ninguno de nosotros podría. Debes ser invitado. Por uno de esos clubes femeninos.

—Debes ser rico —agregó Mike—. Un rico esnob.

—Trevor no es esnob -objetó Ashley—. Es muy agradable.

—Ashley está e-na-mo-ra-da —Mike lanzó ruidosos besos a su hermana, que enrojeció de furia.

—¡Mike! —lo reprendió Molly. Dirigió una mirada a Will—. El cotillón es una especie de club de baile al que van algunos chicos entre quinto y noveno grado. Se encuentran dos veces por mes y aprenden bailes de salón.

—Y buenos modales —añadió Ashley.

—Las chicas parecen disfrazadas y los tipos tienen que llevar traje y corbata —apuntó Sam, con asco.

—¿Cómo lo sabes? —Mike observó a su hermano. Semejante conocimiento parecía totalmente ajeno a los intereses habituales de su hermano: las peleas y los deportes.

Tragando un bocado de fideos, Sam se encogió de hombros:

—Algunos de los chicos de mi clase van. A veces comentan algo.

—Tú ya has ido a varios bailes, Molly. Puedes enseñarme, ¿verdad?

—Ashley miró a su hermana mayor con ansiedad.

—Seguro -contestó Molly, aunque tenía sus dudas. Ella tampoco había recibido una educación formal en materia de baile-. En realidad, Ash, todo lo que debes hacer es seguir a tu compañero. El te guiará, y tú sólo harás lo que él haga. Una especie de ida y vuelta.

—Fantástico —replicó Ashley, con pesadumbre—. Ni siquiera sé los pasos, y tengo que hacer lo que ellos hagan.

-Se caerá de... uh... culo -dijo Sam, regocijado, dirigiendo una rápida mirada a Molly para ver si había oído su grosería. Ashley tenía la falta de

gracia de un potrillo, lo que era tema de bromas en la farnilia.

-¡Sam! -advirtió Molly, que ciertamente había oído.

-¡No lo hará! -siempre leal, Susan salió en defensa de Ashley.

-Probablemente sí lo haré -suspiró Ashley, y clavó el tenedor en la carne con alevosía-. Trevor pensará que soy una torpe.

-Todo lo que necesitas es un poco de práctica -Will habló desde la cabecera, con la mirada puesta en el abatido rostro de Ashley-. Y me alegrará ayudarte a que la tengas, si te parece bien. alegra -¿Sabes bailar? -exclamaron al unísono Ashley y Susan, en tanto todos los ojos se clavaban en Will.

-No soy Arthur Murray -dijo secamente Will-, pero estoy seguro que Trevor tampoco lo es. Puedo enseñarte lo esencial, eso es todo.

-¡Magnífico! -exclamó Susan, aplaudiendo.

-Gracias, Will -agradeció fervorosamente Ashley-. Si pudieras hacerlo quedaría muy, muy agradecida -apartó su plato y se puso de pie con la intención de comenzar en ese mismo momento y lugar.

-Después de cenar -agregó Will.

Ashley se desplomó sobre su silla, con una sonrisa cohibida.

Sam mostraba claramente que Will lo había impresionado. Mike puso en sus labios una mueca burlona pero no hizo comentarios, concentrándose en su comida. Los ojos de Ashley y Susan brillaban excitados, en tanto Molly se preguntaba por qué se sorprendía. No tenía nada de raro que un hombre de la edad y los antecedentes de Will supiera bailar.

-A comer, todo el mundo -ordenó. Durante algunos minutos sólo se oyó el sonido de los cubiertos contra la loza.

-Ya terminé -Mike apartó su silla.

-¿Puedo irme? -lo corrigió Molly automáticamente.

-Es igual -respondió Mike, con un ademán de despedida, y desapareció en la sala.

Molly pensó en decirle que volviera, o al menos en endilgarle un Sermón por su grosería, sin embargo decidió que no valía la pena enfrentar la escena que seguramente iba a provocar.

-Yo también terminé -cbilló Sam, trepando a su banco para dejar la mesa. Molly abrió la boca para repetir lo que ya había dicho a Mike, pero suspiró y volvió a cerrarla. Daba lo mismo si no contaba con su bendición. Al menos no había soltado ninguna palabrota.

-¿Vas ahora a enseñarle a bailar a Ashley? -preguntó susal Will con ansiedad.

-Si está preparada, yo lo estoy -contestó Will, mirando a Ashley con una sonrisa.

El rubor cubrió las mejillas de Ashley, pero devolvió la sonrisa. Tímida como era, esa sonrisa y su consentimiento para que Will le enseñara a bailar decían más que mil palabras. Ya no veía a Will como lo que realmente era -

casi un extraño-, sino como alguien en quien confiaba y a quien podía pedirle ayuda. Un amigo.

-Estoy preparada... ¡pero acabo de recordar que hoy me toca lavar la vajilla! -dijo Ashley.

-Yo lo haré -ofreció Molly inesperadamente. Después de todo, ¿qué daño podía causar que Will enseñara a bailar a Ashley? Era algo tan simple...

En tanto y en cuanto tuviera el cuidado de dejar bien en claro, a su hermana y al resto de los niños, que Will no iba a ser un integrante permanente de¡ grupo. No deseaba que se apegaran a él sólo para despertarse una mañana y descubrir que se había marchado para siempre.

-¿Puedo mirar? -preguntó Susan, cuando todos se levantaron de la mesa.

-Yo no tengo problemas -dijo Will, con una sonrisa, mientras Ashley también asentía.

-Yo tampoco -intervino Molly-, siempre que recojas los platos de la mesa mientras miras. Es tu tumo, ¿recuerdas?

Susan refunfuñó.

-Sam, te toca barrer -le recordó Molly, y dirigiéndose hacia la sala, agregó-:

Míke, esta noche es tu tumo de dar de comer a Pork Chop y sacar la basura.

-Sí, sí -fue la respuesta de Mike.

Cuando por fin apareció, Susan ya había reunido un buen montón de restos en uno de los platos. Mezclados con alimento seco para perros, constituirían la cena de Pork Chop.

-Muy bien, da un paso atrás con tu pie izquierdo -le indicó Will a Ashley.

Molly observó el proceso con el rabillo del ojo mientras echaba una pequeña cantidad de lavavajillas en el fregadero. Esbelta dentro de unos pantalones blancos y un vaporoso jersey de cuello de cisne, Ashley reía mientras trataba de, seguir las instrucciones de Will. Las gafas se deslizaron de su nariz y se las quitó, para luego volver a poner la mano sobre su hombro. El sostenía la mano izquierda de Ashley con su derecha. La izquierda, bronceada y de largos dedos, descansaba en su cintura.

Will le dirigió una miráda sonriente.

Molly quedó sorprendida al sentir una pequeña punzada de algo que se parecía mucho a los celos. ¿De Ashley?, pensó, atónita. La idea era absurda.

Entonces se dio cuenta de que no estaba celosa de Ashley sino de la mano derecha de Ashley, porque se apoyaba sobre los anchos hombros de Wíll; de la mano izquierda de Ashley, porque los dedos de Will se curvaban sobre ella; de la cintura de Ashley, porque Will la rodeaba.

Ansiaba estar en el lugar de Ashley con una intensidad que la asustó.

-Ahora deslízate hacia la izquierda -indicó Will. En lugar de eso, Ashley

fue hacia la derecha, se tambaleó cuando Will lo hizo hacia la izquierda y la forzó a seguirlo.

-Lo siento -se disculpó, uniendo las cejas en un gesto de concentración.

Tenía el rostro arrebolado, el cuerpo rígido e incluso los rebeldes mechones de su pelo rizado parecían tensarse con el esfuerzo.

-Está bien -dijo Will, tranquilizador-. Ven ahora hacia la izquierda y deslízate hacia la derecha. Luego hacemos todo otra vez.

-Ven, Pork Chop -llamó Mike al perro, que estaba retozando alrededor de sus pies, ansioso por su cena. Susan, alejando a duras penas la mirada de Ashley y Will, dejó la pila de platos sobre la superficie de trabajo mientras Mike y Pork Chop salían por la puerta.

-Muy bien, ahora ven hacia la izquierda y luego deslízate hacia la derecha -dijo Will.

El dio un paso atrás, Ashley otro hacia adelante... pero con el pie equivocado. Su delgado pie calzado con calcetines celestes aterrizó sobre la punta del negro y brillante zapato de Will.

18 Susan hizo un mohín de simpatía.

Apoyado en la escoba, observando con indisimulada mofa, Sam lanzó un chillido.

-¡Sam! -lo reprendió Molly.

Tenía los brazos sumergidos hasta el codo en el agua caliente, intentando sin éxito concentrarse en su tarea. Si se sentía atraída por él era porque estaba siendo víctima de un caso de química enloquecida, una burla de la fortuna, se dijo. Estaba segura de que, si lo ignoraba, la atracción desaparecería. Al igual que él.

-Lo siento -dijo nuevamente Ashley, levantando el pie.

-No ha sido nada -respondió Will-. Sólo recuerda: izquierda, izquierda, izquierda, derecha.

-Jamás lo lograré -gimió Ashley.

-Jamás lo logrará -le hizo eco Sam, con convicción.

-¡Ya cállate, Sam! -siseó Susan.

-Barre, Sam -dijo Molly, metiendo las copas dentro del agua caliente.

Incapaz de resistirse, miró de soslayo a la pareja de bailarines. Will parecía relajado y paciente... y demasiado atractivo para la tranquilidad mental de Molly. No porque Ashley pensara otro tanto. Era evidente que, lejos de estar subyugada por Will, se hallaba concentrada en el esfuerzo, Estaba mordiéndose el labio inferior, poniendo toda la atención de que era capaz en cada movimiento de sus pies.

Mientras que Molly, Mike y Sam eran atletas por naturaleza, cómodos con sus cuerpos y buenos en la mayoría de los deportes, y Molly adoraba bailar, Susan y Ashley tendían a tener menos coordinación física Asbley había caído tantas veces tratando de aprender a patinar que por fin había abandonado el intento; casi siempre que montaba, se las ingeniaba para que

el caballo la desmontara; era lenta como corredora, lanzaba la pelota con torpeza y como bateadora era fatal. Una vez, en la escuela, se había caído del trapecio y se había fracturado el brazo. No podía hacer flexiones, ni rodar, ni dar vueltas carnero, y la única asignatura en la que Molly temió que alguna vez obtuviera menos que un suspenso era en gimnasia.

Tampoco daba la impresión de que estuviera dotada para el baile.

Ashley parecía no tener la menor conciencia de Will como varón. Y viceversa.

-Izquierda, izquierda, izquierda, derecha -dijo Ashley, contando los pasos mientras se movía rígidamente siguiendo a Will.

-Tú puedes hacerlo, Ash -la alentó Susan.

-Hombre, esto es tan estúpido -murmuró Mike mientras cruzaba la cocina.

Con una última mirada de desprecio para Ashley y Will, desapareció dentro de la sala.

-La basura, Mike -recordó Molly.

-Izquierda, izquierda, izquierda, derecha.

-Lo estás haciendo muy bien -comentó Will.

-Parece que te hubiesen metido un palo en el culo -dijo Mike a Ashley al volver a la cocina, mientras alzaba el cubo de la basura e iba hacia la puerta.

-¡Cállate, Mike! -dijeron a la vez Molly y Susan. Se miraron ,Mutuamente y sonrieron.

-Espero que no sea tan estúpido como parece -dijo Ashley desalentada cuando ella y Will debieron detenerse una vez más para desenredar sus pies.

-Es un perfecto idiota -le aseguró Sam.

Había terminado de barrer y se encaramó sobre la mesa de la cocina para observar con interés crítico. Con sus tejanos, zapatillas y camisa azul con el distintivo de los Kentucky Wildcats, un rubio mechón de brillante pelo cayéndole casi hasta los ojos, a su manera tenía un aspecto tan dulce como el de Susan.

Lástima que no lo era, pensó Molly, exasperada.

-No es idiota -díjo Molly, con una mirada feroz Susan, que estaba poniendo la leche y la mantequilla en el refrigerador, intervino:

-Lo que hace falta es música -y salió corriendo de la habitación.

-Lo estás haciendo muy bien -le repitió Will a Ashley-. Sólo necesitas práctica.

-Puede practicar hasta que el sol salga por el oeste y no lo logrará -Observó Mike, volviendo a pasar camino a la sala-, Acéptalo, Ash. El baile lo es lo tuyo.

-¡Mike! -gritó Molly, pero ya no estaba en la habitación.

-Tal vez deba decirle a Trevor que no puedo ir -Ashley se detuvo, se separó de Will y dirigió a Molly una mirada desolada.

Molly frunció el entrecejo:

-No seas tonta, Ash. Por supuesto que vas a ir. Estarás hermosa y bailarás tan bien como cualquiera de los que estén allí, y lo pasarás bomba.

-¿Así de fácil? -preguntó Ashley, con una débil sonrisa, cruzando con fuerza los brazos sobre el pecho.

-¡Así de fácil! -confirmó Molly.

-Querría que alguien me enseñara a bailar -dijo Susan, con envidia, regresando con la caja de música que tenía Molly sobre su cómoda. ¿Quién te enseñó a ti, Will?

-Creo que aprendí solo -contestó, con un encogimiento de hombros.

-¿Y a ti, quién te enseñó, Molly? -Susan ya estaba haciendo gira la llave de la cuerda.

-Me parece que yo también aprendí sola. En realidad, todo lo que hay que hacer es escuchar la música y seguir al compañero -Molly enjuagó el último plato y comenzó con las cacerolas.

Susan levantó la tapa de la cajita de música. La clara y rítmica melodía de "Edelweiss" inundó la cocina.

-"...pequeña y blanca, limpia y brillante, todas las mañanas que te encuentro..." -Prueba con música -sugirió Susan.

Will ofreció sus brazos a Ashley, quien suspiró, puso los ojos en blanco y se acercó a él.

-"... pequeña y blanca, limpia y brillante, pareces tan feliz de recibirme..." Ashley y Will comenzaron a desplazarse dibujando torpes cuadrados en el suelo de la cocina, mientras Molly, oyendo su canción favorita, sentía que las lágrimas llenaban sus ojos.

-"... Pimpollo de nieve, puedes florecer y crecer..." La caja de música había sido un regalo de su madre. Cada vez que oía sus notas, recordaba breves momentos de felicidad y largos momentos de pena que habría preferido olvidar. Por esa razón casi no la escuchaba.

-"...florece y crece para siempre. Edelweiss, Edelweiss, bendice por siempre mi terruño." Se sorprendió de que Susan supiera dónde guardaba la caja.

-¿Puedes mostrarme cómo se hace, Molly? -pidió Ashley.

La música se detuvo. Molly levantó los ojos, sorprendida. Ashley y Will estaban de pie, quietos, mirándola.

-Si bailaras un poco con Will, tal vez me daría cuenta de cómo se hace. No lo hago bien, me parece.

Parpadeando para alejar las lágrimas y los recuerdos, Molly buscó los ojos de su hermana. Sus ojos eran una súplica.

-Muéstrale, Molly, por favor -rogó Susan-. Quiero ver cómo lo haces tú.

-Seguro que lo haces mejor que Ash -rnurmur6 Sam, sacudiendo la cabeza.

-Ashley lo está haciendo bien -dijo Will-. Pero le ayudaría ver cómo lo

hacen otros. ¿Eh, Molly?

Se acercó a él con tranquilidad. Molly recordó que mientras le besaba la mano esa mañana Will pareció no experimentar ninguna reacción, en tanto ella sufría la gran conmoción de su vida. Si, contra todas las leyes de la razón, se sentía atraída por él, no parecía que la atracción fuese recíproca.

-Tengo las manos húmedas -protestó.

Susan, que estaba secando las cacerolas, sin hacer comentarios le alcanzó un paño de cocina. Incapaz de pensar en otra objeción que no la hiciera quedar como una tonta -después de todo, se suponía que Will era su novio, y sólo se trataba de bailar-, Molly se secó las manos y se dejó abrazar.

El hombro de Will era duro bajo su mano. La tela de su camisa era un popelín de algodón fino y suave. Los dedos que sostenían los suyos eran cálidos y fuertes. Pudo sentir la firme posesión que sugería su mano en su cintura.

Su instinto le indicaba rehuir la mirada de Will, cerrarse frente a él y no mirarlo. Pero ¿que interpretarían, él y sus hermanos, de semejante actitud?

Alzó la barbilla, lo miró a los ojos y dibujó una sonrisa en su rostro.

Susan puso en marcha la caja de música, y volvieron a oírse los evocativos acordes de "Edelweiss".

-“...pareces tan feliz de saludarme..." Molly trató de no escuchar.

Tan preocupada estaba por no revelar sus reacciones frente a la músi,a y frente al hombre, que bailó sin una voluntad consciente. Simplernente siguió a Will, rozando apenas el suelo con sus pies desnudos. Logró Parecer así una experta en vals, danza que sólo había bailado unas tres veces en toda su vida.

-“... pimpollo de nieve..." En las sienes de Will se veían algunas hebras plateadas entre su pelo dorado , advirtió Molly, y a los costados de la boca las marcas eran más profundas que las que se le formaban en el rabillo del ojo. Sus labios eran finos pero bien formados, y ahora se extendían en una ligera sonrisa al mirarla.

-“... florece y crece para siempre..." Sus ojos eran más azules que el jersey de Ashley.

-"Edelweiss..." Su cabeza encajaba perfectamente bajo la nariz de él.

-“...edelweiss..." Su cuello era una poderosa columna bronceada y el vello de su pecho era más oscuro que su pelo. Molly de pronto se descubrió a sí misma haciendo conjeturas acerca del pecho y el vello de Will.

-“...bendice por siempre mi terruño." El cuerpo de él irradiaba calor, o algo lo hacía. Cualquiera fuese su origen, ella lo recibía por oleadas. Sentía mucho, mucho calor.

Cesó la música. Will le hizo dar un giro en estilo teatral y la soltó.

Molly se sintió mareada. Susan, Ashley y Sam aplaudieron.

-Bailas muy bien -le dijo Will, sonriéndole.

-Gracias -respondió Molly, descubriendo con agrado que sonaba más

normal de lo que se sentía-. Tú también.

-Bah, los pasos básicos no cuestan nada.

-¿Ashley? Tu turno -Molly se alejó, se apoyó contra la cocina y comenzó a recobrarse. Ashley y Will retomaron donde habían dejado, pero Molly ya no se sentía celosa. Si Ashley estuviera sintiendo algo lejanamente parecido a lo que Molly había sentido en los brazos de Will, no sería capaz de ocultarlo. Si no se notaba por algún otro indicio, la habría delatado su piel clara. Era más que evidente que ninguno de ellos tenía otro interés que el baile. Eran amistosos, eso era todo.

Se preguntó cómo la habrían visto sus hermanos, bailando con Will.

Dudaba de que amistosa fuese la palabra adecuada para describirlo.

Aunque sus hermanos no habrían advertido nada anormal. Después de todo, se suponía que Will era su novio.

Susan lanzó un alarido. El sonido, agudo y penetrante como una sirena, alteró la acogedora serenidad de la cocina. La caja de música cayó de sus manos con estrépito. La música se detuvo.

Pálida y con los ojos muy abiertos, Susan miraba la ventana. Las cortinas estaban totalmente corridas. Tras el cristal sólo se veía la más impenetrable oscuridad.

-¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre? -preguntó un coro de voces, entre ellas la de Molly.

Susan señaló la ventana con un dedo tembloroso: -¡Alguien estaba mirando!

-¡Susan! ¿Estás segura? -otra vez el coro.

-¡Había alguien! ¡Había alguien!

-¡Quédense aquí! -ordenó Will, y corrió hacia afuera. Mike, que había aparecido unos segundos después del grito de Susan, tomó el rifle de la esquina más cercana al refrigerador y lo siguió. La puerta se cerró de un golpe detrás de él.

Afuera, Pork Chop comenzó a ladrar. Molly alzó la caja de música. Sus dedos encontraron una pequeña melladura en uno de los pulidos costados, y cuando la apoyó sobre la mesa deseó que ese fuese el único daño recibido. Pero revisaría la caja musical más tarde; la prioridad era su hermanita.

Mike regresó a los pocos minutos, dando un portazo. Molly, que estaba consolando a una temblorosa Susan, lo miró, interrogante.

-Es un cretino -dijo Mike entredientes, y dio un furioso puntapié al aparador.

Molly alzó las cejas. Intercambió miradas inquisitivas con Ashley. Antes de que pudieran decir nada, entró Will.

-Ahí no hay nadie -dijo, cerrando la puerta. Molly advirtió que ahora él llevaba el rifle, y contempló el rostro resentido de su hermano con repentina comprensión: Will debía de habérselo quitado.

-Había alguien allí. El, o ellos, estaban mirando hacia adentro -insistió

Susan-. ¡Yo los vi!

-Entonces debe de haber sido un fantasma. Cuando salimos, Pork Chop estaba comiendo. El no vio a nadie... pero, si era un fantasma, no podría haberlo visto -se burló Mike.

-Está ladrando -señaló Ashley.

-Un gato -dijo brevemente Will-. Lo persiguió hasta la cerca, pero no pudo treparse para alcanzarlo.

-Oh -todos sabían lo que sentía Pork Chop por los gatos.

Will atravesó la cocina y apoyó el rifle contra la pared opuesta.

-No deberías tener algo como esto, y mucho menos donde hay tantos niños -le dijo a Molly.

-No está cargado, ya te lo dije -en la voz de Mike había una nota de furia herida.

Will lo miró de igual a igual:

-Aun así, es peligroso. ¿Qué ocurriría si el que estaba ahí afuera hubiese sido un oficial de policía? Podría haberte disparado, pensando que estabas armado y que corría algún peligro.

-Bueno, no era un "poli". No era nadie. Sólo un invento de la imaginación de mi hermanita -dijo Mike, con sarcasmo.

-¡No fue mi imaginación! ¡Había alguien ahí, de verdad lo había! chilló Susan.

-Tal vez viste a Libby Coleman -sugirió Mike, con malicia-. Tal vez oyó la música y quiso bailar.

Susan quedó boquiabierta.

-¡Mike! -Molly lo miró, mientras Susan empalidecia a ojos vistas.

-¿Quién es Libby Coleman? -preguntó Will, revisando la ventana de la cocina para asegurarse de que estaba bien cerrada y escudriñando el patio trasero. Era imposible que pudiera ver nada, pensó Molly, ni siquiera los agentes del FBI venían equipados con visión infrarroja.

-Es nuestro fantasma local -explicó Molly mantener un tono ligero-. Pero nadie está absolutamente seguro de que ella haya muerto.

-Es uno de los rostros que aparecen en los cartones como "Personas desaparecidas" -agregó Ashley-. Desaparecìo ... creo que hace más de diez años, cuando tenía doce años. Sencillamente desapareció.

-Justo después de haber estado en el cotillón –apuntó Mike aguijoneando a Susan-. Bailando, sabes. Apuesto a que aún le gustaba bailar.

-Cállate ya, Mike -dijo Susan, con odio.

-Fue hace trece años. Lo recuerdo porque ella y yo teníamos más o menos la misma edad, y eso lo hizo más escalofriante. Lo pusieron en la televisión y en los diarios. Durante muchos meses después de ocurrido ninguno se nos permitió ni asomar la nariz fuera de la casa -recordó Molly, -¿Eso ocurrió cuando estabas viviendo en el Hogar? -preguntó Ashley, con el

ceño fruncido.

Molly asintió. Con una mirada hacia Will, deseó que no hubiera oído la referencia a esos modernos orfanatos en los que había pasado buena parte de su adolescencia. Aunque probablemente la revisión de antecedentes que él había hecho revelarían esa información. Aunque quizá no. Sólo los hechos, había dicho él. No por primera vez, Molly se preguntó qué era eso de "los hechos".

Aparentemente él no se había dado cuenta de la pregunta de Ashley, o no tenía interés en seguir con el tema.

-Coleman -dijo pensativo-. ¿Una de los Coleman de la cuadra Greenglow?

Molly hizo un gesto afirmativo, feliz de seguir con ese tenia en lugar del otro, más sensible:

-La hija menor. Tenían... bueno, tienen otra hija, mayor, y un hijo varón.

-¿Y desapareció hace trece años, después de su clase de cotillón? -Will se frotó la barbilla-. Muy interesante, pero no creo que fuese ella quien estaba en la ventana.

-Alguien había -insistió Susan-. Yo los vi. De verdad que los vi.

-Si fue así, ya se han ido. No te preocupes -Will observo a Molly-. Así y todo, sólo por seguridad, me gustaría mirar la casa. ¿Te importa?

Molly negó con la cabeza. Will recorrió la planta baja, tirando de las fallebas de las ventanas, controlando cerraduras. Luego fue a la planta alta. Al regresar dijo a Molly:

-La falleba de la ventana del cuarto de los chicos está rota. Le metí una cuña de madera para sostenerla. La arreglaré la próxima vez que venga.

-Gracias -respondió Molly, con una sonrisa.

La expresión de Mike se ensombreció:

-¿Quién es ahora, el hombre de la casa? -murmuró, y se fue hacia el piso superior. Pudieron oír sus pasos enfurecidos retumbando por toda la casa.

Durante un momento todos permanecieron en silencio.

-Está en una etapa difícil -dijo Ashley a Will, en tono de disculpas, que asintió con un movimiento de cabeza.

-Debo marcharme -dijo Will a Molly-. A menos que estés asustada. Me quedo, si así lo deseas.

-Estamos bien -respondió Molly, con su brazo rodeando todavía el hombro de Susan-. Pero gracias por el ofrecimiento. Y por el pollo. Ahora no tendré que preparar la cena de mañana.

-¿Seguro?

-Sí -Molly recogió la chaqueta y la corbata de Will y se las ofreció. El se bajó las mangas, se puso la chaqueta y la corbata.

-Practicaremos el paso básico un par de veces más y para el próximo

viernes serás una bailarina profesional -prometió Will a Ashley.

-Así lo espero -Ashley lo abrazó, sonriéndole-. Gracias, Will.

-Adiós, Will -saludó Sam, con aire de tristeza. Molly se preguntó cuándo habían comenzado los niños a llamarlo Will. La intimidad sonaba natural, pero no estaba segura de si debía permitirlo o no, dadas las circunstancias.

En realidad, no era mucho lo que podía hacer al respecto. Pensarían que estaba chiflada si insistía en que lo llamaran señor Lyman. A todos los otros novios que había tenido los habían llamado por su nombre de pila.

-Adiós, Sam. Adiós, Susan. Y no te preocupes. Lo que viste era probablemente algún animal, una zarigüeya o una lechuza o algo por el estilo, apoyada en la ventana antes de que tu grito la espantara.

-Sí... -Susan parecía poco convencida.

-Te acompaño hasta el coche -ofreció Molly, pensando que tal vez tendría instrucciones para darle.

-No -su rechazo fue abrupto. Molly lo miró interrogativamente. Él tomó su mano, la atrajo hacia sí y susurró en su oído:

-No vi nada ahí afuera, pero nunca se sabe. Quiero que tú Y todos los demás permanezcan adentro esta noche y que mantengan la puerta cerrada con llave. Por si acaso. ¿Comprendido?

Molly asintió. Will mantuvo su mano en la suya, y ella sintió su cálida respiración en la oreja. Molly pudo sentir que el calor llegaba hasta la punta de sus pies.

-Tienes mi número de teléfono, por si ves o escuchas algo. Primero llama a la policía, luego llámame a mí, porque ellos pueden llegar más rápidamente, ¿Lo has entendido?

Molly volvió a asentir. Estaba atemorizándola, un poco... pero era ridículo. Woodford County no era precisamente la cuna del crimen, e incluso era más que improbable que se tratase de algún mirón. Los vecinos más cercanos eran los Atkinson y se encontraban a un kilómetro de allí.

Además, J. D. patrullaba durante toda la noche.

Will soltó su mano, saludó a toda su atenta familia con un ademán de despedida y salió.

Se despidió de Molly diciéndole muy seriamente:

-Cierra la puerta con llave. Y, por el amor de Dios, deshazte de ese rifle.

19 14 de octubre de 1995 Cuando Molly entró con el coche por el camino de acceso, eran alrededor de las cinco y media de la tarde. Estaba mortalmente cansada. En Keeneland los sábados eran días de una febril actividad; de hecho, era el día más ajetreado de la semana. El hecho de que Lady Valor estuviera fuera de la carrera de potrancas había generado mucha angustia en todos.

La archienemiga de la potranca, Alberta's Hope, de la cuadra Nestor de California, había ganado con un tiempo que Molly estaba segura que Lady Valor podría haber superado. Don Simpson pensaba lo mismo. Por consiguiente, él estaba tan malhumorado como un oso con una pata

Librodot

lastimada. Encima, ninguno de los caballos cuyos nombres le había dado Will la noche anterior habían resultado ser "dobles". Le había costado un gran esfuerzo controlar a cada uno (¡esta vez le había dado seis!), y era irritante no encontrar nada irregular.

En resumen, había sido un día del demonio.

La mejor amiga de Ashley, Beth Osbome, estaba saliendo de la casa cuando Molly se apeó del coche. Molly se quedó unos minutos charlando con ella antes de entrar. Beth la sondeó maliciosamente acerca de su nuevo novio. Lanzando un puntapié mental a Ashley, Molly improvisó rápidarnente una respuesta. Beth soltó una carcajada. Molly se preguntó qué sería lo que le había dicho Ashley.

Cuando Beth se marchó, Molly entró en la casa.

-¡Eh, pandilla, ya llegué! -exclamó, dejando su bolso sobre la mesa de la cocina y dirigiéndose hacia el refrigerador. Ese día tampoco tenido tiempo de comer y se moría de hambre. La cena debía ser algo que se preparara con rapidez, y entonces recordó el pollo que había traído, Will:

perfecto.

-Hola, Moll -Ashley entró en la cocina con la cabeza envuelta una toalla a modo de turbante.

-¿Por qué te lavas el pelo a esta hora del día? -preguntó Moly, mientras robaba una pata de pollo fría de la caja que había sacado del refrigerador.

Con galletas y una ensalada, la cena estaría lista en un santiamén.

-Estuvimos ensayando peinados. Beth me onduló el pelo con esoe rizadores de espuma que tiene, y quedé como si hubiera tocado un cable eléctrico. Cuanto más cepillaba, más rizado quedaba. Así que me lo lavé.

-Oh -de pie aún al lado del refrigerador, Molly mordió un trozo de la pata de pollo-. ¿Beth también va al baile?

-Sí -Una súbita sonrisa le iluminó la cara-. Con Andy Moorman, Los cuatro vamos a encontramos antes para ir a comer juntos. ¿No es genial?

Beth, tan decidida, siempre había sido más popular que Ashley con los muchachos, aunque, en opinión de Molly, Ashley era la más bonita de las dos.

-Genial -coincidió, y mordió otro pedazo de pollo-. ¿Dónde están Mike y los gemelos? -preguntó con la boca llena.

-Mike está arriba, absorto con una cinta que le prestó uno de sus amigos.

Sam está en casa de Ryan Lutz, y Susan en la de Mary Shelton. Susan llamó para preguntar si podía quedarse a pasar la noche allí, y le dije que sí. Sam estará de vuelta a eso de las ocho.

-Así que somos tú, yo, Mike y Sam para cenar -concluyó Molly, mondando la pata de pollo hasta el hueso que arrojó, con admirable puntería, en el cubo de la basura.

-Eso depende -Ashley le dirigió una mirada severa-. Llamó Jimmy Miller.

Dijo que pasaría a buscarte a las siete menos cuarto.

-¡Oh, Dios mío! ¡Lo había olvidado! -Molly se cubrió la boca con la mano.

-Ultimamente pareces olvidar muchas de tus citas -Ashley cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó la cabeza-. No irás, ¿verdad?

En realidad, Molly estaba preguntándose si convenía llamar a Jimmy al garaje o a la casa para decirle que había surgido un imprevisto y que no podría ir. Pero cuando se detuvo a pensar en ello, se dio cuenta de por qué no quería ir, y la razón la asustó. Will.

¡No es mi novio!, se recordó con severidad.

-Claro que voy a ir -Molly dio las espaldas a su hermana, dirigió una fugaz mirada de pena a la caja con el pollo y volvió a ponerla en el refrigerador. -¿Por qué no?

-¡No puedes!

-¿Por qué no puedo?

-¿Qué pensará Will? -estalló Ashley.

Antes de contestar, Molly cerró la puerta del refrigerador.

-¿Acaso importa? -preguntó, con ligereza, y salió de la cocina. Si iba a salir a cenar y a ver una película con Jimmy Miller él la había invitado el lunes, dos días antes de que Will llegara a su vida-, debía darse una ducha y cambiarse de ropa.

-¡Molly! -Ashley fue tras ella.

Cruzando su pequeño dormitorio y corriendo las cortinas que hacían las veces de puerta en su armario, Molly examinó su exiguo guardarropas.

Ashley se quedó de pie en la puerta. Molly hizo lo posible, por ignorarla.

-No puedes hacerlo -dijo Ashley.

-¿Qué es lo que no puedo? -Molly sacó una falda negra y la estudió detenidamente. La prenda estaba limpia y planchada. Incluso aún estaba de moda. Con un jersey o una camisa y una chaqueta, estaría perfecta.

-¿Me puedes dejar tu chaqueta gris?

-¡No! -Ashley sonó ultrajada-. ¡No para que salgas con Jimmy Miller, no puedes! ¿Y qué hay de Will?

-¿Qué pasa con él? -Molly pasó revista rápidamente a lo que tenía guardado en el ropero y encontró el jersey negro de cuello de cisne que estaba buscando.

-¿No estás comprometida para verte con él?

-No.

Estrictamente hablando, era verdad. Probablemente Will pasara por allí muy bien, estaba casi segura de que lo haría-, pero no existía un compromiso. Cualquier intercambio de información podría esperar hasta el día siguiente, en la pista.

-¿Quieres decir que no va a venir esta noche?

Molly se encogió de hombros:

-Tal vez. Si lo hace, dile que tenía un compromiso anterior.

-¿Qué crees tú que va a pensar de que hayas salido con Jimmy Miller?

-¿Quieres que te diga algo? -Molly se puso de rodillas para buscar sus zapatos buenos de charol en el fondo del armario.

-¿Qué?

-Me tiene sin cuidado.

-¿Han tenido una pelea? -Sonaba ansiosa.

-No, no tuvimos ninguna pelea -Molly se puso de pie, zapatos en mano, recogió la falda y el jersey negro y se volvió para colocar cuidadosamente las dos prendas sobre el algo desteñido pero aún bonito edredón estampado que cubría la cama.

-¿Entonces por qué... . ? -empezó a decir Ashley, y fue interrumpida por su hermana.

-Will Lyman no es mi dueño -dijo Molly, con fiereza, y fue hacia su cómoda.

Abrió el cajón superior, sacó de él una muda de ropa interior que arrojó sobre la cama, y hurgó bajo la caja de música y el resto de su lencería buscando un panti. El espejo cuadrado le devolvió su imagen. Con la boca apretada llena de obstinación y los ojos relampagueantes, parecía estar con un enfado de los mil demonios contra algo. Molly no estaba segura de qué era esa cosa.

-Will me gusta de veras, Moll.

-Entonces sal tú con él.

-A todos nos gusta. Salvo a Mike, pero ya sabes cómo es. Ya le gustará.

-Mira, Ash -Molly encontró el panti negro que buscaba, cerró el cajón y enfrentó a su hermana-. Uno, Will es demasiado vejo para mí. Dos, no es exactamente mi tipo. Tres, es de Chicago, adonde regresará una vez que haya terminado en Keeneland. Así que no pienses que estamos viviendo un romance de toda la vida. No lo estamos.

-Apuesto a que podrías convertirlo en un romance de toda la vida si quisieras.

-¿Puedes, por favor, dejarme tu chaqueta gris? -Molly arrojó el panti sobre la cama y se volvió para rebuscar en su pequeño alhajero tratando de encontrar sus pendientes y su cadena de plata.

-Te has visto con él las dos noches últimas. Nunca quedas para los días de semana. Debe gustarte mucho.

-No es nada serio, Ash. Créeme, no lo es -Molly encontró la cadena y uno de los pendientes, pero el otro se negó a aparecer.

-Deberías ver cómo lo miras.

-Es tu imaginación -Molly encontró por fin el otro pendiente y cerró el alhajero de un golpe.

Ashley sacudió la cabeza:

-Te conozco, Moll. No me digas que no te derrites por él. Lo sé.

-Cállate, Ashley, ¿quieres? -dijo Molly, con los dientes apretados. Al pasar hacia el baño tomó su bolso de plástico con cosméticos.

Ashley se apartó de su camino, y Molly pasó frente a ella como una tromba.

-Apuesto a que lograrías que se enamorara de ti -dijo Ashley, desde atrás de ella.

-Has estado leyendo demasiadas novelas románticas -exclarnó Molly de mal talante, y le dio con la puerta en las narices.

Cuando salió, treinta minutos después, duchada, con el pelo lavado y secad o y maquillada, Ashley no estaba a la vista. Fue derecho a su cuarto, llevando en una mano sus ropas sucias y en la otra el bolso de los cosméticos, mientras sostenía la toalla con que se cubría. Si se daba prisa, podría cerrar la puerta y echarle llave antes de que Ashley advirtiera que ya no estaba en la ducha.

Su hermana no llevaba ya la toalla verde en la cabeza y estaba sentada sobre el borde de la cama de Molly, ahuecándose el pelo con una mano mientras se secaba. Sobre su regazo tenía la chaqueta gris y un pequeño frasco de perfume.

Molly se detuvo en la puerta. Ashley alzó la vista. Las hermanas se observaron, midiéndose con la mirada.

-Puedes usar mi chaqueta -dijo Ashley-. Me han dado una muestra gratis de "Knowing" la última vez que fui al centro comercial. También puedes usarlo.

-Gracias -Molly entró en el dormitorio y tomó el perfume que sostenía Ashley-. ¿A qué se debe el cambio?

-Decidí que, si logras poner celoso a Will, probablemente ayude a que las cosas se enderecen. Ya sabes cómo son los hombres -dijo Ashley, la mundana.

Molly lanzó un gruñido:

-¿Podrías salir de aquí? Son las seis y media, y ni siquiera estoy vestida.

-Will es justo para ti, Moll -dijo Ashley muy seriamente, poniéndose de pie-.

Si se quedara contigo, no tendría por qué preocuparme cuando me marchara a la universidad el otoño que viene. El cuidaría de ti. Y también de Mike, Susan y Sam.

-¡Sal ya mismo de mi cuarto! -Molly la empujó fuera de su cuarto, cerró la puerta con fuerza y le echó llave. Se quedó un momento con la frente apoyada sobre la madera pintada de blanco. Finalmente se enderezó.

-¡Will volverá a Chicago dentro de dos semanas! ¡Métete eso en la cabeza! - gritó a su hermana a través de la puerta.

-Ha llegado Jimmy Miller -replicó Ashley como toda respuesta.

Maldiciendo por lo bajo, Molly comenzó a vestirse.

Jimmy Miller tenía pelo del color del tabaco, contextura robusta y una dulce sonrisa. Si bien su rostro cuadrado de nariz achatada no era exactamente guapo, era atractivo. Era considerado un buen partido por las muchachas del lugar. Después de todo, algún día llegaría a ser el único propietario del garaje Miller. Todo el mundo conocía el volumen de los negocios del único taller de reparación de coches de Versailles. Para completar cuadro, a Molly le gustaba.

O, para decir mejor, hasta ese momento le había gustado Y ese era problema.

Jim compró la cena en Sizzler, y ella sonrió cuando él le contó planes de abrir un segundo taller en la cercana ciudad de Frankfort, capital del estado. Tomó su mano durante la película, y ella se lo permitió. Cuando terminó el cine, él hizo todo lo posible por convencerla de ir juntos a un club nocturno de Lexington, pero ella dijo que no, que tenía que levantarse temprano al día siguiente para ir a trabajar.

El le dijo que si había algo que admiraba en ella era su sentido d la responsabilidad.

Como el buen deportista que era, Jimmy la llevó a casa. No eran aún las once y media de la noche.

El Ford Taurus blanco de Will estaba aparcado en el camino de acceso detrás del Plymouth azul. Molly lo vio tan pronto llegaron. Se irguió en el asiento, con todos los músculos del cuerpo en tensión.

-¿Coche nuevo? -preguntó Jimmy, apagando el encendido y deslizando el brazo por el respaldo de su asiento.

-Es de un amigo de la familia -contestó Molly.

Jimmy iba a despedirse besándola -ya la había besado anteriormente-, y ella dejaría que lo hiciera, incluso le daría más que lo que él había esperado.

Porque Will estaba en la casa. Y porque, muy dentro de ella, tuvo que admitir que el hombre que ella realmente deseaba que la besara era Will.

En calcetines, con una camisa azul desabrochada y unos pantalones grises, Will se encontraba echado sobre la sorprendentemente cómoda tumbona de la sala de los Ballard cuando oyó el sonido de neumáticos rodando sobre la grava. Afuera, Pork Chop comenzó a ladrar.

Ella había vuelto a casa. Sus dedos se cerraron sobre el brazo del sillón, tensos, mientras evaluaba lo que debía hacer. Podía quedarse donde estaba y esperar a que Molly entrase. O bien podía salir al porche, como un padre sobreprotector, y echar un cubo de agua fría sobre el beso de despedida con ese novio suyo.

Le molestó comprobar cuánto le disgustaba la sola idea de ese beso. Y le molestaba aún más el hecho de que lo último que sentía por Molly era un sentimiento paternal.

Sam estaba encogido sobre el sofá, adonde se había quedado dormi do durante la proyección de los créditos de la película alquilada que había

traído Will. Ashley estaba sentada a los pies de Sam, con los párpados pesados de sueño, y miraba a Jay Leno intercambiando chismes con Elizabeth Taylor. Mike estaba arriba. Se había retirado a su cuarto no bien terminada la película. Pero no había sido capaz de sustraerse a la tentación de ver a Arnold Schwarzenegger en Mentiras verdaderas, ni siquiera para no verse obligado a soportar la presencia de Will.

-Molly ha vuelto -anunció Ashley, dejando vagar la mirada por la habitación hasta centrarse en Will. Will se había preguntado ya varias veces esa tarde si Ashley estaría al tanto. Cuando él había llegado, alrededor de las siete y media, cargado con bolsas de papel llenas de comestibles y una película, fue recibido con la sorprendente y exasperante noticia de que Molly había salido con un hombre. Ashley insistió que se quedara. A rnirar la película con ellos, dijo. Y para continuar las clases de baile, si no le importaba.

Y... y para protegerlos, porque, al no estar Molly en casa, Mike y ella estaban a cargo, y eso los atemorizaba un poco.

Will advirtió que Mlke no andaba por ahí mientras Ashley decía esto. Y no creía que Asbley estuviera atemorizada. Pero, desde el momento en que la invitación de Ashley coincidía con sus propios deseos, había accedido.

Había arreglado la puerta del porche y la ventana del dormitorio de la planta alta, había practicado baile con Ashley -el baile no parecía ser su fuerte- y luchado con Sam. Y había mirado la película.

Y mientras tanto había mantenido su carácter bajo control.

-¿Oh, sí? -Will siguió mirando la tele, como si estuviera completamente absorbido por el relato que hacía Elizabeth Taylor de su última enfermedad. Bien podía haber estado mirando una pantalla sin imagen por el registro que le quedó del programa.

Molly se tomaba mucho tiempo para apearse de ese coche y entrar.

-Creo que me voy a la cama -dijo Asbley, y se puso de pie.

Gracias por quedarte, Will.

-De nada, Ashley.

Siguió mirando la tele mientras Ashley obligaba a Sam a levantarse Y lo empujaba hacia arriba.

-Buenas noches -dijo ella suavemente.

-Buenas noches -respondió Will, con la esperanza de que su voz no reflejara la acritud que sentía.

No requería un gran esfuerzo de imaginación adivinar lo que estaba haciendo Molly en ese coche.

Un acaudalado hombre de negocios del lugar: esa era la descripción que Ashley había hecho del candidato de Molly. Loco por Molly.

Demonios, la mitad de los hombres del Bluegrass parecían estar locos por Molly.

No estaba dispuesto a engrosar sus filas.

Era bastante mayor y tenía demasiada experiencia como para involucrarse con una mujer que atraía a los hombres como el farol del porche atraía a las mariposas. Una mujer quince años menor que él, con rostro de ángel... y un cuerpo que hacía que a los hombres se les cayera la baba.

No era tan tonto como para eso.

¿Pero qué diablos estaba haciendo en el coche? Pregunta tonta.

Will no pudo soportarlo más. Si ella quería joder con el tipo, al menos podía tener la puñetera decencia de hacerlo en otro sitio que no fuera su propio camino de acceso.

El no iba a quedarse girando los pulgares durante una hora mientras ella culminaba la noche en el asiento trasero de cualquier palurdo. Iba a sacarla a los tirones de ese coche, le iba a decir lo que tenía que decirle y luego volvería a su hotel y se iría a la cama.

Estaba ya de pie cuando oyó el ruido de una portezuela al cerrarse, seguido inmediatamente de otro idéntico. O bien el palurdo no era partidario de abrir la puerta a las damas, o bien Molly no lo había esperado.

El sonido de dos pasos distintos cruzando el porche fueron seguidos por el de la puerta batiente al abrirse y el de la llave de Molly en la cerradura.

Silencio.

Will dio instintivamente un paso adelante, se detuvo, apoyó el hombro contra el vano de la puerta y aguardó.

A Molly le llevó mucho tiempo abrir la puerta.

-Uno más, Molly, sólo uno más -rogó el palurdo, cuando finalmente se abrió la pesada puerta.

-Buenas noches, Jimmy -respondió Molly riendo, y entró en la casa. Pork Chop la empujó y entró primero; aun en la oscuridad vio a Will de pie en la puerta de comunicación entre la cocina y la sala y se acercó para saludarlo moviendo la cola. Molly y su galán ni se molestaron en echar un vistazo.

-¿El sábado próximo? -Dios, el patán sonaba abyecto. Will recordó cómo había reaccionado su cuerpo aquel día, en Keeneland, cuando todo lo que había hecho había sido besar la mano de la joven, y sintió una repentina solidaridad con el que estaba afuera. Rayos, incluso bailar con ella lo había vuelto loco, ¡y con todos sus hermanos observándoles!

La chica era un peligro, y esa era la verdad. El no iba a sumarse a la procesión que iba tras ella con la lengua afuera. Después de aquel baile, había tornado una decisión: la política que emplearía sería mantener las manos lejos de Molly.

-Llámame -prometió Molly, sin prometer nada. El palurdo tomó su mano Y la atrajo hacia sí para volver a besarla. Tenía pelo castaño, un cuerpo rechoncho, llevaba tejanos con la raya bien marcada... y metió los ,dedos en la espesa cabellera de Molly mientras la besaba.

Lo que parecía faltarle de técnica le sobraba de entusiasmo.

Will se alejó del vano de la puerta, muy erguido. Al darse cuenta de lo agresivo de su actitud, se obligó a relajarse.

Ella no le pertenecía, se recordó a sí mismo. No en la realidad, sólo para la galería. Y no habría manera de que eso sucediera.

-Buenas noches, Jimmy -Molly se liberó, sonriendo, y puso su mano sobre el tirador de la puerta batiente.

Molly entró. El palurdo retrocedió, con evidente desgano, cuando ella empujó la puerta para cerrarla.

-Te llamaré mañana -prometió él, con la voz espesa.

-Muy bien. Buenas noches -dijo Molly a través de la puerta batiente.

Luego, con una sonrisa y un ademán de despedida, finalmente la cerró.

La cerradura hizo un chasquido. Molly se volvió y entró en la habitación.

Will se adelantó y encendió la luz de la cocina.

20 El pelo de Molly estaba un tanto revuelto, caía sobre su cara y lo hombros como una nube oscura y ondulada. Sus ojos, marcados con delineador y realzados con rímel, estaban sensuales y soñadores cuando encontraron los de Will. Sobre las suaves curvas de sus labios persistían los rastros de lápiz de labios de un intenso color rojo.

Will prefería no pensar qué habría ocurrido con el resto del lápiz labios.

Ella llevaba una chaqueta gris, una falda apenas un poco más larga que la chaqueta y un ceñido jersey negro de cuello de cisne que se ajustas a su cuerpo como una segunda piel.

Con los zapatos de tacón y pantis sus piernas eran esbeltas, bien formadas e interminables. Naturalmente el efecto se reforzaba por el hecho de que la falda alcanzaba apenas la mitad del muslo.

-¿Qué estás haciendo aquí? -tanto su voz como el repentino resplandor que brotó de sus ojos estaban plenos de insolencia.

-Aguardándote -Will había logrado controlarse otra vez, volvió entonces a reclinarse contra el vano de la puerta.

-Si lo hubiera sabido, habría vuelto más tarde -Molly se encaminó hacia el refrigerador, mientras se quitaba la chaqueta. La arrojó sobre mesa. Will tuvo una amplia visión trasera de Molly cuando esta abrió refrigerador y sacó una lata de gaseosa.

-¿Quieres una coca-cola? -preguntó por sobre el hombro, con si acabara de recordar sus buenos modales. Con una mueca, agregó, ante de que él pudiera replicar-: Oh, sí, lo olvidé: quiero decir, ¿quieres vaso de leche?

-No.

La ropa que ella llevaba era muy ajustada, muy corta, muy... todo. Parecía muy delgada, incluso frágil, desmentido todo por la seductora curva de sus nalgas y la dulce plenitud de sus pechos, visible cuando se volvió para enfrentarlo.

Will advirtió entonces que jamás la había visto con el pelo rizado y

maquillada, ni vestida de falda, pantis y tacones.

Era hermosa au natural, el pelo sujeto con un lazo y pantalones de trabajo o tejanos. Arreglada como estaba está noche, quitaba el aliento.

Era lo más atractivo que había visto en su vida.

-¿Puedo ofrecerte algo? Si no, me voy a la cama -Molly abrió la coca-cola y bebió un trago, mirándolo provocativamente.

Will intentó vanamente borrar la imagen erótica que se le cruzó cuando imaginó a Molly en la cama. Entrecerró los ojos, devolviéndole la mirada:

-¿Hiciste lo que te pedí? -le preguntó, en voz baja.

En el otro cuarto, la televisión sonaba suficientemente alta como para cubrir su conversación, y los niños ya estaban acostados, pero aun así no quería correr el riesgo de que los escucharan. Esa tarde, cuando ella le había entregado los resultados del control que hiciera de los tatuajes negativo, como ya se había acostumbrado a esperar Will-, él le había encargado una nueva tarea: fotografiar los archivos de la oficina de Don Simpson. Con ese fin, le había entregado una diminuta cámara oculta en una estilográfica.

-¿Tenía otra alternativa? -Molly bebió otro sorbo.

-No.

Ella continuó bebiendo sin contestarle.

-¿Y bien? -exclamó Will, controlando a duras penas su impaciencia.

Ella se movió. A pesar de sus buenas intenciones, Will no pudo apartar los ojos de sus piernas mientras ella se dirigía hacia el aparador de la cocina, abría uno de los cajones, extraía de él la cámara, que parecía una parker común, y se la arrojaba algo más fuerte que lo necesario.

-Toma.

Así lo hizo Will, atajándola con una sola mano, y luego la guardó en el bolsillo de su camisa.

-Buen trabajo -dijo.

-Nuestro trato no indicaba que debía entrar en la oficina del señor Simpson y tomar fotografías con una cámara de espía. Quiero paga extra.

-Ya te estoy pagando demasiado.

-Creí que era el gobierno quien me pagaba.

-Lo es. Pero soy yo quien autoriza la distribución de los fondos.

-Lo cual te hace pensar que eres el jefe.

Estás en lo cierto. Así es.

A Molly eso no le gustaba, se dio cuenta. Ella bebió otro sorbo.

-Ahora que ya tienes lo que querías, ¿podrías marcharte? Estoy cansada.

-Apuesto a que sí -las palabras y el tono sarcástico con que fueron dichas salieron antes de que Will pudiera evitarlo. Molly se puso rígida.

-¿Por qué no iba a estarlo? Me levanté a las cuatro de la mañana,

trabajé todo el día, salí a cenar y a ver una película, y ya es casi medianoche. Y mañana tengo que volver a levantarme a las cuatro.

-Mañana es domingo.

-¿Y con eso qué? Los caballos no tienen fiestas. Requieren cuidado el domingo como cualquier otro día de la semana.

-Necesito que mañana vengas conmigo al funeral de Howard Lawrence - Will reveló así la otra razón (la razón oficial) por la cual había esperado para hablar con ella.

-No puedo. Tengo que trabajar.

-Llama y di que estás enferma. Molly lanzó una carcajada.

-El funeral no será hasta las diez -reconsideró Will-. La primera carrera es a la una. Si no puedes llamar y decir que estás enferma, tendrás que escaparte una hora.

-Oh, claro, ¿e ir a un funeral con tejanos y camiseta? No lo creo.

-Entonces trae algo de ropa y te cambias en el coche.

-Eso sí que te gustaría, ¿verdad? -en una boca menos deliciosa que la de Molly, la mueca con que lo expresó podría haberse interpretado como sarcasmo.

-¿Crees que espiaría por el espejo?

-Podrías hacerlo.

-Me confundes con tu amigo, el baboso.

-Todos los hombres son babosos.

-Puede que tengas razón, pero no necesariamente babosos por ti.

La sugerencia implícita de que él no creía que se justificara babearse por ella era mentira, pero era una mentira necesaria, pensó Will, para su propia protección. Si alguna vez Molly llegaba a tener la menor idea de, lo intensa que había sido su reacción física ante ella, Will tenía la sensación de que se vería en muchos problemas.

Molly no dijo nada y mantuvo la vista baja, mirando la lata que tenía en sus manos. Tras un instante volvió a mirarlo:

-¿Para qué necesitas que vaya?

-Para que identifiques a algunas personas.

-¿Eso significa que tu ordenador no lo puede hacer? -estaba mofándose, de él .

Will sacudió la cabeza, negándose a ser tomado en broma.

-Muy bien -capituló Molly, de repente, con cansancio-. Le diré al señor Sirnpson que voy al funeral. No le gustará, pero no podrá despedirme por eso.

-Te recogeré nueve y media, frente a la caballeriza.

Molly negó con la cabeza:

-Prefiero encontrarme contigo fuera de la pista. No quiero que el señor

Simpson crea que me voy del trabajo para encontrarme con un hombre.

Ya va a estar demasiado enfadado sin agregarle eso.

-¿Dónde quieres que nos encontremos?

-¿Adónde es el funeral?

-En la iglesia episcopal de San Lucas de Versailles.

-¿Qué te parece el 7-Eleven de Versailles Road? ¿Sabes dónde está?

-Lo sé -dijo secamente Will, recordando el chicle en el zapato-. ¿Nueve y media?

-Diez menos cuarto. No puedo estar ausente demasiado tiempo.

-Pues entonces, diez menos cuarto.

-¿Eso es todo? -apoyó la lata sobre la superficie de trabajo y cruzó los brazos, esperando claramente a que se marchara.

-No te mostrabas tan ansiosa por librarte de tu novio hace unos minutos - a pesar de su firme intención de marcharse, Will no pudo evitar decirlo.

-Pero tú no eres mi novio, ¿no? -replicó Molly, con una sonrisa edulcorada y una sacudida del pelo-. No de verdad.

-Tienes una marca en el cuello -la pequeña mancha parda arruinaba el efecto de la pálida curva de su garganta debajo de la mandíbula. Hasta ese momento, el pelo la había ocultado. Su visión hirió profundamente a Will.

Molly enrojeció, llevándose la mano al cuello:

-¿Y qué? -dijo, a la defensiva.

-Va a ser mejor que mañana te la cubras con maquillaje. No quiero que los demás piensen que la he hecho. No es mi estilo -Will estaba sorprendido de comprobar la magnitud de su irritación, mirando esa huella sobre la tersa piel.

-Sospecho que no -Molly le dirigió otra de esas sonrisas demasiado dulces y retiró la mano de la postura defensiva sobre su cuello-. Eres demasiado viejo para eso.

-Tengo treinta y nueve años -replicó, amoscado.

-Viejo -confirmó sabiamente Molly.

Will sintió el familiar ardor de estómago. Era la habitual respuesta de su cuerpo ante el estrés, la frustración y la furia; todo lo cual estaba comenzando a atacarlo con ensañamiento.

-Treinta y nueve años parecen muchos cuando se tienen veinticuatro.

-Cumpliré veinticinco el mes que viene... y todavía me parece, demasiados. Bebe leche, no deja marcas de mordiscos... viejo, Will se volvió y marchó hacia la sala sin una palabra.

-Por si no lo sabes, la puerta está hacia el otro lado -dijo Mol, de pie en la puerta de comunicación, observándolo.

-Voy a buscar mis zapatos. Y mi chaqueta. Y mi corbata. Así puedo irme

-Will fue recogiendo dichas cosas mientras hablaba. Con los zapatos en la mano, la chaqueta y la corbata sobre el brazo, se volvió para enfrentaría.

Jay Leno disparaba chiste tras chiste en la pantalla. Salvo por el resplandor del aparato y la luz que venía de la cocina, la sala estaba a oscuras.

Tanta risa que llegaba desde la pantalla colmó la medida. Will apagó la televisión dándole un golpe casi salvaje. Inmediatamente se sintió mejor.

Molly no se movió del vano de la puerta cuando él pasó a su lado. Con ella bloqueándole el paso, Will se vio obligado a detenerse. Will se sorprendió al comprobar que, al estar Molly con zapatos de tacón y él descalzo, los ojos de ambos estaban casi a la misma altura.

Como sus bocas.

Will contempló esa tierna boca con sus labios separados manchados de rojo e instantáneamente tuvo una erección.

Deseó poner su boca sobre la de ella con tanta intensidad que temió que ella pudiera leerlo en sus ojos. El bajó la mirada, pero no sirvió para nada. En lugar de eso, volvió a tener a la vista la marca sobre su cuello, la marca dejada por otro hombre.

-No quiero que vuelvas a salir con nadie hasta que esto haya terminado - dijo bruscamente, deseando que su voz no sonara todo lo espesa que temía-. Se supone que ambos estamos viviendo un romance, ¿lo recuerdas?

-No puedes obligarme a rechazar las invitaciones que me hagan -su voz era un frío desafío... y seguía sin apartarse de su camino.

Will alzó los párpados:

-¿No puedo? -preguntó.

Desafiante, Molly sacudió la cabeza.

El aroma del perfume de Ashley llegó hasta su nariz. Los ojos Molly lo provocaban. Su cuerpo también.

Will se recordó a sí mismo que la criatura de largas piernas y grandes ojos que tenía delante era la versión humana de la trampa para moscas de Venus, que cazaba hombres como si fuesen insectos. Se recordó a sí mismo que acababa de pasar media hora con un hombre metiendo mano en un coche, y allí estaba la marca en su cuello que lo probaba. Se recordó a sí mismo que jamás mezclaba su vida profesional con la privada. Se recordó a sí mismo que era mayor que ella, que ella trabajaba para él, y que era un enorme problema, con P mayúscula.

-¿Te importaría apartarte de mi camino? -le pidió cortésmente.

Ella apretó los labios y entrecerró los ojos, pero se apartó. Will fue a la cocina, se sentó en el borde de uno de los bancos y se puso los zapatos.

podía sentirla observando cada uno de sus movimientos.

Se puso de pie, poniéndose la chaqueta. Metió la corbata en el bolsillo.

-Después que salga, cierra la puerta con llave -le dijo.

-Será un placer -respondió ella, mordaz.

El abrió la puerta y la miró por sobre el hombro:

-Mañana agradecería que te presentaras con una ropa un poco más...

discreta.

-¿No te gusta lo que llevo? -podía oírse la insolencia en su voz.

-Es condenadamente corto y condenadamente ajustado -contestó él, y se internó en el bendito frío de la noche.

21 15 de octubre de 1995 Molly se cambió en el tocador de Thomton. Sólo por ser perversa -y también porque su guardarropas era exiguo de verdad, aunque podía haber pedido prestado algo a Ashley-, llevaba la misma falda negra que había usado la noche anterior. Con pantis negros y zapatos también negros de tacón, sus piernas parecían tener un metro de largo.

Ella había visto cómo las miraba Will.

Una blusa blanca de nylon recatadamente abotonada hasta el cuello, y una chaqueta de punto negra, larga hasta las caderas, hacían un atuendo suficientemente comedido como para ir a la iglesia. La blusa tenía un delicado volado en la pechera. Llevaba pendientes de perlas.

El pelo estaba suelto, cepillado con cuidado en las puntas hacia adelante para ocultar la marca de su cuello. Varias capas de corrector y de polvo facial la habían vuelto invisible.

Molly había estado a punto de dejarla a la vista como un reto especial para Will, pero la idea de sentarse en la iglesia con una marca claramente visible de un mordisco en el cuello la disuadió.

Con la falda sería suficiente, pensó. No tenía por qué sufrir vergüenza en público sólo para provocar a Will.

Sólo que Molly rehusaba averiguar por qué deseaba provocarlo.

Solamente sabía que así era, y que el deseo era irresistible.

Mirándose en el espejo, aplicó rímel en sus pestañas, se empolvó la nariz y pintó su boca con lápiz de labios color rosa.

Dulce e inocente, decidió, examinando su imagen. Lo único que daba, la nota, claro, era el largo de la falda.

Molly se sonrió con malicia, cerró su bolso y dio la espalda al espejo. Lo único que esperaba era que Will ya estuviese afuera, esperándola.

Planeaba poner lo mejor de sí en ese paseo que haría a través del aparcamiento hasta su coche.

Afuera, dos fueron los hombres que la vieron salir del tocador y echar una mirada a su alrededor. En el asiento del conductor, Will tomó nota de la blusa juvenil, las largas piernas enfundadas en pantis negros y zapatos de tacón, y sintió que comenzaba a subir su presión arterial.

Llevaba esa falda justamente porque él le había dicho que no lo hiciera.

Will lo sabía, tan bien como sabía su propio nombre.

Ella vio el coche y fue hacia él. Aunque la manera en que lo hizo no guardaba relación alguna con la costumbre que tenían sus propios pies para

moverse sobre el suelo. Tenía que haber otra palabra para nombrar lo que ella estaba haciendo, además de caminar. Sexo andando, quizá.

En el asiento trasero, Murphy naturalmente también la miraba llegar; no pudo menos que dejar escapar un suave silbido.

-No lo puedo creer. Se me está poniendo tiesa sólo de verla andar.

Will se quedó helado al oír el comentario, sintiendo cómo se elevaba su presión y ardía su estómago. Se dio vuelta, apoyando el codo en el respaldo:

-Cállate -dijo, clavando en Murphy una mirada asesina-. Sólo cállate.

-Lo siento -dijo Murphy, desconcertado. Para mayor furia de Will, tras unos pocos segundos los ojos de su compañero comenzaron a lanzar destellos. Luego sonrió.

Para entonces, Molly ya había llegado al coche. Con una última mirada Murphy, Will se apeó. Murphy hizo lo propio.

Will rodeó el auto para abrirle la portezuela a Molly. Estaba furioso, con ella, con Murphy, consigo mismo, pero estaba decidido a no dejarlo traslucir.

Al acercarse a él, Molly le sonrió con una sonrisa tan dulcemente inocente que Will advirtió al momento que se trataba de pura mofa. Mantuvo abierta la portezuela, luchando una dura batalla interior para evitar fruncir el entrecejo, cerrar la puerta de un golpe o hacer cualquier otra cosa que le diera a ella la satisfacción de enterarse de que se le había metido bajo la piel.

-Este es John Murphy. Vendrá con nosotros -fue todo lo que dijo, señalando a su compañero, quien echó una mirada ávida a Molly, más o menos discretamente, por sobre el techo del Taurus-. Murphy, esta es Molly Ballard.

-Hola -dijo Molly, ofreciéndole su sonrisa.

-Encantado de conocerla, señorita -replicó Murphy. Cuando se introdujo en el coche, la mirada de Murphy fue hacia Will- Una ancha sonrisa de comprensión se expandió sobre su rostro.

El funeral fue breve y, aun para Molly, que apenas había tratado al difunto, conmovedor. El cuerpo había sido cremado. La iglesia estaba llena.

Molly se arrodilló entre Will y Murphy en uno de los bancos del fondo e hizo para Will, a su pedido, una reseña susurrada de la biografía de todos los que eran alguien en Bluegrass. Casi todas las grandes cuadras estaban representadas: además de Cloverlot, cuyo personal había decidido 1 un asueto para ofrecer los últimos respetos a uno de los suyos, había grupos de gente de Sweet Meadow y de Mobridge, y de las cuadras Greenglow, Wyland, Rock Creek, Oak Hill y Hillside.

-Esos son los Wyland -susurró Molly, en respuesta a un codazo de Will cuando los bancos comenzaron a vaciarse al acercarse todos al altar para comulgar-. La mujer con sombrero es Helen Wyland Trapp. Detrás de ella está su hija, Neilie, y con ella el esposo de Helen, Walt Trapp. Ya sabes quién es Tyler, y también Thomton. La rubia que está con Thomton es Allison Weintraub. Ella y su madre -esa que está con ellos-han estado detrás de Thomton durante años.

-¿Pelosa? -musitó Will, mirándola de soslayo.

-No.

Molly ni siquiera intentó salvar la dignidad mostrándose indignada. Como la iglesia estaba de bote a bote, Molly estaba arrodillada muy cerca de Will, y su hombro rozaba la manga del traje azul oscuro. Molly se preguntó si su cercanía tenía algún efecto sobre él. Esperaba que así fuera. La de él, ciertamente, sí que tenía efecto sobre ella.

Del otro lado, apenas si tenía conciencia de la pierna de Murphy tocando su pantorrilla. Bien podría haberse tratado de un maniquí, tal era la respuesta.

Al contrario de ella, Will parecía hallarse a sus anchas entre las sobrias y lujosas ropas que llevaban los acaudalados asistentes a esa ceremonia, pensó Molly. Su traje y su corbata eran tan elegantes como los de cualquiera de los hombres presentes. Ella ya estaba empezando a tener la sensación de que su minifalda había sido un error; salvo naturalmente por irritación que había provocado en Will. Todas las demás mujeres estaban vestidas con trajes o faldas largas hasta la rodilla, muy formales.

Cada , vez que Molly miraba a su alrededor, tenía presente que su blusa era de nylon y no de seda, y de que había comprado la chaqueta de punto dos años atrás, en T. J. Maxx por 29,99 dólares.

Toda la iglesia era paneles de caoba, vitrales y candelabros. Un coro, cuyos integrantes vestían togas, cantaba suavemente desde detrás del altar. El aire estaba impregnado de aroma a incienso. Will tenía la cabeza inclinada, y su perfil era a la vez severo y ásperamente atractivo. Su piel parecía muy bronceada contra la prístina blancura de su camisa; su pelo corto brillaba como el oro incluso bajo aquella tenue iluminación. Molly se sorprendió a sí misma siguiendo la línea de sus rasgos con la mirada y bajó los ojos hasta sus manos.

Un nuevo codazo atrajo su atención hacia el siguiente grupo que abandonó su banco.

-Esos son los Coleman, de la cuadra Greenglow. ¿Recuerdas cuando hablamos sobre Libby Coleman, la niña que desapareció?

Will asintió.

-La de pelo blanco es su madre, Clarice. Su hija, Donna Coleman Pierce, está detrás de ella junto a su esposo, Ted Pierce. Y el hijo de Clarice, Lincoln Coleman, está con su esposa, Diane. Detrás de ellos se encuentra Tim Harden, el entrenador de Greenglow, con su esposa. Y detrás de ellos, Jason Breen, el entrenador de Sweet Meadow. El señor y la señora Armitage, los propietarios del Sweet Meadow, están más atrás.

Molly siguió identificando a todos los que Will le indicaba, hasta que les llegó el turno de incorporarse a la fila a aquellos que estaban en su banco. Will se puso de pie para dejarla pasar. Con Murphy y Will detrás, Molly se acercó al altar, se arrodilló y recibió la comunión.

Con uno a cada lado, Molly observó a Will con el rabillo del ojo cuando recibió la hostia. Estar arrodillada al lado de Will en la iglesia parecía algo tan... tan adecuado de alguna manera que era perturbador. Era un buen hombre, pensó, un hombre decente, fuerte y considerado. La clase de

hombre que sabía cuidar de sí mismo.

Lo que no debía olvidar era que no le pertenecía.

Cuando retomaron a su banco, tuvo especial cuidado en mantener entre ellos la distancia suficiente como para no rozarse.

La congregación elevó sus plegarias, el coro cantó y el funeral llegó a su fin.

Will la condujo de vuelta hasta lo de Thomton para que se cambiara recogiera su coche. Molly casi no habló. Lo que no advirtió fue que Will tampoco lo hizo.

- No puedo sacarme de la cabeza que la muerte de Lawrene ha sido demasiado conveniente -dijo Will a Murphy, después de dejar a Molly.

-El informe oficial dice que fue un suicidio -sentado ahora en el asiento del acompañante, Murphy se mordisqueaba la uña del pulgar.

-Ya sé lo que dice el informe oficial.

-El cuerpo ha sido cremado. Todo lo que tenemos es el informe oficial.

Will no dijo nada, sólo se quedó mirando a través del cristal del parabrisas, pensativo. El día estaba gris y encapotado, y los nubarrones bajos presagiaban lluvia.

-Molly aún no ha encontrado ningún caballo cuyo tatuaje no se corresponda con el auténtico. Lawrence nos dijo que acostumbran poner dobles en carreras a reclamar un par de veces por semana. Si no encontramos ninguno, entonces es posible que estén alertados. Tal vez alguien sepa que estamos aquí, y hayan decidido no hacer nada hasta que dejemos el caso.

-¿De verdad piensas que saben acerca de nosotros? -Murphy fruncía el entrecejo.

Will sacudió la cabeza:

-No lo sé. Es posible. Quizá descubrieran que Lawrence hablaba con nosotros y lo mataron para silenciarlo. El siguiente paso que indica la lógica sería mantener las carreras limpias mientras continuemos husmeando por aquí. Es posible que no encontremos ningún doble porque quizá no hay ninguno.

-También es posible que Lawrence se suicidara, y que sólo nos fallara la suerte hasta ahora -señaló razonablemente Murphy.

-Sí, eso también es posible.

Ambos permanecieron un momento en silencio, pensando.

-¿Has pensado alguna vez que Molly puede estar jugando a dos puntas?

-¿Qué? -Will lo miró, sobresaltado.

-Quizás ella los alertara acerca de lo que estamos haciendo. Después de todo, no son tantos los que saben que estamos aquí. Solamente la gente de Chicago, tú, yo y ella.

-Molly no ha dicho nada -dijo Will, frío y seguro.

-Mira, sé que es difícil de aceptar, dado que es una chica muy hermosa, y sé que entre ustedes dos hay alguna clase de asunto personal, pero no deberías perder de vista la posibilidad.

-No tengo ninguna clase de "asunto personal" con Molly -dijo con brusquedad.

Murphy se encogió de hombros:

-No es que me importe si lo tienes. Al contrario. Créeme, si yo era soltero y estuviera en tu lugar, bien que lo intentaría.

-Escúchame, Murphy -dijo Will, con los dientes apretados-. No me acuesto con Molly. Es poco más que una niña: tiene veinticuatro años. Es nuestra informante. Lo siento por ella, ¿de acuerdo? Ha tenido una vida dura. Pero no estoy, te repito, no estoy tratando de ligar con ella.

-Es asunto tuyo -dijo Murphy, con un encogimiento de hombros.

Will permaneció en silencio, por temor a ser acusado de protestar demasiado, contemplando la posibilidad de tomar entre sus manos el cuello de Murphy y apretar hasta que la cara de ese idiota se volviese púrpura. Contra su voluntad, su mente enfrentó la escena que sugiriera Murphy: ¿podía ser que Molly estuviera traicionándolo?

-Aguarda: Lawrence la diñó justamente la primera vez que hablé con Molly, mientras estaba con ella -dijo Will, triunfante, recordando-. Eso la deja fuera de la cuestión. No tuvo tiempo de informar a nadie.

-Es verdad -dijo Murphy, volviendo a mordisquearse el pulgar-. Así que ¿qué deberíamos hacer ahora?

Molly no estaba segura, pero creía que sería alrededor de medianoche, o tal vez un poco más tarde. Yacía en su cama, despierta, abatida por la frustración, con los brazos cruzados sobre la cabeza. La lluvia golpeaba contra su ventana. Con un espeso manto de nubes ocultando la luna y las estrellas, afuera la noche estaba muy oscura. También en su cuarto estaba oscuro.

Era una de las raras veces en su vida en que el sueño se resistía a acudir.

Era terrible, porque estaba mortalmente cansada, pero su cuerpo parecía no poder relajarse.

Al menos el día siguiente era lunes, y no debería trabajar. Podría ir hasta tarde, si lo deseaba.

El día siguiente Mike debería hablar con los delegados.

Probablemente esa fuese la razón por la que no podía dormir. Estaba preocupada por Mike.

Su cuerpo no hallaba descanso. Dándose la vuelta y poniéndose boca abajo se abrazó a la almohada y cerró los ojos, con la esperanza de que el poder de la mente sobre la materia le permitiese dormir.

El rostro de Will se materializó tras sus párpados cerrados. Molly lo imaginó estirándose en la cama, a su lado, sus manos deslizándose sobre su cuerpo...

Volvió a abrir los ojos, apretando los dientes. Se negaba absolutamente a tener fantasías sexuales con Will.

Esa noche él no había ido, aunque lo había visto brevemente en Keeneland después de la segunda carrera. Negando con la cabeza, le había confirmado lo que él parecía ya saber -ninguno de los caballos que había controlado tenía problema alguno con el tatuaje-, y luego él se había mezclado con la multitud. Desde entonces, no había vuelto a verlo.

Tal vez estuviera enfadado por lo de la falda. O por la marca en el cuello.

Esto es ridículo, pensó Molly, y se sentó en la cama. Apoyó los pies en el suelo y encendió el velador. Vestida con una de las enormes camisetas que usaba para dormir, con el pelo revuelto, fue al baño. El suelo estaba frío bajo sus pies descalzos. La vieja estufa gruñía espasmódicamente mientras se esforzaba en producir algo de calor.

Estaba saliendo del baño cuando lo oyó: el agudo, plañidero alarido de un caballo muerto de miedo, o de dolor.

22 16 de octubre de 1995 Afuera, en la fría y lluviosa noche, una mano, sosteniendo un cuchillo, se alzó, y cayó, en una acción frenética y enloquecida llena de odio y urgencia. La afilada hoja atravesó el pelo, la piel y los tendones, haciendo correr ríos de sangre tan cálida que formaron nubes de vapor en el aire.

La yegua se sacudió, gimiendo. La mano envainó el cuchillo y agarró un palo de escoba. Lo hundió profundamente en el animal hasta llegar al éxtasis y volvió a sacudirlo.

El la base de la colina, se encendieron las luces de la casa.

La yegua relinchó una vez, dos, luchando por ponerse de pie. El dueño de la mano contempló los esfuerzos del animal con placer exquisito. La criatura era suya, toda suya. Estaba bajo su control. Podía causarle dolor, o pesar. Podía dejarla vivir... o morir. Para la yegua, en ese momento él era Dios.

Alguien se asomó al porche de la casa, mirando la pradera, esforzándose por ver en la oscuridad.

La mano se sacudió y quedó quieta.

La yegua aún se quejaba.

La figura del porche bajó los escalones, corriendo hacia la pradera. Por un momento, el que esgrimiría el cuchillo la contempló casi con avidez. ¿Era ya tiempo...?

No, no todavía, decidió. Volviéndose, se perdió en la fría oscuridad de la noche.

23 Will pensó que nunca en su vida había conducido a tal velocidad. Cuando el coche frenó patinando detrás de varios vehículos policiales en el camino de acceso de Molly, pudo ver luces y actividad en la colina que estaba detrás de la casa. Se precipitó fuera del coche, sin siquiera notar la fría llovizna que le aguijoneaba el rostro. Bajó la pendiente a los saltos, deteniéndose al llegar a la cerca. Allí estaba Pork Chop con las orejas

Librodot

erguidas, mirando por entre los maderos de la cerca. El perro saludó a Will con un breve meneo de la cola. Will siguió su mirada. Luces de linternas y de los faros delanteros de un jeep Cherokee negro iluminaban la escena.

Sobre el suelo yacía un caballo con sus patas estiradas flojamente y la cabeza apoyada sobre el regazo de Molly. Ella se inclinaba sobre el animal, acunándolo, acariciándole las crines, protegiéndolo como podía de la lluvia. Aun desde el lugar donde se encontraba Will pudo ver la tragedia que mostraba la escena, la sensación de horror que flotaba en el aire.

-¿Qué demonios pasa? -susurró para sí, y saltó por sobre la cerca tal como podría haberlo hecho cuando practicaba atletismo a los diecinueve años.

Un grupo de personas formaban un semicírculo alrededor de la casa:

Tyler y Thornton Wyland y Helen Trapp, y cerca de media docena de policías, dos de ellos de la policía estatal. J. D. Hatfield estaba en cuclillas al lado de Molly, enfocando el cuerpo del pura sangre con el haz de una poderosa linterna. Los Ballard, cubiertos con chaquetas colocadas sobre SIJS ropas de dormir, se apiñaban detrás de Molly. Ashley sostenía un destartalado paraguas sobre la cabeza inclinada de su hermana, mientras que Mike, por supuesto, llevaba el rifle entre sus brazos y los gemelos se aferraban el uno al otro. Un hombre de edad, delgado, con un costoso impermeable, estaba agachado junto al caballo, preparándose para hundir una jeringuilla llena en el lustroso cuello oscuro. Will pudo ver que los cuartos traseros del animal descansaban sobre un charco de aspecto aceitoso. Después de estar a punto de meter el pie en él, se dio cuenta de que era un charco de sangre.

-Will -Ashley fue la primera en verlo. La forma en que pronunció su nombre revelaba un alivio absoluto. Ashley lo había llamado, localizándolo a través de su teléfono celular mientras estaba llevando a cabo una inspección clandestina en la oficina de Howard Lawrence.

Aunque se encontraba demasiado alterada como para resultar coherente, lo poco que Will había podido sacar en limpio de la conversación fue suficiente para que saliera disparado: había ocurrido un accidente, y Molly lo necesitaba de una manera desesperada.

No le sorprendería descubrir que había violado todos los límites de velocidad al conducir hacia allí. Era un alivio descubrir que la víctima no había sido Molly ni ninguno de los niños, sino un caballo.

Sin prestar atención a todos los ojos que de golpe se enfocaron en él, Will se agachó al lado de Molly. Ella estaba arrodillada sobre la hierba mojada con las piernas dobladas bajo el cuerpo, aparentemente ajena a nadie que no fuese la temblorosa criatura que estaba consolando. El propio Will, que carecía de todo conocimiento sobre caballos, pudo advertir el destello del pánico en los inquietos ojos del animal. Tenía el hocico cubierto de una espuma blanquecina sucia de sangre. En el aire flotaba un olor acre, que Will atribuyó a la mezcla de la sangre y el sudor del aterrorizado caballo.

-Molly.

Su piel estaba helada al tacto y húmeda. Will vio que llevaba una suerte de camiseta suelta de mangas cortas, y nada más. Tanto sus piernas como

sus pies estaban desnudos. La camiseta también estaba mojada, descubrió Will al tocarla. Al igual que su pelo.

Ashley había llegado tarde con su paraguas. -Molly.

Ella no se movió, ni respondió de ninguna forma. Will maldijo por lo bajo y se irguió para quitarse el gabán con el que cubría su traje. Lo puso sobre los hombros de Molly, la envolvió con él y una vez más la llamó por su nombre, sin resultado.

J. D., la persona que estaba más cerca, lo miró por sobre la cabeza inclinada de Molly. Molly ni siquiera alzó los ojos.

-Esto calmará el dolor -dijo el veterinario al sacar la jeringuilla y ponerse dificultosamente de pie-. ¿Dónde diablos se metió esa ambulancia?

-¡Ojalá que ese pervertido se cocine en el infierno! tembló la voz de Helen Trapp. Andaba por los cuarenta y pico, tal vez y tenía el pelo canoso y la piel curtida. Vestida con botas para lluvia y un impermeable con capucha que más parecía un salto de cama abotonado hasta el cuelo, se apretaba entre su hermano y su sobrino. Ambos, tanto Tyler corno Thomton, estaban completamente vestidos, si bien algo negligentemente, J. D., que estaba claramente irritado por la presencia de Will, llevaba el mismo sombrero stetson, las mismas botas y el mismo guardapolvos que, llevaba el día que Will lo conociera. Will no tenía forma de saber si los tejanos y la camisa también eran los mismos.

El caballo movió las patas convulsivamente. Molly le habló, le dio palmaditas. Cuando oyó su murmullo entrecortado, el corazón de Will se retorció.

-¿No hay ningún otro que pueda hacer esto? -preguntó a los Wyland, a Helen Trapp, al veterinario, a los policías-. Ella no puede. Está trastomada.

El único asentimiento -un gruñido sin palabras- llegó de J. D.

-La yegua la conoce -replicó el veterinario-. Es necesario mantenerla tranquila hasta que el sedante haga efecto. No falta mucho para eso.

El veterinario, al igual que Helen Trapp y los Wyland, estaba visiblemente más preocupado por el caballo que por Molly. Will apretó los dientes y miró a J. D. por encima de Molly. Por poco probable que pareciera, él y el aspirante a vaquero parecían ser aliados.

-Va a estar bien -dijo J. D. Will sabía que se refería a Molly, no al caballo.

-¿Qué ocurrió? -la voz de Will era sombría. Todos sus instintos clamaban por darse a conocer, sacar a relucir su identificación y hacerse cargo de todo, pero las exigencias de la investigación que estaba llevando a cabo se lo impedían. La reserva era esencial para el éxito de la misma. Sin ella, bien podía volver a Chicago.

-El acuchillador de caballos -J. D. sacudió la cabeza-. Apuñaló a la yegua en los cuartos traseros un montón de veces. El maníaco le metió un palo de escoba adentro... adentro... bueno, se imagina... también.

-¿Acuchillador de caballos? -a Will le sonó ridículo.

-¿Puede decirme su nombre, señor? -un policía del estado de Kentucky

Librodot

estaba de pie a su lado, observándolo, con un bolígrafo y un anotador en la mano.

-Está bien, es el novio de Molly -dijo malhumorado J. D. al policía.

-¿Molly? -preguntó el policía, señalando a Molly con la cabeza Y mirando a Will, con las cejas alzadas mientras este se ponía de pie.

-Molly Ballard. Yo soy Will Lyman -respondió Will, deletreando con cuidado ambos nombres para que el policía pudiera escribirlos-. ¿Qué es eso de un acuchillador de caballos?

-Este es el sexto pura sangre atacado en esta zona durante los últiomos seis meses. Todas yeguas, todas atacadas en los cuartos traseros.

-Aquí llega la ambulancia -J. D. se puso de pie cuando una camioneta blanca del tamaño de un remolque pequeño llegó dando tumbos sobre la pradera, con sus faros delanteros marcando dos haces gemelos de luz en la oscuridad de la noche.

Ignorando la lluvia que estaba mojando su pelo y su cara y comenzaba a colarse a través de la empapada chaqueta de su traje, Will bajó los ojos hacia la joven acurrucada a sus pies. Molly aún estaba doblada sobre la yegua, acariciándola y hablándole, pero el animal continuaba inmóvil.

-¿Cree usted que el sedante ya le ha hecho efecto? -preguntó Will al veterinario. Se esforzó para que su voz sonara minimamente cortés.

El veterinario miró al caballo.

-Así parece -contestó.

-Entonces ya terminamos con esto -Will volvió a agacharse al lado de Molly, envolvió sus hombros con el brazo y le dijo casi en el oído-: La ambulancia ya está aquí. Hay un montón de gente que puede ocuparse del caballo ahora. Es hora de entrar.

Will comenzó a sentir las primeras señales de alarma al comprobar que ella no respondía. Se acercó y apartó el pelo mojado de la cara de Molly.

Sus mejillas estaban blancas como el papel.

-Molly -dijo, y tocó su mejilla. Estaba fría como la de un cadáver-. Molly.

Entonces ella lo miró, y él pudo ver que estaba llorando. Sus grandes ojos parecían extraviados, su boca, temblorosa, y sus mejillas, brillantes de lágrimas y gotas de lluvia.

-¿Will? -su voz era quebrada, apagada-. Tienes que encontrar al que hizo esto. Tú puedes, ¿no? Después de todo, eres...

Era presa de tal angustia que no sabía lo que decía, se dio cuenta Will.

Para detenerla antes de que dijera lo que no debía, se inclinó sobre ella y apretó sus labios contra los de Molly. Tal vez fuese más aconsejable taparle la boca con una mano que con un beso, pero de un momento a otro eso, cambió. Los labios de ella temblaron y se abrieron bajo los suyos y sus brazos envolvieron su cuello como para retenerlo.

Tenía la boca cálida y suave, e increíblemente dulce. Las lágrimas sabían saladas sobre su lengua.

Su cuerpo respondió en el acto. La cabeza le dio vueltas. El corazón, aumentó su ritmo.

Mierda, se dijo Wili, pero era demasiado tarde para echarse atrás. Con ese beso la trampa cazamoscas de Venus tenía una nueva víctima. La línea infranqueable que había dividido el campo en el que se desenvolvía su relación había sido cruzada. Todo cambió. Se sintió protector, posesivo, salvajemente propietario del territorio. Simplemente la chica era ahora suya en serio.

La alzó en sus brazos, con el gabán empapado, y se puso de pie sosteniéndola a su lado. Besó su mejilla, musitó "tranquila" en su oído y acomodó la cabeza de ella contra su hombro.

Echando una mirada hacia atrás, Will vio por fin al resto de los Ballard, quienes estaban mirándolos, a él y a Molly, con los ojos muy abiertos.

-A casa -les dijo, con un movimiento de cabeza en esa dirección, No había duda de que era una orden. Ninguno la cuestionó, ni siquiera Mike, y se pusieron obedientemente en movimiento. Will caminó hacia la cerca con Molly en sus brazos. Los niños estaban todavía dando vueltas por ahí.

Molly estaba llorando. Will pudo sentir la cálida humedad de sus lágrimas cuando ella hundió el rostro en su cuello. Profundos sollozos sacudían su cuerpo. Trataba de recuperar el aire dando grandes boqueadas.

-Un momento, señor. Necesito que ella haga su declaración -el policía que había tomado sus nombres siguió a Will hasta la cerca.

Will se detuvo y se volvió hacia el hombre:

-Tendrá que verla mañana. Hoy no está en condiciones de hacer ninguna declaración -dijo duramente. Con una sola mirada a Molly, el policía estuvo de acuerdo.

Will recordó la cerca.

-Sosténgala un minuto, ¿sí? -pidió al policía, y puso a Molly en sus brazos sin esperar respuesta.

Molly murmuró una protesta e intentó abrazarse con más fuerza al cuello de Will.

-Sólo un minuto. Sólo hasta que llegue a la cerca -le dijo él al oído.

Lo dejó marchar. El policía la sostuvo desmañadamente, terriblemente incómodo con una temblorosa mujer bañada en lágrimas en sus brazos, y mostró su alivio cuando Will cruzó la cerca y reclamó su carga.

-Gracias -dijo al policía, en tanto Molly volvía a pasarle las manos por el cuello.

Dentro de la casa, Ashley se había hecho cargo de sus hermanos, que se ponían ropa seca y se secaban el pelo. Levantó la mirada hacia Will con preocupación cuando este entró con Molly en los brazos, cerrando la puerta tras él con el pie. Adelantándose con un salto, Pork Chop pasó antes que él y entró en la casa, sacudiéndose y mojando todo a su alrededor. Los niños se apartaron para esquivar las salpicaduras, mientras Mike lanzaba ,una maldición.

-¿Hay café'? -preguntó Will, encaminándose hacia la sala-. Prepara un poco. Cargado, con mucho azúcar. Y tráeme algunas toallas y una manta, por favor, y algo para que se cambie.

Will se las arregló para quitarse la chaqueta y encender la lámpara al lado del sofá sin dejar su húmeda carga. Luego se desplomó en el sillón con ella sobre sus rodillas e intentó calmar el llanto de Molly. Ella mantenía la cabeza apretada contra su hombro, así que no podía verle la cara; continuaba colgada de su cuello. El la besó en ambas mejillas, después en la oreja, le habló con voz queda y apartó de su cara el pelo húmedo.

Ella aún sollozaba y temblaba. Su gabán no llegaba a cubrirle los pies desnudos; él los tomó en sus manos, tratando de calentarlos con fricciones. Eran unos pies finos y delicados y estaban fríos como trozos de hielo.

Susan y Sam espiaban desde la puerta. Con el pelo desgreñado con un pijama seco (en el caso de Sam) y un camisón (en el de Susan), vieron a su habitualmente todopoderosa hermana, llorando como una criatura en brazos de Will y parecieron encogerse. Will los miró por el rabillo del ojo y alzó la cabeza. Sus manos permanecieron sobre la cabeza de Molly.

-¿Está bien Molly? -preguntó Susan en voz baja, acercándose hasta el borde del sillón.

Will estaba empezando a preguntarse lo mismo. No le sorprendía que lo ocurrido a la yegua la hubiese trastornado, pero la situación parecía exagerada. Molly debió advertir que Susan estaba allí, que asustaba a la niña llorando de ese modo, porque de pronto sus sollozos dejaron de ser tan estremecedores. En cambio su temblor se incremento. Apretó más aún la cara contra el hombro de Will, como tratando de calmar su angustia en ese refugio.

-Está un poco alterada, pero se pondrá bien -dijo Will, con una convicción que no sentía, en el mismo momento en que Asbley entraba a la habitación llevando toallas, un edredón y una camiseta de algodón color rosa con un conejo y una leyenda en el frente. El pelo de Ashley enmarcaba su rostro como una nube rizada. Las gafas se habían deslizado sobre su nariz y llevaba un salto de cama azul sobre lo que parecía una camiseta idéntica a la que había traído.

-Molly, te traje un camisón seco -dijo Ashley, en un tono de voz más alto que lo normal, mirando a su hermana con desaliento.

Moliy se acurrucó aún más. Will se dio cuenta de que ella sentía vergüenza de que sus hermanos la vieran llorar, y que no dejaría voluntariamente la protección de sus brazos. Miró a Ashley, sacudiendo la cabeza:

-Déjalo sobre la mesa. Se lo pondrá enseguida. Sécale los pie, pon el edredón sobre ella. Y dame otra toalla para su pelo.

Ashley hizo lo que le indicaba. Will le secó el pelo tanto como pudo.

Ashley agarró la toalla mojada y después le dio a su hermana unas palmaditas en el hombro sobre la gruesa tela del gabán de Will. Los sollozos de Molly se habían acallado casi por completo, pero Will sentía los violentos temblores que sacudían su cuerpo; supo que ella estaba haciendo un

esfuerzo supremo para no asustar a sus hermano, más de lo que ya estaban.

Contemplando a su hermana, los ojos de Ashley se llenaron de lágrimas.

-Por Dios -dijo Will, exasperado-, no empieces tú ahora.

Ashley hipó, pero negó con la cabeza.

Sam y Mike, este último sólo con unos tejanos y su eterno pendiente, se animaron a entrar a la habitación. Will supuso que Mike dormía en ropa interior y que se quitaría los tejanos apenas subiera a la planta alta.

Se sentía incómodo sosteniendo a Molly en su regazo ante los ojos de semejante público juvenil. Bajó las manos y las juntó tras la espalda de Molly. Ella yacía enroscada contra su pecho, temblando tanto que él esperaba que en cualquier momento le rechinaran los dientes, A pesar de que sus sollozos se habían convertido en hipos ocasionales, todavía estaba llorando. Podía sentir la humedad de sus lágrimas sobre el cuello.

-Fue la sangre -dijo Mike, con mirada solemne mientras pasaba la mirada de Molly a Will-. Molly no soporta la visión de la sangre.

-Silencio, Mike -dijo Ashley bruscamente.

-Si ella va a llorar apoyada en él, hay que decirle la razón. El va a pensar que es alguna clase de chifladura.

-Ella no querría que lo contásemos.

-¿Que me contaran qué? -Will miró a ambos.

-Susan y Sam: a la cama -ordenó Ashley.

-¿Tenemos que hacerlo? -lloriqueo Sam.

-Sí -dijo Will, en un tono que no admitía discusión. Eso pareció zanjar la cuestión. Los gemelos abandonaron la habitación mientras hacían uno o dos comentarios murmurados por lo bajo.

-Ahora, contadme -dijo Will.

Ashley y Mike cambiaron una mirada. Ashley sacudió la cabeza.

-Nuestra madre se suicidó hace cuatro años. Se metió en la bañera del departamento de su amigo en Lexington y se cortó las venas. La encontró Molly. Desde entonces, la visión de la sangre la transtorna por completo -dijo Mike.

Ashley lo miró con el entrecejo fruncido.

-Jesús- Will hizo una mueca de dolor imaginando el horror de la situación. Podía sentir la boca de ella, trémula contra su cuello. Pero Molly no emitió sonido alguno. Will sintió por ella una súbita admiración sin reservas.

Necesitaba consuelo, pero para eso debía estar a solas con ella. Bajo ningún concepto podía hacerlo a la vista de un chico de catorce años y una chica de diecisiete.

24 - Mike, te agradezco que me lo hayas dicho. Ahora, por favor, vayan a la cama -dijo will.

Mike lo miró, agraviado. Por un instante Will temió que la rebeldía natural del chico lo impulsara a rehusarse. Pero Mike lo sorprendió frunciendo apenas los labios en un gesto pensativo antes de abandonar la habitación.

-¿Has hecho café? -Preguntó Will a Ashley.

-Ahora mismo traigo -respondió ella, disponiéndose a hacerlo, y llevando consigo las toallas mojadas. Will acomodó a Molly en una postura más cómoda sobre sus piernas y apretó sus labios contra la espesa mata de pelo húmedo. En ese momento regresó Asbley. Traía un tazón de cerámica con humeante café.

-Le puse tres cucharadas de azúcar -dijo, dejando el tazón sobre la mesa, al alcance de la mano de Will.

-Bien.

-Ahora quieres que me vaya a la cama -adivinó.

-Sí.

-Muy bien. Buenas noches.

-Buenas noches.

-¿Will?

-¿Humm?

-Cuida a Molly.

-Buenas noches, Ashley -repitió secamente.

-Buenas noches. Buenas noches, Molly.

Ashley se marchó, Segundos después, se apagaron las luces de la cocina.

Will pudo oír a Asbley subir las escaleras.

Deslizó su mano bajo la cascada del pelo de Molly hasta llegar al cuello, acariciando su aterciopelado nuca. Estaban solos, bajo un haz de luz muy tenue. Miró pensativo la maraña de rizos color café que se apretaban contra su pecho, los hombros delgados bajo su gabán. No pesaba casi.

will se dio cuenta de que ella se sentía a sus anchas sobre su regazo, y también advirtió que él se hallaba en serios problemas.

En ese momento no le importaba demasiado.

-Molly.

No hubo respuesta. No podía ver su rostro. Will apartó los rizos que cubrían su oreja -el único sitio al que sus labios podían llegar- y la besó.

-Oye -dijo él-, estás empezando a asustarme.

Ella trató de recuperar la respiración normal entre hipos entrecortados, y luego volvió la cabeza de manera que su mejilla descansara sobre el hombro de él. Aflojó su abrazo, sus brazos se deslizaron hasta apoyarse desganadamente sobre el pecho de Will. No abrió los ojos, pero al menos ahora él podía verle la cara. Todavía seguía llorando, con silenciosas lágrimas, tan interminables, al parecer, como el temblor de su cuerpo.

-Molly -apartó el pelo de su cara y secó suavemente sus lágrimas con el dedo-. Quiero que te sientes y bebas un poco de café. ¿Puedes hacer eso por mí, por favor?

Al no obtener respuesta de ella, él deslizó sus labios sobre su mejilla húmeda y rozó la comisura de sus labios. Estos se estremecieron y luego buscaron los suyos. Will la besó en la boca, procurando ser tierno y sorprendiéndose de lograrlo. En los últimos tiempos no había sido capaz siquiera de pensar en ella sin sentir que se le despertara un violento, ávido deseo. En ese momento descubrió que cuidar de ella era prioritario.

Separó su boca antes de que el beso se convirtiera en algo fuera de control e inspiró profundamente para aclararse la mente.

Ella mantenía los ojos cerrados, y su cabeza aún descansaba sobre el hombro de Will, pero una de sus manos ahora le rodeaba el cuello.

Y su cara tenía algo más de color, decidió. Luchó contra el anhelo de besarla otra vez.

-Si no haces lo que te digo, te meto en el coche y te llevo al hospital -la amenazó-. Ellos se ocuparán de ti. ¿Quieres que lo haga?

Interpretó el leve movimiento de su cabeza como una negativa.

-Entonces, siéntate y bebe el café -empleó el mismo tono severo que había empleado con sus hermanos.

Molly se estremeció y sus ojos se abrieron. Luego se sentó, arrebujándose dentro de su gabán. No lo miró, mantuvo la vista baja. Will se preguntó si se sentiría incómoda o simplemente avergonzada.

La idea de Molly avergonzada lo divirtió. Descarada, tal vez marchosa, definitivamente. Avergonzada, jamás.

-Ten, bebe -Will le alcanzó el tazón de café y la observó mientras bebía.

Le temblaban las manos, pero, aunque él estaba preparado para ayudarla, se las arregló para no derramarlo.

Debía de tener el pelo naturalmente ondulado, pensó Wili, porque aún húmedo formaba un tumultuoso halo de ondas casi negras que rodeaba su cara y sus hombros. Sus pestañas eran espesas, largas y más oscuras su pelo y aún estaban húmedas por las lágrimas. Tenía cejas gruesas, de arco apenas sugerido. La barbilla y los pómulos tenían una estructura perfecta y estaban delicadamente dibujados. La cremosa tersura de su piel sólo estaba interrumpida por las marcas brillantes dejadas por las lágrimas.

Perdida dentro de los pliegues de su gabán, parecía una versión frágil y ligeramente embarrada de un ángel prerrafaelista. El edredón se había deslizado de sus piernas. Sentada sobre el regazo de Will, los pies no le llegaban al suelo.

-Tengo frío -dijo en voz baja, todavía sin mirarlo, y se estremeció.

Will recordó la camisa de dormir mojada y quitó entonces el tazón a medio beber de sus manos.

-Arreglaremos eso -dijo, esforzándose por parecer despreocupado.

Alzándola nuevamente en sus brazos, se puso de pie, recogiendo de

paso la camisa que Ashley había dejado sobre la mesa.

-No tienes por qué cargarme. Puedo caminar -a pesar de la poco enérgica protesta, Molly se acurrucó en sus brazos como si no hubiera otro lugar en la tierra.

Will miró sus ojos húmedos mientras la llevaba a la cocina:

-Ahora cállate y deja que alguien se ocupe de tí, sólo para variar, ¿de acuerdo?

Le pareció que Molly se resistía a la idea por un momento, pero que luego se rendía con un cansado suspiro; ella apoyó la cabeza contra su pecho.

Cerró los ojos y su respiración se tranquilizó. Temblores intermitentes la sacudían mientras Will atravesaba la cocina, rumbo al baño, encendiendo las luces a su paso.

Quería pensar que los temblores eran a causa del frío.

Una vez en el baño, evaluó las instalaciones con una mirada. La bañera era anticuada, con patas en forma de garra y un tapón de goma en el fondo para retener el agua. Era evidente que el dispositivo de ducha había sido agregado en tiempos más recientes. Consistía en un delgado tubo de cobre que subía hasta la mitad de la pared azulejada y terminaba en una flor que goteaba sobre la bañera. Una barra de metal ovalada suspendido del techo sostenía una sencilla cortina de baño blanca.

Sosteniendo a Molly tan bien como podía, Will se inclinó y se las ingenió para poner el tapón en el desagüe. Abrió los grifos. El agua salió a chorros, y la bañera empezó a llenarse. Will controló la temperatura, aguardó un minuto, luego quitó el gabán a Molly y metió a esta dentro de la tina.

Pensó brevemente en quitarle la empapada camiseta blanca, con su incongruente dibujo de] ratón Mickey, pero la prenda ya estaba tan mojada que meterla en el agua no iba a empeorar su estado. Y en ese momento, dadas las circunstancias, desnudarla no le parecía que fuese lo más conveniente.

Ella abrió los ojos cuando soltó su cuello. Esos ojos enormes, oscuros, de mirada perdida, se fijaron en su rostro. El dolor que se reflejaba en ellos lo lastimó profundamente. Agachado al lado de la bañera, Will tomó su mano, apretó los dedos helados contra su propia mejilla, besó la palma.

-Era Sheila -dijo Molly, volviendo a cerrar los ojos.

Tenía la cabeza apoyada cansadamente sobre el borde de la tina. El pelo que se derramaba por detrás casi llegaba hasta el suelo.

Era Sheila.

Las palabras carecían de sentido para Will. Besó nuevamente la palma de su mano.

-Está bien -le dijo-. Todo está bien.

Las lágrimas desbordaron los ojos de Molly. Sacudió la cabeza. Luego liberó la mano de la de él y volvió a abrir los ojos.

-Ya puedo arreglarme sola -le dijo, con firmeza-. Gracias.

Will se dio cuenta de que estaba despidiéndolo. La miró, titubeando, y se puso de pie.

-¿Estás segura?

-Sí.

-Llámame si necesitas algo -le dijo, y salió del baño, cerrando la puerta tras él.

25 Cuando finalmente Molly reunió las fuerzas suficientes para salir del baño, Will estaba apoyado en la mesa de la cocina, bebiendo un vaso de leche.

Tenía puesto un pantalón negro de gimnasia y una camiseta blanca con la inscripción Nike. En los pies llevaba medias blancas deportivas de algodón. Sus ojos encontraron los de ella por encima del vaso, pasando la mirada rápidamente desde su cara lavada hasta sus pies descalzos. Se había cepillado el pelo y los dientes y lavado la cara con agua fría hasta sentir la piel tirante, pero aún tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Con eso no había podido hacer nada, como tampoco con la camisa de dormir, que mostraba a un conejito dormido y una leyenda que rezaba No cuenten conmigo por las mañanas.

-¿Otra vez leche? -preguntó a Will, frunciendo la nariz. La vergüenza le había impedido salir del baño hasta mucho después de haber terminado de bañarse y recobrar la compostura. ¿Qué se supone que debía decirle al hombre al que acababa de besar, sobre cuyo hombro acababa de llorar y que había conocido el secreto más doloroso de su vida?

Especialmente a un hombre hacia el cual estaba loca, salvajemente atraída. Un hombre que, hasta esa noche, había parecido decidido a mantenerla a distancia.

Un hombre del cual no tenía sentido enamorarse, aunque fuese lo suficientemente estúpida como para hacerlo.

-¿Otra vez leche? -fue lo mejor que se le ocurrió decir.

-Tengo una úlcera -replicó él, con tranquilidad-. El médico que la diagnosticó dijo que no manejo muy bien el estrés.

Bebió un nuevo sorbo de leche, observándola. Molly se dio cuenta de que le había dado esa información como una ofrenda, como una suerte trueque por lo que él ahora sabía acerca de ella.

-¿De dónde sacaste esa ropa? -entró a la cocina llevando su impermeable, que dejó sobre el respaldo de una silla. Luego fue a buscar la taza de café, teniendo cuidado de no acercarse demasiado a Will. Por tratarse de una sola noche, las cosas entre ellos ya habían ido demasiado lejos. Molly sentía que estaba al borde de un precipicio, en el cual él esperaba. Un paso en falso, y caería sin remedio.

-Siempre llevo un bolso con un equipo de gimnasia en el maletero del coche. Por si acaso tengo la oportunidad de hacer algo de ejercicio.

Debía tener esa oportunidad con mucha frecuencia, pensó Molly, lanzándole una mirada de soslayo. Tenía mejor aspecto aún con su equipo de gimnasia que con sus costosos trajes. Tenía el cuerpo fuerte y musculoso

de un atleta. Los hombros eran anchos, los brazos, sólidos y musculosos, el estómago, duro y chato. Tenía piernas largas y de aspecto fuerte. Incluso su cuello parecía poderoso.

-¿Levantas pesas? -preguntó ella, mirándolo a los ojos. Utilizó la taza de café que tenía en la mano como una especie de barrera entre ambos, llevándola hasta los labios. Un aporte de cafeína era justo lo que necesitaba, pensó, bebiendo algunos sorbos. Tal vez la trajera de vuelta a la realidad.

-Por supuesto. ¿De dónde crees, si no, que sacaría fuerzas para llevarte en brazos toda la noche? -el le sonrió, con una sonrisa infantil, y Molly se dio cuenta de que estaba bromeando.

-No peso tanto -una sonrisa aleteó también en sus labios. Le hizo sentir bien, y Molly se sintió agradecida hacia Will por haberla provocado.

Ayudaba a alejar los hechos horribles de esa noche, a meterlos en el oscuro pozo donde estaban enterrados todos sus recuerdos dolorosos.

-No, ¿verdad? -él terminó su leche y fue hacia el fregadero. Molly lo observó, mientras enjuagaba el vaso antes de ponerlo en su lugar.

Debió haber visto la sorpresa que reflejaba la mirada de ella, porque se dio vuelta y dijo:

-Vaya, puedo lavar platos como el mejor. Deberías ponerme a prueba.

Le encantaría hacerlo, pensó Molly. Pero él pronto volvería a Chicago, así que no tendría oportunidad.

-¿No me crees?

Parecía poder leer su mente sin ninguna dificultad.

-Te tomo la palabra.

-¿Entonces qué pasó con esa sonrisa?

-Mira, estoy muy cansada -dijo ella, dejando la taza de café sobre la mesa. Ya la enjuagaría más tarde, cuando él no estuviese frente al fregadero. Esa noche sus emociones estaban demasiado a flor de piel.

Sacarlas a relucir y exponerlas a que fueran pisoteadas no parecía ser una idea muy brillante.

-Debes irte a la cama -él la miraba con firmeza.

Molly deseó que sus mejillas no se sonrojaran. Irse a la cama parecía algo maravilloso, siempre que él fuese con ella... cosa que, en realidad, ella no quería que él hiciera. Al menos, es lo que se dijo a sí misma.

Acostarse con él cuando era tan sólo un visitante ocasional en su vida sería algo que conseguiría el premio mayor entre todas las cosas estúpidas que había hecho en la vida.

-¿Ya te vas? -le preguntó, deseando que la pregunta sonara mera mente cortés.

El sacudió la cabeza:

-Dadas las circunstancias, me voy a acomodar en tu sofá por el resto de la noche. Mañana a primera hora haré que venga alguien a instalar un sistema de seguridad en la casa. Hasta ese momento, deberás aguantar.

me.

-¿Un sistema de seguridad? ¿De veras crees que necesitamos uno?

Will la miró un instante sin responder, con la expresión indescifrable.

-No, realmente no. Pero la otra noche Susan creyó ver a alguien en la ventana. J. D. dijo que alguien estaba molestando a los caballos. Y esta noche... bueno, esta noche... Yo no puedo quedarme aquí todo el tiempo y no puedo hacer mi trabajo si estoy preocupado por ti y por tus hermanos. Así que tendrán un sistema de seguridad.

-Los sistemas de seguridad son caros. No podemos permitírnoslos.

-El gobierno protege a sus informantes.

-El gobierno debe tener bolsillos muy profundos.

-Los tiene.

-¿Qué pasa si te digo que no quiero que duermas en mi sofá?

Will alzó las cejas:

-Por casualidad, ¿me sugieres algo más interesante? -una sonrisa pugnaba por levantar un lado de la boca.

Estaba otra vez bromeando... ¿o no?

-No.

Molly no lo pudo evitar. Parecía no poder encontrar su sentido de, humor. Apartó los ojos de él.

-Qué lástima.

Estaba bromeando.

-Prepararé el sofá.

Contenta de tener algo que hacer, Molly dejó apresuradamente cocina. La ropa de cama se guardaba en un pequeño armario debajo de escalera.

Cuando regresó con ella en los brazos, las luces de la cocina esta ban apagadas y Will se encontraba sentado en una de las sillas de la sala, de las revistas de automovilismo de Mike.

Alzó la mirada y la vio, de pie en la puerta.

-Deja todo eso sobre el sofá, que yo lo haré cuando me acueste- dijo.

Molly sacudió la cabeza,.

-Yo lo haré.

Atravesó la habitación, puso la pequeña pila de ropa de cama sobre la mesa,, al lado de Will, y comenzó a desplegar una sábana.

Sin previo aviso, Will se puso de pie. La acción la sobresaltó de tal manera que trastabilló y la sábana cayó de sus manos. Estaban muy cerca.

Demasiado cerca. Instintivamente dio un paso atrás.

-Vete a la cama, Molly -dijo él.

En su rostro se pintaba una expresión forzada. Era guapo, atractivo y fuerte, pensó Molly, y era exactamente lo que habría pedido como regalo de

cumpleaños si hubiera un Dios en el cielo que contemplara cosas tales corno esa.

-Lo haré cuando termine con el sofá -contestó, recogiendo la sábana.

Enamorarse de Will era lo último que debía hacer, se dijo. Era un error, y lo sabía. Todavía estaba a tiempo de dar marcha atrás y ahorrarse un montón de sufrimiento. En lugar de eso, inspiró profundamente y dio un paso adelante.

-De paso, gracias por... hacerte cargo de todo antes. Por hacerte cargo de mí.

-No tienes por que.

Aún estaba de pie, observándola. Aunque ella no lo veía, podía sentir el peso de su mirada.

-¿Acostumbras a besar a tus informantes? -le preguntó.

-¿Qué?

-Ya me has oído.

-No, no acostumbro a besar a mis informantes. Pero, vaya, jamás he tenido ninguno que se pareciera a ti... ni que pase sus brazos en torno de mi cuello y llore sobre mi hombro.

-Ya veo.

Molly alisó la sábana sobre los almohadones y la metió en los extremos.

Luego fue a buscar la sábana encimera, aún sin mirarlo directamente.

-Me devolviste el beso -dijo Will.

-Ya lo sé -desdobló la sábana.

-¿Te importa decirme por qué?

Molly se encogió de hombros, sacudiendo la sábana,.

-Puesto que tú dijiste que eras el jefe, tal vez pensara que besarte formaba parte del trato.

-Molly -en su voz había una nota que era mezcla de diversión y de irritación. Le sacó la sábana de las manos-. Olvida el maldito sofá.

Will la hizo girar hasta tenerla frente a él, con sus manos sobre los brazos de ella, por encima del codo. Molly levantó la vista para descubrir que él fruncía el entrecejo, estudiando su expresión. Los ojos de Wil, se veían intensos y muy azules cuando se encontraron con los de ella.

-Quiero dejar esto en claro: no tienes que hacer esto si no lo deseas -dijo-.

No es parte del trato.

-¿Hacer qué?

Estaba poniéndola nerviosa, maravillosa, deliciosamente nervios, de una forma que no recordaba haber sentido frente a ningún otro hombre.

Habitualmente los que rogaban eran los hombres y ella la que concedía, no, sus favores; ella siempre elegía. Siempre había estado en ventaja.

Pero con Will... mucho temía Molly que la ventaja fuera de él. Lo más alarmante de todo era que a ella casi le gustaba la idea.

-Acuéstate conmigo -dijo Will.

Cuando lo oyó expresarse con tanta franqueza los sentidos de Molly tambalearan.

Los separaban apenas unos centímetros. De pronto ella paladeó la libertad que él le ofrecía de dejar de lado la simulación, paladeó la libertad de tocarlo si lo deseaba. Sus manos fueron hasta el pecho de Will, se aplastaron contra los duros músculos que se insinuaban tras la tela de la camiseta de algodón. Ahora, ambos descalzos, ella vio que él era realmente mucho más alto que ella.

-¿Acostarme contigo no es parte del trato? -preguntó cuidadosamente. Las manos que tenía sobre el pecho de él se movieron hacia arriba. Los ojos de Will relampaguearon en respuesta, y la presión con que sostenía sus codos aumentó. La sólida calidez de él bajo la palma de sus manos la dejaba sin aliento. Will mantenía la cabeza inclinada hacia ella. Al oír su pregunta, la levantó. Entornó los ojos y negó con la cabeza.

-Qué lástima -replicó Molly, con pena, sonriendo como la Mona Lisa y deslizando las manos sobre sus hombros anchos hasta enlazarlas detrás de su cuello-. Y pensar que yo tenía mi caso de acoso sexual Ya planeado.

Will rió, y mientras reía Molly se alzó en puntas de pie y lo besó en la boca.

Fue un beso experto, suave, provocativo. Apoyó sus labios sobre los de él y deslizó la lengua en el interior de su boca, esmerándose para hacerle perder el control. Tenía el cuerpo duro como una tabla, descubrió Molly cuando se aplastó contra él, y los brazos que la rodearon tenían la fuerza necesaria para partirla en dos sin ningún esfuerzo. Amó su dureza y su fuerza.

En el primer momento, ella había sido la agresora. Ahora era él quien estaba besándola, desbaratando su esfuerzo para tener el control de la situación, con su boca experta, segura. Le hizo cambiar de posición de manera que la cabeza descansara sobre su hombro; una de sus manos se adaptó a la forma de su mandíbula, acariciando su garganta. Molly se sorprendió cuando percibió la modificación en el equilibrio del poder, sensación que fije seguida por un eléctrico estremecimiento. El único pensamiento consciente que tuvo cuando la lengua de Will exploró su boca fue que el hombre ciertamente sabía cómo tratar a las mujeres. Un delicioso escalofrío la recorrió cuando advirtió que la que estaba a punto de perder el control era ella.

Si hubiera tenido algún control que perder, claro.

Pasó un rato antes de que Will levantara la cabeza. Luego la miró a los ojos, tomándole la cara entre sus manos:

-Eres hermosa -dijo, con la voz ronca.

-Tú tampoco estás nada mal -susurró ella, y se arrimó más a él para darle una sucesión de besos sobre la línea de la mandíbula. Los hombres rubios también tenían la sombra de la barba crecida, descubrió, y pasó la

Librodot

lengua sobre el áspero borde. Bajo los dedos pudo sentir cómo se tensaban sus hombros. Will deslizó una de sus manos a lo largo de su espalda, acariciando la curva de su cintura, y se abrió sobre su trasero, apretándola contra el duro bulto bajo sus pantalones.

Volvió a besarla una y otra vez.

Molly lo abrazó, rodeándole el cuello con los brazos, y apretó su cuerpo contra el de Will, gozando la fuerza de sus músculos, su masculinidad, la evidencia de su deseo. Will la apretó aún más contra sí, acariciando las suaves curvas sobre su camisa de dormir. Tomando la tela de algodón en la mano, levantó la prenda. Molly sintió que la recorría un hormigueo y creyó arder casi sintiendo ya la mano de él tocando su piel desnuda.

Deseaba sentir las manos de Will sobre su piel con una intensidad que le hizo temblar las rodillas.

Por fin la mano de él se deslizó debajo de su camisa de dormir, apretando las nalgas contra su cuerpo para que la pelvis quedara pegada a él. Su mano era dura, y cálida, y posesiva, y Molly sintió que se le derretían los huesos. No le quedaron dudas de que era Will quien llevaba la voz cantante ese frenesí.

Su otra mano cubrió uno de sus pechos. El pulgar encontró su pezón a través de la camisa de dormir, masajeando la punta que ya estaba dura como la piedra. Tras el velo de sus párpados cerrados, Molly pudo ver cómo estallaban miles de fuegos de artificio.

Luchó para no sucumbir a una creciente pasión casi arrolladora. El estaba a punto de reducirla al papel de una suplicante, y ella no permitirlo. Lo que necesitaba hacer, por respeto a sí misma, era dar la situación, ejercer sus artimañas sobre él.

Sus manos se deslizaron hacia abajo, hallaron el borde de la camiseta de Will y se metieron por debajo, moviéndose hacia arriba sobre la tersa y cálida piel de su espalda.

-Molly, yo... oh -Susan apareció en la puerta de comunicación, parpadeando de sueño. Will y Molly se separaron de un salto. Will metió su camiseta dentro del pantalón. La camisa de dormir de Molly volvió sola a su lugar.

-Oh, hola, Will. ¿Todavía estás aquí? -preguntó Susan, bostezando.

-Va a pasar la noche... en el sofá. Para asegurarse de que estarnos a salvo -dijo Molly, agitada, y para mayor espanto se dio cuenta de que se estaba sonrojando. También Will parecía algo menos controlado que de costumbre. Una mancha roja le teñía los pómulos. Will se pasó las manos por el pelo.

-¿Como una especie de guardaespaldas? -preguntó Susan, paseando la mirada de uno a otro.

-Algo así -asintió Molly, y Will afirmó con la cabeza.

-Entonces ya no tengo por qué tener miedo -Susan parecía aliviada-.

Mejor, porque tengo mucho sueño. ¿Tú estás bien, Molly?

-Estoy bien, Susie Q.

-Ya sabía que Will haría todo lo posible para que te sintieras mejor -dijo Susan, con satisfacción, y fue hacia el baño. Se encendieron las luces de la cocina. Tras un momento durante el cual Molly no se atrevió a mirar a Will, volvieron a apagarse y Susan estuvo de regreso.

-Vuelvo a la cama -anunció mientras iba rumbo a la escalera-. Hasta mañana.

-Hasta mañana, Susie Q.

-Buenas noches, Susan.

Molly escuchó sus pasos subiendo la escalera. Luego cruzó los brazos sobre el pecho y miró a Will. El estaba casi a un metro de ella, con el pelo revuelto y una expresión de pesar.

-Lamento todo esto -dijo ella.

-No es culpa tuya -él se acercó, la tomó del codo y la acercó hacia sí.

Más pasos en la escalera. Un Mike envuelto en el cobertor pasó Por la puerta del pasillo camino al baño. Molly y Will ya no estaban en contacto.

Mike hizo lo que tenía que hacer y volvió a pasar hacia la escalera, dirigiendo apenas una rápida mirada de curiosidad a los dos que estaban en la sala.

Molly miró a Will.

-Este no es el momento ni el lugar, sabes -dijo suavemente.

Will le pasó la mano sobre el rostro:

-Estoy empezando a darme cuenta.

-Creo que no es buena idea hacer... lo que sea... con los chicos dando vueltas por aquí.

-Estoy de acuerdo.

-Creo que de veras me voy a la cama ahora.

-Buena idea.

-El sofá...

-¿Podrías dejar de preocuparse por el maldito sofá? Puedo arreglarlo yo mismo cuando quiera hacerlo.

-Muy bien -Molly se dispuso a marcharse. Will se interpuso entre la puerta y ella. Estaba desacostumbradamente malhumorado, lo que hizo sonreír a Molly. Se plantó frente a él, pasó cariñosamente la mano por su brazo musculoso y se puso en puntas de pie para dejarle un rápido beso sobre los labios.

-Buenas noches -susurró, con la boca pegada a la de él.

-Y un cuerno buenas noches.

La tomó en sus brazos. Su beso fue intenso y ardiente. Molly se fundió contra él, con la cabeza echada hacia atrás por la fuerza que él ponía en el beso y los brazos cerrados en tomo de su cuello. El cuerpo de él contra el suyo se sentía apremiante. Molly, en respuesta, movió sinuosamente las caderas.

-¡Besarse, puaj!

Este disgustado comentario hizo que se separaran de un salto. Molly, respirando afanosamente, se dio vuelta, para descubrir a Sam en la puerta, observándolos.

-¿Qué haces levantado? -logró articular, sin atreverse a mirar a Will.

-Quiero un vaso de agua.

-La cocina está allí -dijo Molly, señalándola.

-Lo sé -dijo Sam, echando a andar-. Sólo quería ver si estabas despierta.

No sabía que Will todavía estaba aquí. No sé cómo pueden hacer esa clase de cosas.

Este último comentario fue murmurado mientras Sam sacudía la cabeza con desagrado.

Molly le echó a Will una mirada de soslayo. Estaba tan contrariado no pudo menos que sonreír.

-Olvídalo -gruñó él-. Vete a la cama.

Molly no lo pudo evitar. Lanzó una risita burlona:

-Esto se llama vida familiar -dijo, disculpándose a medias.

-Ve a la cama -era una orden.

-Ya voy.

Riendo aún, fue hacia la puerta. Sam todavía estaba en la cocina. Pudo oír cómo hacía correr agua en el fregadero.

-¿Molly? -Will tenía la voz ronca.

-¿Hummm? -ella lo miró por sobre el hombro.

Will estaba de pie junto al sofá a medio hacer, sosteniendo con ambas manos la almohada que ella había traído. Parecía cansado y enfadado, tan atractivo que a duras penas logró no volver sobre sus pasos.

-¿Qué vas a hacer mañana a la hora de cenar?

Lentamente comenzó a dibujarse una sonrisa en el rostro de Molly.

-Lo que tú quieras.

-¿Es una promesa?

Molly asintió, y a él se le oscurecieron los ojos. Sam salió de a cocina con un gran vaso lleno de agua y una mirada especulativa en el rostro.

-¿Te parece que podría mirar un rato la tele? No puedo dormir.

-¡No! -dijeron Molly y Will al unísono. Sam miró a una y a otro.

-Sólo preguntaba. ¡Bah!

Sam fue a acostarse. Molly hizo lo propio. Estaba arrebujándose bajo las cobijas cuando oyó el ruido de la puerta del refrigerador que se abría.

Will, supuso, sirviéndose otro vaso de leche. Se durmió con una sonrisa en los labios, pensando en la causa más reciente de su estrés.

26 La mañana comenzó muy pronto, como siempre. Borracha de sueño, Molly abrió los ojos cuando sobre sus labios aterrizó un beso, rápido e intenso.

-Te veo esta noche, hermosa -dijo Will, enderezándose y alejándose de la cama. Minutos después, se había marchado.

Parpadeando, Molly echó una mirada al reloj que tenía sobre la mesita de noche: las seis de la mañana. El ruido de platos en la cocina le avisó que los niños ya estaban levantados y se preparaban para ir a la escuela.

Refunfuñó y luego, resignada, saltó de la cama. Debía haberse sentido renovada; para su horario habitual, esto significaba levantarse tarde.

Se puso un tejano y una camisa y, mientras se dirigía a la cocina, el recuerdo de lo ocurrido a Sheila se abatió sobre ella como una sombra negra. Siempre, en las mañanas en que no tenía que trabajar, iba hasta la pradera a llevarle un par de puñados de alimento para perros. Hoy no lo haría; tal vez ya nunca más volviera a hacerlo.

Pero hacía mucho tiempo que Molly había aprendido a no pensar en cosas dolorosas que no podía solucionar. Borró las terribles imágenes de Sheila y las reemplazó por pensamientos sobre Will. Por lo menos, esta vez había surgido algo mágico de la tragedia. Era hora de enfrentar la verdad: la noche anterior había caído rendida ante Will.

Molly aún sonreía cuando entró a la cocina. Sus hermanos suspendieron de inmediato toda conversación. Con la culpa reflejada en la mirada, bajaron sus cabezas y se concentraron en sus tazones de cereal. No había que ser un genio para darse cuenta de lo que habían estado hablando: el tema había sido ella y Will.

No mantuvieron mucho tiempo la boca cerrada.

-Eh, Molly, ¿no estás un poco crecida para sentarte sobre las piernas de Will, como lo hiciste anoche? -preguntó Sam críticamente tras algunos segundos.

-Estaba llorando. Te puedes sentar sobre la falda de cualquiera si estás llorando, aunque seas adulto -replicó Susan, saliendo en defensa de Molly.

-Una chica puede sentarse en la falda de un tipo cuando se le dé la gana -dijo Mike, destilando desdén-. A los tipos les gusta. ¿No lo sabes?

-¿A los tipos les gusta andar besándose y todo eso? -preguntó Sam a su hermano mayor con aire ansioso.

-Molly y Will se estaban besando -le aclaró Susan-. ¿Significa que te vas a casar con Will, Molly?

-Por supuesto que no. Las personas no tienen por qué casarse sólo porque se besen, -le dijo Mike, y miró a Molly con suspicacia-. Si piensas casarte con Will, yo me voy. Es muy mandón.

-¡A mí me gusta! -dijo Susan-. ¡Creo que Molly debería casar. se con él!

-¡Yo también! -la secundó Sam.

-¡Yo también! -estuvo de acuerdo Ashley.

-¡Todos vosotros sois tan estúpidos! -Mike dirigió una mirada

fulminante a sus hermanos.

-Para vuestra información, no voy a casarme con Will -dijo Molly-, y si no os dais prisa, vais a perder el autobús. Son casi las siete y cuarto.

Se produjo la habitual pelea por el baño y por salir antes que el otro. El autobús de los gemelos llegó primero; el que llevaba a Ashley y a Mike, quince minutos después. Justo cuando estos salían, llegó una furgoneta blanca con la inscripción DTM Servicios de Seguridad en uno de los costados.

-¿Vamos a instalar un sistema de seguridad? -preguntó Ashley, con incredulidad, cuando Molly se acercó a ella, Mike, Pork Chop y el conductor de la camioneta, que estaban juntos en el porche. Era una mañana fresca, pero con cielo despejado, y la llovizna de la noche anterior era sólo recuerdo.

-Sí -dijo Molly, mientras firmaba la orden de compra, con la esperanza de no tener que dar otra explicación. Tendría que haber sabido que era imposible.

-Debes estar bromeando -Ashley y Mike la contemplaron, mientras el conductor entraba a la casa para, según dijo, controlar el número puertas y ventanas.

-Molly, ¿has visto cuánto cuesta? -susurró Ashley, tratando de evitar que el conductor la oyera-. La cifra estaba abajo de la factura: ¡quinientos dólares!

-Will lo pagará -admitió Molly, derrotada, sabiendo que no había otra forma de explicar semejante gasto.

-¿Will lo pagará? -exclamaron ambos a la vez, atónitos.

-Sí -contestó Molly, mirando hacia el camino, por donde apareció su liberación-. Ahí llega el autobús.

-No te casarás con él, ¿verdad? -preguntó Mike, mientras su estudiada pose de frialdad se quebraba, permitiendo asomar algo de su ansiedad.

-No, por supuesto que no -aseguró Molly-. Sólo está preocupado por nosotros, eso es todo.

-Mejor que ni se te ocurra -dijo Mike, encaminándose hacia el autobús.

-No olvides que te recogeré a la salida de la escuela. Tenemos una cita en el Departamento del Alguacil a las tres y media -le gritó Molly.

-Sí, sí.

Mike no sonaba nervioso. Si de veras no lo estaba, pensó Molly, debía de tener la cabeza llena de serrín. Ella, por cierto, sí lo estaba.

-Molly, pensé que te gustaría saberlo: Will estaba silbando cuando se marchó esta mañana -le confió Ashley, en tono cómplice.

-¿Podrías subir al autobús? -dijo Molly casi a los gritos. Ashley sonrió, saludó con la mano y corrió rauda por el camino de acceso hasta el vehículo. Frunciendo el entrecejo con fiera expresión, Molly vio alejarse la delgada figura enfundada en tejanos. Ashley subió al autobús, este se puso en marcha... y Molly imaginó a Will silbando. La imagen era irresistible. Molly no se dio cuenta del momento que su entrecejo fruncido se transformó en

sonrisa.

El sistema de seguridad estuvo instalado por completo y en pleno funcionamiento esa misma tarde. Mientras el instalador trabajaba, Molly limpió la casa, seleccionó la ropa sucia para llevar a la lavandería y finalmente, de mala gana, llamó al doctor Mott para preguntar por Sheila.

Mientras esperaba que el veterinario se pusiera al teléfono estuvo a punto de colgar, tan segura estaba de que las noticias serían malas. Pero Sheila estaba resistiendo, dijo el veterinario. Había sido malherida y se hallaba bajo el efecto de poderosos sedantes, pero podía recuperarse. Molly colgó el auricular y elevó una breve plegaria por Sheila: por favor, Dios, no dejes que muera.

Un patrullero de la policía estatal se acercó por el camino de acceso justo en el momento en que se marchaba la camioneta del sistema de seguridad. Cuando Molly hubo respondido a las preguntas del oficial y los policías se hubieron marchado, estaba al borde de las lágrimas. Bebió dos tazas de café y se dio una larga ducha, y finalmente logró apartar una vez más de su mente toda la pesadilla.

Para ir al encuentro con los delegados, Molly hizo una incursión el guardarropas de Ashley. Eligió un vestido de punto color crema, con cuello cisne y ribetes de algodón, y como accesorio un cinturón de cuero tostado. El largo de la falda, que le tapaba las rodillas, correspondía estilo de Ashley, no al suyo, pero el efecto era atractivo, especialmente combinarlo con pendientes dorados, pantis color carne y los zapatos marrones de tacón de Ashley. Se marcó el pelo con rizadores calientes, aplicó a sus labios lápiz color violáceo y un toque de sombra sobre las pestañas. En conjunto, pensó, estaba muy guapa.

Habría apostado cualquier cosa a que Will aprobaría su arreglo. Era la clase de atuendo decoroso que un hombre como él querría que llevara su chica.

Ahora que era su chica de verdad, podría incluso -¡ocasionalmente!complacerlo. Aunque tenía la intención de volver a usar la minifalda negra muy pronto.

En el encuentro con los delegados algo no funcionó. Tom Kramer, el abogado, se encontró con ella y con Mike en la oficina del alguacil, un edificio de una sola planta de ladrillo visto en el centro de Versailles. Era un hombre corpulento, con la coronilla calva y rostro alegre. También era, según pudo descubrir Molly, bien conocido por los delegados, que lo trataron con respeto. Molly se sentía agradecida por su presencia. Con él apoyando a Mike, los delegados fueron escrupulosamente educados. Si tanto ella como Mike los hubieran enfrentado por su cuenta, a Molly le daba miedo imaginar lo que podría haber pasado.

Con su cola de caballo y su pendiente, su camisa desteñida de franela y los tejanos andrajosos, Mike, hubo de reconocer Molly, no ofrecía un aspecto respetable. Tampoco ayudaba que estuviera en uno de sus días malos, con mal carácter, soltando monosílabos por toda respuesta y con una actitud que bordeaba la hosquedad.

Mientras uno de los delegados interrogaba a Mike bajo la supervisión de

Librodot

Kramer, el otro llevó aparte a Molly. Se llamaba D. Hoffrnan, de acuerdo con el rótulo de plástico que tenía prendido en el bolsillo de su camisa.

-¿Cuánto es lo que sabe usted sobre satanismo, señorita Ballard2 -preguntó Hoffman, sin ningún preámbulo.

Molly lo recordaba de aquella noche, en su casa: era el que tenía la barriga típica del bebedor de cerveza. El oficial alto y desgarbado hablaba con Mike. El rótulo que tenía ponía C. Miles.

-¿Sobre qué? -Molly estaba distraída, tratando de escuchar lo que C. Miles preguntaba a Mike, y pensó que no había comprendido bien.

-Sobre satanismo, señorita Ballard. Ya sabe, el culto del diablo.

-No sé absolutamente nada sobre eso.

Estaba impaciente; ¿qué tenían que ver con todo eso los cultos diabólicos?

-Sabemos que está al tanto de que una yegua pura sangre fue atacada anoche en el campo de la cuadra Wyland. De hecho, entendemos que usted y su hermano fueron los primeros en acudir.

-Correcto.

-¿Cómo sucedió? Quiero decir que usted y su hermano fueron los primeros en acudir.

-Mire, ya hice mi declaración ante la policía estatal, y la verdad es que no deseo volver a hablar de ello, ¿está bien? -Molly no pudo soportar la idea de revivir nuevamente los detalles.

-Muy bien -con una mirada dirigida a Kramer, el delegado se volvió atrás.

Bajó los ojos hasta una tablilla con sujetapapeles con el que estaba jugueteando-. Otro de los animales de Wyland fue atacado hace unos meses, ¿es así? ¿Una mula?

-Ofelia. Sí.

-Ofelia. ¿Es así como se llama la mula?

Molly asintió. El lo anotó.

-Usted, obviamente, está familiarizada con la mula. ¿También lo estaba con la yegua que fue atacada? ¿La conocía el animal?

-Sí -la voz de Molly sonó tensa. -¿Y su hermano?

-Y mi hermano, ¿qué?

-¿Su hermano también estaba familiarizado con la yegua?

Molly lo miró fijamente:

-¿Podría decirme, por favor, qué tiene que ver esto con el motivo por el que estamos aquí? Creí que ustedes estaban tratando de encontrar a los chicos que bebían cerveza y fumaban porros en el establo Sweet Meadow.

-Lo estamos -Hoffman vaciló y miró nuevamente a Kramer. El abogado, que estaba de espaldas a Molly, estaba hablando con el otro delegado.

Mike estaba mirando la pared de enfrente, con el aspecto, pensó Molly con desagrado, de quien está en otra parte.

-También estamos investigando el acuchillamiento de caballos -continuó Hoffman-. La mula, Ofelia, aparentemente fue la primera. Desde entonces, han sido atacados seis de pura sangre. Cuatro han muerto.

¿Estaba enterada de eso?

-No, no lo estaba. ¿A qué se debe esta conversación, si no le parece mal decírmelo?

-Creemos que se acuchilla a los caballos en una especie de ritual. Un ritual perteneciente a un culto diabólico. Hemos hallado señales nos conducen a creer que en la región se ha creado un culto satánico.

-¿Un culto satánico? -Molly no podía creerlo.

Hoffman asintió.

-Es más común de lo que se cree. Habitualmente se trata de un grupo de adolescentes, chicos inadaptados, rebeldes. Como su hermano.

Molly necesitó algunos segundos para asimilar esta información, por lo portentosa.

-¿Usted piensa que Mike...? -Molly quedó boquiabierta y sacudió la cabeza- . De ninguna manera. Cerveza o porros, quizá, ¡pero culto al demonio! ¡Y jamás, jamás le haría daño a un animal! ¡ Mike arna a los animales!

-¿Está segura, señorita Ballard?

-Absolutamente segura. Me jugaría la vida por lo que digo.

-Podría estar haciéndolo -Hoffman no sonreía-. O la de alguna otra persona. A veces estos cultos comienzan atacando animales y terminan atacando gente. La primavera anterior, nos llegaron informes acerca de que se estaban mutilando conejos, ardillas y pájaros. Cerca del verano, los atacados pasaron a ser animales domésticos, perros y gatos. Ahora caballos. ¿Qué se imagina que puede seguir después, señorita Ballard?

-¡Usted debe de haberse vuelto loco! -exclamó Molly, y miró a su alrededor en busca de Kramen Tenía que oír estas acusaciones... y vérselas con ellas.

Resultó que ya lo había hecho. El delegado Miles estaba formulando a Míke exactamente la misma pregunta. Siguiendo el consejo de su abogado, Tom Kramer, Mike se negó a responder. Dado que ni siquiera había pruebas de la existencia de algún culto satánico, mucho menos de la supuesta participación de Mike en él, los delegados no pudieron hacer otra cosa que dar por terminada la entrevista cuando Kramer declaró que era suficiente.

Si tenían alguna otra pregunta para hacer, debían llamarlo a su oficina, dijo el abogado. Les estaba advirtiendo que no debían interrogar a su cliente sin que él estuviera presente.

-¿Hablan en serio? -preguntó Molly, cuando Mike, Kramer y ella salieron juntos a la brillante tarde de octubre.

El veranillo había regresado, pero el tiempo espléndido no era consuelo

Librodot

para Molly. Estaba tan preocupada que sentía náuseas; incluso Mike, le alegró ver, por una vez parecía abatido.

-Jamás hice eso -dijo Mike seriamente, mirando alternativamente a Molly y al abogado.

-Sé que no lo hiciste -Molly se alegró de poder establecer si, creencia con absoluta convicción.

-Oh, sí que hablan en serio -dijo Kramer, sin sonreír-. Pero no ninguna prueba. Véalo de esta forma: hizo que olvidaran los otros cargos.

-Fenomenal -la respuesta de Mike era sombría.

-Si llegan a tener alguna prueba de que este grupo existe y Mike forma parte de él, se pondrán en contacto conmigo. Mientras tanto, yo no ,le preocuparía por eso. Sólo manténte alejado de los problemas, muchacho.

Llegaron al final del camino que conducía desde la oficina del alguacil hasta la acera donde se encontraban aparcados los coches de ambos, uno detrás del otro. El Plymouth azul con sus manchas de óxido, su pintura desconchado y sus neumáticos lisos parecía una chatarra al lado del opulento Mercedes gris del abogado. Molly registró la diferencia entre ambos vehículos con una íntima sonrisa irónica, e intentó no pensar en cuánto le costaba al gobierno los servicios del abogado... o a Will. En lugar de eso, se detuvo y le ofreció su mano. Mike, por supuesto, se deslizó dentro del coche sin una palabra, sin dar las gracias ni despedirse.

-No sé qué habríamos hecho sin su ayuda -dijo Molly, fulminando a Mike con una mirada reprobatorio que se perdió en la nada. Estaba ocupado revolviendo las cintas guardadas en la guantera.

Kramer estrechó su mano y le sonrió:

-Encantado de servirla -dijo-. Si sé algo de los delegados, tal vez quiera ir hasta su casa y echar un vistazo, ver el lugar donde fue atacado el caballo, esa clase de cosas. ¿Está de acuerdo?

-Será bienvenido en cualquier momento -aseguró Molly.

-No se preocupe demasiado -le aconsejó él, soltando su mano-. Dudo que salga algo de todo esto. Por lo que pude ver, estaban dando manotazos en el vacío. Y parecen haber olvidado los otros cargos.

-Espero que esté en lo cierto -la respuesta de Molly salió del corazón. Con una sonrisa y un movimiento de despedida con la mano, fue hacia el coche y montó en él.

El Plymouth no quiso arrancar. Mike murmuró por lo bajo y se hundió en su asiento, turbado, mientras Molly primero, y Tom Kramer después, trataron de hacer cuanto sabían para que el motor se pusiera el, marcha.

Finalmente Molly tuvo que reconocer su derrota, y llamó al garaje de Jimmy Miller. Jimmy no estaba. Uno de los mecánicos prometió ir hasta allí y revisar el coche tan rápido como pudiera, pero dijo que, como estaba solo en el taller, podían pasar dos horas antes de que llegara.

Tom -a esta altura, Molly ya se dirigía a él por su nombre de pila-ofreció llevarlos a casa. Dijo que aprovecharía para matar dos pájaros de un tiro y de paso echaría un vistazo a la escena del ataque.

Librodot

Cuando llegaron ya eran las cinco y media. El sol de las últimas horas de la tarde lanzaba sus rayos sobre la pradera, otorgando un brillo dorado a los árboles, la hierba y la casa. Susan y Sam, con tejanos y camisa, jugaban con un balón de fútbol en el patio. Pork Chop estaba sentado debajo del gran roble, con los ojos levantados hacia el follaje rojizo y dorado con expresión de ansiedad; Molly pensó que sería una ardilla. Un jeep Cherokee negro estaba aparcado en el camino de acceso, advirtió Molly. Con el stetson en una mano y sin su guardapolvos, J. D. estaba en la puerta del frente, charlando con Ashley, quien mantenía abierta la puerta batiente J. D. se volvió, radiante, al oír el sonido de un coche que se acercaba, pero se enfurruñó cuando vio que Molly llegaba en un Mercedes, escoltada por un hombre desconocido.

-Te apuesto un dólar a que sé a quién vino a ver -musitó Mike a Molly cuando se apearon del coche.

Molly lo ignoró, saludando a los gemelos con la mano, quienes siguieron con su juego, y dando unas palmadas a Pork Chop, que dejó de ladrar cuando vio quiénes eran los recién llegados. Tom fue con ellos hasta la casa.

Con los ojos en blanco por el saludo demasiado efusivo de J. D., Mike entró en la casa, mientras Molly hacía presentaciones de Tom, Ashley y J.

D., quienes permanecieron un momento conversando. En el patio, Susan lanzó un chillido cuando no pudo recibir el envío de Sam, situación que aprovechó Pork Chop para huir con el balón. Ambos gemelos salieron en persecución de Pork Chop, mientras este corría con el balón en la boca, meneando la cola y encontrando en apariencia tremendamente divertido este nuevo juego. La temperatura, aun a esas horas de la tarde, era templada. Nadie llevaba chaqueta, salvo Tom, y la suya era parte del traje.

-Vine sólo a ver cómo estabas -dijo J. D. a Molly por lo bajo, mientras Tom intercambiaba cortesías con Ashley.

-Estoy bien -respondió Molly. Antes de que pudiera decir otra cosa, el crujido de la grava anunció la llegada de otro visitante. Con una mueca, Molly reconoció el Corvette rojo: Thornton Wyland.

Junto a él estaba Tyler, como pudo ver cuando ambos bajaron del coche.

Pork Chop dejó caer el balón para ladrar a los visitantes, y los gemelos lo recuperaron y reiniciaron su juego. Thomton sonrió y saludó a Molly desde el porche con la mano, mientras Tyler le dedicaba una sonrisa sardónica.

Ashley echó una mirada a Thornton, se ruborizó y se metió en casa. En otras oportunidades Molly ya había advertido que Ashley era particularmente vergonzosa en todo lo referente a Thornton, y sospechó que su hermana encontraba intimidatorio su buen aspecto. J.D., obviamente molesto por la llegada de los otros dos hombres, recordó que trabajaba para los Wyland y trató de no mirarlos con el entrecejo fruncido.

Tom Kramer estrechó manos a diestra y siniestra cuando Molly hizo las presentaciones. Luego, sin saber qué otra cosa hacer, invitó a todos a sentarse.

-Tyler y yo vinimos a ver si estabas bien -dijo Tom, con una risita

Librodot

diabólica-. Todos vimos lo alterada que estabas anoche. No me importa decirte que, por una vez, quedé conmovido al descubrir que nuestra pequeña y dura señorita Molly era capaz de llorar.

-La viva estampa del tacto, como siempre, Thom -munnuró Tyler, quien sonrió a Molly-: Es una suerte que vivas tan cerca. Podríamos haber perdido esa yegua.

-¿Saben algo de ella? ¿Se va a poner bien?

Molly se sentó en el columpio, agradecida a Tyler por permitirle ignorar las burlas de Thomton. Este, de inmediato, aprovechó la oportunidad de sentarse sobre el brazo metálico del columpio, al lado de Molly. Molly continuó ignorándolo.

-El doctor Mott dijo que está fuera de peligro.

J. D. consideró la posibilidad de ocupar el lugar vacío al lado de Molly, pero recordó quiénes eran sus rivales y se quedó de pie, con expresión malhumorada. Tom se sentó sobre sus talones, escuchando la conversación con interés evidente.

Hemos decidido ofrecer una recompensa -dijo Thomton-. Dos mil dólares por cualquier información que conduzca a la captura de las personas responsables.

-¿Piensan que pueden ser más de uno? -preguntó Tom. Después de haber oído lo que los delegados pensaban del asunto, Molly se maravilló cuando notó la inocencia implícita en su pregunta. Si el Departamento del Alguacil estaba investigando la posible intervención de un culto satánico en el hecho, los Wyland debían estar al tanto. Inclusive era posible que supieran que Mike era un sospechoso. Así funcionaban las cosas en Woodford County.

Molly sintió que su columna vertebral se ponía rígida ante la sola idea. Si los Wyland intentaban atrapar a Mike por medio de esa recompensa, pues sí que tenían un problema en puerta, pensó con fiereza. En este caso, su hermano era tan inocente como lo era ella misma. Molly estaba tan segura de eso como jamás lo había estado de cosa alguna en toda su vida.

J. D. se encogió de hombros:

-Así parece pensar la policía. Dijeron que no podían imaginarse cómo pudo haber hecho un hombre solo para someter a una yegua de más de quinientos kilos el tiempo necesario para hacerle lo que le hizo.

En ese momento un Chrysler color crema se acercó por el camino de acceso, seguido por el Plymouth azul de Molly. Pork Chop se puso a ladrar La conversación se interrumpió y todos miraron a Jimmy Miller, que se apeaba del Chrysler. Llevaba una chaqueta deportiva color tostado y pan talones marrones, una clase de atuendo desacostumbrado en él. Un joven empleado del garaje, vestido con su mono azul de mecánico, salió del Plymouth. Ambos se dirigieron hacia el porche.

-¿Ya has arreglado mi coche? -Molly recibió encantada a Jimmy, mientras este subía los escalones del porche.

-Sólo necesitaba un toque -dijo Jimmy, sonriendo a Molly y saludando a

los otros hombres con un movimiento de cabeza-. La bateria tenía poca carga. Debes de haber dejado las luces encendidas, o algo así.

-Gracias -Molly le devolvió la sonrisa-. Y gracias por traérmelo. No era necesario que lo hicieras.

-Ha sido un gusto -Jimmy le dirigió una mirada que recordaba los besos que habían compartido en su asiento delantero dos noches antes.

Consciente de la marca que, ya menos notoria, aún tenía bajo el cuello cisne de su vestido, Molly se sintió avergonzada y culpable. Avergonzada, porque en circunstancias normales jamás habría permitido que la besara de esa forma; culpable, porque evidentemente Jimmy imaginaba que aquellos besos suyos significaban más que lo que realmente eran.

-Permíteme ofrecerte un café o una coca-cola -dijo Molly, poniéndose de pie.

-Una coca-cola estará bien -Jimmy se sentó en los escalones. Su empleado se quedó indeciso por un instante, pero luego se sentó a su lado-. Una también para Buddy. Oh, Molly, este es Buddy James.

-Ya nos conocemos -dijo Buddy, sonriendo a Molly algo tímidamente por sobre el hombro. Llevaba muy corto el negro pelo, y tenía un rostro redondo, de adolescente, cubierto de espinillas. Molly asintió, manifestando respaldar su comentario, aunque, si alguna vez se habían visto, no podía recordar cuándo ni dónde había sido.

Molly efectuó las presentaciones de rigor y luego preguntó:

-Caballeros: ¿café o coca-cola?

Estaba tomando nota mentalmente de sus respuestas cuando otro coche más apareció por el camino de grava.

Era un Ford Taurus blanco.

27 ¡El fantasma de Scarlett O'Hara! Ese fue el pensamiento que asaltó a Will cuando bajó del coche, dando a Pork Chop una distraída palmada en la cabeza, y tuvo el panorama de la escena que estaba teniendo lugar en el porche de Molly. Cinco -no, seis- hombres, dos en los escalones, dos sobre el columpio, dos de pie, todos mirando embobados a una preciosidad de andar ondulante y sonrisa coqueta.

Su preciosidad.

Al acercarse Will al porche, Molly le, dirigió la misma sonrisa. La sonrisa que Will ofreció como respuesta era irónica.

Si vas a enredarte con la chica más bonita de los alrededores, se dijo no debe sorprenderte que haya competencia. Son las reglas del juego.

-¡Will! ¡Will! -Los gemelos lo divisaron, y Will se encontró atrapando un balón en el aire-. ¿Quieres jugar?

-Más tarde -prometió, arrojando de vuelta la pelota. Sam dio un salto y la pescó en el aire, y los gemelos reanudaron su juego.

En ese momento Molly estaba de espaldas a él, entrando en la casa. Will contempló apreciativamente el atractivo balanceo de sus caderas. Cuando la puerta batiente se cerró tras ella, interrumpiendo su visión, echó

una mirada a su alrededor, a tiempo para descubrir que todos los demás hombres presentes habían estado apreciando lo mismo.

Will se acercó al porche y se detuvo, ya que los escalones estaban ocupados por dos de los hombres. Uno era un jovencito granujiento. Will lo desechó inmediatamente como posible rival. El otro era un treintañero sólido y de aspecto próspero. Algo en él le resultó vagamente familiar. Will frunció el entrecejo, intentando reconocerlo, mientras observaba a los demás. Saludó con un movimiento de cabeza poco entusiasta a J. D., a Tornton y a Tyler Wyland. El otro hombre era Tom Kramer, el abogado.

Will lo reconoció por la visita que había hecho a su oficina la semana anterior. En calidad de novio de Molly, que iba a hacerse cargo de lo, gastos ocasionados por la ayuda legal que necesitara Mike, Will había pagado los honorarios requeridos. ¿Qué estaba haciendo en casa de Molly. ¡Seguramente no iba a ir tras ella después de un único encuentro!

No parecía dar el tipo para formar parte de la corte de Molly.

Will supuso que tampoco él lo daba.

-Oh, lo siento -dijo el tipo de aspecto sólido sentado en los escalones, que se puso de pie para dejarlo pasar. El chico también se puso de pie-.

Soy Jimmy Miller. Este es Buddy James.

-Will Lyman -dijo Will, estrechando la mano que él le ofrecía. Jimmy Miller.. el nombre hizo sonar una alarma. Oh, sí, el palurdo.

Inmediatamente después del reconocimiento apareció otro pensamiento mucho menos agradable: la marca en el cuello de Molly. Will tuvo que ejercer un fuerte control sobre sí mismo para no imprimir al apretón más fuerza que la permitida por la educación.

El chico también estrechó su mano.

-Un amigo de la familia, ¿verdad? -dijo Miller, con una sonrisa cordial.

Ante lo que debía ser una expresión de sorpresa en el rostro de Will, agregó-: Reconocí el coche. De la otra noche.

-Se podría decir que sí -replicó Will, justo cuando Molly abría la puerta batiente con la cadera y salía, llevando una bandeja cargada de vasos.

Will subió los escalones para ayudarla, pero fue superado por J. D., quien trató de tomar la bandeja de manos de Molly. Ella sacudió la cabeza, realizó una hábil demostración de equilibrio con una sola mano y la cadera, y ofreció a J. D. un vaso lleno de un líquido oscuro y burbujeante que Will supuso que era coca-cola. Un único cubito de hielo flotaba en cada vaso. Evidentemente Molly no estaba preparada para la hospitalidad masiva, pensó Will, divertido. A ninguno de sus admiradores pareció importarle. Repartió vasos a todos, entre murmullos de agradecimiento.

-Este es el tuyo -dijo finalmente a Will.

El vaso que Will aceptó era un vaso de plástico lleno de rayaduras, decorado con un flamenco color de rosa... y contenía leche.

-Gracias -dijo, sonriéndole. Ella le devolvió la sonrisa con otra, amplia y seductora, que se correspondía con el brillo travieso de sus ojos. Will quedó

deslumbrado y se recordó una vez más que se hallaba frente a la trampa cazamoscas de Venus. Todos los hombres que se encontraban en el porche estaban contemplándola cautivados, bebiendo coca-cola caliente y espumante en vasos desportillados y desparejos con una expresión en sus caras que transformaba a estos en copas de cristal llenas de champaña francés. Y él no era una excepción. Consciente de su propia tontería, Will bebió un sorbo de leche y trasladó su atención al juego de balón que jugaban los gemelos.

-¿Todo el mundo conoce a todo el mundo? -preguntó alegremente, Molly, derramando esa sonrisa de miles de voltios sobre la compañía allí reunida.

-No hemos sido presentados oficialmente -dijo Thomton Wyland a Will, con una perezosa sonrisa. Se puso de pie y tendió su mano-: Soy Thornton Wyland.

-Will Lyman -se estrecharon la mano.

-Eh, Molly, ¿tienes algo qué hacer esta noche, para la cena? -preguntó Jimmy Miller en voz baja. Aunque Will estaba un poco alejado, lo oyó. Su espalda se puso rígida. Hizo falta un esfuerzo consciente de su parte para lograr que sus músculos se relajaran.

-Oh , Jimmy, lo siento, pero tengo otros planes -dijo Molly, con voz igual de queda, demostrando más pesar de lo que Will creía que requería la situación. Apartándose de Thomton Wyland con un movimiento de cabeza, observó a Molly lidiar con otro de sus pretendientes.

-Podríamos comer una pizza -continuó Miller, con terca determinación.

Era un tipo de aspecto serio, pecoso, y era casi seguro que no merecía la ola de disgusto que Will sentía por él. Will pensó que jamás había visto un hombre tan ostensiblemente enamorado, y lo acometió un agudo y repentino fastidio.

La chica era suya.

-No puedo... -comenzó a decir Molly.

Will bebió un nuevo sorbo de leche y se acercó a ella desde atrás.

-Va a cenar conmigo -le dijo al hombre más joven. Miller lo miró, parpadeó sorprendido, y luego centró su atención en Molly, con los ojos abiertos por la incredulidad y oscurecidos por el reproche. Abrió la boca, como dispuesto a protestar, pero no lo hizo. Desde la posición en que Will se encontraba no podía ver el rostro de Molly, pero pudo imaginar cuál era el sentimiento que Miller había leído en él y que le hiciera callar:

compasión.

Ansiaba fervorosamente que Molly jamás lo mirara a él de esa manera.

-En algún otro momento entonces -se las arregló Miller para responder, con admirable compostura, y miró su reloj-: Bueno, tengo que Marcharme.

Vamos, Buddy, te llevo de vuelta al taller.

Tras su partida, el resto del club de admiradores hizo lo propio y todos se marcharon. Will se quedó ayudando a Molly a recoger los vasos sucios,

mientras todos los coches salían por el camino de acceso. Molly estaba callada, con expresión pensativa. Will la observó, mientras se agachaba a recoger un vaso de debajo del columpio. El vestido de punto color crema la cubría desde las orejas hasta las rodillas, pero se pegaba a SU cuerpo como un guante y marcaba todos los sitios adecuados; o inadecuados, según el punto de vista. Sus piernas, con pantis claros y zapato, tacón, estaban tan voluptuosas como lo habían estado el día anterior, fundadas en pantis negros. El pelo era una suelta cascada de lujuriosas ondas color café que caían hasta sus hombros. Era esbelta, curvilínea, escalofriantemente atractiva y, pensó al verla volverse con gracia y dedicarle una sonrisa, encantadora.

La sonrisa era una flecha que apuntó directo a su corazón. -¿Todavía está en pie lo de la cena? -preguntó él.

-Puedes apostar que sí.

La sonrisa de Molly fue cálida y alegre, y lo hechizó. Will advirtió que lo suyo era grave. Tal vez fuera peor que lo del palurdo, aunque esperaba que no se notara.

La trampa cazamoscas de Venus estaba a punto de tragarlo, y él estaba muy lejos de al menos presentar batalla.

28 - ¿De manera que siempre has tenido problemas para atraer a los hombres? -preguntó Will secamente en mitad de la cena. Se hallaban en el Merrick Inn, un pequeño restaurante de Lexington, todo revestido en madera, que Molly ni siquiera sabía que existía. Con sus óleos colgados en las paredes, sus manteles blancos y las velas verdes que adornaban las mesas, era la síntesis del buen gusto sin estridencias. Will le dijo que había tropezado con él en el curso de su investigación. La aristocracia del negocio de los caballos comía allí con frecuencia, y la comida era una muestra de la delicada cocina sureña de antaño. Los precios eran de otro mundo, pero Molly trató de no pensar en ello.

Molly tragó un exquisito bocado del jamón más delicioso que había probado en su vida y miró a Will apreciativamente. El traje azul marino que llevaba esa noche tenía finísimas rayas más claras. Su camisa era blanca y la corbata, roja. A la luz de las velas, su pelo brillaba como el oro. Por contraste, el rostro era bronceado y anguloso. Y, cuando la miraba, algo había en sus ojos que le causaba escalofríos. Escalofríos agradables. ¿Acaso había pensado alguna vez que no era guapo?, se preguntó Molly. Debía de haber estado ciega.

-Siempre -respondió, con una sonrisa pícara, y pinchó un nuevo bocado.

-Apuesto a que tuviste que alejarlos a palos desde que estabas en la primaria.

-Nunca llevé un palo -el jamón era delicioso, pero salado. Molly lo acompañó con un sorbo de té helado. Will, naturalmente, bebía leche, y había ordenado un bistec. Molly tenía la sensación de que era una suerte que no estuvieran comiendo comida italiana.

-¿Te limitas a permitir que pululen en tomo de ti, hummmm? Como hoy.

Creo que jamás me ha ocurrido eso de ir a una cita y seis hombres llegados antes que yo.

Molly tragó un bocado escandalosamente grande de judías condimentadas con jamón y almendras y lo miró con los ojos abiertos de placer.

-Estás celoso -dijo.

Will dejó de cortar el bistec y la miró a los ojos. Por un momento, limitó a mirarla, sorprendido. Luego le dirigió una sonrisilla irónica:

-Tienes razón.

-Me gusta.

-A mí no.

-Para tu información, el único de todos esos hombres con quien salí alguna vez es Jimmy Miller.

-¿El palurdo que deja marcas cuando besa? -en su voz había una nota tan cáustica que Molly no pudo menos que reír.

-La culpa de eso es tuya.

-¿La culpa de qué?

-De la marca -susurró ella, preocupada por los otros comensales que, aunque parecían estar atentos a su propia comida, podían oírlos.

-¿Que yo tengo la culpa de que hayas permitido que algún palurdo te dejara la marca de su beso? -Will no bajó la voz.

Molly echó una rápida mirada a su alrededor, pero nadie parecía estar prestando atención.

-¡Shh! -chistó ella.

-¿Cómo explicas eso?

-Me imaginaba que eras tú.

-Jesús -Will aspiró profundamente-. ¿Has terminado?

-Todavía no -Molly bajó la vista hasta su plato, sorprendida. Todavía quedaba más de la mitad... y estaba muy bueno.

-Te alimentaré de nuevo más tarde.

Will se puso de pie, llamando a la camarera con un gesto. Molly comió un rápido bocado de jamón y luego bebió un sorbo de té mientras él esperaba la cuenta. Will le echó un vistazo y entregó el dinero a la camarera, en tanto Molly se ponía su jersey... y sucumbía una vez más ante la fascinación del jamón.

-¿Pasó algo malo con su comida, señor? -preguntó la camarera, preocupada, contemplando sus platos apenas mediados.

-Todo estaba muy bien. Ocurrió un imprevisto, y debemos marchamos -dijo Will, buscando la mano de Molly. Con una última mirada de pesar al jamón, ella tomó su bolso y permitió que la sacara a rastras de, la mesa y la empujara hacia la puerta.

Librodot

-¿Cuál es el imprevisto? -preguntó Molly una vez afuera, mientras se encaminaban hacia el coche.

Ya estaba oscuro y hacía más frío que durante el día. El envolvente jersey que llevaba sobre el vestido de cuello cisne de Asbley era bienvenido.

Sobre sus cabezas, las estrellas titilaban como luciérnagas en una noche de verano. Una luna en cuarto menguante colgaba baja sobre el horizonte.

Will rió:

-Yo. Sube al coche, Molly.

Will le abrió la puerta. Molly subió, entre perpleja y perturbada por lo que él acababa de admitir, y él cerró la portezuela tras ella con un golpe.

Estaba buscando su cinturón de seguridad, cuando Will se deslizó en el asiento de al lado. Molly oyó cerrarse su portezuela cuando estaba colocándose el cinturón. La mano de Will se cerró sobre la suya, y ella levantó la vista para mirarlo, sorprendida. Estaba muy cerca de ella, inclinado, con sus hombros anchos bloqueando la visión de la noche a través del parabrisas, contemplándola con mirada intensa. Molly lo observó por un instante: el rostro duro y apuesto, ese rostro que nunca pensó que haría latir su corazón tan fuerte y rápidamente.

Sin una palabra, Will la besó. Molly dejó caer el cinturón de seguridad, lo abrazó del cuello y devolvió el beso.

Tras algunos minutos él levantó la cabeza y dijo, con voz ronca:

-Estoy demasiado viejo para andar haciendo esto en los coches.

Molly aspiró profunda, convulsivamente y susurró:

-Yo no.

Will lanzó una risita ahogada:

-Ya lo sé.

-¿Entonces?

Will la besó otra vez, rápido y fuerte, y apoyó su frente contra la de ella.

-Tenemos público -dijo.

Molly miró y vio que dos parejas mayores, muy bien vestidas, que evidentemente habían terminado de cenar en el mismo restaurante, los observaban desaprobatoriamente cuando pasaron al lado del coche. El rostro de Molly ardió de vergüenza. El coche estaba aparcado en el borde del camino que conducía hacia el restaurante, en el lugar ideal para ser vistos Por cualquiera que pasara.

Will quitó los brazos de Molly de su cuello y buscó su cinturón de seguridad. Se lo colocó, lo cerró y luego volvió a besarla.

-Tengo un cuarto en un hotel -dijo.

Estaba claro que era momento de tomar una decisión, pero Molly supo, no bien la idea se instaló en su mente, que no había decisión alguna que tomar. Fuese lo que fuese el resultado de esto, era lo que ella deseaba.

Él era lo que ella deseaba.

Asintió sin palabras.

Will puso el coche en marcha, y dejaron el aparcamiento.

El hotel estaba cerca. Molly leyó el cartel luminoso que ponía EMBASSY SUITES cuando él disminuyó la velocidad y entró al aparcamiento del hotel. Cuando Will hubo estacionado el coche y pasado por delante del capó para abrirle la portezuela, el pulso de Molly volaba. Estaba atemorizada, estaba excitada, estaba fuera de sí... por Will.

El llegó y le tomó la mano. Molly permitió que le ayudara a apearse.

Mantuvo su mano entre las de él, cálidas y fuertes, mientras atravesaban el aparcamiento y entraban por la puerta de doble hoja al brillantemente iluminado vestíbulo. Sus ojos necesitaban un momento para adaptarse.

Cuando lo consiguieron, ya la había llevado Will hasta la mitad del camino, cubierto con una espesa alfombra gris, que conducía hasta un grupo de ascensores de pulido acero inoxidable. Los dos hombres y la mujer que se encontraban en el mostrador de la recepción, según alcanzó a ver, no prestaron atención a su paso. Un gran aparato de televisión funcionaba con el volumen bajo en una zona de descanso del vestíbulo al lado de los ascensores, con sillones excesivamente rellenos y mesas de cristal. El único ocupante del lugar no les dedicó ni una mirada.

La puerta del ascensor se abrió. Molly entró en el recinto cubierto de espejos, franqueada por Will.

Aún sostenía su mano. La llevó hasta su boca al cerrarse las puertas, y la besó. Miraba y volvía a mirar sus imágenes en el espejo, mientras la rubia cabeza de Will se pegaba a la suya, tan oscura, y Moll experimentó una sensación de irrealidad. ¿Realmente estaba subiendo en el ascensor de un hotel para acostarse con el tipo del FBI?

Parecía imposible.

-Pareces mortalmente asustada -le dijo Will, mirándola por debajo de sus párpados semientornados.

-No lo estoy -su respuesta era en parte un farol, porque sí lo estaba. Pero no iba a admitirlo... ni echarse atrás.

-Puedo llevarte a casa -le volvió la mano para besar su palma.

Molly sintió el calor de su boca hasta la punta de sus pies. Se estremeció.

-No.

-¿Seguro?

Molly asintió, justo en el momento mismo en que un suave chirrido anunciaba que habían llegado al tercer piso. Se abrieron las puertas. Will soltó su mano, y Molly salió hacia el largo pasillo alfombrado de gris por sus propios medios. Will iba tras ella. Mirando alrededor, Molly pudo ver que llevaba un llavero en la mano.

El corredor estaba desierto. Will se adelantó, dirigiéndose a una

Librodot

habitación señalada con el número 318 por una placa de bronce junto a la puerta e introdujo la llave en la cerradura. Sobre la puerta se encendió una lucecita verde. Will dio vuelta el tirador, empujó la puerta y dio un paso irás para que ella entrara.

Molly aferró la correa de su bolso con tanta fuerza que sintió que se le hundían las uñas en la palma de la mano y entró en el cuarto de hotel.

La puerta se cerró. La rodeó la más absoluta oscuridad. Sintió su piel recorrida por un escozor cuando lo oyó moverse en la oscuridad. Molly estaba tan nerviosa que se sintió mareada. Sus manos sudaban frío. Su cuerpo sudaba frío. Era todo lo que podía hacer para evitar que sus dientes castañetearan, aunque el cuarto estaba agradablemente caldeado.

A cada segundo esperaba que la rodearan los brazos de Will. Esperaba que le diera la vuelta y la besara y...

Una suave luz iluminó la habitación. Molly vio que Will sacaba la mano de debajo de la delicada pantalla color crema de una lámpara de pie que acababa de encender. Se hallaba de pie, frente a un tapiz de diseño abstracto en el que predominaban los ocres y los grises. A ambos lados de la lámpara había un par de sillones de pana. Hacia la izquierda, podía verse una pequeña cocina con armarios de madera oscura y brillantes accesorios. Al lado de la misma, sobre el suelo alfombrado, iluminadas por una lámpara colgante de pantalla sostenida por una cadena dorada, había una mesa redonda y cuatro sillas. A la derecha de Molly se hallaba el baño. Más allá, en la misma dirección, había dos camas dobles.

Estaban prolijamente hechas, los cobertores hacían juego con los tapices y las cabeceras eran semicírculos de madera oscura y bronce lustrado, relucientes contra las paredes pintadas de gris.

Will estaba mirándola, descubrió Molly cuando su mirada fue de las camas a él. De pie, con las piernas ligeramente separadas, permanecía con las manos profundamente hundidas en los bolsillos de sus perfectamente cortados pantalones, con los faldones de la chaqueta flotando por detrás de las caderas. El costoso traje azul, la camisa de prístina blancura, la elegante corbata de punto roja, eran tan diferentes del estilo habitual de sus anteriores amigos que le pareció imposible que estuviera allí con él.

Su desconcierto fue tan evidente que, cuando ella volvió a mirarlo, él ya no sonreía y estaba casi sombrio.

-Te llevaré a casa -dijo.

Lo haría, ella lo sabía bien. Todo lo que tenía que hacer era afirmar con la cabeza. De repente, Molly identificó cuál era la virtud principal que tenía Will y que la atraía con tanta fuerza: de todos los hombres que había conocido, él era el único que la hacía sentir protegida.

Molly lo miró a los ojos, miró su corto pelo rubio y la bronceada cara angulosa, miró su cuerpo de atleta y supo entonces que, si se volvía y se marchaba en ese momento, lo lamentaría por el resto de su vida. Pasara lo que pasase después, incluso si terminaba lastimada, en ese preciso instante lo que ella quería era él, y lo deseaba como nunca en su vida había deseado nada.

-No quiero ir a casa - dijo, y cruzó la habitación hacia él.

29 Mientras Molly se acercaba, Will sacó las manos de los bolsillos. Fue a su encuentro, la tomó de los codos y la atrajo hacia sí. La correa del bolso se deslizó del hombro de Molly. Will recogió el bolso y lo puso sobre la silla que estaba tras él. Cuando se volvió nuevamente hacia ella, Molly le enlazó el cuello con sus brazos, acariciándole suavemente la nuca.

-No quiero ir a casa -repitió.

-¿Estás segura?

-Estoy segura.

Molly le sonrió. El no devolvió su sonrisa; en cambio, examinó su rostro con una expresión pensativa que preocupó a Molly.

-¿Por qué me siento como si fuera un corruptor de menores? -las manos de Will recorrieron el contorno de su cara. La sensación producida por sus cálidas manos sobre su fría piel hizo que le corriera un escalofrío por la columna vertebral. Will curvó los labios en una semisonrisa, pero cuando las miradas se encontraron sus ojos estaban oscuros e intensos.

-Cumpliré veinticinco años dentro de dos semanas, Will. Soy bien adulta, créeme.

-No pareces tener esa edad -recorrió su cuerpo con la mirada-. Bueno tal vez sí.

-Gracias. Es lo que creo.

Will apartó el pelo que le caía sobre el hombro derecho, sujetándolo con cuidado tras su oreja. Deslizó la mano bajo la espesa cabellera, acariciándole la cabeza y ladeándola ligeramente. La rodeó con el otro brazo y la acercó a él, de forma que Molly quedó pegada a su Pecho. Ella pudo sentir el calor del cuerpo de él, la acerada fuerza de sus músculos, a lo largo de su propio cuerpo. El inclinó la cabeza. Al, bajarle el cuello alto del vestido, su boca encontró la suave piel debajo de la oreja. Continuó besándola, ardiente y posesivo, en la garganta y a lo largo de la línea de la mandíbula. La sensación fue tan increíblemente erótica que pasaron uno o dos minutos antes de que Molly tuviera conciencia de lo que hacía Will: reemplazando la marca del mordisco de Jimmy Miller por su propia marca.

-Creía que dejar marcas no era tu estilo -logró decir cuando Will finalmente alzó la cabeza.

Will tenía los labios entreabiertos, la mirada llameante:

-Ha estado volviéndome loco -dijo, y volvió a apretar los labios contra su garganta.

Una súbita debilidad pareció afectar los músculos de Molly e impidió que se fundiera en el acto contra él.

-¿Ah, sí?

Molly apenas podía respirar; menos pensar en hablan Los duros pectorales de Will apretaban sus hinchados pechos, por los que corrió un hormigueo. El brazo que rodeaba su cintura era sólido, posesivo. Sintió que una mano se ahuecaba en tomo de su cabeza, acariciaba su mejilla y alisaba

su pelo, apartándolo de su rostro.

-Demente.

Will deslizó sus labios a lo largo de la línea de su mandíbula. Molly se estremeció y cerró los ojos.

-¿De veras? -logró articular, descubriendo con alivio que su voz era relativamente normal.

-No es necesario que te muestres tan feliz al respecto -Besó la comisura de sus labios, y Molly los separó, en instintiva respuesta-. Al menos, cuando ahora lo vea, sabré que es mío.

-Celoso -susurró ella, antes de que él le cubriera los labios con los suyos.

-Tienes toda la maldita razón -respondió él dentro de su boca, y a continuación la besó, y ella a él, y ninguno de los dos volvió a mencionar palabra.

Adoraba su forma de besar, pensó Molly cuando sus brazos la apretaron contra él y sintió caer la cabeza sobre su hombro una vez más. Molly se tenía a sí misma por una especie de experta en besos. Por lo que sabía en esa materia, podía asegurar que él no era lerdo. Decididamente, concluyó mientras él seguía el contorno de sus labios con la lengua, era un digno rival. Su boca era cálida y fuerte, y la lengua provocativa no pedía respuesta, la obtenía con sus habilidades. Ella lo besó poniendo lo mejor de sí, apretándose contra él, colgándose de su cuello, anhelando provocar en él una respuesta aún mayor que la que él despertaba en ella.

Era un duelo de maestros, decidió en medio del vértigo cuando él la abrazó tan fuerte que la alzó en vilo y sus pies se despegaron del suelo, sus brazos enredados en torno del cuello de él, todo el peso de su cuerpo contra el de Will. La besó hasta que tuvo que liberarse para recuperar el aliento y volvió a besarla.

El tenía la mano entre el cuerpo de ambos. Se movió hacia arriba, por sus costillas, hasta encontrar y apretar sus pechos. Presionó la palma de su mano, a través de las diferentes capas de ropa -jersey, vestido y sujetador- , acariciando su mullida suavidad con una urgencia que hizo arder y palpitar sus ya endurecidos pezones.

-Estos también han estado volviéndome loco -la mano de Will pasó al otro pecho, adonde repitió su bárbara magia.

-¿Estos también? -Molly advirtió que su voz sonaba desfalleciente, pero no pudo evitarlo. La cabeza le daba vueltas y su cuerpo estaba en llamas, por lo que encontraba difícil aún pensar, más todavía hablar con coherencia.

-Demente.

Los labios de Will volvieron a encontrar los de ella. Molly arqueó la espalda, jadeando dentro de su boca, apretándose aún más contra él.

Will alzó la cabeza. Molly, con los labios temblorosos, sintió que inhalaba una gran bocanada de aire. Aliviada, pudo ver que también él respiraba con dificultad. El rojo se extendía sobre sus pómulos, y en sus ojos se reflejaba la luz dorada de la lámpara, como si estuvieran en llamas,

ardiendo en la profundidad azul.

Will bajó los ojos, y Molly siguió su mirada. Sus dedos eran largos y bronceados contra su jersey. La vista de esa mano sobre su pecho sugería intimidad, erotismo y encendía llamaradas de deseo que inflamaban su sangre.

Will apartó la mano de ese seno y la llevó hasta el cinturón, que era lo único que mantenía cerrado el jersey. Molly lo observó mientras desataba el lazo. El jersey se abrió, revelando el vestido de punto color crema que había parecido ser tan recatado cuando se lo pusiera más temprano. En ese momento, con los pezones presionando ostensiblemente a través de la tela, el vestido parecía cualquier cosa menos modesto.

Parecía clamar por sus caricias.

Derribada la barrera del jersey, las manos de Will volvieron a sus pechos, cubriendo ellas toda su redondez; Molly sintió que todo su cuerpo era recorrido por un estremecimiento. El apretó aún más y el estremecimiento se transformó en un temblor incontrolable.

Molly advirtió que Will, muy deliberadamente, le daba todo el tiempo del mundo como para que, si ella lo deseaba, le pidiera detener sus avances.

Ese era Will: el eterno caballero. Sintió que eso la enfurecía y la hacía sentir segura a la vez. La vez.

Tanto como su infernal atractivo.

Molly levantó los ojos y descubrió que él estaba mirándola. Molly sintió su boca seca; se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua. La mirada de Will se oscureció. Bajó la cabeza y tomó la lengua de Molly entre sus labios, en su propia boca, succionándola. Su boca era cálida, húmeda, devastadora.

Molly respondió a su urgencia en medio de un temblor, acariciando la cálida piel de su nuca, dejando correr sus dedos a través del corto pelo que le cubría la parte posterior de la cabeza. Pero su estrategia fracasó, porque amó las texturas que sintió bajo su mano, amó lo que él le provocaba. Amó el hecho de que él no la acosara, no insistiera, aunque una parte de ella deseaba que hiciera justamente eso: darse prisa, tomar lo que deseaba, y ya.

Parte de ella deseaba no tener tiempo para pensar. Parte de ella deseaba poder decirse a sí misma él me obligó a hacerlo, y así ser desligada de toda responsabilidad.

Will la tomó de los codos, haciéndole bajar los brazos. Le sacó el jersey que colgaba de sus hombros y lo dejó sobre la silla donde descansaba su bolso, todo ello mientras seguía besándola como si jamás fuera a detenerse.

Molly le pasó los brazos por la cintura, debajo de su chaqueta, apretándose más y más contra él a medida que sentía cómo deslizaba las manos en su espalda. Llegaron hasta su pelo y lo levantaron, para luego apoyarse sobre su nuca. Molly sintió un leve tirón y luego oyó el suave sonido de la cremallera al ser bajada; su espalda desnuda se estremeció al recibir el golpe de aire fresco. Se dio cuenta de que estaba desnudándola.

Las llamas que inflamaban su sangre se avivaron. Molly luchó para no

entregarse, luchó para mantener el control. Apartó su boca de la de él, inspiró profundamente para intentar serenar sus emociones y tomó su corbata. Era una corbata de seda, fresca y pesada al tacto, elegantemente anudada. Molly desató el nudo y enseguida sintió que las manos de Will la ayudaban. Dejó suelta la corbata en tomo de su cuello, y las vivaces rayas rojas se balancearon sobre la blanca pechera de su camisa.

Deshaciéndose de su chaqueta, la apoyó sobre la silla y volvió a abrazar a Molly, atrayéndola hacia sí.

Cuando Will la besó, Molly tuvo la extraña sensación de que la habitación estaba inclinándose. Le rodeó la cintura con los brazos, aferrándose a su espalda a través del fino algodón de la camisa, intentando recuperar el equilibrio y besarlo al mismo tiempo.

Finalmente él alzó la cabeza. Molly abrió los ojos, luchando para respirar y dominar sus sentidos, y dejó pasear la mirada sobre la fina mandíbula en la que ya asomaba la barba.

Si de desvestirse se trataba, ella haría su parte.

Deslizó las manos por la pechera de la camisa, y dejando de lado la sensación provocada por los duros músculos bajo la suave tela, Molly comenzó a desabotonarla. El le besó la mejilla, la oreja y apartó el cuello de su vestido para besarle la garganta.

Toda la vida había oído viejas historias de doncellas sureñas que se habían desvanecido por el beso de un caballero. Ahora sabía cómo debían de haberse sentido.

Cuando hubo desabotonado apenas una tercera parte de su camisa, olvidó de pronto lo que estaba haciendo y sus manos se detuvieron. La boca de Will estaba trazando una línea de fuego sobre su piel desnuda, que iba desde su clavícula derecha hasta la inflamada colina que era su seno. Para ello usaba los dientes, los labios, la lengua. El efecto fue devastador.

El vestido resbaló de sus hombros. Will tiró de él, hasta que este cayó formando un montón a sus pies. A duras penas pudo Molly reunir la presencia de ánimo necesaria para quitar los pies de él y patearlo a un costado.

Sólo quedaba su sujetador de blanco encaje y las bragas que hacían juego, las panti y los zapatos de tacón.

Will pareció tranquilizarse de pronto, Molly alzó la mirada; los ojos de él estaban clavados en su cuerpo.

Tenía el rostro encendido, y cuando finalmente la miró a los ojos, los suyos brillaban. Molly creyó detectar un leve temblor en las manos que tenía apoyadas a ambos lados de su cintura.

-Hermoso. Me gusta el blanco -dijo, en un tono que sonaba a punto de quebrarse.

-Pensé que así sería -también ella tuvo que esforzarse para que su respuesta sonara serena.

-¿Te lo has puesto para mí? -a pesar del fuego de sus ojos, una débil sonrisa asomó a la comisura de sus labios.

-¿Para quién otro, entonces?

Dio esa respuesta con un tono frívolo, porque no quería admitir la verdad:

había elegido la lencería de encaje blanco porque imaginaba que lo volvería loco. Y ella deseaba, con todas sus fuerzas, volverlo loco.

Volverlo loco como ninguna mujer en su vida lo había hecho.

-Para nadie más -dijo él, casi gruñendo-. Sobre todo si sabes lo que te va más.

Antes de que ella pudiera replicar, las manos de Will se deslizaron por sus costillas y, quitando a un costado la taza del sostén, desnudaron uno de sus pechos. El bajó la mirada hacia él, mientras Molly observaba su expresión. Tenía las mandíbulas apretadas y la boca tensa. El rojo tiñó sus pómulos, y su respiración se detuvo.

Will ahuecó la mano y tomó con ella el pecho desnudo.

Fue en ese momento que Molly advirtió que el duelo había terminado, y que ella, duelista magistral como era, había sido superada. Por primera vez en su vida, la habían conquistado. Ella, que normalmente arcilla a los hombres con sólo una mirada, era ahora arcilla en las manos de este hombre.

Nunca había perdido la cabeza por obra de los besos. Nunca por acto del amor. Nunca la había perdido por los hombres. Pero ahora sus sentidos estaban flotando, y se sentía perturbada más allá de todo control.

Estaba perdiendo la cabeza por Will.

Ante esa evidencia, su corazón se sacudió a la par que sus rodillas.

30 Húmeda y ardiente, la boca de Will se cerró sobre su pezón. Molly lo aferró de los hombros, musitando su nombre entre jadeos mientras su piel era recorrida por exquisitos temblores de placer. El la acercó más a sí, le rodeó la cintura con un brazo, en tanto su boca la llevaba a la locura y su mano liberaba el otro pecho.

Molly sintió el duro bulto que tensaba sus pantalones. Se apretó más aún, frotándose contra él, sintiendo que por sus muslos bajaban oleadas de calor. Sus movimientos dispararon locas explosiones de deseo en su propio cuerpo. Qué provocaron en él, no pudo saberlo, porque súbitamente todo había cambiado. Por una vez en la vida, en lo único que podía pensar era en ella y en lo que ella necesitaba.

Necesitaba que él le hiciera el amor. Allí. En ese momento.

Sintió una mano de él en el centro de su espalda. Sin vacilar, encontró y soltó el cierre de su sujetador. Los tirantes se deslizaron hasta sus codos.

Will tomó la prenda de encaje, tiró de ella y la arrojó a un lado, sobre el suelo.

Era su mejor sujetador, el más caro, pero Molly ni siquiera se dio cuenta.

Del otro lado de la habitación, percibió un movimiento reflejado en un espejo de cuerpo entero que estaba adosado a la puerta ligeramente

entreabierta de un armario y que no había visto hasta el momento. Ella se hallaba de pie, en posición oblicua con respecto al espejo y volvió la cabeza para ver su imagen reflejada en él. Así lo hizo y contempló con el pulso acelerado, la escena más camal que viera en su vida: ella, desnuda hasta la cintura con el oscuro pelo cayendo en cascada sobre sus hombros y los labios hinchados por los besos de Will, los ojos enormes y con expresión enajenada y las mejillas arreboladas por el deseo. Sus pantis bien podían no haber existido. No ofrecían cobertura alguna para las diminutas bragas blancas, única prenda que la separaba de la desnudez completa. Sus zapatos de tacón color tostado se fundían con el color de su propia piel, haciendo que sus piernas parecieran increíblemente largas y el estómago chato, el trasero redondo y la cintura flexible. Sus pechos tenían el tamaño de naranjas, y como ellas, firmes y maduros. Su blanca redondez estaba coronada por pezones rosados, brillantes aún por la humeda boca de Will dejara en ellos. Una de las bronceadas manos de él, de largos dedos, aún descansaba sobre su espalda. Se destacaba, oscura sobre el cremoso tono de su piel, en una postura íntima y posesiva.

Will aún estaba completamente vestido, advirtió Molly, mirando más allá de su propia imagen. Los puños de su camisa seguían abrochados, como parte de la pechera, un fino cinturón sostenía aún sus pantalones y llevaba todavía sus calcetines y sus zapatos.

En tanto ella estaba desnuda, o casi, en sus brazos.

Sus miradas se encontraron en el espejo.

-Eres hermosa -dijo él.

Mientras ambos se miraban, la mano de él subió hasta su pecho y lo acarició. Deslizó el pulgar sobre su ya inflamado pezón. La caricia encendió su cuerpo como si fuera una bengala. Molly contuvo la respiración. Sintió que se le doblaban las rodillas y tuvo que aferrarse a sus hombros para no caer.

-Te deseo -la voz de Will se había vuelto espesa de pronto.

Sin previo aviso, la rodeó con un brazo, mientras el otro se deslizaba por debajo de sus rodillas. Entonces la habitación realmente se inclinó cuando fue alzada en vilo y transportada a la cama. Allí la bajó, para luego acostarse a su lado; el peso de él sobre el colchón hizo que ella girara y lo enfrentara. Se arrojó en sus brazos con todas sus ganas, envolviendo su cuello con los brazos, buscando su boca. El la besó con tal tórrida avidez que su mente quedó reducida a papilla y su cuerpo a una llamarada.

Las manos de Will ardían al deslizarse bajo la cintura de sus pantis, bajándolos hasta las caderas. Metió la mano por dentro de sus bragas, apoyando la palma contra su estómago, haciéndole sentir la suavidad de sus dedos cuando estos encontraron y acariciaron el triángulo de sedosos rizos entre sus muslos. Luego le quitó los pantis y deslizó los dedos entre sus piernas.

¡Oh, sí! -jadeó Molly, con la boca pegada a la de él cuando él encontró el pequeño botón que aguardaba su contacto. Se recreó en él, apretando y acariciando hasta que ella creyó morir de deseo. Se retorcio desesperadamente con el contacto de esa mano experta y gimió una protesta

cuando él la retiró de allí. Su cuerpo también se apartó de ella.

Molly ¡Oh, sí! -jadeó Molly, con la boca pegada a la de él cuando él encontró el pequeño botón que aguardaba su contacto. Se recreó en él, apretando y acariciando hasta que ella creyó morir de deseo. Se retorcio desesperadamente con el contacto de esa mano experta y gimió una protesta cuando él la retiró de allí. Su cuerpo también se apartó de ella.

Molly quedó temblando, mientras él se sentaba y le quitaba lo que le quedaba de ropa. Nunca supo cómo fue que perdió sus zapatos, cuando él terminó de vestirla con rápida eficiencia.

Will ya estaba quitándose la ropa con rapidos movimientos. Molly lo contempló mientras se desabrochaba la hebilla del cinturón y se sentó para ayudarle con los botones de la camisa. Pronto la distrajo de esa tarea la absoluta belleza masculina del pecho que había desnudado.

Amplio y musculoso, cubierto en el medio por una mata de rizos castaños con el extremo dorado, clamaba por sus caricias. Así lo hizo, deslizando con deleite sensual las palmas de las manos sobre el duro contorno de ese pecho. Una vena palpitaba en la base de la garganta de Will. Ella inclinó la cabeza para besarlo en ese lugar cuando finalmente él se soltó el cinturón y se puso de pie para quitarse los pantalones. Con los brazos en tomo de su cuello, Molly se negó a soltarlo, quedando así arrodillada en la cama, desnuda, depositando un collar de besos desde el hueco de su garganta hasta el medio de su pecho.

Junto a los pantalones, en el mismo movimiento Will se quitó la ropa interior y los zapatos. Enderezándose, deslizó una mano sobre las nalgas de Molly y a lo largo de su columna vertebral y luego dedicó su atención al botón que cerraba el puño izquierdo de su camisa blanca, aún abotonada en las muñecas.

Mientras tironeaba del poco cooperativo botón con impaciencia inusual en él, la mirada de Molly encontró su miembro: estaba hinchado, enorme, rígidamente erecto. Molly agachó la cabeza y tomó esa cosa ardiente en su boca.

Por un momento, Will permaneció inmóvil. Contuvo la respiración. Luego tomó la cabeza de Molly en sus manos y la apartó de allí, arrojándola sobre la cama, y cayendo sobre ella. Apenas Molly sintió que su espalda se apoyaba en la colchón, Will entró violentamente en ella. Molly no pudo llenos que gritar ante el brutal placer que sintió. El cubrió su boca con los labios, acallándola.

Abrazándola con violencia, la aplastó contra él. La besó ferozmente, ávidamente, con una boca y una lengua que Molly sintió de una humedad ardiente. Devolvió los besos con su propia pasión abrasadora. Pasó las manos por debajo de la camisa que aún no había podido quitarse, clavando las uñas en su espalda, su cuello, arqueando las caderas para acompasarse a sus frenéticos embates. Will estaba tan ardiente que ella se sintió marcada a fuego, tan enorme que colmaba su interior hasta el estallido. La había penetrado con tal urgencia que hizo que ella se retorciera, se estirara y se sacudiera en concordante respuesta. La besó en la boca, en el cuello, en los pechos. Deslizó su mano entre los cuerpos de ambos para tocarla en el lugar en que ambos se unían. Molly hundió la cara en el hueco entre su cuello y

Librodot

su hombro y le envolvió las caderas con las piernas, gimiendo, temblando, mientras eléctricos arcos de éxtasis danzaban desde su cuerpo hasta el de él.

Ella, que estaba acostumbrada a tener el control, estaba siendo controlada. Estaba dominándola, tomando de ella lo que deseaba, y era la experiencia más erótica, más devastadora, de toda su vida.

La estaba haciendo suya, y ella gozaba con eso.

-¡Will, oh, Will! ¡Oh, Will! -el orgasmo, al llegar, fue enloquecedor.

Detonó dentro de ella con la fuerza de una explosión, estallando por todo su cuerpo en onda tras onda de llamaradas que la consumían.

Sintió que daba vueltas y vueltas en una tormenta de fuego, apenas consciente del gemido de respuesta de Will cuando embistió profundamente dentro de su cuerpo tembloroso y comenzó a palpitar en su interior.

Molly aún abrazaba su espalda cuando él se estremeció y cayó exhausto sobre ella.

Detalles mínimos -como los pies fríos, el cobertor amontonado en un incómodo bulto bajo su espalda o sus ganas de estornudar- se le aparecieron de golpe. No debían de haber pasado más de veinte minutos desde que había entrado con él a esa habitación, calculó Molly, pero en ese breve período todo su mundo se había movido de su eje.

Lo que más temía había sucedido: se había enamorado de Will.

31 Molly quedó aterrada cuando hizo ese descubrimiento. Permaneció muy quieta, observando el trabajado cielo raso blanco, tratando de apartarlo de sí.

Había una telaraña en uno de los ángulos.

Will aún yacía tumbado sobre ella, y pesaba una tonelada.

El detector de humo, ubicado cerca del techo, tenía una luz que parecía un diminuto y parpadeante ojo rojo.

Sus manos descansaban sobre la poderosa espalda de Will, por debajo de la camisa que todavía llevaba puesta. Sentía su piel caliente y húmeda de sudor.

Una grieta marcaba una de las esquinas del cielo raso.

Will volteó la cabeza y su mandíbula, en la que ya asomaba la barba, raspó la mejilla de Molly. Dio un suave apretón a su cintura y apretó su boca contra la tierna piel bajo su oreja.

Molly se puso rígida y empujó a Will por los hombros.

El alzó la cabeza y le sonrió. Fue una sonrisa dulce, conmovedoramente llena de ternura, exactamente como la mirada que mostraban sus ojos.

Molly sacó las manos de debajo de la camisa, tratando de no sentir satinada textura de su piel, la elasticidad de sus músculos. No quería conocer de él más de lo que ya conocía.

Que ya era demasiado.

-Déjame levantarme, por favor.

-¿Ahora?

Él frunció levemente el entrecejo, pareció considerar que Molly tendría una urgente razón para pedir algo semejante y rodó para apartarse de ella. Molly se deslizó de la cama y se puso de pie, mirando alrededor en busca de sus ropas, tratando de no advertir que ahora él estaba acostado de espaldas, con las manos cruzadas bajo la cabeza, observándola.

Conservaba aún la camisa abierta que le cubría apenas los brazos y los costados del pecho y los calcetines, el resto estaba desnudo. Pero parecía no preocuparle.

Ella también estaba desnuda. Su primera reacción instintiva fue buscar algo, cualquier cosa, con que cubrirse. La mirada de él sobre su cuerpo era atenta, apreciativa, y la inquietaba profundamente. Pero cubrirse habría puesto de manifiesto esa inquietud, y esa revelación la haría vulnerable. No se atrevía a mostrar debilidad en todo lo concerniente a Will.

De manera que se quedó a los pies de la cama, desnuda, fingiendo que su desnudez no le importaba. Mantuvo la cabeza orgullosamente en alto y la sacudió para apartarse el pelo de la cara, permitiendo que la mirara cuanto quisiera y diciéndose que el estar en exhibición no la molestaba en absoluto, aunque eso no fuera cierto.

Era una consumada experta en el arte de ofrecer al mundo un rostro invulnerable, lo que la había ayudado no poco en la vida. Su esencia, la parte más vulnerable de su personalidad, estaba cuidadosamente oculta bajo una dura caparazón, como una perla en su valva.

Había aprendido que era la única manera de sobrevivir.

Al costado de la cama, estaban tirados los pantalones de Will.

Prácticamente estaban vueltos del revés. Su billetera, algo de cambio menudo y una caja de condones aún cerrada habían caído de los bolsillos y yacían desparramados sobre la alfombra. Molly supuso que había comprado los condones en honor de ella. No llegó a usarlos. Su orgasmo, cuando llegó, había sido demasiado abrasador, demasiado rápido, demasiado estremecedor para dar lugar a tales cuestiones prácticas.

Cuando por fin vio sus bragas y sus pantis, y luego sus zapatos, Molly se agachó para recogerlos, moviéndose con sinuosa gracia.

Huir despavorida -actitud que se hubiera correspondido mejor con su estado de ánimo- habría significado rebajarse ante él.

-¿Qué estás haciendo? -era una pregunta morosa.

-Me visto -la réplica de Molly fue breve.

Mientras ella recogía su sostén y el vestido oyó, más que ver, cómo Will se sentaba en la cama.

-¿Qué sucede?

Cuando se atrevió a mirarlo, Will estaba frunciendo el entrecejo. Sentado como estaba en el medio de la cama con el pelo revuelto y las rodillas s dobladas, vestido con sólo una camisa abierta y calcetines negros, era lo más atractivo que había visto en su vida.

-Detesto hacer el amor con hombres que no se quitan los calcetines -dijo de mala manera, recogiendo su bolso y dirigiéndose al baño. El pasó las piernas por el borde de la cama, pero ya era tarde. Molly alcanzó el baño Y cerró la puerta tras ella, echando llave.

Luego apoyó la frente contra la fría madera pintada de verde.

El tirador se sacudió.

-Molly. Déjame entrar.

Ella se apartó de la puerta, dando un paso atrás.

-Estoy ocupada -dijo, e hizo correr el agua para probarlo.

-Molly.

-Vete -dijo ella, apoyando sus cosas sobre la tapa del inodoro.

Su imagen, reflejada en el espejo, atrajo la mirada de Molly. Su pelo era un revoltijo, tenía la boca hinchada por los besos, y en sus ojos había una expresión extraña, casi escandalizada. No se permitió mirar más abajo.

Si su cuerpo mostraba las huellas de haber hecho el amor con Will, no deseaba verlo.

-¡Molly!

-¡Estoy duchándome! -gritó, apartándose del espejo y acompañando sus palabras con la acción.

Cuando dejó la lluvia de agua caliente, se sentía más serena, compuesta y nuevamente controlada. Se secó, se vistió, se cepilló el pelo y retocó su maquillaje. Cuando hubo terminado, nadie habría sospechado que acababa de tener una sesión de sexo que rajaba la tierra con el hombre que amaba.

El hombre que amaba. La sola idea hizo que la recorrieran estremecimientos de pánico. Se negó a considerar siquiera esa cuestión.

Amar a alguien era asegurarse que le rompieran a una el corazón. Lo había aprendido en muchas duras lecciones a lo largo de otros tantos duros años.

Había sido una tonta en permitir que las cosas con Will llegaran tan lejos.

¿En qué diablos había estado pensando? ¿Cómo pudo no haber previsto que su atávico anhelo de un hombre fuerte y afectuoso que cuidara de ella se mezclaría con una potente química sexual y una buena medida de atracción genuina para lograr un resultado altamente explosivo?

Agréguese una dosis de sexo enloquecedor, y naturalmente, se había enamorado de él. Era una receta infalible.

¿Suponía ella cuál sería el resultado? ¿Que él iba a tomarla en sus brazos e ir con ella hasta perderse en el crepúsculo y que serían felices por siempre jamás? El regresaría a Chicago en un par de semanas. ¿Pensaba ella acaso que la llevaría con él? ¿Con niños, perro y todo lo demás?

Sí, claro. Una cosa que había aprendido era que los finales felices no existían en la vida real.

Detrás de la puerta del baño todo era silencio. Molly aguzó el oído pero no pudo oír nada. Sabía, sin embargo, que no la había dejado sola, Estaba ahí, afuera, y debía enfrentarlo.

Molly enderezó los hombros, alzó la barbilla y tomó su bolso. Luego abrió la puerta del baño y salió a la habitación.

Will estaba sentado en uno de los sillones grises de pana. Tenía puesta su camisa blanca, abrochada hasta la mitad del pecho, un par de calzoncillos celestes y sus calcetines negros. Tenía las piernas cruzada, y balanceaba perezosamente el pie. Estaba bebiendo un vaso de leche, que apoyó sobre la mesa al salir ella.

-¿La úlcera está molestando? -preguntó Molly, con sonrisa burlona. Quería arrojarlo de sí por cualquier medio, intentando salvar lo que quedaba de su corazón antes de que se le metiera más adentro aún. Utilizar el conocimiento que tenía sobre su úlcera era jugar sucio, lo sabía, cuando era algo que él había puesto en sus manos en compensación por lo que supo acerca de su madre. Pero jugaría sucio si se veía obligada a hacerlo, para resguardarse del dolor.

-Se podría decir que sí.

Si ser ridiculizado a causa de su úlcera le molestaba, Will no demostró nada. En lugar de eso, bebió un nuevo sorbo de leche. Sus ojos la recorrieron, pensativos, antes de volver a su rostro.

-¿Puedes llevarme a casa, por favor? Se está haciendo tarde.

-Apenas son las nueve.

-Estoy cansada.

-Ha sido una salida más bien breve, ¿no te parece?

Molly se encogió de hombros.

Will se puso de pie, y fue hacia ella. Molly se obligó a no retroceder. Se mantuvo en su sitio, con la barbilla en alto. Tenía puestos sus tacones, él sólo los calcetines, así que su cabeza llegaba casi hasta los ojos de Will.

Aun así, él era mucho más grande, de poderosa estructura ósea y muscular, y bien sabía ella, por la experiencia reciente, que la superaba en más de treinta y cinco kilos.

Era lógico que le intimidara. Y así lo hizo, pero no con su tamaño. Ella sintió que la intimidaba lo que él le hacía sentir.

Will se plantó frente a ella, alzando las manos para tomarla de los brazos.

Molly se liberó de su contacto con un movimiento brusco.

Will la miró un momento con expresión especulativa y luego cruzó los brazos sobre el pecho.

-¿Qué sucede, Molly? -en esta oportunidad, su pregunta sonó casi tierna.

Molly apretó los labios:

-No sucede nada.

Will lanzó un suspiro:

-Eso es lo que siempre dicen las mujeres cuando efectivamente sucede algo. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que de repente te has enfadado conmigo. La pregunta es: ¿por qué?

-No estoy enfadada contigo. Sólo quiero ir a casa. Si no me llevas tú, me iré andando.

-¿Más de treinta kilómetros, en mitad de la noche? No lo creo.

-Haré autostop, entonces. O le pediré a Ashley que venga a recogerme.

El la miró. Algo en su rostro debió convencerlo de que hablaba en serio, porque su tono cambió:

-¿De veras quieres ir a casa?

-Sí.

-Te llevaré entonces. Deja que me vista.

Molly procuró no mirar cuando él se dirigió al armario y sacó de él un equipo de gimnasia, que arrojó sobre la cama. Los calzoncillos que llevaba eran ceñidos y cubrían sólo el nacimiento de sus muslos. Ella no pudo evitar advertir que él tenía piernas muy bien formadas, bronceadas, musculosas y cubiertas de vello. Will desabrochó su camisa y se la quitó con un movimiento distraído, como si se encontrara solo, en tanto ella pasaba su peso nerviosamente de un pie al otro, intentando mirar a cualquier cosa menos a él.

-Hay coca-cola en el refrigerador, si deseas. La traje especialmente para ti.

Ella lo miró directamente, y eso fue un error. Sólo llevaba puesto sus calzoncillos celestes. Su cuerpo, al que no había echado una mirada a fondo más temprano, estaba ahora expuesto en toda su gloria. Era espléndido. Los hombros estaban bronceados, y eran amplios, con una fuerte musculatura, al igual que sus brazos. Su pecho era ancho, sin un gramo de más, y estaba cubierto por la cantidad adecuada de rizado vello dorado. El vientre aparecía surcado de duros músculos por encima de la cintura de sus calzoncillos. Tenía las caderas estrechas, y las piernas largas y fuertes.

Molly lo contempló y luego apartó su mirada. Lo que había pasado entre ellos dos no debía repetirse. No iba a permitirse sentir el menor asomo de deseo por él. Ni de ninguna otra emoción.

-No quiero coca-cola -dijo.

-También hay algo de comida en el refrigerador. Pollo frío.

Will se puso los pantalones y los subió hasta la cintura, con movimientos tan pausados como si para ello dispusiera de toda la che.

-No tengo hambre.

-La tenías, más temprano -la frase tenía un doble sentido que a Molly no se le escapó.

-Ya no tengo más -dijo brevemente.

-¿Así que todo esto es, vamos, porque no me quité los calcetines?

Will ató el cordón del pantalón del chándal en tomo de su cintura. Molly volvió a apartar la mirada.

-¿Puedes darte prisa, por favor? De verdad, quiero ir a casa.

-¿Por qué? La última vez que saliste con alguien llegaste poco antes de la medianoche.

Will pasó la camisa deportiva sobre su cabeza e introdujo los brazos en las mangas. Al igual que los pantalones, la camisa era gris y llevaba en el pecho la sigla de un emblema deportivo.

La salida a la que se refería había sido con Jímmy Miller, por supuesto, y Will había estado ferozmente celoso del resultado. La existencia de esos celos relampagueaba en el aire entre ellos dos, aunque el tono que él empleó fuera amable. Molly pensó en la marca del cuello, sintió que este quemaba, en silencioso recordatorio de que ahora llevaba una nueva cortesía de Will- y la borró de su memoria.

-Oye, ¿acaso eres de esos tipos que tienen que embrollar las cosas al final? Tuvimos sexo, ¿de acuerdo? Tú lo deseabas y yo lo deseaba, y lo hicimos, y eso ya es parte del pasado. La vida continúa, ¿no?

Durante uno o dos segundos, Will se limitó a mirarla.

-¿Estás tratando de decirme que, en lo que a ti concierne, soy sólo una aventura de una noche? -Will sonó casi divertido.

Molly cruzó los brazos sobre su pecho y lo observó mientras él se ponía unas zapatillas negras y ataba los cordones. Ella estaba con los nervios de punta, inquieta como una rana en una sartén, y los movimientos deliberadamente lentos de Will eran todo lo que necesitaba para volverse loca.

-No lo diría en esos términos, pero sí, es más o menos así -le espetó.

-¿Algo así como "No me llames, yo te llamaré"? -preguntó él, poniéndose de pie.

-Sí.

Will fue hacia ella, ya completamente vestido, increíblemente atractivo con su chándal gris. No sonreía. Molly esperaba.... ¿qué? ¿Que él tentara tomarla en sus brazos y la besara? ¿Que le dijera que se estaba comportando como una tonta y le rogara que reconsiderara su decisión?

¿Qué se enfadara o ha hiriese o le rogara?

-Si eso es lo que deseas... -dijo Will encogiéndose de hombros, y le alcanzó su jersey pardo, que estaba sobre una silla.

32 Cuando llegaron a la casa, Will insistió en acompañarla hasta la puerta.

Molly avanzó delante de él, pasando al lado de Pork Chop, que los saludó con los inevitables ladridos de placer. Las luces de la casa estaban todas encendidas. Las ventanas estaban resplandecientes de incandescente luz amarilla. El porche estaba en sombras, aunque algo se podía ver.

Cuando llegó a la puerta, Molly se volvió para enfrentar a Will que, naturalmente, la había seguido hasta allí.

-Ya ves que nadie estaba esperándome para atacarme, ¿de acuerdo? Ya puedes irte.

-No hasta que hayas entrado -dijo Will, con calma.

Estaba actuando con tan buen talante, teniendo en cuenta que había sido desairado, que esto llenaba de ira a Molly. Todos los otros amigos que había tenido, se hubiera acostado con ellos o no -y, a decir verdad, lo había hecho con muy pocos-, a estas alturas estarían pidiendo una explicación. De hecho, el desaire parecía actuar sobre los hombres como el más poderoso de los afrodisíacos. Cuanto mayor era el rechazo, más abyectamente se arrastraban a los pies de una.

Excepto este hombre.

-Muy bien -dijo bruscamente Molly, girando para empujar Y abrir la puerta batiente y poner la llave en la cerradura. Cuando abrió la puerta vio que la luz estaba encendida; sin embargo la habitación estaba desierta. Se oía la televisión en la sala, y supuso que sus hermanas estarían allí.

-Molly, ¿eres tú? -gritó Ashley, confirmando su suposición.

-Sí, soy yo -respondió Molly, y se volvió hacia Will, impidiéndole el acceso a la casa.

-Algo me hace pensar que no estás invitándome a entrar.

Otra vez sonaba casi divertido. Sostenía la puerta batiente por el marco, de forma que ella no pudo cerrarle la puerta en la cara.

-Has adivinado.

-¿No me darás un beso de despedida?

Molly ni siquiera se dignó responder.

-¿Qué pensarán tus hermanos?

¿Acaso este hombre estaba burlándose de ella, por difícil que fuera imaginar algo semejante? Molly apretó los dientes.

-Para decirte la verdad, eso me tiene sin cuidado. Sólo quiero que salgas de aquí y que salgas de mi vida.

Se produjo una breve pausa y luego Will le sonrió:

-Estás olvidando algo, creo.

-¿Qué? -preguntó Molly, con suspicacia.

-Te sientas como te sientas con respecto a mí en lo personal, profesionalmente nada ha cambiado. Todavía trabajas para mí, todavía harás lo que yo te diga, y para todo y para todos todavía soy tu novio. ¿Lo has comprendido?

Molly se quedó mirándolo. Había olvidado eso. No le sería posible arrancarlo de su vida. Tendría que tratar con él, todos los días, hasta que regresara a Chicago.

Bajo sus condiciones.

-Vete ya y duerme, cariño -dijo Will, con tono amoroso.

Por el rabillo del ojo, Molly vio que Ashley entraba en la cocina y supuso

que el tono cariñoso estaba destinado a que lo oyera su hermana. A continuación, Will pasó la mano por su nuca, e inclinó la cabeza para darle un rápido beso en la boca.

-No vuelvas a hacer eso -gruñó Molly cuando la soltó, de manera que sólo él pudiese oírla.

Para terminar de ponerla totalmente furiosa, le dio un paternal pellizco en la barbilla, saludó alegremente a Ashley y luego, sólo entonces, abandonó el porche.

Molly no pudo siquiera darse el gusto de dar un portazo. Con Ashley lomo testigo, tuvo que cerrar la puerta suavemente y contentarse, para dar rienda suelta a su mal humor, con la secreta ferocidad con que echó llave.

-Llegaste temprano -dijo Ashley, con toda inocencia-. ¿Will no quiso entrar?

Molly sonrió forzadamente a su hermana, y procedió a decir la primera de lo que pintaba ser una larga sarta de mentiras.

Después se retiró a su alcoba, se acostó y permaneció despierta el resto de la noche.

Alrededor de la medianoche, Will se encontró pasando con el coche nuevamente frente a la casa de Molly. Después de dejarla, había utilizado el inesperado tiempo libre para completar su interrumpido registro de la oficina de Howard Lawrence. En esta oportunidad encontró algo más que interesante: una nota de chantaje. 0, al menos, algo que parecía serlo.

Armada con letras de diferentes tamaños, recortadas de revistas y pegadas en papel ordinario de máquina de escribir, la nota decía simplemente: Sé Lo qUe haS hECho. No contenía ninguna amenaza concreta, ni exigía ninguna clase de pago. Eso llevó a Will a suponer que era sólo una entre toda una serie de notas, pero no pudo encontrar otra.

Aun así, su instinto, que raramente se equivocaba, le indicó que ahí estaba la clave: el detonador de toda la cuestión. Nunca había creído la historia del suicidio de Lawrence. Su conocimiento del hombre le señalaba que no daba el tipo. Aquí estaba la prueba concreta de que tenía razón. Alguien, de alguna manera, aparentemente se había enterado de que Lawrence estaba informándolo, y había descubierto un terreno propicio para el chantaje. ¿Se lo había matado por esa razón? Parecía probable.

No encontró ningún sobre -un remitente era realmente esperar demasiado-, y el papel no estaba plegado como debería haberlo estado en caso de haber sido enviado por correo, de manera que Will dedujo que había sido entregado personalmente. Lo primero que haría en la mañana sería enviarlo al laboratorio a que se le tomaran las posibles huellas dactilares que hubiera en él. Controlaría también los resúmenes bancarios de Lawrence en busca de reintegros que parecieran fuera de lo normal. No era que pensara que era posible que el entrenador le pagara a su chantajista con un cheque, pero cualquier transacción poco habitual serviría para confirmar su teoría.

Era la primera pista que tenía en este caso desde la muerte de Lawrence. A pesar del desastre ocurrido con Molly esa noche, Will se sintió casi contento cuando regresó a Lexington.

Librodot

Aunque no quedaba precisamente de paso, Will dio un rodeo para tomar la carretera que pasaba frente a la casa de Molly. En general, la gente que trabajaba con los caballos eran amigos de acostarse, y también de levantarse, muy temprano, y prácticamente todas las casas por las que pasó estaban a oscuras. La de Molly no era una excepción . Estaba oscura y en silencio bajo el cielo estrellado. El único movimiento era el de las ramas del nudoso roble, que se mecían en el patio de adelante, y de las sombras cambiantes provocadas por las nubes que jugaban con una luna fantasmal.

Molly y los demás estarían durmiendo.

Era un idiota redomado por eso de estar pasando frente a su casa en medio de la noche, lo sabía. Will pensó en el palurdo muerto de amor y casi lanzó un bufido. Ciertamente en él la cosa no era para tanto. O, al menos, si lo era, maldito si iba a dejar que se notara.

Todavía no podía imaginar qué era lo que había andado mal entre Molly y él esa noche, pero de algo estaba seguro: una de las verdades universales de la vida dice que, cuanto más esfuerzo se pone en perseguir algo, más velozmente se escapa. Estaba demasiado viejo como para ir tras Molly, gimoteando, después de que ella decidiera irse.

En ese caso, la técnica adecuada era irse él también.

Aunque en este caso era difícil. La sesión de sexo que habían tenido había sido fantástica, y no había sido suficiente para saciar su apetito.

Quería más. Mucho más.

Daba la impresión de que iba a tener que trabajar para conseguirlo.

Tonto, se dijo por enésima vez. Había sabido desde el principio que estaba cayendo en una trampa. Una trampa tendida por una pequeña diablesa que masticaba a los hombres y los escupía como si fueran goma de mascar.

¿Qué había esperado él? Ciertamente no algo para toda la vida. No estaba dispuesto para algo duradero. No quería algo duradero.

Quería llevar a Molly a la cama y tenerla allí durante un mes, y luego…

Luego probablemente tendría que apartarla de su vida. Se despediría de ella, volvería a Chicago y continuaría su vida.

Pero el que debía marcar la ruptura era él, maldito sea. No ella. Y menos aún tan rápido.

Will casi había dejado atrás la casa de Molly cuando lo vio: una figura oscura deslizándose en el patio. Incapaz por un momento de creer lo que estaba viendo, Will parpadeó, miró fijamente… y poco faltó para que chocara contra un árbol.

Después de frenar a tiempo, su primer impulso fue irrumpir en el patio, saltar sobre la figura y atraparlo ahí, en ese momento.

Retrocediendo, se metió por un sendero de barro lleno de baches que corría en medio de un grupo de sicomoros no muy lejos de la casa, desactivó la luz interior del coche para poder abrir la puerta sin ser visto y se apeó del coche. En su mano sostenía la pistola que solía llevar en la guantera.

Librodot

La luna estaba alta en el cielo y derramaba toda su luz. Will rodeó el perímetro del patio, manteniéndose en la protección de las sombras, obser vando cuidadosamente los arbustos cercanos a la casa. Eran de alguna especie de ligustro, demasiado crecidos, con una urgente necesidad de ser podados. Ofrecían una protección perfecta para cualquier merodeador o ladrón que anduviera por ahí.

Por un instante, Will creyó que había llegado tarde: cualquiera hubiese estado rondando la casa, ya se habría ido.

Entonces, al dar vuelta en una de las esquinas, vio una silueta oscura que se arrastraba por la parte trasera. De hecho, se arrastraba hacia la ventana de la alcoba de Molly.

Will se sintió repentinamente furioso.

Agachado, con la pistola en alto, Will corrió tras la figura. El intruso miró a su alrededor, lo vio y salió corriendo.

-¡Alto!

Will apuntó la pistola hacia la figura que huía, que no dejó de correr.

Lanzando maldiciones, Will guardó la pistola bajo el cinturón y corrió tras ella. Sería el desgraciado que Susan había visto la noche aquella que bailó con Molly, no le cabía duda. Podría ser, incluso, el degenerado que había herido a la yegua. Quienquiera que fuese, no tenía nada que hacer bajo la ventana del cuarto de Molly.

Sus días como salteador de caminos, y de casas, habían terminado cuando Will le dio alcance en una carrera típica del juego de policíaladrón.

En cuestión de minutos estuvo a la par del sujeto y lo derribó con una zancadilla, no muy lejos de la carretera.

Sólo cuando tuvo al merodeador dominado bajo el peso de su rodilla sobre la columna vertebral y uno de los brazos sostenido fuertemente contra la espalda, advirtió que había capturado a un chico.

Mike, para ser preciso. La oscura cola de caballo y el brillante pendiente lo hacían inconfundible.

-¡Estúpido mocoso de mierda! -dijo Will, aflojando ligeramente la presión, pero sin soltarlo, dando gracias a Dios por no haber sido nunca uno de aquellos que disparan primero y preguntan después-. ¿No sabes que debes detenerte cuando alguien te da la voz de alto? Podría haberte disparado.

-Sal de encima mío, cretino -jadeó Mike por encima del hombro.

-¿Qué estás haciendo afuera a esta hora? Es más de medianoche.

-Lo que esté haciendo afuera no es de tu incumbencia. El que te estés follando a mi hermana no te da derechos sobre mí.

-Eh -dijo Will, apretando nuevamente la llave con que lo tenía sujeto.

-¡Suéltame!

-No hables así de tu hermana.

-Es mi.hermana, y voy a hablar de ella como me salga de las narices.

Ahora déjame...

-¿0 qué, muchacho duro? -Will cambió de posición y lo cacheó rápidamente con una mano. Los bolsillos del chico estaban repletos.

- ¡No puedes hacer eso! ¡Te mataré! ¡Juro por Dios que lo haré!

Mike se debatió inútilmente mientras Will sacaba de sus bolsillos un variado surtido de objetos. El último de los tesoros que apareció fue un condón abierto, conteniendo lo que parecía ser una pequeña cantidad de tabaco. Will hizo una mueca y balanceó el condón frente a la cara de Mike.

-¿Qué es esto, campeón?

Mike dio un tirón particularmente violento, y cuando vio que no había servido para sacarse de encima a Will, lanzó una sarta de palabrotas que habrían impresionado a la propia Madonna. Will ni se movió.

-Nada que te interese, eso es lo que es -dijo finalmente Mike, vencido.

Muy bien -Will mantuvo la rodilla sobre la espalda de Mike. Sosteniendo firmemente el brazo de Mike con la mano, quedó un momento en silencio y luego dijo-: Según mi punto de vista, tienes tres opciones: puedo llamar a la policía en este mismo momento, y entregarles esta interesante sustancia; o bien, podemos despertar a Molly, contarle toda esta historia y dejar que ella decida qué hacer; o puedes venir conmigo e intentar convencerme de por qué no debería hacer nada de todo eso.

Mike pareció considerar lo que acababa de escuchar. De todos modos, dejó de debatirse.

-¿Ir contigo adónde? -preguntó, suspicaz. Al igual que su hermana, no era precisamente confiado.

-A mi coche. Está aparcado al costado de la carretera.

-¿Qué, eres alguna clase de pervertido? Si crees que voy a darte una mamada o algo por el estilo a cambio de tu silencio, puedes ir olvidándolo.

Will apretó la presión sobre el brazo de Mike, y este lanzó un grito.

-Otro comentario como ese y te quedarás sin opciones -dijo seriamente Will.

-¡Muy bien, iré a tu coche! -dijo Mike, con la voz entrecortado.

-No oigo ninguna disculpa.

-¡Lo siento!

-Eso está mejor.

Will soltó a su prisionero y se puso de pie. Mike también lo hizo, y volvió a poner en sus bolsillos las pertenencias que Will había requisado. Sin embargo este conservó el condón, que guardó en su bolsillo.

-Cretino - musitó Mike.

33 - Escápate, y llamo a la policía -dijo Will, sabiendo que el chico estaba pensando exactamente en eso. La expresión resentida de Mike se lo confirmó.

-Vamos.

Will se encaminó hacia su coche. Con una rápida ojeada comprobó que Mike iba tras él. Se sentó tras el volante, volviendo la pistola a la guantera en el momento en que Mike se sentaba en el asiento contiguo.

-¿Estabas entrando o saliendo? -preguntó Will cuando Mike cerró la portezuela.

Adentro del coche estaba oscuro, pero a pesar de la penumbra pudo ver la expresión en el rostro de Mike. El muchacho le lanzó una mirada de Profundo disgusto.

-Entrando.

-¿Adónde has estado?

-¿Acaso es asunto tuyo?

Will lo miró de frente:

-Sí, lo es.

La expresión de Mike se volvió más hosca aún:

-Me encontré con algunos amigos.

-¿En la caballeriza de Sweet Meadow?

-No somos idiotas.

-¿Encontraron, bueno, un nuevo lugar para sus encuentros?

-Sí.

-¿Y qué sucede con la marihuana? -preguntó Will.

-A veces la fumo. ¿Y con eso qué?

-Con eso, pues que es ilegal, y si te pescan con ella encima puedes terminar en un correccional para menores. Por no hablar de lo mucho que eso lastimaría a tu familia y de lo mucho que te costaría salir de ese problema, si es que alguna vez lograras hacerlo.

Mike se encogió de hombros.

-También es muy idiota, porque los policías ya te tienen vigilado. Saben que eras uno de los jóvenes que estaban en esa caballeriza, pero no lo pueden probar. Esa clase de cosas enfurece a la policía. Te pescan con un porro encima, y estás apañado. También les gustaría endilgarte alguna cosa más, como las mutilaciones de los caballos. Así que métete en problemas, y estarás colaborando con ellos.

-Eso es pura mierda. Jamás toqué a ese caballo.

-Eso es lo que dijo Molly, y yo creo en su palabra. Pero los policías no lo saben. Creen que tú, y quizás algunos de tus amigos, lo hicieron, y si te pescan con algún porro es todo lo que necesitan para armar un caso contra ti.

-Aunque me pesquen, ¿qué pueden hacerme? Tengo catorce años.

-Si el delito es lo suficientemente serio, pueden acusarte tanto corno a un adulto. Eso implica un correccional para menores hasta que tengas dieciocho años, y después una cárcel para adultos. ¿Has estado alguna vez en un correccional, Mike?

Librodot

-No -contestó Mike. A continuación, dijo-: Molly sí. Dice que no era tan malo.

Will se quedó callado un instante, procesando la información -A Molly le gusta aparentar que es muy dura. Un correccional de menores es malo, Mike. No me gustaría verte terminar allí.

-¿Y a ti qué puede importarte? Ni siquiera te agrado.

-Me agrada tu hermana. Ya que estamos, me agrada toda tu familia.

¿Acaso tú estás muy lejos de las características genéticas familiares?

Algo parecido a una sonrisa pasó fugazmente por el rostro de Mike.

Will fue asaltado por un súbito pensamiento:

-¿Cómo hiciste para salir de la casa sin despertar a nadie? ¿No está conectado el sistema de alarma?

-¿El que tú has comprado? -nuevamente se hizo presente la hostilidad en la voz de Mike-. Lo estaba. Yo lo desactivé.

-En tu bolsillo no había ninguna llave. ¿Cómo harás para entrar? No me digas que has salido y has dejado la puerta sin llave, estando la alarma desactivada.

Con todo lo que había estado ocurriendo, la idea de que a cualquiera le resultara posible entrar a una casa en la que estuviera durmiendo Molly hizo que a Will se le erizaran los pelos de la nuca.

-No tenías por qué andar husmeando en mis bolsillos... y además, salí por la ventana. La que tú arreglaste. Dicho sea de paso, la falleba funciona de maravillas.

-Gracias -contestó Will, con sequedad-. Sabes, así como tú saliste por esa ventana, alguien podría entrar por ella. ¿Pensaste en eso?

-¿Quién iba a entrar por la ventana? -preguntó Mike, desdeñoso.

-Mira, podría ser el que Susan vio merodeando por la casa.

-Eso no fue más que la imaginación de Susan. Siempre ha sido una miedosa.

-Tal vez sí, tal vez no. El punto es que estás poniendo en un riesgo a tus hermanos cada vez que te escabulles por esa ventana y la dejas abierta.

Will resolvió dejar el tema allí. Por experiencia adquirida con su propio hijo, sabía que extenderse indefinidamente sobre una cuestión era una buena manera de lograr que un adolescente dejara de prestar atención.

Si algo se ganaba, se ganaba con sutileza, no con sermones.

-Estás en segundo año de secundaria, ¿no es así?

-En primero -dijo Mike, cauteloso, como si no confiara demasiado en este cambio de tema.

-¿Te gusta la escuela?

-Está bien.

-¿Practicas algún deporte?

-No.

-¿Por qué no?

-Los deportes son para los tontos.

-¿No te gusta el baloncesto? -Will sonó asombrado.

Mike se encogió de hombros.

-¿Has jugado al baloncesto alguna vez?

-Por supuesto. En la clase de gimnasia -respondió Mike a la defensiva.

-¿Tu escuela tiene un equipo?

-Pues claro que lo tiene. ¿Qué secundaria no tiene un equipo?

-Y tú no estás en él.

-No.

-¿Te probaste?

-¿Para qué iba a probarme? Tengo tantas probabilidades de ingresar en el equipo como de que me aplaste una manada de búfalos en el patio delantero.

-¿Es así realmente? Me sorprende. Eres alto. Eres rápido corriendo, Pareces tener una correcta coordinación. ¿Cuál es el problema?

Mike volvió a encogerse de hombros.

-Cuando yo iba a la escuela, las chicas iban detrás de los deportistas.

Baloncesto, fútbol, lucha, carreras de atletismo; teníamos a las haciendo fila por nosotros -dijo.

-¿Tú estabas en algún equipo? ¿En cuál? -en la voz de Mike apareció un involuntario tono de interés.

-Atletismo. Y baloncesto. Me gustaban las chicas.

-Ya -Mike sonó tan melancólico que Will se dio cuenta que había tocado un nervio sensible.

-Seguramente ahora las cosas han cambiado. Las chicas de hoy en día son demasiado listas como para que les guste un tipo sólo porque es deportista.

-En realidad, no tanto.

-¿Ah, sí? -Will le echó una mirada de soslayo-. Conozco una cancha de baloncesto. ¿Tienes interés en practicar algunos tiros?

-No puedo hacer entrar un balón ni en la parte más ancha de un establo.

-Podríamos practicarlo. Todo radica en la técnica, sabes. Le enseñé a jugar a mi hijo, y ahora es un lanzador excelente. De hecho, está en la universidad merced a una beca ganada con el baloncesto.

-¿Tú tienes un hijo?

-Sí. Kevin. Tiene dieciocho años. Está en primer año de la universidad del oeste de Illinois.

-¿De veras? -una idea se le cruzó aparentemente a Mike, que frunció el entrecejo: ¿Me estás diciendo que también tienes una esposa? ¿Y estás saliendo con Molly?

Will rió, satisfecho de comprobar que el chico se preocupaba lo suficiente por su hermana como para plantear objeciones.

-No, no tengo esposa. Murió hace mucho tiempo.

-Vaya -dijo Mike-. Sí que eres viejo, ¿eh?

Will volvió a reír, pero menos divertido:

-No soy tan viejo. Puedo correr en círculos a tu alrededor, mocoso, y embocar el balón en el cesto frente a tus narices cuando se me dé la gana.

-Bah, tonterías -dijo Mike, pero sonrió al decirlo.

-¿Lo crees así? -Will lo miró-. Te propongo un trato. Tú me prometes quedarte en casa por las noches y abandonar los porros, y yo te enseño a jugar al baloncesto. ¿Qué te parece?

-¿De veras? -la respuesta de Mike fue nuevamente cautelosa. Will volvió a acordarse de Molly.

-De veras. Podemos empezar mañana. Estaré por aquí... alrededor de las seis.

-Habitualmente sales con Molly.

Will se encogió de hombros:

-Por el momento, Molly está enfadada conmigo. De todas formas, me gustaría enseñarte los fundamentos del baloncesto. Tengo el presentimiento de que podrías ser bueno.

-¿De veras? -esta vez Mike sonó cauteloso y complacido a la vez.

-De veras -dijo Will, con firmeza. Luego añadió-: Eh, Mike...

-¿Sí?

-¿Podrías hacerme un favor?

-¿Qué? -la cautela había regresado, a paladas. Will se preguntó qué estaría suponiendo el chico, recordó la acusación de pervertido y sonrió -Nada horrible -dijo-. Sólo cuéntame algo acerca de Molly, de su infancia.

Cuéntame cómo fueron las cosas para todos vosotros.

-Ah -Mike lo miró por el rabillo del ojo-. ¿Cosas como el suicidio de mi madre, eso es lo que quieres saber?

-Sí -dijo Will-. Me gustaría saber cuáles fueron las cosas que marcaron a tu hermana, pero a Molly no le gusta hablar de eso. Tus padres, por ejemplo.

-Molly dice siempre que mirar hacia atrás es un error. Todo lo que podemos hacer es mirar hacia adelante -otra vez la mirada de soslayo-.

Realmente no le gusta recordar. Molly no ha tenido lo que podrías llamar una vida maravillosa.

-Imagino que no. Me dijiste que tu madre se suicidó. ¿Qué ocurrió con

tu padre?

-Mi padre está en prisión. Por robo a mano armada -Mike pareció casi orgulloso-. Molly no sabe dónde está el suyo. Se marchó cuando ella era sólo un bebé y desde entonces no ha sabido más de él.

-¿Tenéis padres diferentes?

-Todos nosotros los tenemos. Salvo los gemelos, naturalmente.

-De manera que tu madre se casó unas cuantas veces.

Mike negó con la cabeza:

-Se casó con el padre de Molly, y creo que con el de Ashley. Después de eso, no creo que se molestara en casarse con los otros.

-¿Era una buena madre? -Will hizo un arduo esfuerzo por conseguir que su voz sonara natural.

-A veces. A veces era la mejor madre del mundo -la voz de Mike se quebró e inspiró profundamente. Will advirtió que, al igual que Molly, Mike aún sufría por la muerte de su madre. Tras una pausa, Mike agregó suavemente-: Y otras veces no lo era. A veces se liaba con un hombre y se iba y nos dejaba solos. O intentaba matarse, y tenían que llevarla al hospital. Las traba adoras sociales siempre estaban apareciendo para llevarnos y colocarnos en hogares de acogida. Yo estuve en cerca de siete.

-¿Y Molly?

-Ella también, pero siempre se escapaba. Al final, la pusieron en un hogar para niñas. Ella lo prefería, dijo, pero la pescaron robando en una tienda y entonces la mandaron al correccional.

-¿Cuánto tiempo o estuvo allí? -la voz de Will se oía serena. Aquí en este penoso y simple relato, estaba la respuesta al misterio de Molly, advirtió.

Su orgullo, su aparente dureza, su incapacidad para permitir que nadie se acercara demasiado, Sus defensas habían sido forjadas en una escuela muy dura, una de la que él mismo no podía asegurar que hubiese salido indemne.

-Casi dos años, creo. La dejaron salir cuando cumplió dieciocho años.

Fue a vivir con nuestra madre. En el correccional le enseñaron el trabajo de peón de caballos, y cuando salió ya tenía este empleo en la cuadra Wyland. Por eso mamá se puso contenta de tenerla consigo -este cínico punto de vista fue expresado sin asomo de amargura.

-¿Alguno de vosotros estaba viviendo con vuestra madre por entonces?

Mike sacudió la cabeza:

-Cuando Molly se enteró de que podía alquilar nuestra casa como parte de su sueldo, mamá fue y nos sacó de las casas de acogida en las que vivíamos. Ella y Molly nos cuidaron, y Molly trabajaba, y aunque mamá se fuera o tuviera una de sus malas rachas, todo estaba bien, porque Molly estaba ahí. Eramos bastante felices, creo, y entonces mamá va y se suicida. Molly dijo que ella ya estaba enferma, enferma como alguien que tiene un cáncer, sólo que en su cabeza. Que en realidad no quería hacerlo, pero que no pudo evitarlo 1esto último fue dicho con voz muy queda.

Will tuvo que luchar para no poner una mano sobre el hombro del muchacho. Tenía la sensación de que al muchacho el gesto no le agradaría. Era muy parecido a Molly.

-¿Entonces no tuvieron que volver a hogares de acogida después de la muerte de tu madre? -preguntó Will tras un instante.

-No creo que Molly haya notificado siquiera a las autoridades que mamá había muerto. Sólo siguió cuidándonos, y por entonces Ashley ya era bastante grande como para colaborar, y a todos nos gusta estar juntos.

Will se quedó en silencio, rumiando toda esta información. Luego, con un tono deliberadamente más frívolo, preguntó-: ¿Molly ha tenido siempre tantos novios?

Mike lo miró a los o ojos:

-Vaya que estás loco por ella, ¿verdad?

Will se encogió de hombros y rió:

-Sí, me temo que lo estoy. Pero no se lo digas, ¿eh?

-De acuerdo -Mike pareció complacido por esta muestra de complicidad masculina, podría haber jurado Will.

-¿Y? -preguntó Will.

-¡Oh, los novios! -Mike pensó un minuto-. Sí, ha tenido tipos rondando desde que recuerdo algo. Es realmente guapa, sabes.

-Sí, lo sé -replicó secamente Will.

-Will -dijo Mike, dándose vuelta en el asiento para poder mirarlo a la cara.

Will advirtió que era la primera vez que lo llamaba por su nombre.

También se dio cuenta, por la seriedad del muchacho, que estaba a punto de decirle algo que consideraba importante.

-¿Sí? -lo alentó, dedicándole toda su atención.

-Molly es verdaderamente una buena persona. Muchos tipos le andan alrededor, pero ella no... no es...

Will supo lo que Mike estaba tratando de decir:

-¿Fácil? Ya lo sé.

-Sólo quería que lo supieras.

-Te lo agradezco. También te agradezco que me hayas contado todo esto -Will echó una mirada al reloj en el panel del coche-. Sabes, es más de la una de la mañana. ¿No tienes que ir a la escuela mañana?

-Sí -respondió Mike, con una notable falta de entusiasmo.

-Entonces es mejor que vayas a acostarte. Vamos, te acompaño hasta la casa. Trépate a la ventana, asegúrala después de entrar y quédate adentro, ¿me has oído?

-Te he oído -dijo Mike.

34 17 de octubre de 1995 La noche siguiente Will se apareció a la hora

de la cena como si nada hubiera sucedido entre ellos. Había sido otro hermoso día del veranillo de San Martín, con un sol radiante y brisas suaves, y aun al caer el sol el aire estaba tibio. Al roble que estaba en el patio delantero ya se le habían caído casi todas las hojas. Cuando algo, o alguien, se movía en el patio, las hojas caídas susurraban. Ocupada en la preparación de la comida, Molly echó un vistazo a través de la puerta abierta cuando Pork Chop comenzó a ladrar. A través de la tela metálica pudo ver el coche de Will aparcado en el camino de acceso, y al propio Will dirigiéndose hacia la casa por la alfombra carmesí y dorada de las hojas secas. Estaba vestido con su chándal gris y bajo el brazo llevaba un gran paquete cuidadosamente envuelto.

La reacción de Molly fue una mezcla de contradicciones: la mera visión de Will le causó un dolor en el corazón comparable al de una caries en un diente; la desfachatez con que él dio por sentado que era bienvenido la enfureció; y, a pesar de su firme determinación de no tener nada más que ver con él a nivel personal, sintió una muy humana satisfacción al ver el obsequio. Tenía toda la intención de apartar al hombre de su vida y de su corazón, pero era agradable ver que él estaba dispuesto a humillarse mientras ella lo hacía.

Traerle un regalo no iba a cambiar un ápice la situación, pero Ira una ofrenda de paz típicamente masculina.

Los hombres eran todos iguales: todos iban con la lengua afuera detrás de cualquier cosa que no podían conquistar.

Molly había tenido un día ajetreado. Dado que no debía ir a trabajar -los martes no se corría en Keeneland-, había hecho un millón de otras cosas decidida a no darse tiempo para pensar en Will ni en ninguna otra a casa, llevó la ropa a la lavandería, y fue con el coche hasta ver si conseguía algo para que Ashley usara en el baile de las casas de segunda mano. Con la intención de volver con su hermana para que se probara, si encontraba algo que valiera la pena, había caído rendida ante un vestido de seda color marfil, largo hasta los tobillos, ajustado, con finos tirantes y un brillo ligero a la altura del ruedo. Lo había comprado por un precio ridículamente bajo, con la condición de que podía devolverlo si a Ashley no le gustaba. Esta ya se lo había probado y se había declarado encantada con él, aunque Molly tenía algunos reparos al respecto.

Pensaba que su hermana era demasiado joven para un modelo semejante pero, a menos que encontraran algo mejor antes del viernes, tendría que servir.

Molly tendría que ver si lograba persuadir a Ashley para que cubriera con un jersey parte de lo que dejaba al descubierto el provocativo vestido .

En ese momento, Ashley se encontraba en la cocina, canturreando alegremente mientras hacía puré de patatas. Con la ayuda de un tenedor, Molly volteó los trozos de pollo rebozado que se freían en una sartén de chirriante aceite hirviendo, mientras vigilaba las judías verdes que hervían en el mechero de atrás de la cocina. Susan y Sam estaban sentados a la mesa, terminando la tarea que se les había encomendado en la escuela:

construir un asentamiento comanche con arcilla para rnodelar. Mike estaba en la sala, supuestamente trabajando en su tarea de investigación.

-¡Es Will! -gritó Susan, con excitación, cuando Will dio unos golpecitos en la puerta batiente. Afanándose para abrirle, vio el regalo y se quedó mirándolo, con los ojos como platos.

-¿Eso es para Molly? -preguntó respetuosamente en voz baja cuando Will pasó. a su lado, rumbo a la cocina. Molly, dando la espalda al recién llegado, se preparó para responder al regalo -y al que lo llevaba- con desdén.

-No -dijo Will alegremente, ignorando el helado silencio de Molly, concediendo apenas una mirada a su camisa de franela, sus pantalones de trabajo y sus pies descalzos-. Es para Ashley.

-¿Para mí? -preguntó Ashley, con asombro, cuando él le entregó la caja Primorosamente envuelta.

Will asintió con una sonrisa. Ashley apoyó ruidosamente el pasapurés sobre la olla y agarró el obsequio. Lo contempló un instante y levantó los ojos hacia Will.

-Ábrelo -le dijo él.

-¡Ábrelo, ábrelo! -corearon los gemelos. Sam abandonó la aldea india para sumarse a Susan y revolotear en tomo de Ashley. Mike, aparentemente atraído por la algarabía, se acercó, apoyándose contra el vano la puerta, observando.

Molly, procurando no parecer ofendida, sacó el Pollo de la sartén, lo acomodó sobre una fuente y espió todo el proceso por el rabillo del ojo.

Ashley desató lentamente el paquete, para gran disgusto de los gemelos, que lo expresaron a viva voz, doblando cuidadosamente el papel y apartando el lazo, para poder volver a usarlo un día. La caja era de un blanco brillante y mostraba sobre la tapa el nombre de una exclusiva tienda escrito en letras doradas. Ashley retiró la tapa con algo de vacilación, y al hacerlo, varias capas de papel de seda ondularon frente a ella.

-¿Qué rayos ... ? -exclamó sofocadamente Ashley, apoyando la caja sobre la mesa y revolviendo debajo del papel de seda, de pronto más ansiosa que tímida-. ¡Oh, por Dios!

Con respiración entrecortado, Ashley sacó de la caja un vestido. Más precisamente, un vestido de baile de un delicado tono rosado, de recatado escote, que dejaba los hombros descubiertos, adornado en el centro con una rosa de seda. El talle era ceñido, y la falda, amplia, estaba formada por vanas capas de volados que llegaban hasta el suelo.

-¡Oh, por Dios! -repitió Ashley, extendiendo los brazos con el vestido frente a ella y contemplándolo.

-¡Ahley, es hermoso! -jadeó Susan.

-Es un vestido -le dijo Sam a Mike, obviamente desilusionado.

Coincidiendo con su hermano, Mike lanzó un gruñido.

-¡Mira, Molly! -Ashley se volvió para someter al vestido a la inspección de su hermana mayor.

-Es magnifico, Ash -respondió Molly, reacia a estimular la ostentación de Ashley sólo porque estaba resuelta a no tener nada más que ver con Will.

Ese vestido le quedaría de maravillas a Ashley, y debía de haber costado una fortuna. Muchísimo más que lo que ellos podrían pagar-.

Absolutamente magnifico.

-Pero ya tengo el vestido blanco -siempre sensata, Ashley recordó el vestido que Molly había comprado y pareció preocupada.

Molly sacudió la cabeza:

-Este es perfecto. Puedo devolver el otro.

-Lo adoro -una sonrisa tembló en los labios de Ashley. Miró nuevamente el vestido y le brillaron los ojos. Al ver el transparente placer de su hermana, Molly sintió una repentina gratitud hacia Will, que sofocó de inmediato. Sí, era gentil -y también fuerte, apuesto y atractivo, a decir verdad-, pero iba a marcharse. Cuando llegara el momento de su partida, ella estaba decidida a no sentir nada por él.

-Gracias, Will -dijo suavemente Ashley, dirigiendo la mirada hacia donde se hallaba él sonriendo. Luego atravesó la habitación, apoyó la mano sobre el hombro de él y se paró en puntas de pie para darle un beso en la mejilla.

-No hay de qué -respondió Will, cuando ella dio un paso atrás para sonreírle-. Me pareció que era lo menos que podía hacer luego de haberte pisado tantas veces.

-¡Pisanne a mí...! -rió Asley, con una cantarina risa de pura alegría y sacudió la cabeza. Durante un instante, Molly tuvo una visión fugaz de la encantadora mujer que llegaría a ser Ashley en pocos años más.

-Pruébalo -la apuró Susan. Ashley, más que dispuesta, recogió el vestido y corrió hacia el baño.

-Supongo que querrás quedarte a cenar -dijo Molly a Will en un aparte mientras rescataba las patatas abandonadas por Ashley y las aplastaba con el pasapurés haciendo más fuerza de la necesaria.

-Esta noche, no -dirigió la mirada hacia donde Mike continuaba de pie, recostado contra la puerta, y alzó la voz-. Mike y yo haremos algunos tiros al aro. Después comeremos algo por ahí.

De veras? -atónita, Molly paseó la mirada de Will a su hermano, descubriendo que Mike se había apartado del vano de la puerta, adelántandose con una expresión de ansiedad como no le había visto en meses.

-Sí -dijo Mike, tratando cuidadosamente de parecer indiferente. Luego añadió, dirigiéndose a Will-: ¿Preparado para marchar?

-Tan pronto como podamos admirar el vestido de tu hermana -contestó Will cuando ya Ashley salía del baño con un tímido "¿Qué les parece?" Estaba hermosa, eso es lo que le pareció a Molly cuando Ashley giró con cierta torpeza ante ellos. El delicado color rosado del vestido hacía que su piel pareciera más marfilina que pálida, y el escote con los hombros descubiertos era a la vez sentador y discreto. Era el vestido perfecto para que una joven lo usara en su primer baile. De pronto Molly se sintió locamente contenta de que Ashley lo tuviera, aunque fuese Will el que lo comprara.

Librodot

-Estás fantástica -dijo Molly, y todos, incluso Mike y Sam, estuvieron de acuerdo. Sonrojándose por el cumplido, Ashley fue a quitárselo con una expresión de felicidad absoluta.

-¿Vamos? -preguntó Will a Mike, una vez que Ashley hubo regresado al baño.

Mike asintió, encaminándose hacia la puerta.

-No lo retendré hasta muy tarde -dijo Will por encima del hombro, mientras seguía a Mike hacia la puerta-. Hasta luego.

Molly quedó mirándolos, sosteniendo el prensapurés en el aire -¿Puedes creer eso? -le dijo a Ashley, que había salido del baño nuevamente con sus tejanos y estaba doblando reverentemente el vestido para guardarlo en su caja, envuelto en el papel de seda.

-¿Qué? -preguntó Ashley, soñadora, totalmente distraída. Era evidente que ahora Ashley estaba tan encantada con Will por el vestido que no podía ver que hubiera nada ni un poquitín extraño en el hecho de que Mike saliera con él tan prestamente, así que Molly no se tomó el trabajo de decir nada más. Pero tenía el entrecejo fruncido mientras lavaba la vajilla después de la cena y siguió molesta toda la noche.

Mike asintió, encaminándose hacia la puerta.

-No lo retendré hasta muy tarde -dijo Will por encima del hombro, mientras seguía a Mike hacia la puerta-. Hasta luego.

Molly quedó mirándolos, sosteniendo el prensapurés en el aire -¿Puedes creer eso? -le dijo a Ashley, que había salido del baño nuevamente con sus tejanos y estaba doblando reverentemente el vestido para guardarlo en su caja, envuelto en el papel de seda.

-¿Qué? -preguntó Ashley, soñadora, totalmente distraída. Era evidente que ahora Ashley estaba tan encantada con Will por el vestido que no podía ver que hubiera nada ni un poquitín extraño en el hecho de que Mike saliera con él tan prestamente, así que Molly no se tomó el trabajo de decir nada más. Pero tenía el entrecejo fruncido mientras lavaba la vajilla después de la cena y siguió molesta toda la noche.

35 octubre de 1995 En la mañana siguiente, antes del amanecer, Will se hallaba sentado frente al monitor instalado dentro de la camioneta, contemplando malhumorado cómo Molly limpiaba uno de los establos. Estaba de espaldas a la cámara, y así había estado la mayor parte del tiempo que él llevaba sentado observándola. No había dormido en toda la noche, revisando los archivos de Don Simpson. Sentía que los ojos le escocían mientras seguían los movimientos de Molly. En ese momento, tenía todos los establos de Keeneland bajo control electrónico, tenía copias de los archivos de las oficinas de los cuatro hombres investigados, resúmenes bancarios, listas de empleados, listas de criminales, listas de las carreras corridas por todos y cada uno de los caballos de Keeneland. Todo lo cual lo había llevado exactamente a ninguna parte. Ya estaba comenzando a desesperar de encontrrar siquiera un solo caballo "doble". Lo misterioso del caso era que los entrenadores de los cuales se sospechaba seguían ganando con caballos que no tenían posibilidades... pero eran legítimos, al menos hasta donde él podía decirlo. Eso dejaba sólo dos posibilidades: o bien no

había ningún “doble", lo que significaba que había estado siguiendo la pista equivocada desde el principio y Lawrence le había mentido, o se le estaba escapando algo. Por mucho que le fastidiara aceptarlo, Will tenía la sensación de que la segunda posibilidad era la correcta: se le estaba escapando algo. Pero ¿qué?

Era humillante pensar que bajo sus propias narices se estaban arreglando carreras y que él era incapaz de descubrir cómo se hacía, pero mucho temía que ese fuera el caso.

El suicidio de Lawrence era otro punto oscuro. A criterio de Will era demasiado conveniente.

La nota de chantaje en la cual había cifrado tantas expectativa, tampoco le había proporcionado ninguna pista; las únicas huellas digitales que tenía pertenecían al propio Lawrence. Siempre y cuando fuera una verdadera nota de chantaje. A estas alturas, ¿quién podía afirmarlo?

El instinto habitual que lo asistía en cada caso parecía haberlo abandonado en este. Will tenía una idea bastante aproximada de la razón: no había logrado concentrarse con la intensidad con que habitualmente lo hacía. El porqué del problema era lo que ahora ocupaba pantalla del monitor: Molly. Para decirlo con las sentimentaloides palabras de la vieja canción, lo tenía embrujado, preocupado y desconcertado.

También lo tenía muy caliente, aunque la canción nada decía sobre eso.

Su relación con Molly estaba interfiriendo su trabajo.

Se abrió la puerta de la camioneta. Will alzó la vista para cómo Murphy, enfundado en su uniforme de empleado de mantenimiento de parques y una buena media hora adelantado con respecto a su hora de llegada, entraba al vehículo. Murphy lo miró sorprendido. Habían acordado que Will, en su supuesta calidad de novio de Molly, se mantendría lejos de la camioneta a menos que fuera absolutamente necesario.

Un vistazo al monitor pareció responder a la pregunta no formula por Murphy acerca de la inesperada presencia de Will. Este se sonrojó y tuvo que luchar contra la compulsión a cambiar el dial.

-Sin novedades en la caballeriza 15 -dijo, mientras se alejaba con aparente indiferencia del monitor.

Murphy no tragó el anzuelo. Se acomodó sobre el sofá y sacó un bollo cubierto de chocolate de la bolsa de papel que llevaba.

-¿Y cómo anda hoy la beldad de Woodford County? -preguntó mientras contemplaba la imagen de Molly en el monitor enarcando una ceja y ofrecía un bollo a Will.

La beldad de Woodford County. Era un buen nombre para ella. Will se encogió de hombros y rechazó el bollo con un gesto.

-Bien, por lo que puedo ver.

Murphy dio un mordisco a su bollo y volvió a mirar el monitor:

-A mí no me parece que esté tan bien.

-¿A qué te refieres? -Will giró sobre sí mismo para mirarlo también.

-Está llorando.

Molly estaba arrodillada esparciendo paja fresca sobre el suelo del establo. Ahora enfrentaba a la cámara. Will pudo ver claramente cómo corrían las lágrimas por sus mejillas.

Por un momento sólo pudo seguir contemplándola, paralizado.

-Mierda -dijo Will, poniéndose de pie. El maldito Murphy sonreía ampliamente cuando Will abandonó la camioneta.

Aunque afuera ya estaba aclarando, las luces de la caballeriza estaban encendidas. Will, al entrar, saludó con un gesto a un guardia de seguridad que estaba haciendo la ronda. El hombre le devolvió el saludo sin mucho interés. En uno de los establos cercanos a la entrada, un peón moreno sostenía del cabestro y canturreaba en español para calmar un caballo evidentemente agitado. El peón miró a Will cuando este entró a la caballeriza, pero no dijo nada. El caballo corcoveó y pateó el suelo.

Algunos de los establos estaban vacíos. El asno peludo -la mula-, cuyo nombre Will no pudo recordar, dobló las orejas en dirección a él cuando pasó a su lado. Más adelante, otro de los caballos asomó la cabeza por la parte superior de puerta de su caballeriza y lo observó pasar con una curiosidad casi humana.

Molly se encontraba en el establo del fondo. Will llegó hasta allí y se acodó sobre la puerta abierta por la mitad, contemplándola. Todavía estaba de rodillas, de espaldas a él, esparciendo la paja sobre el suelo. La luz del techo hacía que la oscura mata de su pelo resplandeciera, desparramada sobre sus hombros y su espalda. Will se dio cuenta de que jamás había visto que llevara el pelo suelto para trabajar. Luego se imaginó que intentaba ocultar la marca que tenía en el cuello. El no había dejado una marca en el cuello de ninguna chica desde que estaba en la secundaria. Al recordar las circunstancias que rodearon esta marca, sintió una punzada de deseo que apuntó directo a su úlcera. Mientas miraba su espalda, la boca de Will se curvó en una sonrisa irónica por su propia reacción.

Vestida con viejos tejanos, zapatillas y una camisa de franela abierta sobre un jersey de cuello de cisne, aún se veía lo suficientemente adorable como para causarle un dolor de estómago.

Mientras la miraba, ella se llevó la mano a los ojos secándoselos con enfado. Will pudo oír un claro sollozo.

-¿Qué sucede, Molly? -su voz era deliberadamente tierna. Ella dio un salto, como si hubiera recibido un disparo, se puso de pie y se volvió ara enfrentarlo, frotándose ambas mejillas con las manos.

-¿Qué estás haciendo aquí? -estaba abiertamente hostil... pero luego estropeó el efecto con un audible sollozo.

-Andaba por aquí... -dijo con ironía, mientras abría la puerta y entraba-. ¿Quieres decirme qué pasa, o tengo que adivinar? -su voz se Olvió más cortante-. ¿Es por Mike?

Se detuvo frente a ella. Molly alzó los ojos, y Will pudo ver que, a pesar de sus esfuerzos, sus grandes ojos castaños aún brillaban de lágrimas. Se preguntó si había estado llorando mucho tiempo. Por lo que veía así había

sucedido.

-Vete -le dijo, mientras una lágrima corría por su mejilla. La secó murmurando una maldición y lo miró.

-¿Le ha ocurrido algo a alguno de los niños? -Will estaba sorprendido ante la magnitud de su propia ansiedad. Al igual que su hermana mayor, los jóvenes hermanos Ballard se las habían ingeniado para colarse dentro de su corazón hasta una profundidad sorprendente.

-No -la voz de Molly sonó seca. Se volvió para tomar un rastrillo, que utilizó para desparramar la paja-. Vete. No deseo verte, y además vas a meterme en problemas si el señor Simpson te pesca aquí. Se supone que no debemos recibir visitantes mientras estamos trabajando.

-No voy a irme mientras no me digas qué te sucede. Por alguna razón creo que no eres del tipo de las que lloran por un ataque agudo síndrome premenstrual.

Will había tenido tratos con la suficiente cantidad de mujeres como para saber que cualquier referencia masculina al síndrome premenstrual era el equivalente a hacer ondear un trapo rojo frente a toro, y tuvo el mismo efecto también sobre Molly. Se dio vuelta para enfrentarlo, con los ojos relampagueantes, los dientes apretados y el rastrillo en las manos.

-Vete -dijo, como si tuviera intención de usarlo.

-No hasta que me digas por qué estás llorando -Will se mantuvo en sus trece, pero observando prudentemente el rastrillo.

-Si es necesario que lo sepas, es por Sheila -dijo Molly tras instante.

Will había oído ese nombre con anterioridad, pero no logró ubicarlo.

Acercándose, tomó el rastrillo por el mango, se lo quitó de las manos y lo apoyó contra la pared del establo.

-¿Sheila? -preguntó, volviéndose hacia ella.

-La yegua -respondió Molly, escupiendo las palabras.

-¿La yegua? -repitió Will estúpidamente, todavía sin establecer la relación.

-La yegua de la pradera. La yegua que atacó el acuchillador caballos dijo Molly, con tal brusquedad que parecía odio.

Tenía los puños cerrados y los ojos le brillaban de rabia. Will podría haber pensado que estaba más furiosa que herida... pero entonces otra gruesa lágrima rodó por su mejilla.

Will la miró, murmuró por lo bajo una maldición, tomó su muñeca y la atrajo hacia sus brazos. Molly se resistió, con el cuerpo rígido, empujando con las manos sobre su pecho.

-¿Qué le ocurrió a Sheila? -preguntó Will.

Su voz era tan suave como su mirada cuando ella alzó los ojos Le rodeaba la cintura con sus brazos. No tenía intención de dejarla ir.

El labio inferior de Molly se estremeció. De repente, todo afán de lucha la abandonó. Bajó la cabeza y se apoyó en él, descansando la frente pecho.

-La han sacrificado esta mañana -dijo, con la boca pegada a su costosa corbata de seda.

Sus hombros se sacudieron. Will advirtió que estaba llorando y se dio cuenta que Molly estaba diciendo que la yegua había muerto. Apretó sus brazos en torno de la esbelta figura, agachó la cabeza y depositó un beso sobre sus caballos. Murmurando palabras de consuelo, la meció mientras le besaba la oreja, la sien, lo que pudiera alcanzar. Ella se acurrucó más cerca aún de él, apretándose como una chiquilla que buscara calor, y le rodeó la cintura pasando los brazos bajo su chaqueta.

Solamente cuando ella levantó los ojos y él bajó la cabeza para besarla en la boca recordó Will que estaban siendo observados por la cámara oculta Moviendo una mano por detrás, indicó a Murphy que no mirara. Luego sus labios encontraron los de Molly, y olvidó todo lo referente a Murphy.

El sonido de voces que se aproximaban hizo que se separaran. Molly se apartó empujándolo en los hombros, Will alzó la mirada, y ella se liberó de sus brazos, tratando frenéticamente de arreglarse el pelo y las ropas y secándose la cara con el faldón de la camisa. Will se enderezó la corbata y se abrochó la chaqueta, contemplándola burlonamente. Ella ni lo miró mientras se acercaba presurosa hasta la puerta del establo y salía al ancho pasillo, cerrando la puerta tras ella.

-Hola, señorita Molly!

El eufórico saludo no le dejó a Will ninguna duda acerca de la identidad del recién llegado: Thomton Wyland. Se dispuso a ir tras Molly, para hacerle conocer su presencia. Luego vaciló. Ella había dicho que esa presencia podría traerle problemas. Will se dio cuenta de que si salía del mismo establo vacío que ella acababa de abandonar eso podía muy bien volverse realidad. De, manera que se metió las manos en los bolsillos y se quedó donde estaba, sintiéndose como un tonto mientras procuraba no ser visto.

-Hola... ¿Molly?

La voz, con su ligera vacilación, como si no recordara bien el nombre de Molly, pertenecía a una mujer. Espiando a través de una grieta en la pared de madera y: sintiéndose como un crío de diez años, Will reconoció a Helen Trapp.

-Estamos buscando a Don -continuó Helen Trapp. Will advirtió que se refería al entrenador-. ¿Sabes dónde está?

-Probablemente en la pista -contestó Molly-. Quería cronometrar a Tabasco Sauce. El señor Simpson tiene grandes esperanzas puestas en él para el Gran Premio de Bluegrass del sábado.

-Todos las tenemos -dijo Helen Trapp, con una sonrisa, mientras se volvía como disponiéndose a abandonar la caballeriza.

-Hablando del Gran Premio de Bluegrass -dijo Thornton a Molly-.

Vamos a dar una fiesta en casa después de la carrera. Será un gran acontecimiento. Cena de gala, baile, corbata negra. Podría pasar a las siete para recogerte.

Helen Trapp pareció sorprendida, y un tanto desaprobatoria, ante la

súbita invitación de su sobrino. Will también la desaprobó, aunque suponía que era inútil esperar que Wyland -o cualquier otro hombrefuera capaz de dejar a Molly tranquila sin más ni más. Esperó que Molly, de forma más o menos cortés, lo despachara.

-Puede ser divertido -dijo Molly, sonriendo a Thomton con un aire hechicero que no hizo bien a la presión sanguínea de Will-. Me encantaría ir.

A Will se le cayó la mandíbula. Apenas pudo dar crédito a sus oídos. Molly consideraba a Thornton Wyland un oportunista desagradable, lo sabía.

Tan pronto lo asaltó esa idea supo con toda certeza por qué ella lo había aceptado, después de rechazarlo tantas veces anteriormente: porque sabía que él podía oírla.

Molly estaba aceptando la invitación de Wyland sólo para atormentarlo.

Los puños de Will se cerraron. Sus músculos se tensaron. Su estómago se contrajo.

Se dio cuenta de que no había nada que pudiera hacer.

Salvo aparentar que no le importaba.

-¿Quieres decir que estás diciendo que si?

Wyland estaba tan sorprendido como el mismo Will. Cuando Molly asintió, le sonrió como un hombre que acabara de ganar la lotería... lo que de alguna manera, Will supuso que efectivamente había ocurrido.

-Lo pasaremos estupendamente. Te lo prometo -agregó, cuando se recuperó de la sorpresa.

-Espero que así sea.

Molly, que había echado a andar junto a Thomton y su tía que se alejaban, parecía no tener ni una sola preocupación en el mundo. Si Will no lo hubiera comprobado personalmente, jamás habría sospechado que pocos minutos antes había estado llorando en sus brazos y besándolo corra si le importara algo.

Viendo cómo los tres se alejaban y salían de la caballeriza, Will no supo si maldecir o patear la pared.

De manera que hizo ambas cosas. Lo que no lo ayudó en absoluto.

Todo lo que logró, advirtió Will con disgusto, fue brindarle una diversión extra a Murphy, vía monitor.

36 21 de octubre de 1995 Molly se dio cuenta de que había cometido un terrible error antes de que cayera la noche. Para empezar, estaba Thomton. Le puso las manos encima en cuanta oportunidad se le presentó. Camino a la Casa Grande, a bordo de su Corvette rojo, había apoyado la mano sobre su rodilla; durante la cena, le había rodeado los hombros con su brazo en tantas ocasiones que Molly había estado a punto de preguntarle si no estaba pensando en hacer carrera como estola de visón; en ese momento, mientras bailaban, él apoyaba la boca sobre su cuello y deslizaba sus manos peligrosamente cerca de su trasero.

Parecía creer que al aceptar su invitación también había aceptado compartir su cama. Lo espantoso era que Molly sabía que él iba a reaccionar

así, y sabía cómo esperaría él que culminara la noche. Y de todas formas había aceptado su invitación. Porque Will la había besado, y ella lo amaba, y a pesar de que intentaba negar su existencia, ese sentimiento parecía no querer desaparecer.

Había procurado convencerse de que un hombre daba lo mismo que otro, y que Thornton, más apuesto, más joven y más rico que Will, sería una buena oportunidad para ayudarle a sacarse a Will de la cabeza.

El problema era que Thomton no era más gentil que Will, o un caballero como era él. No era sólido, seguro ni protector. No hacía que se sintiera a salvo.

Y, con toda su apostura y su dinero, no la volvía loca.

Con Thomton no había fuegos de artificio. Cuando la sostuvo en sus brazos, todo lo que ella sintió fue ganas de darle un puntapié en la espinilla.

Durante toda la noche, las amigas de Thomton habían estado observando a ambos. La peor era Allison Weintraub. Molly conocía de vista a la delgada rubia de celosos ojos azules, aunque no habían sido presentadas con anterioridad. Por algo que dijo la joven, Molly se dio cuenta que había estado con Thomton en Keeneland el día en que Will le besara la mano.

Molly no la había reconocido. Se rumoreaba que aspiraba a ser la señora de Thornton Wyland. En cualquier caso, Allie, como la llamaba Thornton, lo consideraba de su propiedad. Parecía tan evidentemente resentida con Molly hasta el punto de aborrecerla. De haber tenido un cuchillo, Molly sabía que se lo habría clavado en la espalda.

Los amigos varones de Thomton, entre los cuales Molly conocía a muy pocos por el hecho de moverse en círculos tan diferentes, también la observaban, pero no con disgusto. Estaban ansiosos por trabar amistad con ella.

Regañaron a Thomton por mantenerla oculta ante ellos y procuraron interrumpirles sin cesar. Thomton los rechazó con buen talante pero con firmeza. Molly, les dijo para fastidio de ella, era propiedad privada.

-De verdad me gusta la textura de tu vestido. ¿Qué es, satén? -le susurró en el oído. Probablemente el truco estaba pensado para explicar la permanente presencia de sus manos.

-Seda -respondió Molly amablemente, sabiendo que estaba muy bien con el ceñido vestido color marfil que había comprado para Ashley, y sabiendo también que ese vestido no podía resistir la comparación, ni en precio, ni en estilo, con ninguno de los que llevaban las mujeres presentes-. Y, si no dejas las manos quietas, voy a clavarte la rodilla allí donde tú sabes, aquí mismo, en el medio de la pista de baile.

Thomton rió, apretándola con más fuerza contra él y haciéndole dar un giro. Vestido con un clásico esmoquin negro, estaba tan guapo que, en otras circunstancias, Molly sabía que la habría deslumbrado. Pero no lo estaba, y cuando él la besó en el cuello tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no llevar a cabo su amenaza.

Lo único que se lo impidió fue la posibilidad de quedar en ridículo haciendo semejante escena frente a toda esa gente. Habría por lo menos

seiscientas personas en el salón de baile de la Casa Grande, y muchos más que circulaban por los salones gemelos hacia los cuales se abría el salón de baile. Molly se sintió disminuida frente esa gente, por más enérgicamente que, se esforzara en decirse lo contrario.

Del otro lado del salón, Helen Trapp, resplandeciente con un vestido dorado que debía de haber costado una fortuna, de pie en uno de los laterales en compañía de Tyler, los contemplaba con expresión preocupada. Tyler le dijo algo que debió tranquilizarla, porque, tras un momento, su rostro se aclaró y se volvió para charlar animadamente con una amiga.

Molly supuso que Tyler había asegurado a su hermana que no era probable que surgiera nada permanente del encaprichamiento de Thornton con una de las jóvenes que sólo hacían el trabajo de peón.

Desde el mismo momento en que había entrado en la Casa Gran, con sus techos a cuatro metros de altura, sus arañas resplandecientes, sus magníficas alfombras orientales y sus maravillosas antigüedades, Molly se había sentido fuera de lugar. Helen Trapp y su hija, Neilie, una morena escultural, no eran las responsables, pero habían hecho su pequeña contribución al sentimiento de incomodidad de Molly. De pie una al lado de la otra para saludar a los invitados que iban llegando, sin la menor sutileza habían mirado por encima del hombro a la acompañante de Thomton, sin dejar de sonreír y charlar animadamente entre ellas todo el tiempo.

Molly sospechaba que temían que se las ingeniara para cazar Thomton en forma permanente.

Pero tenía una noticia para darles, pensó mientras las manos Thornton volvían a deslizarse demasiado hacia abajo: ella no quería Thornton en forma permanente. No lo quería para nada.

-Discúlpame, debo ir al cuarto de baño -dijo Molly, cuando la música cesó.

Pero Thomton mostró claramente que tenía la intención de retenerla en sus brazos hasta que volviera a comenzar. La orquesta que estaba en uno de los ángulos del salón hasta el momento no había tocado más que temas lentos. Molly se preguntó a quién debía agradecérselo.

No le habría sorprendido descubrir que Thomton tenía algo que ver con el asunto, pero como no se había apartado de su lado desde que llegaran a la fiesta, varias horas antes, sólo podía especular al respecto. Era posible que en estas fiestas elegantes sólo se tocaran temas lentos. Al no haber estado nunca en ninguna, no tenía forma de saberlo.

-Si vas a ir a empolvarte la nariz, nena, no te molestes. Ya estás como para comerte. -Thornton le sonrió y fingió morder un bocado uno de sus blancos hombros.

-No voy a empolvarme -dijo Molly, deshaciéndose de su abrazo con un empujón-. Tengo que mear.

Dijo esto último deliberadamente, disfrutando de la carga contenida en la frase, resuelta a no dejarse intimidar por la flor y nata de la riqueza que la rodeaba. Thomton soltó una risita. Molly pudo sentir sus ojos clavados en la espalda mientras se alejaba.

Librodot

El cuarto para empolvarse -realmente lo llamaban así- esta pasando el vestíbulo del frente. Era más grande que la alcoba de Molly. El suelo y la tapa del lavabo eran de mármol gris, el empapelado de las pare des mostraba lo que parecían ser pájaros pintados a mano y la pila de porcelana blanca había sido hecha a medida para que hiciera juego.

Sobre ella, un enorme espejo de marco dorado reflejaba la luz proveniente de dos candelabros de cristal tallado que habían sido colocados directamente sobre del espejo. Al hacer uso de las instalaciones, Molly descubrió que el retrete no hacía ningún ruido cuando se hacía correr el agua y que los exquisitos jabones rosados que parecían capullos de rosa verdaderamente olían como rosas. Un dosificador de cristal filigranado sobre el lavabo contenía loción para manos, comprobó al tocar la manilla. Frotándose las manos con ella, quedó enamorada del suave aroma floral.

No era precisamente Vaseline Intensive Care.

Molly se cepilló el pelo, se empolvó la nariz y retocó sus labios, y dio un paso atrás para observarse en el espejo con ojo crítico.

Era fácil ver por qué se había prendado del vestido en la tienda de segunda mano, pensó, porque parecía haber sido hecho para ella, no para Ashley. Los finos tirantes y el escote bordado dejaban al desnudo sus hombros y el nacimiento de sus pechos. La lustrosa seda se adhería a cada una de sus curvas y lanzaba suaves destellos cada vez que se movía.

Ese particular tono de marfil hacía juego con su pelo oscuro y sus ojos y hacía que su piel se pareciera a su helado favorito, el de vainilla.

El vestido era de segunda mano y le había costado sólo treinta y siete dólares. ¿Y qué? Aquí nadie lo sabía, y le quedaba fabulosamente bien.

Molly bien sabía que era así.

¿Entonces por qué se sentía tan fuera de lugar?

Puedes sacar a una chica del reformatorio, pero no puedes sacar al reformatorio de la chica. El pensamiento hizo que Molly se estremeciera.

Pero no iba a permitir que eso la venciera. Ella era tan buena, se dijo con firmeza, como los Wyland o cualquiera de ellos. Como solía decir su madre, lo que cuenta no es de dónde vienes, sino hacia dónde vas.

En ese preciso momento, decidió Molly, se marcharía a su casa.

Había sido una estúpida yendo a la fiesta, y sólo podía a reparar su estupidez si evitaba quedarse dando vueltas por ahí hasta el final de la noche. Los planes de Thomton en relación con ella eran muy claros.

No iba a pelear con él, naturalmente, pero habría una pelea, y no estaba dispuesta a enfrentaría. La actitud inteligente a adoptar sería la de abandonarlo ahora y marcharse a casa a través de la pradera.

Otras dos mujeres estaban esperando afuera del cuarto para empolvarse cuando ella salió. Molly les sonrió, y ellas devolvieron la sonrisa. Sintió que renacía su confianza. Esas dos extrañas, con sus peinados elegantes y sus vestidos de alta costura, no habían detectado nada malo en ella.Tuvo que seguir repitiéndose a sí misma que el ambiente del cual provenía no era visible, ni se destacaba como algo vergonzoso.

Mientras se encaminaba hacia la cocina, iba sonriendo.

En el salón de baile, la orquesta hizo un toque de tambores. Los platillos vibraron y se realizó alguna clase de anuncio. Molly no pudo entender las palabras exactas.

-¿Champán, señorita Molly? -para su consternación, Thomton salía de la cocina al llegar ella. Llevaba una copa de champán llena del dorado líquido burbujeante en cada mano-. Tenemos que hacer un brindis por la victoria de Tabasco Sauce, sabes.

Tabasco Sauce había ganado el Gran Premio de Bluegrass pocas horas antes. Ese era el anuncio que había oído, sin duda. Viéndose sin escapatoria, además de no tener intenciones de negarse a celebrar, aceptó la copa. La victoria había significado un día de gloria para la cuadra Wyland - Por Tabasco Sauce -dijo Thomton, tocando su copa con la ella. Bebió una buena cantidad de su copa de champaña, mientras Molly bebía apenas un sorbo de la suya. A pesar de toda su reputación, el champan no era muy de su gusto.

-Y por nuestra primera salida -Thomton vació su copa y la apoyó sobre la bandeja de un camarero que acertaba a pasar por allí-. Hace mucho tiempo que la esperaba, pero veo que la espera ha valido la pena.

Diciendo eso, se acercó a Molly. Ella dio un salto hacia atrás para evitar ser atrapada con su abrazo de oso y volcó la copa sobre su vestido.

Viendo con desaliento cómo se extendía la mancha sobre su falda, Molly no protestó cuando Thomton quitó la copa de su mano, lanzando un burlón “¡Vaya!" -Por aquí hay un cuarto de baño -le dijo, llevándola a través de un estudio cubierto de paneles de madera. El estudio tenía realmente su propio cuarto de baño, con una decoración típicamente masculina pero no por ello menos elegante que la del cuarto para empolvarse. Apoyó su copa sobre la tapa del lavabo, tomó una toalla y dio con ella ligeros golpecitos sobre la falda de Molly.

-Déjalo, no tiene importancia -Estar a solas con Thomton en un cuarto de baño no era la situación ideal para ella. Tirando de su falda para liberarla de las manos de Thornton, Molly se volvió hacia la puerta.

-Oh, no, no te irás -sonriendo, intentó nuevamente darle el abrazo de oso. Esta vez la atrapó y pasó los brazos en tomo de su cintura atrayéndola hacia sí-. Por fin me encuentro a solas contigo; ahora no voy a dejarte ir.

Su aliento la golpeó de lleno en la cara. Molly se dio cuenta de que él había bebido demasiado.

-Dame un beso, hermosa -gruñó, mientras su boca se abalanza sobre la de ella. Olía a champán y a ajo, una combinación que Molly encontró repulsiva. Metiéndole la lengua en la boca con total confianza, Thomton, la besó. Molly lo dejó hacer y quedó desilusionada al encontrar menos que emocionante su chapucera técnica. Thornton era tan guapo, con un cuerpo tan masculino como el de Will, con todos sus detalles y todo su halo de dinero; por una cuestión de lógica esto debía haber sido capaz de borrar de su mente el recuerdo de los besos de Will. No tuvo esa suerte, y ella debía haberlo sabido. Simplemente allí la química no funcionaba.

Molly aguardó a que terminara su beso, con la esperanza de que se diera por satisfecho y la dejara ir.

Debería haber sabido que no sería así.

La boca de él bajó por su garganta, al tiempo que sus manos subían por su talle hasta cubrirle los pechos.

-¡Detente, Thomton! -dijo ella, empujándolo en los hombros en un inconfundible pedido de ser liberada.

El la ignoró, manoseándola en un torpe intento por meter la mano bajo su vestido. Ella se debatió y se rompió uno de los tirantes, haciendo caer su escote. Sosteniendo su vestido con una mano y farfullando con furia, Molly cerró el puño y le pegó un golpe en la nariz a Thomton.

-¡Ay!

El la soltó, tambaleándose hacia atrás y llevándose la mano a la cara. La sangre manaba de sus fosas nasales. Molly se sintió orgullosa de sí misma cuando lo vio inclinar la cabeza hacia atrás, apretándose la nariz con la mano. Después de todo, algo a favor podía decirse de la educación que había recibido: había aprendido a defenderse.

-Que te aproveche -dijo a Thomton, que estaba tanteando sobre el lavabo, presumiblemente en busca de una toalla. Ella le alcanzó una y salió del baño.

Minutos más tarde estaba corriendo por el camino de fina grava que dividía en dos el jardín de la Casa Grande y atravesaba el portón de hierro forjado que separaba el parque de la pradera.

Su casa estaba a menos de cinco kilómetros. Molly había recorrido la distancia muchas veces. El problema era que lo había hecho usando zapatillas o botas, y tejanos. Ahora llevaba zapatos de tacón y un escotado vestido de noche con una larga y ceñida falda.

Por fortuna la noche era clara, con un hermoso cielo estrellado y una brillante luna en cuarto creciente que iluminaba el camino.

Incluso tenía compañía, dada por la presencia de grupos de caballos pura sangre que pacían en toda la pradera. Desde que tuviera lugar el ataque a Sheila -tan pronto la yegua ocupó su mente, Molly la sacó con esfuerzo de ella, rechazando su recuerdo-, se había contratado a otro guardia de seguridad para que colaborara con J. D. en sus rondas nocturnas. Pero ni J. D. ni su colega estaban a la vista.

Molly se alzó la falda mientras atravesaba el suelo esponjoso, pisan zapato. En realidad, el calzado era de Ashley, un par de brillantes zapatos plateados que había comprado para usar con su vestido de baile. Molly hizo una mueca. Ashley -no se iba a alegrar cuando viese su zapato roto.

Molly se preguntó si podría pegar el tacón con pegamento.

Cojeando, caminó algunos metros antes de volver a detenerse.

Maldiciendo por lo bajo, se quitó el zapato sano y trató por todos los medios de romperle el tacón, para que se emparejara con el otro.

Naturalmente fue imposible; así funcionan las cosas en la vida. Volvió a

ponérselo y se quedó quieta un momento, echando rápidas miradas a su alrededor para comprobar que estaba sola. No podía ir cojeando todo el camino que faltaba para llegar a casa. La idea de ir descalza tampoco te atrajo. Cualquier cosa, desde estiércol hasta víboras, podía esconderse entre la hierba.

Lo inteligente habría sido llamar a Ashley y pedirle que fuera hasta la Casa Grande a recogerla.

Siempre que después se reconsideraba algo, se lo hacía muy inteligentemente.

Volviendo a mirar a su alrededor, Molly advirtió que no todo estaba perdido. El complejo compuesto por el hospital veterinario y la alberca para los animales estaba ubicado en forma perpendicular al camino que ella había estado siguiendo. Pero estaba a menos de doscientos metros de ella, a un costado de la carretera. Molly podía ver su cúpula recortada contra el cielo tachonado de estrellas. En la actualidad estaba vacío, desde que en la cuadra Wyland se descubrió que era más económico llevar a sus animales a un veterinario de la zona en lugar de mantener su propio equipo, pero allí había un teléfono y, por lo que Molly sabía, todavía funcionaba. Don Simpson utilizaba el edificio como depósito.

Aun si el teléfono no funcionara, al menos podría utilizar la carretera para llegar a casa. Se sentiría mucho, mucho más segura en la carretera.

Era ridículo tener miedo, lo sabía, pero... ¿dónde, oh, dónde estaría J. D.

ahora que lo necesitaba?

Probablemente aparcado frente a su casa, pensó Molly con un bufido, mirando hacia las ventanas como un chiflado.

Cuando por fin llegó al hospital, tras una penosa caminata de cinco minutos, Molly comprobó con desaliento que el portón doble estaba cerrado con un candado. Cuando se encontró con este obstáculo, se quedó un instante contemplándolo y pensando en la larga caminata hasta su casa. Recorrió cojeando todo el perímetro del edificio, probando las puertas y ventanas. Todas estaban trabadas con seguro.

Le dolían las piernas, su temor iba en aumento y no se encontraba mucho más cerca de casa de lo que estaba cuando se marchara de la Casa Grande.

Al diablo con todo, pensó. Agarró una piedra, la arrojó contra una de las ventanas, haciendo añicos el cristal. Cuando se hubo apagado el estrépito causado por la rotura, la noche volvió a quedar en silencio. Ella permaneció oculta a la sombra del edificio. La cubierta transparente que protegía la alberca vacía lanzaba destellos plateados bajo la luz de la luna.

El efecto era sobrenatural Molly advirtió que estaba a punto de dejarse dominar por el pánico.

Pasando la mano por el agujero que había hecho en la ventana destrabó la falleba. Luego abrió la ventana y trepó por ella, entrando al vacío hospital.

37 En el interior todo estaba tan oscuro que Molly apenas alcanzaba a

ver su propia mano frente a la cara. Se quedó un momento inmóvil, tratando de recomponerse. Una bocanada de aire frío que olía a moho le acarició las mejillas. Molly se puso rígida, paralizada por la sensación. Luego advirtió que una brisa soplaba a través de la ventana abierta, llevándose con ella el aire encerrado. El edificio era de una sola planta, dividida en una pequeña oficina, un laboratorio, dos establos, un gran quirófano y una pequeña sala de recuperación, todo lo cual ocupaba cerca de ciento cincuenta metros cuadrados.

Le pareció que debía encontrarse en la oficina. A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, Molly pudo ver una fila de archivadores metálicos contra la pared. Otra de las paredes estaba totalmente ocupada por un escritorio. Sobre él, había un teléfono.

Molly estaba acercándose a él, cuando oyó un golpe amortiguado desde algún lugar del edificio.

Se quedó helada, escuchando. Su instinto le advertía que no se hallaba sola.

El sonido volvió a producirse, seguido por un resoplido. Molly frunció el entrecejo. El sonido le resultaba familiar.. ¿Un caballo soplando sobre su alimento?

No debería haber habido ningún caballo en el hospital. No había sido utilizado para otra cosa que no fuera depósito desde que ella había sido contratada para trabajar allí.

Otro golpe, un crujido y nuevamente el sonido de un resoplido guiaron a Molly por el corredor.

Una vez en la puerta, se detuvo, pensando velozmente. Si una perso na, amistosa o no, se encontraba en el edificio, ya estaría al tanto de su presencia gracias al ruido que había hecho al romper la ventana. Por lo tanto, deslizarse en la oscuridad era una pérdida de tiempo. Más aún, si alguien estaba allí, advertido de su presencia y con intención aviesa, era preferible enfrentarlo a la luz antes que en plena oscuridad. Deslizando la mano por la pared, Molly buscó el interruptor.

La luz era apenas un resplandor, un débil brillo que partía de una bombilla de cuarenta vatios dentro de un globo de cristal esmerilado colgado del techo. Una rápida mirada le confirmó la visión de oficina, archivos y teléfono.

Caminó hacia la puerta. La luz de la oficina iluminaba tenuemente el corredor. El laboratorio estaba próximo a la oficina. La puerta tambien estaba abierta y un rápido vistazo le reveló que contenía sólo armarios y archivadores. Al otro lado del vestíbulo, el quirófano aparecía vacío, sólo se veía un cabestro polvoriento que colgaba olvidado de un guinche hidráulico sostenido del techo. La sala de recuperación estaba llena de viejos tablones.

Una serie de golpes y un suave relincho guiaron a Molly hasta el segundo de los establos. En él había una potranca alazana, masticando tranquilamente su avena mientras observaba a Molly con sus dulces ojos de mirada líquida.

La potranca era una pura sangre en edad de correr, tal vez tres o cuatro

Librodot

años. Los caballos de pura sangre de parecido tamaño y color son difíciles de identificar, a menos que uno los conozca bien. Molly no podía estar segura, pero no creía haber visto antes a este animal.

Tampoco creía que perteneciera a la cuadra Wyland. Aunque así fuera, ¿qué estaba haciendo en el hospital?

Un rápido reconocimiento le confirmó que no había estiércol en el suelo.

La potranca estaba comiendo, lo que significaba que había recibido el alimento muy recientemente. Molly supuso que debía de hacer poco tiempo que la potranca había sido llevada al establo.

-Hola, chica -Molly entró al establo, moviéndose con cuidado para no asustar a la potranca. Le acarició el flanco y pasó la mano por el cuello del animal cuando esta pateó y sacudió la cabeza.

Molly había pasado últimamente tanto tiempo revisando los tatuajes de los hocicos de los caballos que se le había vuelto una costumbre casi inconsciente. Pasó una mano tranquilizadora por el hocico de la potranca, murmurándole, y le bajó el labio inferior.

La potranca no mostraba ningún tatuaje. El labio estaba liso.

A todos los de pura sangre se los tatuaba cuando cumplían el año, con propósitos identificatorios. Si esta potranca no estaba tatuada, algo andaba mal.

Molly evaluó la importancia de esto y dejó el establo. Cuando llegó a la oficina, lo primero que hizo fue buscar en su bolso el trozo de papel en el cual Will le había anotado el número de su teléfono celular. Lo segundo, apagar la luz.

Entonces llamó a Will.

38 Will llegó menos de quince minutos después. Molly estaba aguardándolo al costado de la carretera. Salió de entre las sombras, haciéndole señas.

El coche se detuvo a su lado. Will se apeó de él.

Escuchó lo que ella le contó, siguiendo con la mirada su dedo que apuntaba hacia el hospital.

-Vamos -le dijo ella, impaciente por mostrarle lo que había descubierto.

-Iré yo. Solo. Tú me esperarás en el coche -el tono de Will no admitía réplica. Una mirada a su rostro mostró a Molly que no había rastros del tierno hombre encantador del cual se había enamorado. Sus ojos mostraban una expresión dura, y tenía las mandíbulas apretadas.

-Pero... -empezó a decir Molly, pero se llamó a silencio cuando Will la tomó del brazo, la llevó a la fuerza rodeando el capó del coche, abrió la portezuela y la obligó a sentarse en el asiento del acompañante. Buscó dentro de la guantera y sacó la pistola.

Molly abrió muy grandes los ojos. Su tipo del FBI tenía una pistola, después de todo.

Will le dejó las llaves sobre el regazo.

Librodot

-Tan pronto me vaya, pon el seguro de las puertas. Quédate dentro del coche. Si ves algo que te asusta, márchate. Si no regreso en quince minutos, márchate. No vayas a casa. Ve al Departamento del Alguacil en Versailles. Hagas lo que hagas, no te bajes del coche y no dejes que suba nadie. ¿Comprendido?

Molly asintió. Con la pistola en la mano, Will se convirtió de golpe en un formidable extraño. Molly tuvo que recordar que él era un agente federal y que este era un asunto serio.

Quizás un asunto que involucraba matar.

-Ten cuidado -le dijo. El asintió. Luego cerró la portezuela.

Molly lo observó moverse a lo largo del camino de acceso cubierto de maleza, rumbo al hospital, donde desapareció por un costado.

Exactamente doce minutos y medio después -Molly había controlado el tiempo con el reloj del tablero-, Will volvió a estar a la vista, caminando por la hierba y hablando al mismo tiempo por su teléfono celular.

Cuando llegó al coche, se quedó afuera un instante, presumiblemente para terminar con su conversación. Cuando terminó, subió al coche.

-¿Y bien? -preguntó Molly, mientras él se inclinaba sobre ella para guardar la pistola en la guantera y ponía el teléfono celular en el compartimiento entre los dos asientos.

-Creo que lo encontraste -dijo, sin sonreír-. Apostaría cada centavo que he ganado a que ese caballo es un "doble".

-¡Sí! -exclamó Molly, triunfante, blandiendo el puño. Para su sorpresa, Will no pareció compartir su júbilo. Estaba quieto, con la mandíbula todavía apretada. Molly recordó que ambos ya no estaban en buenos términos. Desde que él la besara en el establo y ella saliera y aceptara la invitación de Thomton, sólo habían intercambiado las palabras estrictamente necesarias. El le había dado los nombres de los caballos que debía controlar y en dos oportunidades le había pedido que fotografiara archivos con su fiel cámara estilográfica. Cuando por la noche había ido a buscar a Mike para jugar al baloncesto, la había tratado como a la hermana mayor de Mike. Ni más, ni menos.

En su excitación por el descubrimiento de los "dobles", había olvidado todo aquello. Su conducta profesional se lo había recordado.

-¿Estamos esperando algo?

Will no hizo ningún movimiento para poner el coche en marcha; Molly se sintió confundida.

-Murphy está en camino -dijo Will-. No quiero perder de vista a este caballo hasta saber qué están planeando hacer con él. Cuando llegue Murphy, te llevaré a casa. Luego regresaré.

Su mirada se posó en la cara de ella. Algo en su expresión desconcertó a Molly. No estaba reaccionando como habría esperado que lo hiciera al ofrecerle el caso solucionado.

-Mientras esperamos -dijo Will-, tal vez puedas decirme exactamente cómo fue que apareciste en ese edificio en la mitad de la noche.

Por la carretera se aproximaba otro coche, con sus focos delanteros abriendo brillantes haces de luz en la oscuridad. Cuando estuvo cerca la luz inundó el Taurus; el coche aparcó detrás de ellos.

-Murphy -dijo Will, apeándose del coche-. Quédate aquí.

Minutos después estaba de vuelta y se deslizó en el asiento del conductor.

El coche de Murphy se alejó en cuanto Will hubo puesto el suyo en marcha. Molly lo miró interrogativamente.

-Va a buscar algún lugar menos ostensible para aparcar.

Will arrancó, dio una vuelta en U, que mucho sorprendió a Molly al no terminar en un vuelco dentro de la zanja, y enfiló en dirección a su casa -Ahora -dijo él- qué te parece si me cuentas todo lo que pasó desde el principio. Creo recordar que tenías una cita con Thomton Wyland esta noche.

-La tenía -dijo Molly-. Estábamos en una fiesta en la Casa Grande.

Yo... decidí volver a casa. El camino más corto es a través de la pradera, de manera que lo tomé. Sólo que se me rompió el tacón de mi zapato; bueno, el de Ashley, en realidad, y hacía más frío del que yo creía, y entonces, al ver el hospital, recordé que allí había un teléfono. Pensé que podría llamar a Ashley para que viniera a buscarme.

Will emitió un sonido indescifrable. Molly le echó una mirada.

-De manera que rompiste una ventana para poder entrar -dijo Will.

Molly ya le había contado esa parte de la historia al telefonearlo. Suponía que él también había entrado trepando por esa misma ventana, Molly asintió:

-Cuando estaba en la oficina oí algo, así que encendí la luz y fui a investigar. Era la potranca.

Al mirar por la ventanilla, se sorprendió al ver que pasaban frente a la granja.

-Eh, te estás pasando de mi casa -señaló Molly.

-Te llevaré a casa en un momento. Antes quiero terminar con esta conversación sin hordas de niños interrumpiendo a cada rato -replicó él, metiéndose en ese sendero abandonado en el que había aparcado aquella noche con Mike. Detuvo el coche, apagó las luces y se volvió en su asiento, para enfrentaría.

La luna ya estaba alta sobre sus cabezas, pero su luz no penetraba el escudo formado por los árboles. A su lado, Will era sólo una gran sombra oscura. No podía ver sus facciones.

-Déjame aclarar esto -dijo él-. Tomaste la decisión de irte a casa sola, a través de campos desiertos, en la mitad de la noche. ¿No tuviste en cuenta un pequeño detalle, quiero decir, que uno o varios dementes que hallan placer en mutilar caballos están sueltos?

-Lo olvidé hasta que ya estaba afuera -respondió Molly, con un atisbo de culpa-. Entonces me puse algo nerviosa, lo admito. Esa es otra de las

Librodot

razones por las cuales me metí en el hospital a buscar un teléfono. No deseaba caminar todo el resto del camino de vuelta a casa.

Por un momento, Will no hizo comentarios. Luego dijo:

-De manera que entraste allí para usar el teléfono. Escuchaste un ruido en un edificio que supuestamente estaba desierto. ¿ Y encendiste la luz y fuiste a investigar?

-Era un caballo -dijo Molly-. Estaba segura de que era un caballo.

-¿Y también estabas segura de que no había ningún ser humano con él?

¿Seres humanos que podrían haber significado verdaderas malas noticias para la niña tonta que se tropezara con ellos?

-¡No me llames niña tonta! -exclamó Molly, entonando los ojos.

Will suspiró profundamente.

-Lo siento -dijo cortésmente-. Quise decir joven tonta. O mujer.

Como sea que te guste calificarte. La palabra que cuenta es tonta.

-¡Encontré tu famoso "doble" para ti!

-Sí, lo hiciste -se encendió la luz interior del coche. Will bajó la mano del interruptor, volviendo los ojos hacia ella-. ¿Y qué le ocurrió a tu vestido?

Molly bajó la mirada, contemplándose. Se había olvidado del tirante roto y del escote caído, peligrosamente bajo, sobre un hombro. Todavía estaba decente, pero apenas.

-Se me rompió un tirante -contestó.

-¿Eso es sangre? -Will señaló una serie de manchas desvaídas sobre la falda del vestido. Molly imaginó que la nariz de Thomton había sangrado con más fuerza que lo que ella había creído.

-Es probable.

-¿Estás lastimada? -preguntó, con voz nerviosa.

-No es mía.

-¿De quién es, entonces?

-De Thomton -admitió Molly de mala gana. Un vistazo al rostro de Will la azuzó-: Muy bien, ¿quieres la historia completa? Allá va: Thornton bebió demasiado, trató de besarme, metió la mano por el escote de mi vestido y me rompió el tirante. Le di un puñetazo en la nariz. Luego me fui de la casa corriendo, y salí a campo traviesa, y me asusté, y vi el hospital, y resolví llamar a Ashley para que fuera a buscarme, y encontré al caballo, y te llamé. Grave error.

-Grave error -estuvo de acuerdo Will. Tenía la boca apretada, y sus ojos estaban tan oscuros que no parecían azules en absoluto. Molly advirtió que estaba enfadado-. Casi siento pena por Wyland. Cuando accediste a salir con él, debías haber sabido qué debías esperar. Dudo de que el pobre bastardo esperara que le dieras un puñetazo en la nariz por algo que tú sabías que iba a ocurrir tanto como él.

-Vete al infierno -dijo Molly, abriendo la portezuela-. No tengo por qué escuchar esto. Yo no te pertenezco, señor FBI.

Se bajó del coche, dando un portazo, con intención de recorrer a pie la corta distancia que la separaba de su casa. La luz interior del coche se apagó. Will también se había bajado, apresurándose para cerrarle el paso.

La tomó del brazo. Estaba muy cerca, inclinado sobre ella. A pesar de las tinieblas, Molly pudo verle los ojos. Estaban oscuros, intensos... y furiosos.

-¡Suéltame! -gritó, tratando de liberarse. Su pierna rozó el paragolpes del auto a través del vestido.

--¿Te asaltó alguna clase de deseo compulsivo de muerte? -preguntó Will, con una calma engañosa. La presión con que aferraba su brazo le hacía imposible librarse de él-. Sales con un majadero que no puede quitarte las manos de encima y supones que no tratará de hacerte nada.

Te vas a casa caminando, sola, a través de campos desiertos, con un maníaco dando vueltas por ahí, y no lo piensas dos veces hasta que ya es demasiado tarde. Sabes que estamos investigando una conspiración criminal. Te he dicho que podía llegar a ser peligrosa, a pesar de lo cual irrumpes en un edificio desierto, oyes un ruido y decides investigar a qué se debe. ¿No es, acaso, el comportamiento más autodestructivo del que hayas tenido noticia?

-¿Y a ti qué te importa?

Estaba de pie, tan cerca de él que tuvo que echar atrás la cabeza para poder mirarlo. Descalza como estaba, él resultaba mucho más alto que ella, más corpulento, y hasta amenazante.

Sólo que ella no temía a Will, amenazante o no.

-¿Que qué me importa? ¿Que qué me importa? Esto me importa -dijo, con los dientes apretados, y la besó.

Cuando sintió el contacto de su boca, el enfado de Molly se disolvió, mientras el de él parecía estallar. Will era siempre tan sereno, tan calmo, tan metido en su papel de hombre responsable. Desde que lo conocía, Molly había estado aguijoneándolo para hacerle perder el control.

Ahora tenía lo que quería. Will estaba fuera de control, furiosamente enfadado, temblando de rabia, y ella tenía que soportar el estallido que había estado buscando.

La boca de él era fuerte y feroz, y la presión de sus manos sobre los brazos de Molly casi llegaba al maltrato. Molly sintió la lengua húmeda y ardiente dentro de la suya. No era un momento en el que estuviera empleando su técnica, sino la más brutal emoción. Molly se estremeció, cerró los ojos, y eso fue su perdición. Se apretó contra él, besándolo tan vorazmente como él la besara a ella, sintiéndose en llamas cuando las manos de él se deslizaron por encima de su provocativo vestido y la acaricia, ron pródigamente, apretándola contra él. Cuando sus grandes manos calientes se cerraron sobre sus nalgas, gimió y se apretó más aún contra él. Casi no tuvo conciencia de que él estaba levantándola hasta que se encontró sentada sobre el capó del coche, con los pies apoyados sobre el paragolpes.

Abrió los ojos. El la empujó hacia atrás, alzándole la falda con manos rudas. Molly se acostó sobre el frío y duro metal y separó las rodillas para él. Will llevaba un traje oscuro y corbata. En la oscuridad, se destacaba la blancura de su camisa. Por encima de ella, su rostro se perdía en las tinieblas. Ella sentía sus muslos duros contra los suyos a través de la suave lana de sus pantalones. La sensación de esos muslos abriendo sus piernas, la sensación de la tela de los pantalones frotando sobre sus pantis era intolerablemente excitante. Molly lo. aferró de la nuca, guiándole la boca hasta su pecho. El apartó la delicada seda de su vestido. Molly sintió cómo éste resbalaba cuando cayó el otro tirante.

La boca de Will se cerró sobre su pezón.

Molly cerró los ojos. Gimió y le apretó la cabeza contra su pecho. Sentía la boca de Will húmeda y ardiente mientras mamaba como un bebé. Molly arqueó la espalda, ofreciéndole sus pechos en completa entrega, aferrándole la cabeza con ambas manos, mientras él la besaba, la lamía y la mordía, y ella se retorcía frenéticarnente debajo de él.

Will puso la mano entre los cuerpos de ambos, tironeando de la cintura de sus pantis, desgarrándolos, desgarrando sus bragas. La acarició, encontrando el diminuto capullo, que se estremeció desesperadamente bajo su caricia, y continuó deslizando la mano hacia abajo y hacia adentro de Molly.

Molly se aferró a sus hombros, jadeando de deseo dentro de su boca cuando él abandonó sus pechos para besarla en la boca. Estaba inclinado sobre ella, apoyándose en una mano mientras con la otra tomaba despiadada posesión de su cuerpo. Ella levantó las caderas en una entrega sin palabras, dando la bienvenida a su caricia con un gesto que era tan viejo como la misma condición femenina.

-¡Will! -llamó ella, con voz entrecortado, apretada contra su cuerpo cuando él apartó su boca de la suya.

Will volvió a inclinar la cabeza. Sus dientes se cerraron en tomo de su pezón con una fuerza tal que le habría dolido si no hubiera estado tan transportada por la pasión. Luego sacó los dedos de dentro del cuerpo de Molly. Esta se quejó y se revolvió, clamando en silencio por su regreso.

-Amame, Will -susurró, abriendo los ojos. Durante un instante, él permaneció quieto sobre ella, mirándola, con expresión dura y fiera y mirada oscura.

Luego la penetró, enorme y ardiente, colmándola más allá de su capacidad. Empujó, acarició, tomó, dio y la hizo sentir más y más y más, hasta que ella quedó sollozando su éxtasis dentro de su boca. Molly estaba inconsciente de placer y clavó sus uñas en la espalda de él a través de la chaqueta y la camisa.

-¡Will, Will, Will, Will, Will! -gritó cuando todo su mundo estalló en un millón de brillantes y coloreadas estrellas de placer. Gimiendo también él en correspondencia, legó a su propia culminación, derramándose muy profundamente dentro de su cuerpo sacudido por las convulsiones.

Cuando todo acabó, Molly quedó bajo el cuerpo de él, con los ojos cerrados y el cuerpo fláccido, salvo algunos temblores que todavía lo

sacudían. Había perdido la guerra, total y absolutamente. Cuerpo, corazón y mente, todo había sido conquistado. Todo pertenecía a Will.

El problema era que Will no le pertenecía.

39 Will se irguió, apartándose de ella, y retrocedió. Molly vio que tenía los pantalones y los calzoncillos caídos a la altura de las rodillas. Los levantó, puso dentro los faldones de la camisa y se ajustó el cinturón, todo ello sin decir una palabra.

Molly se sentó, cubriendo sus pechos desnudos con el corpiño de su vestido. Nada podía hacer con sus desgarradas bragas y pantis, como no fuera bajar la falda para ocultar el desaguisado.

Era difícil creer que acababa de hacer el amor apasionadamente con un hombre sobre el capó de un coche. Ni en sus más locos sueños había fantaseado con algo semejante... ni se había imaginado qué bueno podía a ser.

O lo mal que podía llegar a sentirse una cuando todo hubiese terminado.

¿Y ahora qué? Ella lo amaba. El partiría dentro de muy poco. Su corazón se partiría de pena.

Molly se deslizó del capó. Sus rodillas temblaban, pero se obligó a cerrarlas con firmeza, y la sostuvieron. Tuvo que sostenerse el vestido, o se habría deslizado hasta la cintura.

-Estás casi desnuda -dijo Will, con un gruñido. Todavía sonaba enfadado. Molly alzó la barbilla como respuesta.

-Se supone que es un vestido de noche -le dijo, sorprendentemente serena-. O al menos lo era.

-Ni siquiera llevas sostén.

-¿Y qué? No tenía ninguno que fuera bien con este vestido. Además, no lo necesito -sosteniendo aún su vestido, giró hacía Will y volvió a bajarlo, descubriendo sus pechos para que él comprobara-: ¿Ves? No se caen.

Will no dijo nada, pero Molly tuvo la impresión de que rechinaba los dientes.

-No puedes ir a casa con ese aspecto. En el maletero tengo algo de ropa que puedes ponerte.

Dio la vuelta hacia la parte posterior del coche. Molly fue tras él mirando dentro del maletero, mientras él sacaba de allí un bolso deportivo azul.

-Ya que hemos encontrado al "doble", tu investigación está básicamente terminada, ¿no es así? -Molly logró que su pregunta sonara indiferente.

Will sacó algunas cosas del bolso, cerró la cremallera y también maletero.

-Si todo sale bien, sí. Toma.

Molly agarró las ropas que él le ofrecía: un chándal y una camiseta. Su respuesta fue como un puñal en su corazón.

-¿Cuándo me pagas entonces?

Por nada del mundo permitiría que él se diera cuenta que estaba aterrorizada por la respuesta que le diera. Ya no tenía interés en el dinero.

Porque, en cuanto le pagara, se iría.

El rió, pero no fue una risa agradable:

-Antes de irme.

-¿Y eso cuándo será?

-Ya te lo haré saber. Pronto, probablemente.

-No debías haber sido tan bueno con los niños. Hacer la tarea con los gemelos, comprar el vestido a Ashley, enseñar a Mike a jugar al baloncesto. No tienen idea de que estás a punto de desaparecer de sus vidas.

-Se repondrán.

-Sí, supongo que lo harán -dijo Molly amargamente, sabiendo que esas palabras también eran para ella. Sólo que ella no se repondría. Durante mucho, mucho tiempo.

-Te daré mi número telefónico en Chicago. Si necesitas algo, es decir, si cualquiera de vosotros necesita algo, puedes llamarme.

-Oh, sí, claro, la línea de urgencias de caridad. No lo creo. Estábamos bien antes de que te conociéramos y lo estaremos cuando marches.

-Tan sólo una muesca más en la pata de tu cama, ¿eh?

Molly quedó tiesa de furia:

-Lo han entendido bien.

-¿Te cambiarás o no? Tengo que regresar.

-Seguro. No quiero distraer de su trabajo a tan dedicado servidor público.

Y dicho esto, Molly soltó su vestido. La brillante seda cayó con un suave susurro sobre su piel, dejando sus pechos al desnudo. El tenía la mirada clavada en ella, mientras quitaba sus piernas del vestido y junto con él la estropeada ropa interior. Durante un instante, se quedó inmóvil, desnuda, a la luz de la luna, sabiendo que su indiferencia lo enfurecía, y feliz de que así fuera.

Tan sólo una muesca más en la pata de la cama. Las palabras le hirieron más que lo que ella jamás habría imaginado que pudieran herir las palabras. El pensaba que ella era fácil, promiscua. Bueno, se dijo, que pensara eso era preferible a que sospechara la verdad: que sólo era fácil con él porque lo amaba tanto que se sentía casi enferma de amor.

El iba a marcharse.

-La modestia de las doncellas no es tu fuerte, ¿verdad? -preguntó él.

-No -su tono era insolente, porque sabía que la insolencia lo enfadaría.

Pero él no dijo nada. La recorrió una vez más con la mirada y se volvió para subir al coche. Ella se puso los pantalones del chándal y ajustó cordel en torno de su cintura. Eran enormes para ella y le hicieron recordar Will, y

el recuerdo le causó dolor. Pasó por la cabeza la igualmente grande camiseta y recogió del suelo sus ropas arruinadas, reuniéndose con en el coche.

-Sabes, te echaré de menos -dijo él, mientras retrocedía con el he hacia la carretera.

-¿De veras? -Molly lo miró, sintiendo de pronto que renacía su esperanza. Tal vez, sólo tal vez...

-Sí, seguro. Debo reconocerte algo: contigo me he echado los mejores polvos de mi vida.

Molly quedó inmóvil por un momento, mientras las toscas palabras resonaban en su cabeza, golpeando despiadadamente dentro de su conciencia. Luego la furia, bendita, curativa furia, estalló para rescatarla.

-¿Ah, sí? -su voz era educada, casi cordial, una máscara perfecta para la dolorosa rabia que hervía en su interior. Le sonrió, demasiado dulcemente-. Ojalá pudiera decir lo mismo. Diría casi, pero no el mejor.

Y así lo dejaron. Will la llevó a casa, se aseguró que entrara, luego dio la vuelta y desapareció de su vida. Molly no se volvió para verlo, ni siquiera para despedirse. Tres días más tarde, recibió un envío de Federal Express:

un cheque certificado por cinco mil dólares y la tarjeta de una compañía de mantenimiento de parques y jardines con tres números telefónicos garabateados en el dorso.

La línea de urgencias, no tenía dudas. Paseando la mirada entre la tarjeta y el cheque, sintió un dolor tan hondo que creyó morir.

Porque sabía que eso significaba que Will estaba realmente, verdaderamente fuera de su vida.

40 15 de noviembre de 1995 Pasaron más de tres semanas. Las actividades del hipódromo de Keeneland habían terminado, y Molly llevaba a cabo sus tareas normales en la cuadra Wyland. Entre la gente del lugar relacionada con el ambiente del negocio de los caballos, corrían muchos rumores acerca de que se convocaría al gran jurado y se presentarían acusaciones contra varios entrenadores de la zona, pero nadie parecía saberlo con certeza, y nada ocurrió. Un puñado de los caballos del haras Wyland habían sido llevados a correr en diferentes carreras de otros estados, pero ninguno de los animales a cargo de Molly estaba en las mejores condiciones, de manera que ella se quedó en casa. Don Simpson estaba afuera, con Tabasco Sauce, lo que significaba que el trabajo era más tranquilo que lo habitual.

Era una suerte, ya que Molly no estaba funcionando en la plenitud de su capacidad. Todo lo que se sentía capaz de hacer era arrastrarse fuera de la cama cada mañana y sobrellevar el día lo mejor que fuera posible.

Sentía la ausencia de Will como un dolor físico que no desaparecía, por más que procurara no ahondar en él. Pero, por primera vez en su vida, no era capaz de hundir algo desagradable en el pozo negro que con ese propósito había construido en su cabeza. Este dolor no podía ser negado y no se marcharía así como así.

Todos sus hermanos extrañaban a Will, pero, para sorpresa de Molly,

quien peor acusó su falta fue Mike. El joven se mostró abatido en un principio, luego se enfadó y finalmente se volvió hosco y vengativo. Molly sospechaba que estaba saliendo otra vez con la pandilla de antes y temía pensar las consecuencias que eso tendría. Tratar de hablar con él era una pérdida de tiempo. Él hacía oídos sordos a cuanto ella dijera y cuando se dignaba contestar sus respuestas eran cortantes.

Trevor abandonó a Ashley y comenzó a salir con Beth Osborne, con lo cual Molly tuvo que lidiar con el corazón roto de su hermana al igual que con el propio. Ashley lo sobrellevaba mucho mejor que ella, tuvo admitir.

Otro pura sangre fue atacado, esta vez en uno de los campos Cloverlot.

Los delegados del sherif notificaron a Tom Kramer que deseaban volver a hablar con Mike. Se hizo presente la policía estatal. Afortunadamente Mike tenía una coartada indestructible para el momento del ataque: estaba en casa, metido en cama. Sus cuatro hermanos podían atestiguarlo.

Jimmy Miller y Thomton Wyland siguieron ambos acosándola con propuestas de citas. Varios de los amigos de Thomton que conociera en la fiesta también la llamaron. Molly los rechazó a todos. Sentía que nunca más en la vida podría volver a salir con ningún hombre.

Si no sentía nada por ellos, ¿qué sentido tenía? Y, si de verdad lo sentía, dolía demasiado.

Durante la segunda y la tercera semana de noviembre el Club de Caza de Lexington estuvo en plena actividad, alborotando por los campos con sus jinetes de salto persiguiendo a un zorro inexistente. La aparición anual de estos individuos de sociedad, con sus insignias y sus chaquetas escarlata, siempre presagiaba la llegada del mal tiempo. Así fue otra vez ya que la temperatura bajó hasta cerca de los cinco grados y se quedó allí. Cayeron las hojas de los árboles y la exuberante hierba se volvió parda. El paisaje mostró una desolación típicamente otoñal que se correspondía exactamente con el estado de ánimo de Molly.

Daba la impresión de que jamás volvería a brillar el sol.

El único toque luminoso lo puso Susan, excitada porque iba a tomar parte en la representación escolar de El Mago de Oz. Hacía papel de la Bruja Malvada del Oeste y pasaba ensayando todo su tiempo libre después de la escuela. La mayor dificultad, a decir de Susan, se presentaba con el cubo de agua. La niña que hacía el papel de Dorothy siempre la olvidaba. Era muy difícil morir convincentemente cuando ni siquiera estaba mojada.

Era un miércoles por la noche. Molly estaba en la cocina, batiendo unos huevos para la cena y escuchando, con la mitad de su atención, cómo Susan ensayaba su parte. Sam estaba sentado a la mesa, haciendo su tarea. Ashley y Mike estaban en distintos lugares de la casa, estudiando.

Ashley tendría una difícil prueba de química el viernes siguiente, en la que esperaba tener un excelente. Mike también tenía prueba, de estudios social Molly se sentiría contenta si obtenía un aprobado.

“Te atraparé, belleza mía..." entonó Susan, con un parloteo malvado mientras Molly ponía los huevos en los platos. Molly ya había oído tantas veces la parte de Susan que creía poder representarla sin problemas.

Advirtió que su irritación aumentaba, lo que no era nada nuevo en ella en los últimos tiempos. Desde que Will se fuera, sus estados de ánimo parecían fluctuar entre el enfado, el malhumor y la depresión.

Los niños no se lo merecían, lo sabía, pero no podía hacer nada por evitarlo.

Pon esto sobre la mesa, por favor Molly interrumpió bruscamente el monólogo de Susan, señalando los platos. Recogió una fuente con tostadas y tocino y se dirigió hacia la mesa. Detrás de ella, Susan hizo lo que se le pedía, haciendo una mueca. Con un grito, Molly llamó a cenar a los demás.

¿Ya has empezado mi vestido? preguntó Susan, mientras comían.

Los participantes de la obra debían hacerse sus propios vestidos. Aunque Molly no había dicho nada a Susan, en privado se preguntaba si participar en la obra era un privilegio o una penitencia.

Aún no, pero lo haré.

Lo necesito para el próximo miércoles.

Lo sé.

Una visita a Goodwuill, esperaba Molly, le proporcionaba un adecuado vestido negro y antiguo. Si no era así, revisaría las tiendas de segunda mano. Gracias a los cinco mil dólares que había ganado trabajando para Will, el dinero no estaba tan justo como para que no pudiera afrontar el gasto de un traje aceptable para Susan.

Algo positivo había tenido su asociación con Will, después de todo.

Espero que no pienses que voy a ir a ver esa estúpida obra, porque no lo haré dijo Mike.

No me interesa si no vienes replicó Susan. De todas maneras, con esa cara llena de granos que tienes espantarías a todo el mundo.

¡Cállate, mocosa! Por lo menos, yo no tengo dientes de conejo.

No, tienes cerebro de conejo saltó Sam, en defensa de su hermana gemela. Eres tan tonto que seguramente te echarán de la escuela.

¡Basta, todos vosotros! ¡Ya está bien! Molly miró alrededor de la mesa. ¿Cuál es la regla?

"Si no puedes decir algo agradable, mejor no digas nada" corearon como loros Susan y Sam con un agudo canturreo.

Mike los miró, frunciendo el entrecejo, como también a Molly.

¡Eso es pura mierda! dijo.

Poniéndose de pie, tomó su plato y su vaso, abandonó la mesa y fue a la sala. Pocos segundos después, Molly oyó que encendía el televisor. Sabía que debía llamarlo de vuelta o, al menos, reprenderlo por insultar, pero no tuvo el valor como para hacerlo. Su carácter agrio parecía haberse contagiado a todos los demás. Molly no podía recordar cuándo era la última vez que habían discutido tan amargamente. O tan desagradablemente.

Después de cenar, Ashley la ayudó con los platos. Susan y Sam habían sido relevados para ensayar y terminar con su tarea, respectivamente.

Mike estaba de tan mal talante que Molly casi había dejado de pedirle que cumpliera con sus tareas de la casa. Si él las olvidaba y ella se lo recordaba, siempre terminaban riñendo. Era más fácil hacerlas sola.

—¿Has sabido algo de Will? —le preguntó Ashley mientras secaba un plato.

Al principio, después de su partida, sus hermanos habían preguntado por él varias veces cada día. Ahora hacía ya dos días que ninguno de ellos lo mencionaba, de manera que Molly supuso que tenía que estar agradecida por el respiro que le habían dado.

—No -contestó brevemente.

—Es duro el amor, ¿verdad?

La simpatía en la voz de Ashley chirrió sobre Molly como una uña sobre una pizarra. Sabía que Ashley sólo quería ser amable, y quizá también compartir algo de su propio pesar, pero la ausencia de Will era un herida abierta que ella no podía soportar que alguien la tocara. Hasta hablar de él era doloroso.

—Es dura la vida —respondió, alcanzándole a Ashley la última de las fuentes.

Alejándose de su hermana, recogió el plato de sobras que había juntado para Pork Chop y fue hacia afuera. El perro, que había estado esperado pacientemente frente a la puerta, con su avidez y su torpeza casi la tiró sobre los escalones del porche. Molly le gritó e inmediatamente se sintió mal. Dejó el plato sobre el suelo, y dio unas palmaditas de disculpas en la cabeza del perro mientras este metía el morro en la comida y devoraba la cena.

Durante un instante, Molly se quedó allí, sin moverse, los brazos alrededor de su cuerpo, aspirando grandes bocanadas del frío aire de la noche. La luna, enorme y amarilla, estaba apareciendo sobre el horizonte. Estrellas diminutas titilaban sobre el firmamento. Soplaba el viento, susurrando a través de las ramas desnudas del roble. Normalmente habría podido escuchar un relincho o el ruido de cascos o algo que anunciara la presencia de caballos en la pradera vecina. Pero los de pura sangre estaban los establos, en parte porque ya no había hierba que comer, y en parte para protegerlos del pervertido que los acechaba. J. D. y compañía vigilaban los establos toda la noche, lo que era bueno para los caballos.

Pero la ausencia de los animales y el conocimiento de que J.D. no andaba por ahí haciendo su ronda nocturna hicieron que Molly se sintiera muy sola. Levantó los ojos hacia la luna y trató de imaginar cómo era Chicago: edificios altos, el continuo ir y venir de mucha gente, tránsito en las calles a toda hora del día y de la noche. En ese exacto momento, Will probablemente estaría en algún lugar de la ciudad, en un pequeño restaurante italiano, ante un plato de lasaña. Junto a él estaría su nueva amiga, o tal vez la antigua amiga que había quedado esperándolo en Chicago. Molly nunca le había preguntado si existía alguien semejante.

Molly supuso que, como los marineros, los agentes del FBI tenían una novia en cada puerto.

El pensamiento fue tan doloroso que Molly cerró los ojos, luchando por

contener las lágrimas. No iba a llorar por él. Se rehusaba absolutamente.

Era estúpido e inútil, y no le hacía ningún bien.

Aspiró profundamente, se volvió y regresó a la casa.

41 Era pasada la medianoche. Una figura envuelta en las sombras se deslizó furtivamente en el patio, rumbo a la casa. Se movía con sigilo, sabiendo que cualquier ruido causado por un descuido despertaría al perro, arruinando sus planes. El animal dormía abajo, en la cocina. Otras incursiones hechas con anterioridad, de prueba podría decirse, habían revelado que el animal tenía el sueño profundo.

Igual que los niños, que dormían arriba.

Estaba excitado. No, eufórico era una palabra más adecuada. La emoción de la caza tenía más potencia que cualquier droga. Gracias a los caballos, había estado experimentándola en dosis cada vez mayores durante los últimos meses. Hoy efectuaría la última incursión. Durante largo tiempo había soñado con esta noche, haciendo minuciosos planes.

Todo estaba preparado. Tocó su bolsillo, confirmando que tenía el trapo y el cloroformo. Por supuesto que los tenía. Era cuidadoso, muy cuidadoso. Esta vez tenía intenciones de no ser atrapado.

De alguna manera, todo era como antes, y así debía ser. Porque se cumplía un nuevo aniversario de la primera vez en que se había embarcado en semejante cacería. Trece años.

Lo había planeado para que coincidiera.

Sobre su cabeza, la bola dorada que era la luna esa noche, contemplaba la escena sin ver, como lo había hecho antes. Se dibujaba contra el cielo, muy grande, más grande que en ninguna otra época del año.

La llamaban la "Luna del Cazador".

Y era un nombre adecuado, porque él era el cazador.

42 16 de noviembre de 1995 La muerte de Howard Lawrence todavía incomodaba a Will. Era un cabo suelto, y a él no le gustaban los cabos sueltos. Los cabos sueltos indicaban que algo se le había pasado por alto.

Aunque todo el mundo parecía estar más que dispuesto a suscribir que había sido suicidio.

El intuía, visceralmente, que estaban equivocados.

No era que importara demasiado. En realidad, nada de eso. Suicidio o asesinato, Lawrence estaba muerto. Las investigaciones por homicidio eran jurisdicción de la Policía local, no de los federales.

Apretó una tecla. La pantalla de su computadora lanzó un destello de color verde, y luego aparecieron páginas y más páginas de datos. Toda la información que había recogido en la Operación Caza-Carreras ese era el nombre que el FBI había dado a su investigación ya había sido transferida, vía módern, a la oficina de Lexington. Ellos llevarían a cabo los arrestos y la prosecución de la causa. Su trabajo había terminado.

-¿Quieres algo de beber, Will?

Dave Hallum asomó la cabeza por la puerta de la pequeña oficina de Will.

Calvo y enjuto, Hallum le recordaba a un galgo gris. Ese día, hasta su traje era gris.

-Esta noche no, gracias.

La pregunta de Hallum le recordó que ya eran las cinco y media. Hora de irse a casa. ¿A casa para qué? Ahora que Kevin se había marchado, la casa era un lugar vacío. Podía ordenar una pizza y comerla frente a la tele.

Will resolvió optar por la gimnasia. Más tarde, siempre Podría llamar a Lisa, aunque desde que había regresado del campo Lisa parecía haber perdido su atractivo.

Durante mucho tiempo había estado presionándolo para que se casaran, pero Will siempre se había resistido, usando a Kevin como excusa. Ahora que su hijo ya no estaba en casa para actuar como escudo, Lisa se estaba volviendo más insistente.

Tenía treinta y siete años, era divorciada, y estaba alarmándose con el tictac de su reloj biológico interior, bien lo sabía Will.

La idea de darle hijos a Lisa le produjo dolor de estómago. Ella no le gustaba tanto como para eso, se dio cuenta. Ciertamente no estaba enamorado de ella.

Hallum entró en la oficina:

-¿En qué estás trabajando?

-Estoy terminando con el asunto de Kentucky. Acabo de mandarle todo el papelerío a...¿Cómo se llama el tipo?

-¿El agente de la oficina de Lexington? Matthews.

-Correcto, Matthews. Ahora el balón está en la corte de Matthew - Hiciste un buen trabajo con eso.

-Gracias.

-Estaban trayendo caballos de Argentina, ¿verdad? ¿Y los sustituían por caballos norteamericanos? Mañana voy a hablar con George Rees, y quiero estar seguro de informarle correctamente.

-El informe está sobre tu escritorio -le recordó Will.

-No he tenido tiempo de leerlo -admitió Hallum, atravesara la habitación para sentarse sobre el escritorio de Will-. Ponme al tanto.

-Un grupo de entrenadores se unieron en una conspiración para arreglar ciertas carreras especiales, de manera de poder hacer apuestas pequeñas y cobrar premios grandes. Para lograrlo, sustituían caballos lentos por otros veloces. Dado que todos los caballos de carrera de este país identifican con un tatuaje en el hocico, trajeron caballos de un país que no tiene esa exigencia: Argentina. Tatuaban el número identificatorio del caballo lento en el hocico del animal importado, lo hacían correr contra otros caballos lentos sin grandes posibilidades y se embolsaban el dinero.

Fin de la historia.

-Suena muy simple. Me sorprende que necesitaras dos semanas para descubrirlo dijo Hallum, con una sonrisa.

Will sabía que estaba bromeando.

-No habría tardado tanto si el primer informante que recluté no me hubiera mentido. Cuando me di cuenta de cómo funcionaba el esquema, todo fue muy sencillo.

-¿El primer informante era ese tipo al que crees que asesinaron?

-Sí.

-Murphy no piensa así. De todas maneras, es un problema de la policía local.

-Eso mismo me dije yo.

-¿Así que el caso está cerrado?

-Sí -contestó Will-. Caso cerrado.

En ese momento, golpearon a la puerta de la oficina. Will levantó la vista y vio a Murphy junto a otros dos agentes -Warren Roach y Ben Markey-, de pie en la puerta. Los invitó a entrar. De no haber estado Hallum presente, sabía que no se habrían molestado en golpear.

-¿Preparado para salir? -preguntó Murphy.

-¿Para ir dónde? -dijo Will, frunciendo el entrecejo.

-No me digas que te has olvidado -dijo Roach.

Era un tipo alto y delgado, con una cabellera castaña cuidadosamente peinada y muy buen gusto para los trajes. Divorciado, se consideraba un matador de mujeres. A Will lo asaltó la súbita esperanza de que tal vez se entendiera con Lisa.

-¡Vaya, hombre, es mi despedida de soltero! -dijo Markey, con una sonrisa.

Markey, de veintitantos años, bajo y moreno, jamás se quedaba quieto.

En ese momento jugueteaba con las monedas que tenía en el bolsillo, mirando a Will.

-Cierto, ya lo recuerdo. En realidad, no me lo perdería por nada del mundo. En lo de DiGiorno, ¿verdad? Vayan yendo, que yo llegaré un poco más tarde. Antes tengo que terminar algunas cosas.

-¿Todavía estás trabajando en la Operación Caza-Carreras? -el absurdo nombre hizo sonreír a Murphy.

Will sacudió la cabeza:

-Acabo de terminar con eso.

-¿Qué te pareció Kentucky, Will? -Roach estaba bromeando..

Murphy había pasado las últimas tres semanas entreteniendo a todo el mundo en la oficina con sus experiencias y las de Will en Bluegrass. Will se había encontrado con que era el centro de muchas bromas, ninguna las cuales apreció particularmente. Pero no era tan estúpido como para dejar ver esa falta de apreciación.

-Era como estar atrapado en una interminable serie de Green Acres respondió secamente.

El grupo lanzó risitas ahogadas.

-Incluso tuviste tu Elly May, ¿no es así? -preguntó Markey.

-Eso no es Green Acres, idiota. Es Los Beverly ricos -corrigió Roach.

-No importa. Sólo quiero escuchar todo acerca de Elly May Markey sonreía al decir esto.

-Fuera de mi oficina -dijo Will, con más humor que el que sentía. Oír que se refirieran a Molly como Elly May estaba crispándole los nervios.

Alguien más volvió a golpear a su puerta. Su secretaria -no, acuerdo con la nueva terminología informatizada, era su asistente administrativaapareció.

-Will, tienes una llamada por la línea dos -le dijo-. Una tal señorita Ballard.

El trío de tontos frente a su escritorio se miraron entre sí con gran placer.

-¡Elly May! Exclamaron, a pesar de que Will ya tomaba el auricular.

-Will Lyman -dijo nerviosamente. En la mira de un público burlón, maldito si iba a dejar traslucir emoción alguna.

-¿Will? -la voz de Molly lo golpeó con la fuerza de un bate béisbol en el estómago. Se oía suave, baja y sureña, y le dejó la boca seca. Will de repente no pudo imaginar cómo había logrado sobrevivir sin oírla durante tres semanas.

-Molly -indicó con un gesto a Los Tres Chiflados (y también a Hallum), que salieran de la oficina. Lo ignoraron.

-Oh, Will -la voz de Molly se quebró.

Will estuvo súbitamente alerta. Para que Molly se oyera de esa forma, algo muy malo habría sucedido.

-Susan ha desaparecido -dijo ella, sonando como si tuviera dificultad en hablar.

-¿Qué quieres decir con "ha desaparecido"? -le preguntó, ansioso.

-Se ha perdido. Anoche se fue a la cama y esta mañana ya no estaba allí.

Su cama estaba vacía. No está en ningún lugar de la casa. Buscamos por todos lados, adentro y afuera, y luego llamamos a la policía. Actúan como si pensaran que se marchó de casa. Will, ella no se marchó. sabes que no lo hizo. Creo que alguien entró en la casa y la raptó sacándola de la cama.

-Por Dios bendito.

-¿Vendrás? ¿Por favor? ¿Ahora?

-Estaré allí tan pronto consiga el primer vuelo -dijo Will al teléfono, mientras lentamente se iba congelando la sangre en sus venas-. Sólo

quédate lo más tranquila que puedas y aguarda.

-Date prisa. Por favor, date prisa -la voz de Molly volvió a quebrarse.

Luego sintió un “click” cuando ella colgó el auricular.

Will hizo lo propio y se puso de pie. Los cuatro hombres que estaban en la habitación ya no sonreían. Hallum se levantó del borde del escritorio de Will.

-Ha habido un secuestro - dijo Will-. Una niña. Debo ir.

43 Susan despertó en medio de la oscuridad. Le dolía la cabeza y sentía revuelto su estómago. No sabía adónde se encontraba, pero sabía que no era en su cama. La noche anterior se había acostado en su cama, como siempre lo hacía, pero de alguna manera se había despertado…

aquí.

¿Dónde? Ese era el asunto. Susan se tambaleó y se apoyó sobre lo que parecía ser un suelo de tierra. Dondequiera estuviese, era un lugar frío, oscuro y con olor a moho. Y silencioso. Con un silencio lleno de resonancias. Como una cueva.

¿Tendría una pesadilla? Susan se pellizcó para asegurarse. El pellizco le hizo daño. ¿Los pellizcos dolían en las pesadillas?

Susan sabía que estaba despierta.

Un sollozo se ahogó en su garganta. Susan lo contuvo. Tenía miedo de hacer cualquier ruido, miedo de moverse, por si la bestia que vivía allí la oía y saltaba sobre ella.

No sabía por qué pensaba en una bestia, pero así era. Una enorme criatura peluda con cuernos, garras y grandes colmillos que atrapaba a los niños y se los comía en el desayuno. Casi podía oírla, moviéndose sigilosamente hacia ella en la oscuridad.

Algo pasó corriendo sobre sus dedos. Susan apartó violentamente la mano del suelo y lanzó un alarido. Aun cuando el sonido se había extinguido por completo, siguió caminando hacia atrás, como un cangrejo, hasta que su cabeza golpeó contra una pared de piedra.

Vio las estrellas y se estremeció violentamente. Se sentó con las rodillas contra el pecho y rodeó sus piernas con los brazos, haciéndose tan pequeña como le fue posible. Paredes de piedra, suelo sucio, olor a podredumbre. Diminutos ojos redondos y brillantes que la observaban desde cierta distancia: ¿pequeñas bestias?

¿Estaba, acaso, en una celda… o en una tumba? La idea de que podía haber sido enterrada en vida la atemorizó. A su alrededor, la oscuridad pareció cobrar vida, escuchando, respirando, aguardando para abalanzarse sobre ella.

-Mami -lloriqueó. Luego-: Molly.

44 Cuando Will llegó, unas cuatro horas después de que Molly le telefoneara, la casa estaba llena de gente: vecinos, amigos y policías. Servía como puesto de comando para una desconcertante mezcla de agentes federales y policías del lugar. Will había puesto en movimiento el engranaje

Librodot

antes de salir de Chicago. El teléfono de la casa había sido intervenido para el caso que llegara a producirse una llamada exigiendo un rescate, y uno de los agentes lo controlaba. Molly había entregado fotografías de Susan, junto a una lista de sus amigos, información identificatoria y una descripción de lo que llevaba puesto la última vez que había sido vista: un camisón de franela blanco, largo hasta los tobillos, estampado con florecillas rosadas.

Molly, Sam, Ashley y Mike habían sido interrogados tan exhaustivamente acerca de sus movimientos de la noche anterior que Molly creía poder repetir la historia aun en sueños. La casa había sido espolvoreada de arriba abajo, en busca de huellas dactilares. La alcoba de Susan había sido fotografiada desde todos los ángulos posibles. Se había distribuido un aviso de persona desparecida con la descripción de Susan, y se había realizado una búsqueda minuciosa en la casa, el patio y los campos mas cercanos. Se estaba organizando otra búsqueda en una zona más amplia que se haría cuando aclarara, si para entonces Susan no había aparecido.

Molly rogó para que entonces hubiese aparecido.

Will telefoneó desde el avión para avisar la hora en que aterrizaría. El agente del FBI a cargo del control telefónico, que dijo llamarse agente especial Eaton, pasó el mensaje a Molly. Esta estaba sentada a la mesa de la cocina junto a Ashley, Sam y Mike, frente a platos de carne con puré de patatas preparados por la cortesía de su vecina, Flora Atkinson. Los platos continuaban intactos. Molly había salido alguna vez con el hijo de los Atkinson, Tom, y había sido muy amiga de su hija Linda antes de que ella se casara y abandonara el condado. La señora Atkinson era una mujer regordeta, de aspecto maternal, que rondaba los sesenta años. Iba y venía por la cocina, preparando la comida y hablando en voz baja con otros vecinos que entraban y salían sin cesar.

Todos coincidían en que la desaparición de Susan era una pesadilla, la clase de cosas que se ven por televisión o le ocurren a otras personas.

Nunca a ellos. Ni a Susan. Ni a una niña que ellos conocían.

Los excitados ladridos de Pork Chop cuando vio que un coche se aproximaba por el camino de acceso sonaron tan normales que casi parecieron fuera de lugar. Todos, incluso el agente especial Eaton, salieron al porche, expectantes. Esperando ver que Susan era traída de vuelta a casa. Esperando noticias. Esperando por...

Will. A grandes zancadas, se acercó hasta la casa, con su pelo rubio brillando bajo la luz de la luna. Llevaba un impermeable, abierto sobre un traje oscuro. Molly sintió tanta alegría al verlo que se le cerró la garganta.

¡Will! Ashley y Sam bajaron corriendo los escalones del porche a su encuentro. Cuando llegaron hasta donde él estaba, se arrojaron sobre él, abrazándolo como si fuera un viejo miembro de la familia al que hacía tiempo no veían. El también los abrazó y alzó la mirada para mirar a Molly, de pie en el porche con Mike a su lado.

Sus ojos se encontraron y, durante un momento, se miraron sin pronunciar palabra.

¡No nos dijiste que eras agente del FBI! dijo Sam, con tono

acusatorio. Molly les había contado esa tarde, antes de llamarlo. Su verdadera identidad era el único rayo de esperanza que tenía para ofrecerles... y para ofrecerse a sí misma.

Will bajó la vista, revolviendo el pelo del niño.

—Era un secreto —le dijo.

—Susan... —la voz de Ashley se quebró, obviamente superada por la emoción como para continuar hablando.

—No te preocupes, todo saldrá bien —le dijo Will, y rodeando con un brazo a cada uno fue hacia el porche.

Desde el momento exacto en que Ashley y Sam se arrojaron sobre él, Will supo que había estado equivocado. Equivocado al pensar que su cariño por los Ballard era algo que pasaría, equivocado al marcharse sin decir una palabra como lo había hech. En ese momento, le había parecido la mejor manera de manejar las cosas. Había temido que ellos —y él— estuvieran apegándose demasiado, ¿y qué objeto tenía? Su vida estaba en Chicago, las de ellos estaban aquí. Cuando el trabajo estuviera terrninado, saldría de sus vidas tal como había entrado. Como Molly había dicho aquella última e inolvidable noche, nunca debía haberse involucrado con sus hermanos en esas circunstancias. No era nada que él hubiera planeado; al principio, había sentido lástima por ellos. Mostraban una carencia tan evidente, no tanto de dinero como de atención por parte de un adulto varón. Era fácil ayudar a Susan con su tarea, arrojar un balón de fútbol a Sam, enseñar a bailar a Ashley. Mike pareció al principio necesitar más de una severa disciplina que de atención, pero, como había descubierto Will, resultó ser tan vulnerable como sus hermanos.

Enseñarle los rudimentos del baloncesto había sido divertido. Enderezarlo en otros aspectos no lo habría sido tanto, aunque Will creía que era posible. Pero enseñarles, a Mike y los demás, a depender de él, habría sido cruel. Will no tenía ningún porvenir para ofrecerles.

Pero se habían abierto camino hasta su corazón, todos ellos. La verdad era que los había echado de menos.

Tenía tanto miedo por lo que podría haberle ocurrido a Susan como lo habría tenido si hubiese sido hija suya. Entendía las ramificaciones del horror que se había abatido sobre ella mucho mejor que ninguno de sus hermanos, y eso lo aterrorizaba.

Lo que más temía era que se tratara de un paidofilico. Cuando recordaba la noche en que Susan había visto a alguien por la ventana, se le helaba la sangre en las venas. Quizás el que la había atrapado había estado acechándola durante mucho tiempo.

Otra posibilidad era que el secuestro fuera una represalia contra Molly, por haber colaborado con la investigación. Alguien podría haber raptado a la niña, en venganza.

Las posibilidades eran muchas, pero no había tiempo de explorarlas a todas. Sabía que, cuanto más tiempo pasara perdido un niño, menos probabilidades había de encontrarlo, menos aún de encontrarlo vivo.

Pero no tenía intenciones de decírselo a los Ballard, al menos hasta que

no hubiera más remedio. Ya estaban muertos de miedo: una sola mirada había sido suficiente para entenderlo.

Inmóvil allí en el porche, mientras él se acercaba desde el camino de acceso, Molly no dijo nada, ni levantó la mano siquiera a modo de saludo.

Estaba muy pálida. Desde la última vez que la viera, había perdido kilos que no necesitaba perder. Vestida con unos tejanos desteñidos y un jersey gris sin forma, aun así se las ingeniaba para parecer hermosa y atractiva. Y frágil, tan frágil que la luz de la luna parecía pasar a través de ella. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y los labios apretados, como si temiera que si los aflojaba comenzaran a temblar. Sus ojos estaban enormes y rodeados de círculos oscuros. Will los contempló y sintió que su mundo se sacudía sobre su eje.

Durante tres semanas había estado diciéndose que lo que habían vivido juntos había sido estupendo, pero que ya pertenecía al pasado, un clásico caso de romance breve y apasionado.

Will anhelaba subir a ese porche, tomarla en sus brazos y besarla hasta hacerle perder el aliento.

Pero ella lo había llamado sólo porque lo necesitaba. El estaba allí en su calidad de agente del FBI, no de amante de Molly.

Hasta que no se encontrara a Susan, debería recordarlo.

—Hola, Molly —fue lo que dijo cuando subió los escalones con Ashley y Sam colgando de cada brazo.

—Gracias por venir —respondió ella, en voz muy baja.

Del otro lado de los escalones, Mike hizo un movimiento intranquilo. Will dirigió la mirada hacia él.

—Hola, Mike.

—Hola, Will.

El muchacho no parecía abiertamente hostil, como Will habría esperado que estuviera. Supuso que debía agradecérselo al trauma causado por la desaparición de Susan. Estaban los dos en el mismo bando hasta que Susan volviera a casa sana y salva.

Ojalá que Dios quisiera que así fuese.

—Soy el agente especial Ron Eaton.

El hombre de traje, de pie detrás de Molly, le extendió la mano. Con una sola mirada, Will podría haber dicho que pertenecía al FBI. Todos los federales tenían algo en común, suponía Will, que les permitía reconocerse.

—Will Lyman —Ashley y Sam lo soltaron, y Will estrechó su mano.

—Y yo soy Flora Atkinson.

Una mujer canosa, demasiado gorda para los pantalones azules de Poliéster y la blusa blanca que llevaba, lo saludó con un movimiento de cabeza. Además de Eaton y de la señora Atkinson, parecía haber una docena de extraños amontonados en el porche, mirándolo. De un vistazo Will los dividió entre el grupo de jovencitos —amigos de Ashley y de Mike,

imaginó y el de los adultos, quienes, con excepción de Jimmy Miller, parecían ser todos vecinos.

Miller lo saludó inclinando apenas la cabeza, sin entusiasmo.

Will la voz de Molly era apenas más alta que un susurro. El estaba de pie junto a ella. Al bajar él la mirada para contemplarla; ella le apoyó una mano implorante sobre el brazo: Encuentra a Susan. Por favor.

Lo haremos le dijo, con confianza, deseando estar diciéndole la verdad. Luego, con el único propósito de consolarla, le rodeó los hombros con un brazo y la llevó hasta la casa.

Todos los demás fueron tras ellos. Una mirada al rostro exhausto de Molly le indicó que estaba al límite de sus fuerzas. Hizo una seña a Eaton y murmuró algo en su oído. Eaton manejó la situación como el profesional que era. En pocos minutos, el grupo se estaba marchando.

La señora Atkinson siguió diciendo "Puedo quedarme, si me necesitan" hasta el mismo momento de subir a su coche Miller besó a Molly en su pálida mejilla y musitó algo en su oído cuando ya salía. El resto fue partiendo con despedidas varias. Finalmente los Ballard, Will y Eaton quedaron solos.

¿Usted está a cargo del teléfono, si no entendí mal? preguntó Will a Eaton, quien asintió. En unos minutos quiero que me dé una síntesis del estado de la búsqueda. Ahora quiero hablar a solas con la familia.

Eaton volvió a asentir y desapareció en la sala. Will miró a Molly, Ashley, Mike y Sam, sentados desmadejadamente a la mesa de la cocina sintió una punzada de angustia por la Ballard que no estaba allí. Luego se quitó el impermeable y la chaqueta del traje, se aflojó la corbata y se sentó en el banco, al lado de Molly.

Cuéntenme qué ocurrió dijo.

Así lo hicieron, juntos y por separado, y sus voces por momentos eran sólo un susurro tembloroso, y en otros vacilante al intentar describir cómo se habían despertado esa mañana para descubrir que Susan había desaparecido.

En verdad, eso era todo lo que sabían. Susan se había ido a la cama la noche anterior, como siempre, y cuando se levantaron ya no estaba allí.

Ni siquiera Ashley, con la que compartía el dormitorio, había oído nada.

Cuando se despertó y vio que la cama de al lado estaba vacía, había supuesto que Susan se había levantado más temprano y había ido abajo ¿Vieron alguna señal de que alguien se hubiera metido en casa por la fuerza? preguntó Will Todos negaron con la cabeza.

La puerta estaba cerrada con llave y la alarma conectada dijo Molly.

Eso es lo que no comprendo: ¿cómo pudo desaparecer Susan de adentro de una casa cerrada?

Parece imposible dijo Ashley. Pero es lo que ocurrió.

Will tuvo una súbita revelación. Clavó los ojos en Mike, que lo estaba

mirando nerviosamente.

—¿Has salido anoche, Mike? —le preguntó.

Molly negó con la cabeza:

—Todos nos quedamos adentro. Ashley y Mike estuvieron estudiando Sam hizo su tarea mientras miraba la tele y Susan se quedó ensayando para su o... obra —su voz se quebró en la última palabra.

—¿Mike? —insistió Will.

Mike asintió.

—¿De la misma manera?

Mike volvió a asentir. Sus hermanos lo observaban.

—¿A qué hora has vuelto?

—Alrededor de la una y media.

—¿Tú has salido anoche? —le preguntó Molly.

En su voz había un temblor agudo que preocupó a Will. Molly tenía los nervios destrozados con esta situación, lo sabía. Le sorprendía que resistiera tanto como lo que mostraba.

—Tranquila —le dijo al oído. No era momento de regañar a Mike por lo que pudiera, o no, haber hecho. Tenían que llegar a la verdad si deseaban ayudar a Susan.

—¿Cerraste la ventana y volviste a conectar la alarma cuando entraste? - —dijo a Mike.

Mike asintió en silencio.

—¿Viste algo fuera de lo normal? ¿Susan estaba en su cama?

—No fui a ver a Susan. ¿Por qué iba a hacerlo? Cerré la ventana, conecté la alarma y me fui a la cama —la barbilla de Mike se estremeció. Will se dio cuenta de que el adolescente rudo de la cola de caballo y el pendiente en la oreja estaba al borde de las lágrimas—. Soy el culpable, ¿verdad?

Los que se llevaron a Susan entraron por esa ventana, ¿no es así?

—Nada de eso. No sabías que iba a ocurrir —dijo Will—. Y, de alguna manera, nos ayuda. Al menos podemos fijar la hora en que fue raptada con un grado bastante preciso de seguridad. ¿A qué hora saliste de la casa?

—Alrededor de las once y media —respondió Mike.

—De manera que tenemos dos horas durante las cuales alguien tuvo la posibilidad de entrar por la ventana y llevarse a Susan. Para hacerlo, tenía que saber que muchas noches salías por la ventana. Algunos de los amigos con los que te encuentras, quizás, o alguien a quien se lo contaran. Quiero que me des una lista de tus amigos. O también es posible que alguien haya estado observando la casa muy de cerca. ¿La noche de anoche fue al azar? ¿O sueles salir los miércoles?

—He estado saliendo la mayoría de los martes y los miércoles por un par de meses, salvo cuando tú y yo tuvimos nuestro acuerdo.

—Sí.

Por la expresión de Mike, Will pudo darse cuenta de lo mucho que había significado para él ese acuerdo. Se sintió mal por haber dejado al chico sin ninguna explicación, y por eso su respuesta fue brusca. Pero no era momento para disculpas ni explicaciones.

—¿Qué acuerdo? —preguntó Molly, mirando a ambos. Luego dijo a Will—: ¿Sabías que se escapaba por las noches?

—Una vez lo pesqué haciéndolo, y convinimos que, si yo le enseñaba a jugar al baloncesto, no volvería a hacerlo —dijo Will brevemente—.Pero entonces me marché.

—Sí —asintió Mike, con una sola palabra llena de amargura.

Will hizo a un lado su sentimiento de culpa para abocarse a la cuestión más importante.

—¿Le contaste a la policía acerca de tu salida anoche? ¿O al que te tomó declaración?

Mike negó con la cabeza:

—Les dije que estaba acostado.

Will frunció el entrecejo. Mike estaba muy asustado.

—No quería que Molly se enterara —dijo Mike. De pronto pareció muy infantil, más niño que adolescente. Su barbilla volvió a temblar y dijo, mirando a Molly—: Sé que soy un enorme problema y que te preocupo mucho, y ahora resulta que S... Susan fue secuestrada por mi culpa.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar.

—Mike —dijo Molly, poniéndose de pie para acercársela. Se inclinó sobre él y lo abrazó—: No es culpa tuya. No sabías que iba a ocurrir eso.

Ninguno de nosotros lo sabía.

Mirando las dos cabezas oscuras, una tan cerca de la otra, Will sintió que un nuevo lazo anudaba su corazón al de ellos. Le importaban, ambos le importaban. Todos ellos le importaban.

Tal vez fuera mejor que comenzara a pensar en el porvenir compartido, después de todo.

—¿Mike tendrá problemas por haberle mentido a la policía? —preguntó Ashley en voz baja. Molly y Mike lo miraron en silencio, esperando su respuesta.

—Me ocuparé de ello —dijo Will.

Se puso de pie, sacó un vaso del armario y se sirvió un poco de leche.

Cuando volvió a mirar a la mesa, Mike ya había recobrado el control. Molly aún estaba a su lado, apoyando una mano sobre su hombro.

Bajo la inmisericorde luz de la cocina, su piel estaba tan pálida que parecía casi translúcida, y sus ojos, grandes, oscuros y fatigados. Estaba tan cansada que se tambaleaba sobre sus propios pies.

—A la cama —dijo Will, con firmeza—. Todos a la cama.

45 Una hora después, Molly estaba acostada. A su lado estaba Ashley, acurrucada contra su espalda, quien se había negado en redondo a quedarse en la alcoba que compartía con Susan. La respiración regular de su hermana le dijo que finalmente se había quedado dormida.

Molly sentía que jamás podría volver a dormir Se volvió de espaldas, murmurando otra de las interminables plegarias que había estado diciendo desde que se convenciera de que Susan verdaderamente había desaparecido. Las palabras ya eran una letanía que fluía sin cesar en su mente: Por favor, Señor, haz que vuelva. Por favor, Señor, no permitas que la lastimen. Por favor, Señor, tiene sólo once años.

La luz de la luna se filtraba por una rendija de la cortina. Molly se levantó y fue hacia la ventana, abriendo las cortinas para poder mirar afuera.

Arriba, la luna resplandecía amarilla, llena y redonda. En esas circunstancias, su brillo y belleza parecían casi obscenos.

La noche parecía vivir en las sombras cambiantes. El viento soplaba a través de los árboles. El bosquecillo de espinos y sicomoros donde había hecho el amor con Will tapaba el horizonte hacia el sur. Sus copas en punta se mecían contra el oscuro cielo moteado de nubes. Hacia el este se levantaba la cerca, delante de las onduladas praderas que se extendían tras ella. Hacia el oeste se veía la carretera, una brillante cinta negra que se perdía en la noche, zigzagueante.

Allá afuera, en algún lugar, estaba Susan. ¿Estaría cerca o la habrían subido a un coche para llevarla muy lejos de allí?

Hacía frío; la temperatura había bajado del cero por primera vez en el año. Molly apoyó la mano sobre el cristal de la ventana: parecía de hielo.

Molly pensó en Susan, la imaginó helada y asustada y contuvo un sollozo.

Oh, Susan. Volvió a repetir su plegaria.

No podía quedarse en la cama. La sola idea de dormir le paree absurda.

Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Los investigadores ya había rastrillado el patio y los prados cercanos. Will había dicho que al día siguiente volverían con perros. También había dicho que se estaba haciendo todo lo posible.

Le dijo que debía dormir, ya que iba a necesitar toda su fuerza para enfrentar lo que viniera.

Will dijo. Will dijo.

Gracias a Dios por Will.

Molly se apartó de la ventana, caminando descalza sobre el suelo de madera. Abrió la puerta del cuarto y se dispuso a bajar. Luego recordó que había un hombre extraño en casa, Eaton. Ella llevaba un camisón del osito Winnie-Pooh, con una imagen del gordo oso en la pechera bajo la inscripción ¡Viva la miel! Volvió a entrar al cuarto, tanteando dentro de su armario hasta encontrar la bata rosa de tela de toalla que raramente usaba. Se la puso, la ajustó en torno de su cintura y fue hacia la planta baja.

La luz de la cocina estaba encendida, atrayéndola hacia ella como una

mariposa hacia la luz. Eaton y Will estaban sentados a la mesa, sumidos en una seria conversación. Will tenía frente a él el consabido vaso de leche, en tanto Eaton bebía una taza de café. Se les había destinado el cuarto de las niñas, aunque con una sola mirada resultaba evidente que ninguno de los dos se había acostado. Will se había quitado la corbata y desabrochado los botones del cuello de su camisa, que era la misma, así como los mismos pantalones, que tenía al llegar. Eaton todavía tenía puesto su traje.

¿Qué hacían estos hombres del FBI con sus trajes?

—Señorita Ballard. ¿Deseaba algo? —Eaton la vio primero, y se puso torpemente de pie. Asignado a la oficina de Lexington, era un hombre joven, de tal vez treinta, treinta y pico de años, con el pelo casi tan corto como el de Will y cara delgada e inteligente. Molly sabía que él la admiraba, lo había visto en sus ojos desde que él llegara, una media hora antes de que ella llamara a Will. Apenas había registrado esa admiración.

Estaba acostumbrada a que los hombres la admiraran.

—Tal vez algo de café. No podía dormir.

Ambos hombres la contemplaron, mientras se dirigía hacia el armario, buscaba una taza y se servía café de la cafetera que alguno de ellos —Eaton seguramente, ya que Will jamás bebía café—había preparado.

Cuando hubo llenado la taza se volvió para enfrentarlos, apoyándose contra la mesada mientras sorbía el líquido humeante.

—¿Han sabido algo? —Molly supo la respuesta antes de que Will negara con la cabeza. Por supuesto que si hubiera sabido algo, se lo habría dicho.

—Estamos siguiendo cada uno de los caminos que se nos presentan, señorita Ballard. Hemos pasado los datos de su hermana al Centro Nacional de Información Criminal, y el informe ha sido enviado a cada uno de los departamentos de policía del país. Todos los integrantes del Programa de Captura de Criminales Violentos están abocados a revisar sus archivos para ver si encuentran alguna pista. Tienen una base de datos informatizada capaz de comparar casos de personas desaparecidas en todo el país para ver si existe alguna conexión entre ellas. Mañana sabremos si encontraron algo.

—¡Oh, Dios bendito! —dijo Molly, pasando la mirada hacia Will cuando se dio cuenta de la magnitud de la tarea que tenían por delante. En todo el país, todo el tiempo estaba desapareciendo gente; el gobierno tenía una base de datos llena de nombres y estadísticas provenientes de los cincuenta estados. Susan era sólo una entre... ¿cuántos? ¿Miles? ¿Más?—.

Es lo mismo que le sucedió a Libby Coleman. Susan no va a volver, ¿verdad?

Se le quebró la voz. Las manos le temblaban tanto que volcó algo del café, quemándose los dedos. Apoyó la taza sobre la mesa.

—Susan no será como Libby Coleman —dijo Will, poniéndose de pie y yendo hacia ella. Cuando llegó, se detuvo abruptamente. Flexionó las manos, que tenía caídas al costado. Molly tuvo la impresión de que estaba haciendo un esfuerzo por no tocarla. Levantó la mirada hacia él. Estaba muy cerca, tan cerca que podía ver la barba crecida en sus mejillas y su barbilla. Sus ojos se veían muy azules, muy intensos, y tenía las mandíbulas apretadas—.

La encontraremos. Estamos poniendo todo lo que tenemos en la búsqueda, y la encontraremos.

—Oh, Dios —dijo Molly, cerrando los ojos y apoyando la cabeza contra su pecho. Le pareció que él titubeaba un instante, pero luego sus brazos se cerraron en tomo de ella, cálidos, fuertes y llenos de consuelo, acercándola a sí.

Ella había extrañado estar en los brazos de Will.

—¿Libby Coleman? —preguntó Eaton desde atrás de ellos.

—Tengo a alguien trabajando en ello —respondió Will por sobre el hombro—. Otra persona desaparecida en la zona. Trece años. Estamos buscando similaridades.

De manera que Will había recordado a Libby Coleman. Molly sintió que se relajaba un poco. A Will no se le pasaría por alto algo semejante. Will era concienzudo, conocía su trabajo y era listo. Si debía confiar en que alguien encontraría a Susan, ese era Will.

El ruido del banco de la cocina al ser apartado de la mesa dijo a Molly que Eaton se había puesto de pie.

—Creo que voy a acostarme —dijo.

Molly se dio cuenta, por su tono, que Eaton procuraba ser discreto. Debía haberse apartado de Will, suponía, tanto para evitarle la incomodidad a Eaton como para procurar que Will no se sintiera luego avergonzado frente a su compañero. Pero necesitaba desesperadamente que la abraza y no pudo obligarse a dejar sus brazos.

Si Will estaba avergonzado, no dio señales de ello.

—Subiré más tarde —dijo. El sonido de pasos que se alejaban informó a Molly que Eaton se había marchado.

Salvo Pork Chop, husmeando frente a la puerta de entrada, ella Will estaban solos.

Deslizó las manos bajo la chaqueta de Will y le abrazó la cintura. Sintió que algo le rozaba el pelo y se preguntó si serían sus labios.

—Te eché de menos —dijo, apretando la cara contra su camisa. Will la apretó aún más entre sus brazos:

—Yo también.

—Si no fuera por Susan, no estarías aquí —Molly tenía que recordárselo constantemente a sí misma. Lo amaba con desesperación, no sólo en ese momento; en todo momento.

Will no hizo ningún comentario. El reconocimiento tácito le dolió. Molly siguió un momento más entre sus brazos y luego se liberó, apoyándose en la mesa.

—Son casi las dos de la mañana —dijo él, observándola—. Necesitas dormir un poco.

Molly negó con la cabeza. Dormir era imposible.

—No puedo. Cada vez que cierro los ojos pienso en Susan. Me preguntó

si estará lastimada o si tendrá frío... Sé que debe estar asustada.

—El torturarte no ayudará en nada a Susan —dijo Will con firmeza—.

¿Tienes en casa alguna píldora para dormir?

Molly sacudió la cabeza.

—¿Tienes ganas de hablar?

Molly lo consideró y asintió.

—Muy bien, hagámoslo. Recuéstate sobre el sofá y descansa; hablaremos.

Nunca te he contado mucho acerca de mi hijo, ¿verdad?

—Ni de tu esposa —dijo ella.

Sólo pronunciar la palabra le causó una punzada de dolor. No le gustaba imaginar a Will con una esposa, ni siquiera una que hubiese muerto quince años atrás.

—Vamos.

El se encaminó hacia la sala, volviéndose para apagar la luz de la cocina y recoger una manta del] armario bajo la escalera. Cuando hubo acomodado a Molly a su entera satisfacción, ella estaba acostada, envuelta en la manta y con la cabeza apoyada sobre una almohada.

Will se sentó en el suelo, con la espalda apoyada contra el sofá, las piernas dobladas y las manos sobre las rodillas. Cuando Molly se puso de costado, casi le tocó el hombro con la nariz. Su rostro estaba muy cerca.

—Cuéntame, entonces, acerca de tu esposa —dijo Molly. Will no había encendido la lámpara. Estaban solos en la penumbra, y por las ventanas se filtraba la luz de la luna, dando un tono gris a todo. Cuando su mirada se acostumbró a la oscuridad, Molly pudo ver la curva de la oreja de Will, su barbilla prominente, la recta línea de su nariz. También pudo ver su boca, ahora seria, y sus ojos.

—Kevin, mi hijo, está en la universidad de Westem Illinois. Tiene dieciocho años, está en primer año. Es un gran chico, muy bueno en los deportes, buen alumno, guapo y de buenos modales. Hasta agosto vivió conmigo, y solía quedarse con los padres de Debbie o con los míos cuando yo me veía obligado a viajar por razones de trabajo. Desde que se marchó ando como perdido. Es sorprendente la vida que puede aportar un chico más o menos tranquilo a una casa.

—¿Es por eso que fuiste tan bueno con los niños? ¿Porque extrañabas a tu hijo? —preguntó Molly.

Will movió los hombros en lo que Molly tomó como una negativa:

—Me gustaban. Me gustan. Son buenos chicos. Incluso Mike.

—Hay que buscar muy adentro —dijo Molly, sonriendo débilmente.

Se acurrucó más cerca de él, de manera que su pecho descansara contra la espalda de Will y su barbilla se apoyara en su hombro—. Debbie... ¿era ese el nombre de tu esposa?

—Sí —asintió él.

—Háblame de ella.

Will se quedó en silencio por un instante. Luego dijo:

—Nos conocimos en la universidad. Comenzamos a salir, y aquello fue tomándose serio. Quedó embarazada, nos casamos. Nació Kevin. Dos días después del tercer cumpleaños de Kevin, ella se mató en un accidente automovilístico. El niño estaba en el coche con ella, pero salió ileso. A Dios gracias iba en el asiento trasero, en un asiento de seguridad para niños, —Sólo los hechos, señor —dijo Molly suavemente—. ¿Cómo era ella?

¿Rubia o morena? ¿La amabas?

—Tenía pelo castaño y ojos azules; Kevin se parece a ella, y reía mucho.

Era una atleta, le iba bien en todos los deportes, era un as en el tenis. Era hija única, una pequeña malcriada, pero lo sabía y podía bromear sobre ello. Cuando nació Kevin, lo adoró de inmediato. Y sí, yo la amaba.

Algo que oyó en su tono de voz hizo que Molly se apretara contra él apoyándole la mejilla sobre el hombro en silenciosa simpatía. El la miró y emitió un sonido que no llegaba a ser una risita.

—Cuando ella murió creía que jamás volvería a amar a una mujer de esa manera. ¿Pero sabes qué? El tiempo cambia mucho las cosas. Me acuerdo de cómo era ella, su color de pelo y todo eso, pero ya puedo visualizarla realmente con precisión. Es sólo una sombra, una risueña sombra. A veces pienso que el muchacho que se casó con Debbie murió con ella. El hombre en que se convirtió es alguien completamente diferente.

—Sé lo que quieres decir —dijo Molly, porque así era, en efecto—.

Cuando ahora pienso en mi madre, todo lo que recuerdo de ella son cosas como que le gustaban el helado de chocolate y los vestidos amarillos. No puedo recordar su cara. Es casi como si no hubiera existido.

A veces me siento culpable, pero así es en realidad.

—Mike me contó algo acerca de ella.

—¿Lo hizo? —Molly torció irónicamente la boca—. No tenía idea de que Mike era tan bocazas. Sé que te contó... cómo murió. Esa parte la oí.¿Qué más te dijo?¿Que era una maníaco-depresiva?¿Que a veces era la mejor madre del mundo y que otras veces nos olvidaba por completo?¿Que tenía un gusto terrible en cuestión de hombres, y que cuando se enamoraba (se enamoraba cada dos por tres), simplemente se marchaba y nos dejaba librados a nuestra suerte?

—Me contó que sostuviste la familia, incluso a tu madre, desde los dieciocho años. Me contó que cuando murió tu madre continuaste cuidando de ellos como si fueran tus hijos.

—¿Eso hizo?

Algo bronco y cálido en la voz de Will hizo que un temblor le recorriera la columna vertebral. Will se volvió de costado, así que pudo verle la cara. El le apartó el pelo del rostro.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo él.

—¿Qué? —preguntó Molly, poniéndose de espaldas para poder mirarlo

bien.

Estaba muy cerca de ella, con la cara a pocos centímetros de la suya.

Movió hasta la mejilla la mano con que le acariciaba el pelo. Molly la sintió fuerte y cálida, como si fuera parte de su propia piel.

Pienso que eso hace de ti una persona bastante especial .Bastante maravillosa, en realidad.

¿De veras?

Sí. De veras.

Yo creo que tú también eres bastante maravilloso.

Ella movió un poco la cabeza y depositó un beso sobre la palma de la mano de Will. Este se quedó muy quieto cuando los labios de Molly tocaron su piel salobre.

-Realmente te eché de menos - murmuró ella.

-Yo también te eché de menos -respondió él.

Luego inclinó la cabeza y la besó con una intensidad que le estremeció el alma.

46 Molly, yo... comenzó a decir Will, levantando la cabeza.

Lo interrumpió un alarido. Fue un sonido horroroso, agudo y penetrante.

Recorrió la espina dorsal de Molly como la fría hoja de un puñal.

¡Sam! exclamó con voz ahogada, poniéndose rápidamente de pie, sabiendo instintivamente que se trataba de Sam.

Will también se había puesto de pie, y fue tras ella cuando se precipitó hacia la escalera, deshaciéndose de la manta, que quedó olvidada sobre el suelo. Eaton salió del cuarto de las niñas con una pistola en la mano y una sábana atada apresuradamente en tomo de su cintura, con el pecho al desnudo. Antes de que llegara Molly, se encendió la luz en el cuarto de los varones. Al entrar, vio que Mike estaba arrodillado junto a la cama de Sam, rodeando a su hermanito con sus brazos. Sam, que estaba en esa edad en la que lo fundamental era actuar como un macho y despreciaba todo lo que oliera a femineidad, como las lágrimas, lloraba desconsoladamente abrazado a Mike.

Tuvo una pesadilla dijo Mike a Molly por encima del hombro cuando ella también se arrodilló a su lado. Cuando tomó a Sam en sus brazos tuvo una vaga conciencia de la presencia de Will y de Eaton, con Ashley a la cola, dentro de la habitación.

Susan está en un lugar oscuro sollozó Sam, con el rostro hundido en el hombro de Molly-. Está en un lugar oscuro y tiene miedo. La vi en el sueño. Está en... algo así como un gran agujero o una cueva. Quiere volver a casa.

Oh, Dios Molly cerró los ojos y apretó a Sam contra su pecho, mientras luchaba por controlar su emoción. Tenía que ser fuerte, por Sarn, por Mike, por Ashely y por la propia Susan- . Sólo ha sido un mal sueño. Eso

es todo. Sólo un mal sueño.

-¡Pero la vi... y estaba llorando! Oh, Molly, ¿van a encontrarla? Quiere volver a casa.

-Shh, shh - dijo Molly, acariciándole el pelo-. Shh.

Pasó mucho tiempo antes de que todos volvieran a acostarse. Cuando lo hicieron, Sam quedó acostado en la cama de Molly entre sus dos hermanas, y Mike, sobre un colchón traído de la planta bajo, al lado de ellos.

47 Susan.

La voz, engañosamente amable, hizo que Susan se estremeciera de terror. Dentro del pozo, junto ella, había un hombre, que la buscaba con una linterna. Pudo ver su haz de luz amarilla reflejándose en la pared.

Susan.

Se metió aún más adentro de la grieta que había encontrado en 1a piedra. El instinto la había llevado hasta allí cuando lo oyó llegar. La grieta era larga y angosta, tal vez de unos veinte centímetros de ancho en la abertura, y se estrechaba hacia adentro hasta llegar al metro y medio de profundidad. Susan era menuda y se las había arreglado para llegar casi hasta el fondo.

Tal vez el hombre no la encontrara.

¿No tienes hambre? Te traje algo de comer. Una pizza, Susan.

Podía olerla. El sabroso aroma le llegó hasta las fosas nasales atormentándole. Su estómago gruñó. Susan se puso rígida, aterrada al pensar que el sonido más suave podría delatarla.

Tenía hambre. Hacía ya mucho tiempo que había comido. Su última comida habían sido unos huevos revueltos. Susan se recordó sentada a 1a mesa de la cocina, con Molly, Sam, Ashley y Mike, y casi lanzó un sollozo antes de lograr controlarse. No podía hacer ningún ruido. Sabía que el hombre que estaba buscándola era malo. Sabía que si la atrapaba le haría daño. No sabía cómo lo sabía, pero así era.

Quería ir a casa. Tenía hambre y sed, tenía frío y se sentía sucia, y tenía un pánico mortal.

No me tienes miedo, ¿verdad, Susan? No te haré daño.

Su voz era gentil, aduladora... y falsa. Estaba cerca. La linterna se paseó por la pared frente a ella. Susan volvió la cara contra la piedra y cerró los ojos. Las lágrimas le corrían por la mejilla.

-Oh, estás aquí - dijo él.

Susan pudo sentir la brillante luz de la linterna sobre sus párpados apretados. Entreabrió los ojos, y por el rabillos vio que él había metido el brazo en la grieta, y la buscaba. Con un chillido, se apretó aún más adentro de la angosta fisura, zafando por un pelo de que la alcanzara la mano que la buscaba. Los dedos de él rascaron la piedra a menos de diez centímetros de ella.

El hombre sacó la mano y apoyó la cara contra la abertura, iluminándola con la linterna mientras la miraba especulativamente. A la

vista de esa mirada oscura y despiadada, Susan ahogó un alarido de pánico. Quedó paralizada de terror ante la maldad que vio en ella.

-Ven aquí, Susan - dijo, y volvió a meter la mano para atraparla.

48 17 de noviembre de 1995 La mañana siguiente, poco antes de las siete, Will se hallaba frente a un escritorio en la oficina de Lexington del FBI. Frente a él tenía una carpeta abierta y estaba leyéndola. La carpeta de Libby Coleman. En 1982, cuando la niña desapareciera, aún no era de rutina el uso de la informática en asuntos criminales. Su nombre figuraba en el banco de datos de Departamento de Personas Desaparecidas, junto a la información filiatoria corriente. Eso era todo. El resto de la historia el caso completo, en realidad, constaba en esta gruesa carpeta que a nadie se le había ocurrido volcar en una base de datos. Con gesto adusto, Will revisaba los folios uno a uno, deteniéndose en aquellos que llamaban su atención.

¿Quiere que se lo resuma? preguntó la joven que había entrado en la oficina. Tenía más o menos treinta años, era atractiva, llevaba el pelo rubio largo hasta la barbilla y mostraba eficientes maneras de mujer de negocios, subrayadas por su traje azul marino. Tenía en la mano una taza plástica llena de humeante café.

Apoyó la taza sobre su escritorio y le tendió la mano.

Will Lyman Will se la estrechó. A través de Hal Matthews, el veterano agente especial Rayburn había pasado la mayor parte de la noche buscando la carpeta de Libby Coleman y enterándose de su contenido.

Según Mathews, Rayburn era una de sus mejores agentes. Todo el plantel de la oficina había estado trabando a destajo para encontrar a Susan desde las seis de la tarde anterior, cuando Dave Hallum telefoneó a Mathews desde Chicago para ponerlo personalmente al tanto de la situación.

Hágalo, por favor dijo Will.

Hay una diferencia en el modus operandi dijo Rayburn. Por lo que sabemos, Libby Coleman fue secuestrada del porche de su casa alrededor de las siete y media. Susan fue secuestrada de su cama en algún momento entre las once y media de la noche y la una y media de la madrugada.

¿Qué hay acerca de las características de las víctimas? preguntó Will, mirando la fotografía que habían hecho a Libby Coleman aproximadamente una semana antes de su desaparición. La niña tenía rosados mofletes y pelo castaño rizado que no alcanzaba a cubrirle los hombros. En la fotografía llevaba tejanos y un jersey que no disimulaban el hecho de que aún no se había estilizado y conservaba los rasgos infantiles. A su lado había un caballo blanco y negro; estaba ensillado, y la niña lo sostenía por las riendas. Estaba riendo, sus ojos brillaban, y el que sostenía la cámara habría dicho o hecho algo gracioso. La niña irradiaba felicidad y una salud exuberante. Si acaso sentía la más ligera premonición de lo que le ocurriría, en esa fotografía no lo demostraba.

Muy similares: Libby Coleman: sexo femenino, blanca, doce años en el momento de su desaparición; Susan Ballard, sexo femenino, blanca, once años en el momento de su desaparición.

¿Otras similitudes?

—Ambas desapariciones ocurrieron dentro de un radio de diez kilómetros. Ambas ocurrieron en la misma fecha, con trece años de diferencia.

—¿Exactamente en la misma fecha? —preguntó Will, mirando a Rayburn, súbitamente alerta.

—Véalo usted mismo —rescató sin dificultad el formulario de Personas Desaparecidas de entre los papeles y señaló la fecha con una uña esmaltada de rosa—. 15 de noviembre de 1982. 15 de noviembre de 1995.

—Ahí está entonces.

En lo que a Will concernía, el vínculo quedaba demostrado por las fechas.

Había aprendido hacía mucho tiempo a no creer en casualidades. Susan y Libby Coleman eran víctimas del mismo delincuente.

—Yo también lo creo.

Sonó el teléfono. Rayburn habló brevemente por él y colgó.

—Me requieren en el laboratorio —dijo—. Están comparando algunas fibras tomadas de la alcoba de Susan con otras conservadas como prueba en el caso Coleman. ¿Quiere venir?

Will negó con la cabeza:

—Voy a estudiar todo esto.

—Puede utilizar mi escritorio, si lo desea —dijo Rayburn, recogiendo su taza de café y abandonando la habitación.

Will aprovechó el ofrecimiento. Se sentó en la silla de Rayburn y repasó el informe en busca de alguna información que pudiera señalar a alguien en particular como culpable. Los investigadores no habían obtenido ningún resultado concreto. Al revisar la documentación del caso, Will tuvo el mismo resultado.

Al igual que Susan, Libby Coleman parecía haberse desvanecido en el aire. No había duda de que alguien la había secuestrado, pero ¿quién? La desaparición de Libby Coleman jamás había sido resuelta; aún continuaba desaparecida. Estaba por ahí, en alguna parte, viva o muerta.

Y el mismo lunático que la había secuestrado tenía ahora a Susan.

Will estaba tan seguro de eso como de que el sol saldría cada mañana.

Cerró la carpeta y abandonó la oficina, llevándola consigo. Se dirigió al Departamento del Alguacil de Woodford Country.

Como cada vez que estaba bajo presión, su estómago comenzó a molestarle. Will entró en el local más cercano de comidas rápidas, en busca de algo de leche que aliviara su ardor. Con el enterecejo fruncido, mientras esperaba la vuelta, miró por la ventana del local hacia el monitor de seguridad sin verlo realmente; detrás de él había otro coche que distraía la atención de la empleada. La leche de Will estaba sobre el mostrador al lado de la chica, que retenía la vuelta en la mano. Miró con impaciencia la pantalla blanca y negra mientras el otro conductor hacía su pedido por le micrófono. La empleada, una adolescente, lo repitió dos veces antes de

entenderlo. Finalmente mencionó un precio, el otro conductor se apartó de la cabina y quedó fuera del alcance de la cámara, conduciendo su coche por el costado del edificio hasta detenerse detrás de Will.

—Que tenga un buen día —dijo la empleada a Will al pasarle la leche y el dinero de vuelta por la ventanilla. Will dejó el dinero sobre la consola del tablero, quitó la tapa del vaso de leche con el pulgar y se alejó. Cuando ya estaba en la calle acertó a mirar el cartel del restaurante y se dio cuenta dónde estaba: en el Dairy Queen, donde había muerto Howard Lawrence.

Will bebió un sorbo de su leche y se encaminó hacia Versailles Road. La muerte de Lawrence aún le fastidiaba. Era un cabo suelto, otra casualidad en la que no creía. Pero ya no era más, se recordó, problema suyo. En ese momento tenía un asunto mucho más urgente para preocuparse.

Susan llevaba más de veinticuatro horas desaparecida. Todo lo que sabía acerca de desaparición de personas le indicaba que el tiempo corría en su contra.

—En mi opinión, está usted perdiendo el tiempo —dijo el delegado Dennis Hoffman a Will una hora más tarde. Vistiendo su uniforme pardo, con los pulgares metidos bajo el cinturón, lo contemplaba mientras Will revisaba el armario de metal que contenía todos los legajos del departamento desde 1982. el armario era uno más de los varios que ocupaban el escasamente iluminado sótano de la oficina del alguacil. Will buscaba crímenes, delincuentes, cualquier cosa fuera de lo normal que, trece años atrás, guardara similitudes con la situación actual. Ya tenía en su coche un R.L. Polk Directory con una lista de residentes de la zona desde el año 1982. contenía cerca de treinta mil nombres. Naturalmente, una vez eliminados los de aquellos que se habían mudado, quedaban alrededor de veinticinco mil.

Y eso sólo en Versailles y los condados más cercanos. Si extendía el área hasta incluir a Lexingon y Frankfort —lugares de intensa movilidad—, se las vería con un listado de casi un millón de personas.

Y nada de toda esta información estaba informatizada.

—¿Quiere saber lo que pienso? —continuó Hoffman tras una pausa durante la cual, ignorándolo, Will revisó los registros de robos.

Afortunadamente, pensó Will, Versailles era una comunidad respetuosa de la ley. No había demasiados.

—¿Qué? —preguntó Will por encima del hombreo, mientras pasaba a la sección homicidios, de los que había tres.

—Pienso que debería fijarse en el hermano.

—¿Qué hermano?

—El mayor, Mike.

—¿Por qué lo dice? —Hoffman concitaba ahora toda su atención.

—Piénselo. El choco no tiene una coartada para el lapso en cuestión; no estaba durmiendo en la casa como declaró al principio; estaba, justamente, según él mismo lo admitió, afuera en mitad de la noche; anda con una pandilla poco recomendable; estoy tan seguro como se lo puede estar sin haberlo pescado con las manos en la masa que fuma marihuana, y tal vez

consuma otras drogas más duras. Hemos estado investigando acerca de un culto satánico en la zona... adoradores del diablo, ya sabe. Tengo la sospecha de que él forma parte de esa secta, junto a algunos de sus amigos. Supongamos, sólo por un minuto, que secuestraron a la niña para alguna especie de rito.

—Susan es la hermana de Mike. Él la adora —dijo Will.

Debido a la presión ejercida sobre Mike, este había cambiado su declaración ante la policía a primeras horas de la mañana. Eso no le granjeó, precisamente, las simpatías de los policías locales, ante quieres había denunciado Molly originariamente la desaparición de Susan. Habían sido ellos quienes desestimaron en un principio esa desaparición, catalogándola como un caso más de fuga del hogar. Y todo para que sus actuaciones fueran luego anuladas, como efectivamente lo fueron, por los federales, claramente bajo la influencia de este hombre.

Hoffman lanzó un resoplido:

—Aun así, subsiste el hecho de que el muchacho nos mintió, mintió a la policía estatal e incluso les mintió a ustedes, los de FBI. Hay que preguntarse por qué razón lo hizo. ¿Qué tiene que ocultar?

—Temía verse en problemas con su hermana por escaparse a la noche —dijo Will—. Es sólo un chico.

—Un chico malo.

—No, no lo es —Will se sorprendió ante la vehemencia de su propia respuesta—.Mike es sólo un adolescente como todos los demás, y está confundido, como cualquier otro adolescente. Lo que sorprende es que no se metan en problemas.

Hoffman lo observó un momento con un silencio desaprobatorio.

—Muy bien... ha estado saliendo con la hermana, ¿no es verdad? Es muy guapa, y no tengo nada contra ella, pero le insisto en que conviene vigilar al muchacho.

Will no sabía por qué se sorprendía al descubrir que un delegado de la oficina del departamento del alguacil supiera acerca de su relación con Molly. Ya se había dado cuenta de que en los pueblos pequeños todo el mundo conocía los asuntos de todo el mundo.

¡Que Dios lo protegiera de los pueblos pequeños!

—Mike no tuvo nada que ver con la desaparición de Susan —dijo Will serenamente, y volvió su atención a los archivos.

Hoffman, que hacía solamente diez años que estaba en la fuerza, y, por lo tanto, no podía decirle nada sobre el caso Coleman, era más un estorbo que una ayuda. Will deseó que se fuera.

Estaba a punto de enviarlo a cumplir algún recado inventado, cuando una de las carpetas atrajo su atención: Mutilaciones de animales.

Will la extrajo del archivador y revisó cuidadosamente su contenido.

Luego se la pasó, abierta, a Hoffman.

—Mire esto —le dijo, señalando un párrafo en especial.

Hoffman lo leyó. Cuando volvió a levantar la vista para mirar a Will, tenía el entrecejo fruncido.

—Es la misma maldita cosa que está ocurriendo precisamente ahora.

Alguien se ocupaba ya entonces de acuchillar caballos de carrera.

—Sí —dijo Will torvamente—. ¿Sabe lo que significa eso? Significa que es imposible que Mike esté involucrado, tanto en el acuchillamiento de caballos, como en la desaparición de Susan, Porque estas mismas cosas ya sucedían en 1982, cuando él tenía apenas un año. Se mutilaron caballos en los meses previos a la desaparición de Libby Coleman, igual que en los meses previos al secuestro de Susan. ¿Y sabe qué me hace pensar eso? Que Susan y Libby fueron secuestradas por el mismo delincuente que ataca los caballos. Utiliza a los animales para estimularse en su frenesí antes de pasar a las niñas.

—Podría ser una casualidad —dijo Hoffman.

—Yo no creo en las casualidades. Hoffman le miró a los ojos. Will casi pudo ver cómo se movían lentamente los engranajes en la cabeza del hombre.

—Si está en lo cierto —dijo finalmente Hoffman—, y sólo estoy diciendo si, recuérdelo, ¿adónde estuvo ese tipo dutante estos trece años?

—No lo sé —admitió Will—. Tenemos que buscar entre los residentes de la zona que estuvieron fuera durante ese lapso. Los que se mudaron, y regresaron. O los que estuvieron en prisión.

—Me ocuparé de ello —dijo Hoffman, sacudiendo la cabeza—. Pero ya puedo ir diciéndole que será un trabajo de mil demonios.

49 Will se había marchado antes de que llegaran los perros rastreadores, que aparecieron a las siete de la mañana. Comenzaba a aclaran cuando Molly salió de la casa llevando en la mano un jersey de Susan. Los instructores, Bert y Mary Lundy, habían solicitado alguna prenda que Susan hubiera usado recientemente para que los perros la olfatearan. Mary Lundy tomó el jersey de manos de Molly. Ella y su esposo sacaron a los grandes animales marrones fuera de las jaulas instaladas en la parte trasera de la camioneta en que viajaban, mientras los sujetaban firmemente con sus correas. Sostuvieron el jersey bajo las narices de cada uno de los perros; lo olfateraron, ansiosos, y apoyaron el morro contra el suelo. Mientras Mary Lundy sujetaba a uno de ellos con la correa y Bert hacía lo propio con el otro, los perros se movieron en torno de la casa, con los músculos tensos bajo la piel. Los Ballard esperaron con ansiedad, agrupados en el porche de la casa mientras los perros olfateaban cada rincón de la propiedad.

De pronto, uno de ellos empezó a ladrar.

—¡Han encontrado el rastro! —exclamó Bert Lundy. Aferrando las correas, él y su esposa condujeron a un contingente de policías hacia la zona boscosa que bordeaba el prado. En pocos minutos, el grupo se internó en él y desapareció.

Después de las diez de la mañana, se hizo presente un equipo del canal WTVQ, seguido por periodistas de otro canal de televisión local y de los

periódicos. La desaparición de Susan se había transformado en noticia de primera plana; Lydia Shelley, una periodista del lugar, preguntó a Molly si deseaba hacer un llamado a los secuestradores en el telediario. Después de consultarlo brevemente con Ron Eaton, Molly accedió.

Contemplando su propia imagen suplicando por el regreso de Susan sana y salva en Las noticias del mediodía, Molly se sintió repentinamente mareada. Ya había visto antes emisiones parecidas: familiares enloquecidos por la angustia, rogando por las vidas de sus amados niños.

En ninguno de los casos de los que Molly tenía noticias, el final había sido feliz. Los niños habían sido hallados muertos.

Por favor, Señor, por favor.

Ya entrada la tarde, los perros y sus instructores aún no habían regresado.

Llegaron más voluntarios para rastrillar los campos. J. D., Thornton y Tyler Wyland se encontraban entre ellos, junto a Tom Atkinson, que había venido con su madre. En lugar de partir con los buscadores, Flora Atkinson se dirigió a la cocina, donde de inmediato se dispuso a trabajar.

Había traído consigo una cena completa consistente en pollo con guarnición y estaba resuelta a alimentar a todos los que necesitaran ser alimentados. Molly estaba agradecida por su ayuda. Aunque ella se sentía incapaz de comer, Ashley, Mike y Sam lo necesitaban, y Flora era la mejor cocinera de la zona.

Viendo a Sam dar un mordisco a una para de pollo, Molly sonrió a Flora y salió al porche. Todavía podía divisar a la partida de búsqueda a la distancia. Incapaz de quedarse sin hacer nada, decidió unirse a ellos.

Simplemente no podía quedarse en casa, esperando.

Impedido de seguirla por el obstáculo que representaba la cerca, Pork Chop se puso a gemir cuando la vio cruzar por encima de ella. Sus gemidos se transformaron en ladridos, y estos en aullidos cuando Molly comenzó a alejarse.

□¡Basta, Pork Chop! □dijo cuando el perro se apoyó sobre la cerca.

Todavía aullaba cuando ella subió la colina y desapareció de su vista.

El día era frío y luminoso. Envuelta en una gastada chaqueta de Ashley, Molly avanzó sin despegar los ojos del suelo, en busca de algo □cualquier cosa□□que indicara que Susan había pasado por allí. Una mota blanca de algodón sobre la hierba, quizás; el camisón tendía a formar pelusa y a deshilacharse. O un pelo rubio. O... o no sabía qué. Molly creía que podría llegar a advertir algo que los otros hubieran pasado por alto, porque ellos no amaban a Susan como ella. Casi sentía que ese amor le señalaría dónde estaba Susan como la varilla de un zahorí señalaba la presencia de agua.

Por favor, Señor. Por favor.

En las últimas treinta y seis horas, Molly había rezado más que en toda su vida.

□¡Su...san!

A medida que avanzaban, los buscadores gritaban el nombre de Susan.

Otras partidas de búsqueda hacían lo mismo. El nombre de Susan se coreaba melancólicamente por toda la pradera. Era un sonido penetrante y triste, que sobrecogió a Molly.

Algo venía tras ella, veloz y pegado al suelo. Molly lo oyó aproximarse; lo vio cuando volvió la cabeza.

¡Pork Chop! exclamó cuando el animal disminuyó la velocidad de su carrera para acercársele trotando. Estaba jadeando. La lengua colgaba de su boca y tenía el hocico cubierto de barro, pero parecía muy satisfecho consigo mismo.

¿Has hecho un túnel bajo la cerca? le dijo, regañona, porque Pork Chop ya lo había hecho otra vez.

El perro no estaba autorizado a pasearse por la cuadra Wyland, por temor a que espantara a los caballos. Pero ahora los caballos estaban en sus establos; por lo tanto, ¿qué daño podría causar? Molly consideró la posibilidad de ordenar al perro que regresara a la casa, sin creer realmente que le obedecería, sino por una custión de principios, pero se dio cuenta de que le alegraba tenerlo como compañía. Pork Chop evitaría que se sintiera tan sola.

Ven, entonces le dijo. Él meneó la cola, resoplando para quitarse briznas de hierba del hicico mientras trotaba a su lado.

J.D., los Wyland y los demás ya le llevaban mucha ventaja. Molly levantó la vista, a tiempo para verlos sortear otra cerca más. Iban rumbo a los bosques situados detrás de las caballerizas de los sementales, lo sabía.

Todos estaban de acuerdo en que Susan no podría estar en campo abierto. En esta época del año, la hierba era demasiado escasa como para proporcionar escondite alguno. De haber estado en la pradera, ya la habrían encontrado.

Nadie había pronunciado las palabras su cuerpo, pero Molly sabía que era eso lo que querían decir. Si el cuerpo de Susan hubiera estado en la pradera, ya lo habrían encontrado; si aún estaba viva, no estaría allí.

Por favor, Señor. Por favor.

Sam quedaría deshecho si Susan no regresaba. Jamás habían estado separados, aun cuando eran trasladados de un hogar de acogida a otro.

Aunque no fuera por otra razón, había que encontrar viva a Susan, por Sam.

Molly recordó el sueño de Sam de la noche anterior. Susan quería volver a casa, dijo. Estaba en un gran pozo, en la oscuridad, y quería volver a casa.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos; las enjuagó de un manotazo.

Susan quería volver a casa. Por supuesto que Susan quería volver a casa.

Estaba en un gran pozo.

Inesperadamente, Molly recordó el pozo. Aquel con el que tropezara, rompiendo el zapato de Ashley, la noche en que encontró al caballo “doble”.

Librodot

¿alguien había revisado el pozo?

Molly de pronto se sintió muy excitada, levantó la mirada, con intención de llamar a la partida de búsqueda y enviarlos en esa dirección. La partida era sólo una mancha en la distancia, casi había llegado al bosque. Pensó que ni siquiera gritando hasta quedar afónica podrían oírla.

Molly decidió ir sola. Volviéndose en la dirección contraria, silbó a Pork Chop, que se había alejado corriendo y no estaba a la vista. Al ver que el perro no aparecía, Molly se encogió de hombros. El perro volvería solo a casa, no lo dudaba. Se puso en marcha caminando de prisa hacia el hospital veterinario. Tendría que tomarlo como punto de referencia. Sin él, no estaba segura de poder volver a encontrar el pozo, hundido como estaba en la hierba.

Después de andar diez minutos, tuvo el hospital a la vista. Molly se detuvo en la pradera desnuda y miró atentamente, procurando recordar con precisión el ángulo desde el cual se había aproximado aquella vez. La Casa Grande estaba a un kilómetro hacia el norte. Mirando la casa y el hospital, decidió que había atravesado el campo a unos treinta metros hacia su izquierda.

—¡Susan! —gritó esperanzada.

Molly fue hacia el hospital, revisando cuidadosamente el suelo mientras caminaba. Aun así, n habría descubierto la tapa del pozo si no hubiese visto la pequeña tira de cuero plateado del zapato de Ashley.

Todavía estaba en el borde el agujero en el que había caído.

Molly corrió apresuradamente hacia él. Parecía no haber sido tocado en años, pero así y todo...

—Susan! —gritó, inclinándose sobre el pozo.

—¡Molly! —dijo una voz de hombre a sus espaldas.

Molly se volvió y vio a Tyler Wyland que corría hacia ella por la pradera. La habría visto ir en dirección contraria a la de la partida y decidido ir con ella. Molly se sintió contenta de verlo. En ese momento, habría recibido de buen grado aun a Thornton.

—¿Qué haces? —preguntó él cuando estuvo más cerca.

—Recordé de pronto este pozo —dijo Molly, poniéndose en pie—. Pero no puedo levantar la tapa. ¿Puedes ayudarme?

Él ya estaba a su lado, mirando la misma piedra circular apenas visible bajo la espesa capa de maleza.

—¿Cómo la has encontrado? —preguntó.

—Tropecé con él la otra noche, cuando volvía caminando a casa después de vuestra fiesta.. Metí el pie en el hueco y se me rompió el tacón del zapato.

—Una verdadera lástima —dijo Tyler.

Molly le echó una mirada impaciente:

—Trata de ver si puedes con la tapa. Si metes la mano en el agujero, tal vez puedas levantarla. Para mí es demasiado pesada.

Molly se arrodilló al lado del pozo, metiendo la mano en el agujero para demostrárselo. Bajo su mano, sentía la piedra áspera y fría. El frío de la tarde la hacía temblar, a pesar de la protección de a chaqueta forrada de Ashley.

La tapa pesa más de cien kilos convino Tyler. Pero no hay un pozo de agua aquí. Hay un escondite subterráneo. Los abolicionistas de esta región lo utilizaban para esconder esclavos fugitivos en los tiempos de la Resistencia.

Antes de que Molly pudiera preguntarle cómo lo sabía, algo la golpeó con fuerza en la parte posterior de la cabeza.

Sintió un dolor cegador, y luego todo fue oscuridad.

50 A pesar de su procupación por Susan, Will no podía sacarse de la mente la muerte de Howard Lawrence. Había algo que lo tenía incómodo. Estaba ahí, azuzándolo, en su subconsciente; tenía la sensación de que estaba pasando por alto algo, algo muy importante.

Hoy no podía perder el tiempo con Lawrence. Estaba muerto; cada hora que pasaba, aumentaban las posibilidades de que Susan también lo estuviera. Debían encontrarla , y pronto El descubrimiento del vínculo con el caso de Libby Coleman fue un golpe de suerte. Acortó notablemente la lista de posibles sospechosos. En ese mismo momento más de una docena de agentes policiales, entre estatales y federales, estaban revisando todos los archivos disponibles para encontrar a alguien que hubiese abandonado la zona inmediatamente después de la muerte de Libby Coleman, y vuelto poco tiempo antes de que recomenzara la última ronda de mutilaciones de caballos. Entre los nombres que compalaran, estaría el del criminal.

Los archivos no estaban informatizados. El tiempo se estaba acabando.

De prisa, de prisa, de prisa era la frase que martillaba en la cabeza de Will.

Aun así, no lograba quitar de su mente la muerte de Lawrence.

Finalmente, disgustado, Will dejó lo que estaba haciendo y se recostó en la silla que le habían prestado. Se masajeó las sienes con los dedos, cerró los ojos y dejó que su mente se librara de las atadurs con que las había mantenido sujeta.

Libre para divagar, volvió inmediatamente a Howard Lawrence.

La casualidad no existe.

De acuerdo con esa presunción, entonces la muerte de Lawrence era un asesinato. Lo más probable era que alguien hubiese descubierto que estaba actuando como informante así lo atestiguaba la nota de chantaje y lo matara.

Disparándole en la cabeza justamente en el mismo Dairy Queen donde Will hiciera un alto unas horas antes.

¿Por qué, de pronto, el caso parecía rehusarse a abandonarlo?

¿Podría ser que estuviera conectado de alguna manera con la desaparición de Susan?

Will no sabía cómo, pero había aprendido hacía mucho tiempo a confiar en sus corazonadas. Supongamos que hubiera estado analizando el caso de Lawrence desde el ángulo equivocado, se dijo. Supongamos que la muerte de Lawrence no fuera consecuencia de su trabajo como informante, supongamos que la nota de chantaje no tuviera nada que ver con ello.

Supongamos que Lawrence fuera asesinado por algo que tuviera que ver, no con Susan, porque aún no había desaparecido para entonces, sino con el caso Coleman. Supongamos que Lawrence supiera lo que había ocurrido con Libby Coleman. Supongamos que la nota de chantaje, que no mostraba arrugas ni huellas dactilares, no hubiera sido enviada a Lawrence, sino por Lawrence.

Supongamos que Lawrence hubiese estado chantajeando al secuestrador de Libby Coleman. Supongamos que el secuestrador se hubiese vengado matando a Lawrence.

En el Dairy Queen de Lexington.

Will recordó el monitor de seguridad en blanco y negro donde se veía a los clientes mientras hacían sus pedidos, y los ojos le saltaron de las órbitas.

Lawrence aparecería en una de las filamaciones del sistema de seguridad.

Tal vez quien lo matara también.

Will ya tenía el auricular en la mano antes de terminar de completar el pensamiento. Durante el tiempo que necesitó para localizar al propietario del Dairy Queen y a las filamciones del 11 de octubre, Will estuvo en vilo, bañado en sudor frío. Su temor era que las cintas hubieran sido destruidas o borradas.

La suerte estaba de su parte. De ordinario, dijo el dueño, las cintas de seguridad volvían a ser grabadas cada mes. Pero el Dairy Queen había sido víctima de un robo en octubre. Todas las cintas de ese mes habían sido enviadas a la policía para que ellos controlaran si acaso los ladrones habían estado familiarizándose con el lugar antes de cometer el roo.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Will estaba sentado frente a una pantalla de televisión en el Departamento de Policía de Lexington, revisando la filmación de seguridad del Dairy Queen, correspondiente al 11 de octubre.

Ahí se veía a Howard Lawrence ordenando una hamburguesa con queso y cebolla y un licuado de vainilla. El vehículo siguiente lo conducía una mujer, acompañada por dos niños. Luego aparecía Tyler Wyland en un Volvo gris que Will había visto dando vueltas por la cuadra, ordenando un helado rociado con azúcar.

Tyler Wyland.

Por lo que Will sabía, Tyler jamás había abandonado la zona, y debía ser muy joven □dieciéis o diecisiete años□□cuando desapareciera Libby Coleman. Pero aparecía en la filmación de seguridad.

La casualidad no existe.

Comprar un helado en el Dairy Queen no era un delito, aun cuando el hombre que estaba dos coches más adelante hubiese muerto diez minutos

más tarde, en circunstancias poco claras.

Will no tenía el menor indicio para acusar a Tyler Wyland de nada.

Lo que tenía era una sensación en las entrañas. Levantó el auricular, y dio la orden de que Tyler Wyland fuera llevado para interrogarle.

51 Molly abrió los ojos. No notó ninguna diferencia. Estaba tan oscuro que no pudo ver nada. Oscuro, aprestando a moho y frío, aunque no tanto como en el exterior.

¿Adónde estaba? ¿Qué había ocurrido?

Le dolía tanto la cabeza que comenzaba a sentir náuseas. La movió con cautela, apretando los dientes para contener el dolor. Se dio cuenta de que yacía de espaldas sobre lo que parecía ser tierra. No veía nada, pero tuvo la impresión de que se trataba de un lugar vasto, poblado de esos.

Susan. El pozo. Los recuerdos aparecieron en cascada. Molly se dio cuenta de que no estaba en nada parecido a un pozo. Tyler Wyland lo había descrito como un escondite subterráneo, abandonado desde los días de la Resistencia.

Tyler Wyland la había dejado inconsciente con un golpe y la había traído aquí. ¿Por qué?

Susan llamó Molly, con voz trémula, en las tinieblas, ayudándose con las manos para sentarse. La cabeza le dio vueltas. La sacudió, esperando que se le aclarara.

Fue un error. El dolor que le provocó fue terrible. Molly se derrumbó, preguntándose si no tendría conmoción cerebral.

¿M…Molly?

Cuando oyó su nombre, Molly creyó al principio que se trataba de una alucinación. Aun así, luchó para incorporarse, esperando contra toda esperanza.

¿Susan?

¿Molly?

¡Oh, Susan!

Molly ignoró su dolor de cabeza y gateó en dirección a la voz.

¡Susan, Susan!

¿Molly?

Súbitamente Susan estuvo allí, con ella, en sus brazos, abrazándola como si no pensara dejarla nunca más. Molly rodeó a su hermanita con los brazos, dando gracias a Dios.

¿Oh, Molly, también te atrapó a ti?

Susan estaba temblando, llorando, con la cabeza hundida en el hombro de Molly. Molly apretó a la niña contra su pecho. Su euforia inicial se evaporó.

No había encontrado a Susan. Ahora ambas estaban desaparecidas.

52 Mientras esperaba la llegada de Tyler Wyland, Will fue a la granja,

para poner al tanto a Molly de las últimas novedades. Eran tantos los vehículos que abarrotaban el camino de acceso y el patio delantero que Will se vio precisado a aparcar en el arcén cubierto de hierba. Eaton se encontraba en la casa con Mike, Ashley, Sam y algunos vecinos. Molly no estaba; había salido más o menos una hora antes.

Probablemente para unirse a una partida de búsqueda.

La señora Atkinson le ofreció algo de pollo, pero Will rechazó cortésmente. Consoló lo mejor que pudo a los niños, dándoles una esperanza sin prometerles nada que no pudiera cumplir. Luego salió al porche y comenzó a pasearse, inquieto, por el patio. ¿Dónde estaba Molly? ¿Por qué llevaba tanto tiempo encontrar a Wyland?

Sonó el teléfono celular que llevaba en el bolsillo. Will lo atendió, habló con el capitán Bill Sperry de la policía de Lexington y luego cortó.

Había policías en la casa de Wyland y en la des u hermana, pero el propio Wyland no estaba allí. Se decía que había salido con una partida que incluía a su sobrino Thornton, pero dicha partida ya había sido localizada, y Tyler Wyland no estaba en ella. De acuerdo con el testimonio de algunos de sus miembros, Tyler Wyland se había separado de la partida a eso de las cuatro y se había marchado por el campo, dolo.

Nadie había vuelto a verlo desde entonces.

Eran las cinco menos cuarto de la tarde. Pronto caería la noche y la temperatura estaba descendiendo. Las partidas de búsqueda iban regresando, una a una. Will entró en la casa, habló con los niños, habló con Eaton y volvió a salir y continuó paseándose por el patio. Ya estaba completamente oscuro, a pesar de que no eran aún las seis de la tarde.

¿Dónde estaba Molly? Ya debía haber regresado. Una rápida llamada telefónica le confirmó que todas las partidas de búsqueda estaban de regreso. Nadie había visto a Molly. ¿Acaso estaba en algún lugar de la pradera, buscando por su cuenta? ¿En la oscuridad?

¿Dónde estaba Tyler Wyland?

Wyland no tenía razón alguna para atacar a Mollyu. En el caso de que fuera él el criminal. Will se obligó a recordarse que aún no tenía pruebas de que Wyland hubiese hecho algo mano.

Sólo su presentimiento, después de ver esa cinta.

Los presentimientos que nacían en sus entrañas, eran, por lo general, bien precisos. En ese momento, sus entrañas le gritaban que Molly ya debería estar de vuelta.

¿Dónde podía estar? Will caminó la loma arriba hasta la cerca, mirando con inquietud hacia la preadera. No fue mucho lo que pudo ver en esas tinieblas. Sólo sombras que danzaban sobre la hierba y las lejanas formas grisáceas de árboles y colinas recortados contra el cielo de la noche.

La luna estaba apareciendo sobre el horizonte, llena, redonda y amarilla como un balón.

A esa hora Molly debía haber regresado, a menos que algo se lo hubiese impedido. Will lo sabía con una convicción que era casi certeza. Al recordar

cómo había corrido a investigar el origen de los ruidos que oyera aquella noche en el hospital veterinario, cuando cualquiera con dos dedos de frente habría puesto pies en polvorosa, la alarma que sentía Will aumentó más aún.

¿Qué ocurriría si Molly había encontrado algo que la condujera hasta Susan? ¿Qué ocurriría si Tyler Wyland había pescado a Molly donde se suponía que no tenía nada que hacer?

Había caído la noche, todas las partidas de búsqueda habían regresado, y tanto Molly como Tyler Wyland seguían sin dar señales de vida.

La casualidad no existe.

La sangre de Will se heló en las venas. Agarró su teléfono celular y marcó el número de la oficina de Lexington. Quería a esos perros rastreadores de vuelta urgentemente.

No habían llegado a nada siguiendo el rastro de Susan, ya que fueron detrás de una vieja huella que los condujo hasta la casa de una compañera de escuela. Naturalmente la noche del secuestro quienquiera que fuese debió cargar a Susan en brazos para sacarla de la casa. Pero los perros habían demostrado ser capaces de seguir un rastro. Will quería que fueran tras el rastro de Molly. Ya mismo.

Matthews lo llamó a los pocos minutos. Los sabuesos estaban camino de West Virginia, para una exhibición. Era imposible que regresaran antes de la mañana. Vería si era posible conseguir otro par de perros de caza en los condados vecinos.

Will murmuró algunas palabras en el teléfono y cortó la comunicación.

La idea de que Molly hubiera pasado a engrosar las listas de personas que desaparecen para siempre hizo que un helado terror lo recorriera de arriba abajo. No creía poder soportar la pérdida de otra mujer amada.

Fue entonces cuando enfrentó la verdad que había estado evitando durante las últimas veinticuatro horas: la amaba. Tanto que le daba miedo. Tanto que la idea de que alguien pudiera lastimarla lo convertiría en homicida. Tanto que iba a perder la razón si no volvía a aparecer o si aparecía muerta. Will asimiló la fuerza del sentimiento, clavando los dedos en la baranda superior de la cerca y cerrando los ojos.

Lo que más deseaba en la vida era ofrecerle un porvenir.

Un ladrido lo obligó a bajar la vista. Vio a Pork Chop acercándose de prisa hasta donde él se encontraba, en la oscuridad.

□¿Qué estás haciendo aquí afuera? □□le preguntó, cuando el perro alcanzó la cerca, se alzó sobre sus patas traseras y apoyó las manos sobre la baranda. Nunca había visto a Pork Chop suelto en los campos de Wyland Creía que el perro no podía pasar de la cerca.

□¿Dónde has andado, eh? □volvió a preguntarle. Pork Chop cayó sobre sus cuatro patas, ladrando furiosamente. Will lo miró, mientras el animal retrocedía y se apartaba de la cerca, sin dejar de ladrar.

¿Acaso Pork Chop había estado con Molly? ¿Sabía dónde se encontraba?

Respondiendo al presentimiento que revolvía sus entrañas Will pasó sobre la cerca y siguió a Pork Chop, internándose en la oscuridad.

53 Un sonido apagado hizo que Susan se pusiera rígida en los brazos de Molly.

—Allí viene —susurró, temblando—. Oh, Molly, yo puedo meterme en la grieta, pero tú...

La luz de una linterna atravesó la oscuridad, a unos tres o cuatro metros a la izquierda del lugar donde estaba Molly. Llegaba desde arriba e iluminaba un túnel de paredes de piedra de un metro y medio de diámetro. Estaba separado de la cámara en la que estaban Susan y ella por barras de hierro semejantes a las rejas de una prisión. Molly supuso que el túnel conducía hasta la tapa del pozo.

Volvió a oírse el chirrido anterior, seguido por el sonido de pasos que bajaban. Molly pudo ver unas botas negras, seguidas por unas piernas delgadas enfundadas en tejanos. A los costados del pozo habían sido colocados unos peldaños de hierro a modo de escalera. Él estaba bajando hacia ellas.

Susan estaba sacudiéndose de pavor en sus brazos.

—Si tienes algún lugar dónde esconderte, ve y escóndete —murmuró Molly, apartando a su hermana de ella. Susan titubeó sólo un segundo y luego se arrastró por la oscuridad. Molly se quedó acostada en el suelo, inmóvil, fingiendo estar inconsciente.

El pánico humedeció sus manos y secó su garganta cuando oyó un sonido de metal contra metal. Espiando a través de un párpado semicerrado, Molly pudo ver cómo accionaba la llave en la puerta de barrotes. La puerta giró casi sin hacer ruido; las bisagras estarían bien aceitadas, y alguien lo habría hecho muy recientemente.

Probablemente preparado para el rapto de Susan.

Molly se dio cuenta de que, para todos los que estaban arriba, ella se había desvanecido tan totalmente como su hermanita. Estarían buscándola. Will estaría buscándola.

Pero nadie había logrado encontrar a Susan. Y nadie había logrado encontrar a Libby Coleman.

Podrían buscar durante otros trece años y jamás encontrar este sitio.

Tuvo que luchar contra el terror que amenazaba con aplastarla. Dejarse dominar por el pánico era lo peor que podía hacer. Debía quedarse muy quieta, con los labios abiertos, inspirando y soltando el aire, inspirando y soltando el aire...

La luz de la linterna iluminó de lleno su rostro. Hizo lo imposible para no pestañear.

—¿No vienes a ayudar a tu hermana, Susan? —preguntó Tyler Wyland en tono de reproche, dirigiendo el haz de luz hacia la pared que estaba detrás de Molly—. Le sangra la cabeza; te necesita.

Susan no respondió. Dondequiera estuviese escondida —la grieta, había dicho—, Molly imaginó que estaba fuera del alcanza de Tyler Wyland.

Probablemente por eso aún estaba viva, pero no podía permanecer allí eternamente. Seguramente moriría allí dentro igual que lo haría afuera, sólo que de otro modo.

Y nadie se enteraría jamás.

—Ahora que Molly está aquí, creo que podríamos conversar —dijo Tyler, apuntando aún con su linterna la pared—. Realmente no deseo lastimar a ninguna de las dos, ya lo sabéis.

Oh, sí, seguro, pensó Molly, y rogó para que Susan tuviera el tino suficiente como para no caer en esa trampa. Tyler ya no podía dejarlas ir:

el de secuestro era el más leve de los cargos que debería enfrentar.

De golpe volvió a enfocar el haz de luz sobre la cara de Molly. La luz que se filtró a través de sus párpados cerrados hizo que se agudizara el palpitante dolor de su cabeza. Molly se concentró en respirar cuando Tyler se arrodilló a su lado y pasó por su cara unos dedos caliente.

Sintió que el estómago se le anudaba de miedo.

Él levantó la mano izquierda de Molly. La acción fue tan repentina que ella debió concentrarse mucho para dejar el brazo fláccido. Molly sintió el frío roce del metal alrededor de la muñeca, oyó un “clic”, y se dio cuenta de que estaba esposándola.

Un negro y absoluto pánico amenazó con dominarla.

Una vez que estuviera esposada estaría a su meced, incapaz de auxiliarse a sí misma ni auxiliar a Susan.

Él buscó su mano derecha. Era ahora o nunca. Molly saltó lanzando un alarido que habría sido ensordecedor aun en un espacio abierto. Allí abajo resonó contra las paredes, amplificándose en miles de ecos. Tyler dio un salto, sorprendido, y Molly le pegó un puñetazo directo a la nariz.

Sintió el tabique nasal rompiéndose bajo su puño.

Susan chilló de terror cuando Tyler retrocedió tambaleante, sosteniéndose la nariz con una mano, aullando. La linterna cayó al suelo, con gran estrépito. Molly se abalanzó sobre ella, la levantó y la apagó.

Estaban metidos en una boca de lobo, resonante por el eco de los gritos.

—Voy a matarte, perra —la voz gutural ya no parecía en absoluto la de Tyler Wyland.

Un miedo helado le rodeó el corazón cuando advirtió que él venía por ella, buscándola con largos movimientos del brazo que movían el aire encerrado. La agitada respiración de Tyler indicó a Molly dónde se encontraba; en esa dirección avanzó ella, reptando por el suelo de tierra, con la linterna en la mano, cuidando de hacer el menor ruido posible. La esposa que llevaba en la muñeca izquierda golpeó sonoramente contra la pared de piedra. Un escalofrío de pavor le recorrió la columna vertebral.

Rápidamente, Molly metió el lacerante anillo de metal dentro de la manga de su chaqueta y rodó sobre sí misma, desplazándose perpendicularmente a la dirección que había seguido hasta entonces.

Con un sonido semejante a un gruñido, él arremetió contra el lugar en

el que había estado ella hasta segundos antes, profiriendo insultos al hallarlo vacío.

Molly chocó contra la pared opuesta y se quedó inmóvil un instante, luchando por recobrar el aliento. Él podía encontrarla si la oía respirar.

En realidad, no esperaba eludirlo mucho tiempo más. Era una habitación grande, tal vez de seis metros por ocho, pero la única vía de escape era a través de la puerta de hierro y la escalera de piedra. Aun si se las arreglaba para llegar hasta allí antes de que la atrapara, todavía quedaba la plancha de cien kilos que se interponía entre ella y la libertad.

Sería incapaz de moverla.

Le era imposible normalizar su pulso enloquecido.

Él ahora estaba tratando de actuar con mucha cautela, moviéndose suavemente en la oscuridad. Molly se quedó inmóvil y prestó atención, siguiendo los movimientos de él mientras procuraba trazar un plan.

¿Qué plan?, pensó desesperada. No podía esperar superar físicamente a Tyler Wyland. No era un hombre corpulento, pero era más alto que ella y musculoso, a pesar de su delgadez. El puñetazo plantado en la nariz había sido tan efectivo sólo porque lo había sorprendido. Sin él, estaba perdida.

—¿Te acuerdas de la yegua, Molly? —la voz que le habló desde la oscuridad le puso los pelos de punta. Estaba acercándose, siguiendo el perímetro de la habitación. Molly se arrastró hacia el centro, tratando de mantener su frágil control, aullar de terror en la oscuridad sólo apresuraría su propio fin.—. ¿Sheila? ¿Te acuerdas de lo que le hice a Sheila?

La aterradora revelación se abatió sobre Molly: Tyler era el acuchillador de caballos. Lanzó un jadeo, luego se controló e inmediatamente rodó hacia la izquierda.

Él se lanzó sobre el lugar en el que pensaba encontrarla, pero allí sólo había aire. De pronto se echó a reír, un sonido agudo y terrorífico. Como si estuviera adentrándose en el espíritu de la cosa, disfrutando de la persecución.

—¿Recuerdas lo que le hice? Es lo que te haré a ti. Y también a Susan.

Aunque creo que a ella la dejaré vivir un poco más. Es muy divertido torturar a las niñas. ¿Lo sabías? Pero tú... tú moriras esta noche. Atraparte es sólo cuestión de tiempo, y entonces...

Los actos que describió a continuación eran tan viles que Molly se negó a seguir escuchando. Ahora él se desplazaba por el perímetro de la habitación, yendo hacia el centro sin previo aviso. Rodando sobre sí, reptando, deslizándose sobre el suelo. Molly se las ingenió para eludirlo.

El corazón le latía como un tambor; la cabeza le dolía tanto que casi no podía pensar. Susan estaba llorando. Molly podía oír sus sollozos entrecortados.

Pero dondequiera que estuviese, llorando o no, por el momento estaba a salvo.

Él pasó tan cerca de donde ella se apretaba como un ovillo contra la pared que pudo sentir el roce de su zapato contra el brazo. Él siguió

caminando. Molly soltó el aliento que había estado reteniendo y se deslizó hacia atrás, con el estómago apretado contra el suelo. Súbitamente, con una risa aguda y un resoplido, él cayó sobre ella, apoyando la rodilla contra su espalda y pasando el brazo en torno de su cuello.

Molly gritó de terror.

—¡Te tengo, te tengo! —canturreó, apretándole el cuello cuando Molly gimió y gritó. Ella se debatió, pero él agarró un mechón de su pelo y le aplastó la cara contra el suelo. Por segunda vez en el mismo día, Molly vio las estrellas.

Segundos después, ya la había esposado y la iluminaba con la linterna.

—¡Molly! —chilló Susan desde su escondite.

—¡No salgas, Susan! —gritó Molly, frenética. Él estaba atándole las piernas con una cuerda que, aparentemente, había llevado consigo. Molly supo que el verdadero horror estaba por empezar.

—No, Susan, no es necesario —convino Tyler, arrastrando a Molly hasta apoyarla contra la pared, sentada—. Puedes mirar lo que haré con tu hermana desde donde estás.

Dirigió el haz de la linterna hacia la pared opuesta. Molly vislumbró algo blanco y luego vio a Susan, metida profundamente dentro de una grieta en la roca. Los aterrados ojos de su hermana brillaron cuando la luz dio en ellos. Molly pudo ver su pequeño puño frente a la cara.

—No mires, Susan —ordenó Molly. Él le tapó la boca con un trapo, a guisa de mordaza, silenciándola.

—Así no me ensordecerás cuando grites —explicó Tyler con una espantosa sonrisa. La sangre manchaba la parte inferior de su rostro, por el golpe que ella le había dado. Aun sin el efecto distorsionador producido por la sangre y la luz de la linterna, él parecía otro, pensó Molly. Sus ojos estaban muy abiertos y brillantes, negros en lugar de su castaño habitual.

Tenía la frente arrugada y las cejas fruncidas, de modo que prácticamente se unían sobre su nariz. En las mejillas mostrabas arrugas que Molly no había visto nunca, y jadeaba, disfrutando por anticipado. Molly se dio cuenta de que estaba viendo el rostro de la locura y comenzó a temblar.

Estaba sentada contra la pared, con las manos esposadas tras la espalda y las piernas atadas en las rodillas y tobillos. Él se puso de cuclillas a su lado, colocando la linterna de forma que la iluminara como un reflector.

Molly advirtió que él verdaderamente deseaba que Susan viera todo lo que pensaba hacer con ella; supuso que quería aumentar el terror de la niña.

Molly estaba aterrorizada. Inmovilizada, lo único que pudo hacer fue mirar cuando él buscó dentro de su chaqueta y extrajo un largo y afilado cuchillo.

—Esto te hará daño —prometió suavemente, levantando la hoja hacia su garganta.

Susan comenzó a gritar.

Molly cerró los ojos, rezando. El cuchillo se deslizó dentro de su chaqueta, hacia abajo. Estaba desgarrando su ropa.

—¡Alto!

El grito se impuso por encima de los chillidos de Susan y estalló dentro de la cabeza de Molly. Allí, su silueta recortada en el espacio entre el túnel y la cámara subterránea, estaba Will, con las piernas separadas, los brazos en alto y una pistola apuntando a la cabeza de Tyler.

Tyler se deslizó detrás de Molly, sosteniéndola con el brazo en torno de su garganta, poniéndola por delante a modo de escudo. Molly sintió la afilada hoja del cuchillo hundirse en el costado de su cuello mientras Tyler la levantaba en vilo.

—Le cortaré el cuello —exclamó Tyler.

Susan había dejado de gritar, y la amenaza resonó por toda la cámara.

Will mostraba una expresión dura y resuelta. Ni una sola vez tembló la mano con la que sostenía la pistola.

—Susan —llamó—. Ven aquí.

Susan se contorsionó para salir de su escondite. Sollozante, dirigiendo a Molly una mirada velada por las lágrimas, corrió hacia Will.

—Todo va bien —dijo él, apartándose para que pasara Susan, sin sacar los ojos de Tyler—. Sal de aquí.

La empujó hacia atrás, orientándola hacia la escalera. Con una última mirada a Molly, Susan trepó por ella.

Las voces que llegaban desde la superficie recibiendo a Susan indicaron a Molly —y, aparentemente, también a Tyler —que Will no estaba solo.

—Baje el cuchillo —dijo Will a Tyler, con voz serena—. Nadie lo lastimará, se lo prometo.

Molly pudo oler el miedo de Tyler. Apretada como estaba contra él, sintió el repentino fluir de sudor que comenzó a brotar de su cuerpo. Tyler respiraba afanosamente, con el brazo en torno del cuello de Molly y la mano con la que apretaba la punta del cuchillo contra su yugular, temblando notoriamente.

—No puede escapar —dijo Will, sosteniendo firmemente la pistola que apuntaba a la cabeza de Tyler—. Baje el cuchillo.

—Si no puedo escapar, entonces no tengo nada que perder —respondió Tyler en un tono perfectamente normal. Un rápido movimiento de la mano, y el cuchillo penetró en el cuello de Molly.

¡Bum! Se oyó una explosión. Molly cayó de rodillas, dando de boca contra el suelo. Inmediatamente Will estuvo a su lado, quitándole la mordaza de la boca y apretándola contra su garganta para restañar la sangre que comenzaba a manar de ella. Molly no sintió dolor, ni siquiera sintió miedo.

Sintió frío, un intenso frío. Tembló en los brazos de Will.

—¡Envíen un médico aquí abajo! —bramó, con la voz ronca de miedo.

Enseguida la habitación se llenó de gente que revoloteó en torno de

Molly y se la llevó, lejos de Will.

Lo último que vio Molly fue un extraño, arrodillado a su lado, y una aguja que se clavaba en su brazo.

54 18 de noviembre de 1995 Al encontrara Susan, y a Molly, también hallaron a Libby Coleman. Sus restos fosilizados, entre los jirones de su vestido blanco de fiesta, habían sido enterrados bajo una ligera capa de tierra en el escondite. Más tarde, se recibió la respuesta que aún atormentaba a Will: ¿por qué, dado que Tyler no había abandonado la zona durante los últimos trece años, no se habían producido nuevas víctimas?

Mientras Will se encontraba en el hospital con Molly, la oficina del FBI de Lexington recibió una llamada telefónica, que inmediatamente trasfirió al celular de Will. La mujer que realizaba la llamada se identificó como Sarah Wyland. La madre de Tyler. Llamaba desde Suiza. Desde el principio de la conversación, la persona que la atendiera en Lexington le informó que su hijo estaba muerto. Para ella, eso no hacía ninguna diferencia. Dijo que había visto la historia de la desaparición de la niña en la CNN y sintió que ya era hora de dar a conocer lo que sabía.

Cualquier colaboración que pueda brindarnos y que nos ayude a comprender lo que ocurrió será bienvenida, señora Wyland dijo Will al teléfono.

Eran las cuatro de la mañana en Lexington. Sólo Dios sabía la hora que era en Gstaad, desde donde la señora Wyland llamaba. Will había estado dormitando en una silla, junto al lecho de Molly. Se puso de pie y fue a un rincón de la habitación para hablar con la mujer. En realidad, no había peligro de despertar a Molly. Estaba bajo los efectos de fuertes sedantes, durmiendo como un ángel.

La mirada de Will fue hacia la venda que cubría su garganta, y sintió que le ardía el estómago. Había estado tan cerca de convertirse en un verdadero ángel que él todavía sentía terror al pensarlo.

Gracias a Dios, por haber llegado a tiempo. Gracias a Dios porque Pork Chop lo había llevado hasta el pozo y él tenía consigo su celular para llamar pidiendo refuerzos. Gracias a Dios por los gritos de Susan, que habían tapado los ruidos que él hiciera sacando la tapa y entrando en el pozo. Gracias a Dios por haber disparado cuando lo hizo y por haber conservado el pulso firme.

Gracias a Dios, punto.

La señora Wyland comenzó a hablar. Dijo que Tyler, cuando era niño, había torturado y matado a sus mascotas. A medida que crecía, comenzó a mutilar animales de granja. Finalmente se dedicó a los caballos. Ella se había sentido alarmada ante lo que llamó “sus tendencias”, y rogó a su esposo que ayudara al muchacho. John Wyland, se rehusó. Dijo que no deseaba ver el nombre de Wyland arrastrado por el fango, y en lugar de eso azotó a Tyler. Naturalmente ese no era el remedio.

Cuando la niña desapareció la primera niña, Libby Coleman, hija de una vecina y buena amiga, Sarah Wyland, al principio no sospechó de su hijo. No fue sino hasta que uno de los trabajadores de la cuadra, Howard Lawrence sí, el que ahora era entrenador del Clovelot, y no, no sabía que

había muerto□, encontró en el campo el lazo blanco de satén perteneciente a la niña, que comenzó a sospechar. Reconoció el lazo blanco para el pelo por la gran cobertura que había tenido la desaparición de Libby. Sarah Wyland recurrió a su esposo con la intención de llamar a la policía. Él no se lo permitió e insistió en tapar toda la cuestión.

Sarah Wyland no estuvo de acuerdo, pero no pudo imponerse a su esposo. A Howard Lawrence se le pagó una cuantiosa suma de dinero para que no mencionara lo del lazo de satén. A Tyler se lo sometió a un tratamiento con medicamentos, consistente en una inyección cada mes de una droga que lo castraba químicamente. La misma era obtenida por su esposo, aparentemente para el control de sus sementales, quien le aplicaba las inyecciones personalmente. Sin el impulso sexual, Tyler dejó de ser peligroso.

Incapaz de vivir bajo semejante presión, Sarah Wyland se divorció de su esposo al año siguiente. Abandonó el país para no volver jamás.

Cuando se enteró de que su ex esposo había muerto, tuvo miedo de que todo el horror volviera a comenzar, Tyler era capaz de aplicarse él sólo las inyecciones, pero ella temía que no lo hiciera. Al principio Tyler se había sometido porque su padre lo amenazó con denunciarlo si no lo hacía. Al ver los informes acerca de la desaparición de la segunda niña en la CNN, se dio cuenta de que sus temores se habían confirmado.

Inmediatamente había llamado al FBI. Gracias a Dios, en este caso, la niña había podido ser rescatada, aun cuando su propia intervención pudo haber llegado demasiado tarde.

También para Howard Lawrence. Si Lawrence había estado chantajeando al propio Tyler, debía haberlo hecho desde fechas muy recientes, después de la muerte de su padre, ya antes de ese momento Tyler se lo habría comentado a este, que no lo habría tolerado. Lo más probable era que los pagos clandestinos que John le hacía, al igual que las inyecciones de Tyler, se interrumpieran con la muerte de su ex esposo. Después de todo, una partida anual para un asunto de esa naturaleza no era la clase de cosas que se pueden dejar establecidas en un testamento.

Cuando Will cortó la comunicación, se quedó inmóvil un instante, mirando el teléfono y sacudiendo la cabeza. Durante todos estos años, mientras los Coleman estaban librados a su preocupación y a su pesar por la desaparición de Libby, sus vecino y amigos habían estado ocultando un secreto semejante.

Después de sufrir, primero por la desaparición de Susan, y luego por la de Molly, toda su simpatía estaba con los Coleman. Con lo que había vivido de esa experiencia, le bastaba para saber lo devastadora que podía llegar a ser una pena de esa naturaleza.

Guardó el teléfono en el bolsillo y fue hacia la cama de Molly. Estaba conectada a un aparato por el que se controlaban sus constantes vitales.

Sus brazos, desnudos bajo las magas cortas de la bata verde del hospital, yacían fláccidos sobre la manta prolijamente doblada. Su pelo formaba un halo alrededor de su rostro y tenía la piel casi tan blanca como las sábanas. Respiraba a través de sus labios entreabiertos, que esta vez no

mostraban su habitual color rosado y estaban, en cambio, descoloridos.

Sus pestañas formaban oscuros arcos sobre las mejillas. Bajo la ropa de cama su pecho subía y bajaba acompasadamente al ritmo de su respiración.

Will cerró los dedos en torno de la laca mano de Molly. Para su sorpresa, ella abrió los ojos y lo miró.

—Will —dijo, y sonrió.

En ese momento Will supo que la amaba más de lo que había amado a nadie en toda su vida. Luego ella cerró los ojos y volvió a quedarse dormida.

Will se quedó sosteniendo su mano durante largo tiempo.

55 Esa misma noche, hacia las once, todos habían abandonado la granja, excepto los cinco Ballard y Will. Susan y Molly habían sido dadas de alta en el hospital alrededor de las dos de la tarde. Susan había sido retenida la noche anterior para su observación, aunque, como dijo el médico, no parecía tener nada que no pudiera ser remediado con una buena comida y una noche completa de sueño. A Molly se la trató por conmoción, le aplicaron un antibiótico local sobre el cuero cabelludo y un apósito sobre la frente y le dieron cinco puntos de sutura debajo de la oreja. El doctor que realizó la sutura le dijo que si el cuchillo hubiera penetrado medio centímetro más, habría muerto.

Tyler Wyland sí había muerto. En el momento decisivo, cuando ya había empezado a cortar la garganta a Molly, Will le había volado la tapa de los sesos.

Pero Molly se negó a pensar en ello. Estaba recostada en el sofá, vistiendo uno de sus camisones con leyendas, confortablemente envuelta en una manta y con la cabeza apoyada sobre una almohada, viendo el final de Speed. Will estaba sentado en el suelo, frente a ella, con la espalda apoyada contra el sofá, las rodillas dobladas y los brazos descansando sobre ellas. Susan estaba hecha un ovillo a los pies de Molly. Sam y Mike estaban despatarrados en el suelo, y Ashley había reclamado el derecho a usar la poltrona. Pork Chop, como era su costumbre, resoplaba frente a la puerta de la cocina.

Era una acogedora escena familiar, con todos los Ballard vestidos con ropa de cama y Will con su equipo de gimnasia. Molly observó cada uno de los rostros absortos y sintió que el corazón le estallaba de felicidad y alivio. Gracias, Señor, rezó, como lo había hecho ya un millón de veces desde que saliera del hospital. Lo único que desentonaba era que Will no pertenecía realmente a la familia; volaría de regreso a Chicago el lunes siguiente.

Pero esta noche Molly no quería pensar en ello.

Los créditos de la película pasaron por la pantalla. Will se puso de pie y apagó la tele.

—A la cama —dijo.

—Es sábado —protestó Mike, rodando sobre su espalda y sentándose.

—Sí, no es tan tarde aún —lo secundó Sam.

Ashley se puso en pie, bostezando.

—Estoy cansada —dijo, mirando a Sam por entre los párpados semicerrados.

—Yo también —dijo Susan, desenroscándose en el sofá y echando a Sam una mirada de advertencia—. Vamos, Sam.

—No hay forma... —comenzó a decir Mike acaloradamente, pero su mirada encontró la de Will. Como Will estaba de espaldas a ella, Molly no pudo ver su expresión, pero Mike se detuvo a mitad de la frase y cambió de opinión—. Está bien.

Molly observó atónita cómo sus hermanos, con sólo uno que otro gruñido salían de la habitación.

—¿Cómo has hecho para lograr eso? —le preguntó a Will, impresionada.

—Evidentemente reconocen la voz de la autoridad cuando la oyen —respondió él, acercándose—. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien, dadas las circunstancias —contestó Molly, con una sonrisa.

De golpe él se puso muy serio, y Molly se preguntó qué estaría pensando.

Se acercó a él y tomó su mano, dándole un cariñoso tirón para animarlo a sentarse en el borde del sofá.

—Me diste un susto de muerte, sabes —dijo él, resistiéndose a sentarse—.

Cuando me di cuenta de que no aparecías por ninguna parte, estuve a punto de sufrir un ataque cardíaco.

—No pensé que te importara tanto —bromeó Molly, girando sus ojos coquetamente.

—Me importas —respondió Will, sin sonreír—. Me importas mucho.

Su voz sonaba seria, y Molly abrió muy grandes los ojos.

—¿Te pasa algo? —preguntó, soltándole la mano e irguiéndose. Will la miró, abrió la boca, volvió a cerrarla y dio una vuelta rápida por el cuarto.

—¿Qué pasa? —Insistió Molly, alarmada.

Will volvió a pararse a su lado. Molly pudo ver que sus mejillas habían virado al rojo.

—Molly —dijo finalmente y se detuvo—. No sirvo para esto.

—¿Estás tratando de decirme que mañana te marchas? —Molly sintió que de sólo pensarlo se hundía en un dolor profundo. Él le había prometido quedarse todo el fin de semana, pero debía haberse presentado algo imprevisto. Su hijo, quizás, o algún asunto de trabajo. Ella no quería que se marchara. Ni mañana, ni el lunes, ni nunca. Pero por supuesto que él lo iba a hacer. Ella había sido una tonta por pretender fingir que no lo sabía y que él le pertenecía.

Sin contestarle, Will se sentó en el sofá, a su lado. Le tomó la mano, que retuvo entre las suyas, y acarició sus nudillos con el pulgar. Su mirada era intensa. Aspiró profundamente y dijo:

—Demonios, estoy tratando de pedirte que te cases conmigo.

Molly se quedó mirándolo, muda.

—¿Qué? —exclamó finalmente.

—Ya me has oído —el rojo de sus mejillas se extendió a las orejas.

—¿Me estás proponiendo matrimonio?

—Sí —respondió él, con voz ronca.

Molly lo miró, miró su apuesto rostro, el fuerte cuello. Los anchos hombros, las bronceadas manos de largos dedos que sostenían la suya, pálida, miró su pelo rubio y sus intensos ojos azules.

—Sí —dijo ella, arrojándole los brazos al cuello—. ¡Sí, sí, sí, sí,!

—¡Hurra!

El grito, tan especial, salió de los labios de Sam, pero los cuatro chicos interrumpieron en la habitación, gritando y aplaudiendo.

Will, pescado en el momento de besarla, levantó la cabeza.

—Ya os dije, muchachos, que para esto necesitaba intimidad —gruñó.

—Bueno, hombre, te la dimos —dijo Mike sonriendo—¡Y ella te dio el sí!

—Sabía que lo haría —terció Ashley, con la cara enrojecida de excitación.

Sentada, con los brazos en torno del cuello de Will y abrazándolo por la cintura, Molly le sonrió.

—Aún no terminé —dijo Will—. Idos a la cama.

—¡Pero si Molly te dio el sí!

Susan llegó para quedarse al lado de ellos, con aspecto de estar transportada. Vestida con un camisón con volados en el cuello y el dobladillo, Susan estaba tan excitada que no podía quedarse quieta.

Sam estaba de pie tras ella:

—¿Tienes que besarla por estar prometidos? —preguntó, disgustado, mientras observaba a la pareja.

—Ese es el nudo de la cuestión, tonto —dijo Mike, dándole un codazo—.

Quieren besarse. Si no, no querrían casarse.

—¡Vaya! —dijo Sam, sacudiendo la cabeza.

—¿Podéis iros, por favor, a la cama? —insistió Will.

—Vamos, chicos —dijo Ashley, poniendo una mano sobre el hombro de Susan y la otra sobre el de Sam—. Ahora que ya sabemos el resultado, dejémoslos solos.

—Gracias, Ashley —dijo Will.

—Buenas noches, chicos —dijo Molly, sonriendo, mientras Ashley arrastraba con ella a los gemelos y Mike los seguía. Cuando se marcharon, miró a Will:

—Vengo con un paquete de regalo —dijo, en tono de disculpas.

—Lo sé —Él le sonrió—. Por eso les pedí primero a ellos que me dijeran qué pensaban del asunto. Todos estuvieron de acuerdo.

—¿Qué les preguntaste a ellos, me estás diciendo?

—Hoy, en el hospital. Sabían que iba a planteártelo esta noche. ¿Cómo crees, si no, que logré que se fueran a la cama después de la película?

—Les gustas —dijo Molly, sonriéndole—. Me gustas.

—¿Te gusto? —preguntó Will.

—No —se corrigió Molly—. Te amo. Realmente. Locamente.

Profundamente.

—Y yo te amo a ti —replicó Will, y volvió a besarla.

56 20 de noviembre de 1995 Era lunes. Will pasó la mayor parte del día tratando de atar cabos sueltos.

Había llegado a la conclusión de que trasladar a su nueva familia a Chicago no era una buena idea. Los niños ya habían soportado suficientes trastornos a lo largo de su corta vida. Por otra parte, imaginar a Mike en una gran ciudad, con todas sus tentaciones, alcanzaba para hacerlo estremece de miedo. Iba a vender la casa que tenía en Chicago para comprar otra por aquí y comenzar una nueva vida.

De acuerdo con esa decisión, llamó a Hallum para informarle que iba a solicitar que lo trasladaran a la oficina de Lexington.

Hallum recibió su anuncio con una fuerte carcajada.

—Así que Elly May te atrapó, ¿eh, muchacho? —dijo desde el otro lado de la línea—. En la oficina se hacían apuestas acerca de si lo lograría o no.

—Algo por el estilo —respondió Will, haciendo un esfuerzo por no mostrarse molesto. Si lo hacía, sabía que le tomarían el pelo por el resto de su vida.

—Matthews se jubila a finales de enero —continuó Hallum—. Con la recomendación que yo haré, creo que puedes estar seguro de ocupar su puesto.

Fue así de fácil. Se le prometió un ascenso a Will, para acompañar la nueva vida que iniciaba con su nueva familia, y Hallum hizo votos para que se le desarrollara el gusto por el olor a estiércol, dado su nuevo domicilio.

Esa tarde estaba apunto de subir al coche con Molly cuando un camión de Federal Express entró por el camino de acceso. Ellos iban a recoger a los niños a la escuela, tras lo cual los seis irían al registro civil del condado para solicitar la licencia matrimonial. La ceremonia iba a tener lugar el sábado siguiente. Kevin, los padres de Will y los de Debbie llegarían en un vuelo el jueves, y la lista de amigos y vecinos que Molly quiso invitar hizo que Will meneara la cabeza.

Pero, bueno, un hombre sólo se casa dos veces.

Will recibió un sobre de papel manila de manos del conductor del FedEx y estuvo un rato dándole vueltas en la mano. Venía de la oficina de Chicago y contenía una nota y una cinta de audio.

La nota decía, simplemente, “¡Felicidades!” sobre las firmas de todos sus compañeros agentes.

La cinta ya era algo más misterioso. Ponme, indicaba un rótulo en lápiz.

Will la observó con suspicacia mientras subía al coche.

□¿Qué es? □preguntó Molly, sonriente.

□No tengo ni idea. Ni siquiera estoy seguro de querer saberlo □la besó en los labios, puso el coche en marcha y metió la cinta en el reproductor.

Comenzó a sonar una canción. Will escuchó las alegres voces de los cantores del FBI y comenzó a reír.

Es en Green Acres donde quiero vivir.

La vida de granja fue hecha para mí.

El paisaje se ve hasta donde alcanza la vista.

Quédense con Chicago, déjenme en esta tierra soñada.

FIN